

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

ESCUELA DE POSGRADO



**EL MAL RADICAL SEGÚN HANNAH ARENDT Y EL PSICOANÁLISIS
FREUDIANO**

**Tesis para optar el grado de Magister en Estudios Teóricos en
Psicoanálisis**

AUTORA

RUTH KRISTAL MITASTEIN

ASESORA

PEPI PATRÓN COSTA

JURADO

MOISÉS LEMLIJ MALAMUD

DANIEL KANTOR BENAVIDES

LIMA – PERÚ

2016

Resumen

Buscamos establecer un paralelo entre algunos conceptos del psicoanálisis freudiano y el concepto kantiano del «mal radical», el cual fue adoptado por Hannah Arendt para referirse a las atrocidades cometidas por el régimen totalitario nazi contra los judíos en la *Shoah*.

Arendt considera el nazismo como un régimen totalitario basado en una ideología racial que proporcionó la «ficción creíble» que argumenta que gracias a las Leyes de la Naturaleza surgió la raza aria - «superior y pura» - para la cual su objetivo principal fue destruir a su contraparte, el pueblo judío «infrahumano». Los nazis utilizaron campos de concentración y exterminio para eliminar a millones de personas consideradas «superfluas» y «prescindibles».

En este artículo analizamos la obsesión de los nazis de exterminar a los «infrahumanos», utilizando, entre otros, el concepto psicoanalítico freudiano de la «pulsión de muerte» y sus subrogados, fenómenos de la psicología individual que se aplican a las masas colaboradoras de los nazis.

Entendemos el «mal radical» utilizado por Arendt como un constructo que abarca aspectos socio-económicos, políticos, filosóficos e históricos; simbólicamente, el mundo externo, mientras que los conceptos freudianos dan cuenta de la dinámica intrapsíquica inconsciente como sustrato del comportamiento destructivo, que representan el mundo interno. Argumentamos que ambos mundos: interno y externo se encuentran en permanente dinámica e interacción. Encontramos semejanzas y aspectos complementarios en los aportes de ambos Arendt y Freud.

Creemos que, en el sustrato inconsciente de los perpetradores nazis, ocurrieron los fenómenos psicológicos antes señalados, y además, que las acciones nazis fueron el producto del proceso secundario, del pensamiento consciente, con pleno uso de libertad de elección y de una voluntad pervertida. Reiteramos que la implementación del «mal radical» por los nazis es imputable.

Abstract

In this work, we aim to establish a parallel between some elements in Freudian Psychoanalysis and the Kantian concept of «radical evil» adopted by Hannah Arendt to give an account of the atrocities committed by the Nazis against the Jews during the Holocaust.

Arendt considers Nazism to be a totalitarian regime based on a racist ideology which provided the so-called «credible fiction» which argues that thanks to the Laws of Nature, the «superior and pure» Arian Race emerged, for which its main objective was the destruction of its counterpart: the «subhuman» Jewish People. The Nazis used concentration and extermination camps for the elimination of millions of people considered superfluous and disposable.

We also analyze the Nazi obsession with the extermination of the «subhuman» using, among others, the psychoanalytic Freudian concept of the «death drive» and its subrogates, concepts that describe a phenomenon of individual psychology applied to the masses which collaborated with the Nazis.

We understand the concept of «radical evil» used by Arendt as a construct that encompasses socio-economic, political, philosophical and historical aspects, symbolizing the external world, while the Freudian concepts give rise to an intra-psychological dynamic unaware of its role as the substrate of destructive behavior, representing the internal world. We argue that both worlds: the external and the internal, exist in perpetual interactive dynamics. We thus find similarities and complementary aspects in the contributions of Freud and Arendt.

We believe that in the unconscious substrate of the Nazi perpetrators of evil the above mentioned psychological phenomena took place. Moreover, the explicit actions undertaken by the Nazis were the product of a secondary process, of conscious thought, with full use of freedom of choice and an evil will. Therefore, we reiterate that the implementation of the «radical evil» by the Nazis is imputable.

A la Eterna Memoria de
Freidke Szuster Mitastein Z'L¹
Una de las miles de mujeres judías
Detenida en las redadas parisinas
De 1942 – 1943 en
El Vélodrome d'Hiver
Llevada al Campo de Internamiento de Drancy
Deportada en el Transporte 46
Asesinada en el Campo de Exterminio
Auschwitz – Birkenau
9 de febrero de 1943

A la Eterna Memoria de
6, 000,000 de hombres, mujeres, ancianos y niños judíos Z'L
3,000,000 prisioneros de guerra soviéticos
250,000 gitanos *sinti* y *romaníes*
72,000 discapacitados físicos y/o mentales
12,000 homosexuales
2500 Testigos de Jehovah
Y más....

A la Eterna Memoria
De mis adorados padres
Cecile Mitastein de Kristal Z'L y Juan Kristal Zbick Z'L
Gracias a ellos, soy....
Están siempre presentes,
En cada momento de mi vida.

¹ Z'L En hebrero: Zijrona /Zijono Libraja: Que su memoria sea Bendita

AUSCHWITZ

Por León Felipe (1965)

(A todos los judíos del mundo, mis amigos, mis hermanos)

Esos poetas infernales,
Dante, Blake, Rimbaud...
Que hablen más bajo...
¡Que se callen!

Hoy
cualquier habitante de la tierra
sabe mucho más del infierno
que esos tres poetas juntos.
Ya sé que Dante toca muy bien el violín...
¡Oh, el gran virtuoso!...
Pero que no pretenda ahora
con sus tercetos maravillosos
y sus endecasílabos perfectos
asustar a ese niño judío
que está ahí, desgajado de sus padres...
Y solo.
¡Solo!

Aguardando su turno
en los hornos crematorios de Auschwitz.
Dante... tú bajaste a los infiernos
con Virgilio de la mano
(Virgilio, «gran cicerone»)
y aquello vuestro de la Divina Comedia
fue una aventura divertida
de música y turismo.
Esto es otra cosa... otra cosa...
¿Cómo te explicaré?
¡Si no tienes imaginación!
Tú... no tienes imaginación,
acuérdate que en tu «Infierno»
no hay un niño siquiera...
Y ese que ves ahí...
Está solo
¡Solo! Sin cicerone...

Esperando que se abran las puertas del infierno
que tú ¡pobre florentino!
No pudiste siquiera imaginar.
Esto es otra cosa... ¿cómo te diré?
¡Mira! Este lugar donde no se puede tocar el violín.
Aquí se rompen las cuerdas de todos
los violines del mundo.
¿Me habéis entendido, poetas infernales?
Virgilio, Dante, Blake, Rimbaud...
¡Hablad más bajo!
¡Tocad más bajo!... ¡Chist!...
¡¡Callaos!!
Yo también soy un gran violinista...
Y he tocado en el infierno muchas veces...
Pero ahora aquí...
Rompo mi violín... y me callo.

AGRADECIMIENTOS

Escribir esta tesis me tomó más tiempo del imaginado. Significó redactar y revisar una y otra vez lo escrito, buscar, explorar nuevas fuentes, nuevas lecturas, expandir y profundizar mis conocimientos e ir procesando el conjunto para finalmente llegar a este resultado.

Mi primer contacto con Hannah Arendt se lo debo al Dr. Max Hernández, quien en una conversación me comentó algunas características de su personalidad. A él le debo mi interés por conocer tan interesante personalidad intelectual y profundizar en su obra y que, de una forma u otra me motivó a escribir esta tesis, por lo que le estoy muy agradecida.

Un especial agradecimiento al Dr. Moisés Lemlij, tal vez el mejor profesor que he tenido, gracias a sus profundos conocimientos y sensibilidad, siendo para mí una fuente de inspiración y un estímulo para seguir aprendiendo.

En este largo camino recibí el apoyo de muchas personas a quienes agradezco la particular manera que encontraron de acompañarme en este largo proceso largo.

Quiero agradecer a mis amigas Fanny Vexelman, Anat Kehati-Trathemberg y Esther Malamud, «por estar allí», presentes y solidarias.

A mis amigas María del Carmen Raffo, Carmen Arce, a mis amigos Luis Herrera y Luis Soberón y a mi hijo Jonathan Burstein quienes, en algún punto de este largo proceso, leyeron alguno o más de un capítulo de este trabajo, brindándome su sincera opinión. Sus comentarios me permitieron tomar cierta distancia del texto para organizar el material, reordenar mis ideas y retomar el reto, por lo que les estoy inmensamente agradecida.

Un particular agradecimiento a mi amiga Martha Stornaiuolo quien tuvo la paciencia de recorrer todo el texto con objetividad y mirada crítica haciéndome señalamientos muy valiosos.

Mi especial gratitud para Anita Viskin, quien desde México acompañó «mi evolución y proceso» de escribir este trabajo dado su personal interés y admiración por la obra de Arendt y su gran cariño y generosidad hacia mí.

Lo mismo puedo decir de mi primo, el profesor Efraín Kristal, con el que siempre es un placer conversar. Su reflexión inteligente y su vasta cultura son inspiradoras.

Un agradecimiento muy especial para la Dra. Pepi Patrón, por su constante apoyo, paciencia y estímulo para que siga creciendo en el proceso de investigar, profundizar y escribir este trabajo, leyendo, ella sí, todas las «versiones» preliminares, gracias a sus señalamientos, logré encontrar esa voz interior que guía el devenir de este texto.

En este proceso y a lo largo de mi vida, mis hermanas Frida Golán y Gaby Zwiebach y sus familias han sido y siguen siendo un oasis de solidaridad y cariño, un regalo de la vida.

Finalmente quisiera decir que no habría sido posible para mí emprender éste y la mayoría de los retos que me he planteado en la vida sin el amor, el estímulo, el apoyo y la paciencia que me dan mi esposo David Burstein y mis hijos Bryan, Cecile, y Jonathan. Gracias a ellos la familia y los afectos aumentaron: mis hijos políticos y nietos: Lea y sus hijos Noa y Gad; Emilio, y sus hijos Gabriel y Dan; Katia y sus hijas Maayan e Ilanit son motivos de inspiración y de inmensa alegría, de ilusión y de esperanza. Su existencia ilumina cada momento de mi vida y su amor incondicional son para mí las mejores bendiciones que la vida me da, que aprecio y agradezco desde lo más profundo de mi corazón.

Tabla de contenidos

Resumen.....	iii
<i>Abstract</i>	iv
Dedicatoria.....	v
Auschwitz, por León Felipe.....	vii
Agradecimientos.....	ix
Tabla de contenidos.....	xi
Introducción.....	1
I. «Mal radical»: Kant.....	16
II. Teoría política de Hannah Arendt: <i>El origen del totalitarismo</i> y el «mal radical».....	28
II.1. El antisemitismo moderno y su relación con el totalitarismo.....	33
II.1.1 Otra perspectiva respecto al «odio a los judíos».....	40
II.2. La relevancia del imperialismo.....	46
II.3. Consolidación del totalitarismo.....	53
II.3.1 El totalitarismo alemán, 1933 - 1945.....	64
II.3.2 El «populacho» y el fenómeno de masas.....	72
II.3.3 Los campos de concentración y exterminio.....	86
III. Propuestas teóricas de Sigmund Freud que nos acercan al «mal radical».....	97
III.1 Pulsión agresiva.....	97
III.1.1 Concepto de pulsión.....	97
III.1.2 Pulsión agresiva.....	99
III.1.3 Pulsión de apoderamiento o <i>Bemächtigungstrieb</i>	104
III.1.4 Neurosis obsesiva y sus mecanismos de defensa.....	108
III.2 Pulsión de vida - pulsión de muerte y sus derivados.....	112
III.3 Psicología de masas, sociedad y cultura.....	118
III.4 <i>De guerra y muerte</i>	136
III.4.1 Intercambio epistolar entre Albert Einstein y Sigmund Freud.....	139
III.5 Las últimas obras (1934 – 1939).....	149
IV. Encuentros y desencuentros entre los aportes de Hannah Arendt y los aportes de Sigmund Freud.....	153
IV. 1 Delimitación de las fuentes de reflexión e investigación.....	153
IV.2 Origen e identidad de los autores – algunos datos.....	154
IV. 3 Perspectivas y orientaciones de ambos autores.....	155
IV.3.1 El «mal radical» según Kant y según Arendt.....	157

IV.3.2 «Pulsión de agresión» y los retoños de la pulsión de muerte en el actuar nazi.....	158
IV.3.3 Pulsión de apoderamiento o <i>Bemächtigungstrieb</i>	161
IV.3.4 «Sentimientos ominosos» en juego	163
IV.3.5 Consciencia moral, superyó y «maldad humana».....	167
IV.3.5.1 «Imperativo categórico» o «Imperativo nazi»	171
IV.3.6 Determinismo psíquico y libre albedrío	175
IV.3.7 Psicología de las masas y el «populacho arendtiano».....	178
IV.3.7.1 Cultura, represión e inhibición.....	183
IV.3.8 El «mal radical»: la Humanidad en riesgo de aniquilación.....	184
IV.3.9 Una «maldad humana» minuciosamente organizada.....	187
IV.3.10 Un mundo en paz: ¿Una utopía?	189
V. Conclusiones.....	194
VI. Referencias bibliográficas.....	199
Anexo A: Babi Yar, por Yevgueni Yevtushenko.....	212
Anexo B: Tabla de los principales campos de concentración, trabajo y exterminio Nazis.....	214

Introducción

El presente trabajo busca establecer puntos de encuentro, desde una mirada interdisciplinaria, entre los aportes de Hannah Arendt, -cuyo objeto de estudio abarcó la filosofía, la teología y la teoría política- y los aportes de Sigmund Freud, creador del psicoanálisis. La finalidad es la de contribuir a un mejor entendimiento del comportamiento destructivo plasmado en los hechos atroces (Arendt, H., 1951) cometidos por el régimen nazi para aniquilar al pueblo judío durante la Shoah.

Tomaremos de Arendt su contribución al entendimiento del totalitarismo, del que surge el concepto de «mal radical»; de Freud analizaremos diversos conceptos, comenzando con la «pulsión de agresión» y sus variantes como la «pulsión de apoderamiento», «de dominio», «de crueldad» hasta la propuesta de la «pulsión de muerte»; además, analizaremos la influencia del superyó en dichas pulsiones, entre otros.

Se trata de una investigación interdisciplinaria porque pretendemos comprender la dinámica psíquica que subyace al actuar de los perpetradores involucrados en los hechos antes señalados y los procesos socio-políticos que facilitaron la emergencia de una forma organizada, social y masiva de comportamiento destructivo.

El reconocido investigador Karl Popper consideraba que somos estudiosos de «problemas» más que de materias específicas. Dichos problemas pueden atravesar los límites de cualquier materia o disciplina en particular (Popper, K., 1963:88)

El Comité de Facilitación de la Investigación Interdisciplinaria de la Academia Nacional de Ciencias, de Ingeniería y del Instituto de Medicina (2005) entiende que cuando una investigación implica a individuos o grupos cuyas técnicas, información, base de datos, perspectivas y conceptos provienen de dos o más grupos de conocimiento especializado o de disciplinas, se trata de un interactuar interdisciplinario cuyo objetivo es avanzar en el entendimiento o de comprensión de problemas cuya solución está más allá del espectro de una de las disciplinas por sí sola. (*Committee on Facilitating Interdisciplinary Research & others, 2005:26*)

Lo interdisciplinario puede también ser descrito en términos de modos de participación: un investigador concibe un problema o su solución lejos del método del que fue originalmente planteado, para crear una nueva manera de entenderlo y/o un nuevo campo de investigación. (*Committee on Facilitating Interdisciplinary Research & others, 2005:29*)

Este tipo de intercambio puede resultar sumamente productivo en la búsqueda a la que se abocan los investigadores, toda vez que ofrece un formato que facilita la conversación, el diálogo, las conexiones que nos llevan a obtener nuevos conocimientos. (*Committee on Facilitating Interdisciplinary Research & others, 2005*)

Es por todo esto que consideramos el presente trabajo como interdisciplinario. Arendt tomó de la filosofía kantiana el concepto de «mal radical» y lo aplicó a lo que se conocerá como «teoría política».

Al descubrirse la barbarie cometida por el régimen nazi contra el pueblo judío, régimen que hizo de la aniquilación del pueblo judío su objetivo central con base en una ideología racista y antisemita, Arendt (1951) consideró que ello solamente podría ser producto de un «mal absoluto», de un «mal radical» que ocasionó a dicho pueblo la peor catástrofe que ha sufrido a lo largo de su milenaria historia: la *Shoah*. Auschwitz, su símbolo más conocido, es considerado el epítome del horror.

El problema del mal ha sido estudiado desde perspectivas muy distintas. Desde diversas religiones, teologías, mitos y diferentes disciplinas. Aquí incluimos algunas definiciones.

El Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia define el mal, como adjetivo, como lo contrario del bien, lo que se aparta de lo lícito y honesto; el daño u ofensa que alguien recibe en su persona o hacienda; desgracia, calamidad; enfermedad, dolencia.

Como adverbio, proveniente del latín «*male*»: contrariamente a lo que es debido, sin razón, imperfecta o desacertadamente, de mala manera. Contrariamente a lo que se apetece o requiere, infelizmente, de manera impropia o inadecuada para un fin. Difícilmente; insuficientemente o poco. (Real Academia Española, 2001: 1420-1421)

El *Oxford Companion to Philosophy*, define el «*mal humano*» como el sufrimiento que resulta de elecciones morales equivocadas (Honderich, T. 1995: 254); y el *Cambridge Dictionary of Philosophy* define el «*mal moral*» como las acciones malvadas de los agentes morales y las consecuencias que ellas producen. Un ejemplo de ello es la tortura de los inocentes. (Audi, R., 1995: 610)

Paul Ricoeur (1989) en su artículo *El mal: desafío a la filosofía y a la teología* señalaba que el mal es relacionaba el mal con dejarse llevar por un goce para escapar al vacío primordial de la existencia, de tal forma que puede generar la destrucción de la vida. Ricoeur se interesó con el psicoanálisis e incluso escribió un libro referente a su creador: *Freud: una interpretación de la cultura*. (Ricoeur, P., 1965)

Rüdiger Safranski, (1997) en su libro *El mal o el drama de la libertad*, señala que no es necesario recurrir al diablo para entender el mal, el cual pertenece al drama de la libertad humana y es el «precio de la libertad». La conciencia hace que el hombre se precipite en el tiempo, hacia un pasado opresivo, un presente huido y un futuro capaz de despertar preocupación por sentirse como algo amenazante. Cuando la conciencia trasciende la realidad actual, puede descubrir una *nada vertiginosa o bien un Dios en el*

que todo alcanza su quietud. [...] En cualquier caso, un ser que dice «no» y que conoce la experiencia de la nada, puede elegir también la aniquilación. (Safranski, R., 1997: 13) Considera que el mal no es ningún concepto sino un nombre para lo amenazador, algo que le sale al paso a la conciencia libre, que aparece en la naturaleza, allí donde se pierde el sentido, en el caos, en el vacío exterior, en el espacio cósmico, en el devorar y ser devorado, así como en la propia mismidad, en el *agujero negro de la existencia*. (Safranski, R., 1997: 13, 14) Frente a situaciones impenetrables y peligrosas volvemos la mirada a los orígenes, de los cuales no podemos desligarnos, por lo que nos dirigimos a ellos para averiguar qué pasa con nosotros mismos. El origen es un comienzo o es el principio que no cesa de comenzar. (Safranski, R., 1997: 17)

Safranski acota que Arendt consideraba que de la tradición filosófica que la antecedía, únicamente Kant imaginó la posibilidad que el hombre pueda ser capaz de llevar a cabo un «mal absoluto», «mal radical». En 1795 publicó *La paz perpetua*, pues consideraba a la guerra como el permiso estatal y la incitación a todo tipo de delitos, la guerra es un mal en todos sus aspectos. Y que, aunque la historia de la Humanidad está plagada de guerras, también se ha logrado cierto nivel de satisfacción al interior de los Estados, pero que cuando se trata de relaciones entre los Estados y pueblos, todavía rigen la fuerza y la guerra como razón última, en donde aparece *sin disimulo la maldad de la naturaleza humana*. (Safranski, R., 1997: 119)

Desde el psicoanálisis, mencionaremos solamente a algunos autores, no necesariamente los principales o más exhaustivos en su trato respecto al problema del mal y/o la destructividad humana: Melanie Klein desarrolla sus teorías en base a la pulsión de muerte, una de sus obras que toca el tema es *Envidia y gratitud* (Klein, M., 1957); entre 1930-1933 W. Reich, escribió *La psicología de las masas del fascismo* (Reich, W. 1933). Otros autores, algunos aceptando la pulsión de muerte, otros -como D. W. Winnicott- trabajaron el tema rechazándola tajantemente. Winnicott señalaba que: *el individuo humano no puede aceptar las ideas destructivas y agresivas que hay en su propia naturaleza si no cuenta con la experiencia de reparación y por esta razón la presencia ininterrumpida del objeto amoroso es necesaria en esta fase, dado que solo así habrá oportunidad de reparación*. (Winnicott, 1962: 213)

En desarrollos posteriores tenemos como ejemplo el artículo *Los malvados* (Pontalis, J. B. 2000) en el que Pontalis reflexiona acerca de la condición psicológica de quienes describe como los malvados. A. Green analiza el tema en el ensayo *¿Por qué el mal?* (Green, A., 1988)

En Latinoamérica tenemos los trabajos de Benyakar, en su libro *Lo disruptivo. Amenazas individuales y colectivas: el psiquismo ante guerras, terrorismos y catástrofes*

sociales (Benyakar, M., 2003) En este libro considera que el odio *se desplaza y condensa en algún objeto que, paulatinamente, se transforma en «objeto único del odio»*. Esto ocurre en casos en que la persona no ha logrado desarrollar la capacidad de discernir entre sensaciones propias y las que provienen del mundo externo, por lo que adjudica indiscriminadamente la fuente de su dolor a lo que no le es propio pudiendo corporizarlo en aquellos que considera diferentes. Así, judíos, negros, homosexuales, mujeres, son propensos a transformarse en *objeto único del odio*. (Benyakar, M., 2003:49)

Algunos autores escribieron específicamente sobre la Shoah. De acuerdo con Y. Bauer (1982), D. J. Goldhagen (1996), G. D. Perednik, (2014b) y muchos otros, el proyecto nazi no fue el estallido de una vorágine destructiva producto de la improvisación o de impulsos descontrolados pues seis millones de judíos fueron masacrados cruelmente por diferentes métodos producto de un aparato político – ideológico, poseedor de una minuciosa y fría planificación, organización y ejecución, que contó con una organización burocrática tecnificada, industrializada, que utilizó la propaganda, los discursos y los mítines para azuzar a sus seguidores; aparato político-ideológico cuyas políticas públicas y privadas tuvieron repercusiones legales, sociales y económicas que permitió llevar a cabo sus propósitos con precisión y sin miramientos, sembrando desconfianza y terror como herramientas de sumisión en apoyo de sus acciones y sin importar en lo más mínimo las consecuencias negativas con tal de lograr sus objetivos. La dimensión maligna del actuar nazi sobrepasó lo imaginable, nos queda la duda acerca de si hemos visto el mal manifestarse en toda su capacidad y si somos capaces de aprehender el mal en los nuevos rostros que va adquiriendo.

Los judíos no fueron las únicas víctimas de la insania nazi, aunque su destrucción fue el eje de su actuar. Además de eliminar la mayor cantidad posible de judíos, los nazis persiguieron y eliminaron a otros «enemigos - objeto»: miles de gitanos, disidentes, homosexuales, Testigos de Jehovah, polacos, católicos, comunistas y millones de civiles.

En *Los orígenes del totalitarismo* Arendt (1951) consideró, además de al nazismo, al estalinismo como un régimen totalitario cuyos actos reflejaron un «mal radical», pero respecto al estalinismo no profundizaremos en esta oportunidad.

Dada la amplitud del tema, de las numerosas propuestas y obras, elegimos, desde el psicoanálisis, limitarnos a analizar algunos conceptos propuestos por Sigmund Freud (1856- 1939). Freud falleció veintitrés días después que Alemania invadió Polonia y se desencadenó la Segunda Guerra Mundial. Si bien no fue testigo de los horrores más «impensables» que cometieron los nazis durante la guerra, le tocó vivir el surgimiento de las ideologías raciales, antisemitas y del nazismo e incluso fue víctima de su intransigencia. Los aportes freudianos son fundamentales para comprender el

comportamiento destructivo que se hizo patente en los albores del siglo XX, la primera guerra mundial, los años posteriores que desembocaron en la segunda guerra mundial.

Dicho esto, creemos -y es una de nuestras hipótesis de trabajo- que no se ha logrado aprehender ni comprender en toda su dimensión, amplitud y profundidad el «mal absoluto» del que el individuo o su grupo es capaz, del que es y son responsables en la medida de ser llevado a cabo con intencionalidad y conocimiento de causa. Los regímenes totalitarios basaron muchos de sus comportamientos en planteamientos ideológicos que sostienen que el ser humano es superfluo y prescindible. Sus actos mostraron un afán de deshumanizar, de desconocer la singularidad, la unicidad y la dignidad que caracterizan al individuo en tanto ser libre. Su finalidad fue eliminar a quienes eligieron como «enemigos objeto» por medio de actos de suma crueldad y terror, cuya máxima expresión son los campos de concentración, de reclusión y exterminio en tanto fábricas de muerte.

En relación a lo interdisciplinario, es importante aclarar que Hannah Arendt fue una intelectual aguda, crítica, polémica, por momentos radical en sus ideas, pero, sobre todo, independiente, que se caracterizó por cuestionarlo todo y por no aceptar *a priori* ni incondicionalmente ninguna posición filosófica, línea de pensamiento, tendencia o filiación política. Su inquietud fue «comprender», (se consideraba una «comprendedora») y encontrar «la verdad» estaba por encima de todo, por lo que evitó todo límite a su libertad de pensar. Se le reconoce como una filósofa de gran relevancia en el siglo XX; el concepto mismo de «mal radical» y *Los orígenes del totalitarismo* (Arendt, H., 1951), establecieron un hito en materia de teoría política.

A ella se la describe como una intelectual aguda, crítica, polémica, por momentos radical en sus ideas, pero, sobre todo, independiente. Respecto al creador del psicoanálisis, podríamos mencionar características semejantes. En su búsqueda de develar la «verdad», Freud descubrió cómo los mecanismos inconscientes la distorsionan y se manifiestan a través de síntomas, actos fallidos, sueños, lapsus, etc. Su método de investigación y de teorización modificó para siempre la comprensión de la dinámica de la mente humana. Freud tampoco permitió que elementos externos a su búsqueda lo distraigan de su objetivo. Una vez que le quedó clara la repercusión que tiene la mente en la creación de síntomas, desde su visita a Charcot en el Hospital de la Salpêtrière.

Freud fue descubriendo el valor de la palabra dicha, escuchada e interpretada, haciendo de ello un método. Se concentró en su auto-análisis, interpretó sus propios sueños, observó, escuchó, especuló respecto a la formación de sus síntomas y los de sus pacientes. Cuando se vio obligado a replantear ideas propias que impedían el avance en

la comprensión de los problemas que iban apareciendo, lo hizo con valentía para seguir las pistas que la observación clínica y teórica le fue imponiendo.

Como tercera participante de esta especie de encuentro interdisciplinario, me ubico como interlocutora con ambos autores con el deseo de entender, desde la perspectiva psicoanalítica, lo que implica el «mal radical». Es decir, el objetivo es «traducir», si cabe, dicho término a conceptos psicoanalíticos. Además, reconocer las coincidencias y los desencuentros de estos dos grandes pensadores del siglo XX en relación al tema planteado.

Los conceptos que creemos nos van a ser de utilidad para llevar a cabo esta búsqueda de hacer una «lectura psicoanalítica» del «mal radical» están relacionados, por un lado, con la «pulsión de agresión» y las diversas variantes que de ella derivan: la «pulsión de apoderamiento, de dominio, de crueldad», la «pulsión de muerte»; la influencia del superyó en dichas pulsiones. Además, exploraremos el concepto de «lo ominoso», los fenómenos psíquicos del individuo cuando actúa dentro de una masa en diversas situaciones. Freud dedicó algunos artículos a su desilusión frente al comportamiento de los ejércitos durante la Primera Guerra Mundial, la importancia del líder en dichas circunstancias, entre otros aportes que puedan iluminar nuestro entendimiento en este intercambio.

Las consecuencias socio-económicas, políticas y morales que dejaron los doce años de poder del nazismo en la historia reciente de Europa y de la Humanidad han sido estudiadas por diversas disciplinas. Cada una de ellas trató de aportar nuevos elementos de comprensión respecto a esas conductas nunca antes vistas, que sobrepasaron la imaginación respecto a lo que el individuo puede ser capaz; crímenes que la propia Arendt calificó de incastigables, porque no había legislación ni categorización alguna para describirlos y juzgarlos y porque no existe castigo suficiente para la magnitud de dicha destructividad. La ferocidad contra los judíos, el ensañamiento para hacerlos sufrir gratuitamente y la destructividad aniquiladora desplegada, no tenían parangón alguno.

A pesar de la diferencia de edades y de momentos vitales, ambos autores vieron surgir al nazismo, fueron testigos de su llegada al poder y de cómo lo monopolizaron. Freud sólo presencié las primeras fases, el abuso del poder y las primeras medidas políticas destinadas a ir despojando gradualmente a los judíos de todo derecho fundamental, empezando por limitarlos jurídica y económicamente en Alemania y en Austria. Uno de los primeros decretos nazis fue prohibir el psicoanálisis y quemar la obra de Freud junto con miles de otras obras de autores judíos y no judíos, que no apoyaban su ideología. Fue parte de su manera de imponer su visión de una Alemania «pura», sin influencias ajenas. El tercer Reich no se conformaba con Alemania y Austria; pretendía

adueñarse de Europa y, si fuera posible, del mundo entero para que gobierne el «superhombre ario» en un proyecto de mil años de intolerancia y persecución.

Los intereses culturales y formación académica de Arendt estuvieron impregnados de múltiples influencias. Su tesis doctoral fue de carácter filosófico – teológico: *El concepto del amor en san Agustín* (Arendt, H., 1928). Un año después empezó a escribir la biografía de *Rahel Varnhagen: La vida de una judía* (Arendt., 1958), libro con el que comenzó a indagar acerca de la problemática de la identidad de los judíos en una Alemania emancipada. Al huir del régimen nazi en 1933, si bien terminó de escribir un par de capítulos del libro en mención, sus escritos giraron, principalmente, en torno a la situación política de Alemania y de Europa y el particular ensañamiento de ese régimen en contra de los judíos.

Fue una lectora precoz, interesada en amplísima variedad de temas, le gustaba mucho la literatura del periodo romántico alemán, la poesía y la filosofía, el latín, el griego; decía que provenía de la tradición filosófica [académica] alemana. En su entorno familiar materno se hablaba y se discutía de política; estaban muy al tanto de los diferentes sucesos, corrientes de pensamientos y cambios sociopolíticos que ocurrían alrededor, a pesar de lo cual, ella no se interesó al respecto en su primera juventud Arendt.

Eso cambió cuando llegó a la universidad de Marburgo, donde se vivía una intensa revolución del pensamiento. A diferencia de muchas personas, incluidos familiares, conocidos, intelectuales -judíos y no judíos-, Arendt tuvo la capacidad de advertir, entender y anticipar la aceptación y el poder que el nazismo estaba ganando en la vida política alemana presagiando que, si ello continuaba, terminaría suscitando una catástrofe para la tradición occidental conocida hasta esos momentos, aunque incluso para ella fue imposible imaginar la dimensión que adquiriría la misma. Arendt pensaba que no era la única; que quienes estuvieron dispuestos a prestar atención y pensar en lo que estaba sucediendo, incluso antes que los nazis se hicieran del poder, probablemente desde 1928 – 1929, podían anticipar que se venían tiempos de gran dificultad.

El evento que terminó por afianzar su percepción y modificó su posición personal fue el incendio del *Reichstag* en febrero de 1933. Hitler acababa de ganar las elecciones y aprovechó dicha circunstancia para declarar el estado de emergencia, abolir los derechos fundamentales vigentes y justificar detenciones arbitrarias. Arendt estuvo al tanto de arrestos, deportaciones y desapariciones de personas de las que no se volvió a saber nada más. Desde una postura más silenciosa y de pasiva observación, pasó a ser una activa ciudadana que ayudó a esconder y a huir a muchos de los que el régimen empezó a perseguir con el pretexto de ser considerados sospechosos del incendio. La realidad política alemana se transformó y a partir de ese momento, Arendt comprendió que el

«destino personal» de los judíos cuando salían de sus casas, había cambiado radicalmente. Ahora sabía que podían ser detenidos, deportados y no regresar jamás. En una entrevista televisiva concedida a Günter Gauss en 1964, Arendt afirmó que, *si a una la atacan como judía, tiene que defenderse como judía* (Arendt, H., 1964:28) Había quedado claro que ya no más se podría considerar alemana y como recuerdo del país en que nació solo le quedaba la lengua materna.

A pesar de los riesgos que implicaba, colaboró con Kurt Blumenfeld, antiguo amigo de la familia y representante de la Organización Sionista Alemana, analizando textos en las diversas bibliotecas universitarias, buscando información que permitiera anticipar futuras acciones antisemitas. Por dichas actividades Arendt fue detenida en 1933 por la GESTAPO, pero gracias a su habilidad para «ganarse» al guardia que la vigilaba, logró salir en libertad. En cuanto pudo, huyó de Alemania en un largo periplo hasta llegar a los Estados Unidos, a donde llegó en mayo de 1941.

A partir de lo vivido, de sus experiencias, reflexiones y observaciones, Arendt estudió, dio conferencias y publicó acerca del acontecer socio-político en la Alemania nazi y de la situación de los judíos en Europa. Como corolario, desarrolló su propuesta acerca del origen de los regímenes totalitarios, considerando al estalinismo y al nazismo como sus más conspicuos representantes; describió que los líderes totalitarios trataban de inspirar, «fascinar» y, finalmente, exigir a quienes lograban impresionar, que sigan sus designios, logrando hacer de las masas convocadas los «brazos ejecutivos» de sus desquiciadas ideas, cargadas de sentimientos persecutorios y paranoicos. En su retórica, encarnaban un poder absoluto y consideraban que, con dicho poder, todo era posible. Entre sus propósitos estaba el eliminar la individualidad- subjetividad de las personas, desconociendo que cada ser humano es único e irrepetible; buscaban convertir al conjunto en una masa homogénea, sin pensamiento propio ni mirada crítica, que siga sin objetar sus mandatos. Los líderes totalitarios como Stalin y Hitler lograron que, durante un largo tiempo, la masa conformada por sus seguidores, gran parte de sus respectivos pueblos, se identifique con sus planteamientos y contribuya en la labor de ejecutar sus planes de dominio total, de exterminio de los «enemigos objetivos», -en el caso de los nazis, judíos, gitanos, homosexuales, comunistas, débiles físicos y mentales- haciéndolos partícipes de la ficción de la superioridad de la raza, para mantener la supuesta pureza del «superhombre ario», argumento por medio del cual justificaron sus conductas atroces, extremas e imperdonables.

A partir de 1942 se filtraron rumores e informaciones acerca de la puesta en marcha de la llamada «solución final», de las monstruosidades que ocurrían en los campos de concentración y exterminio. Las potencias aliadas no hicieron nada al respecto.

Al finalizar la guerra y frente a los horrores de las «fábricas de la muerte», de la devastación dejada por ellos, Arendt se preguntó cómo un fenómeno proporcionalmente pequeño e irrelevante respecto a la realidad poblacional, económica y/o política, como era la llamada «cuestión judía» y el antisemitismo, fueron capaces de despertar pasiones y fervores ideológicos lo suficientemente intensos como para que el Partido Nacionalsocialista y sus colaboradores, llevaran a cabo con tanto éxito y eficiencia la eliminación de seis millones de judíos.

Los campos de concentración, de exterminio y de muerte sólo podían ser producto de una voluntad perversa. Una voluntad que no se puede adjudicar a motivaciones pecaminosas, sino que era la expresión de un «mal absoluto», un mal que consideraba que no podía ser deducido de motivos humanamente comprensibles. Se trataba de *un mal nunca antes visto, un «mal radical»* (Arendt, H., 1951:11).

Además del antisemitismo, el imperialismo brindó nuevos elementos que facilitaron el surgimiento del totalitarismo. Del imperialismo los regímenes totalitarios recogieron la idea y las actitudes acerca de que el ser humano era prescindible y superfluo, la vida del individuo perdió su valor, lo que hacía presagiar que el triunfo totalitario podría significar la destrucción de la Humanidad.

Arendt intentaba entender cómo así una sociedad como la alemana, tan «evolucionada» y reconocida como una de las más civilizadas, con tantos aportes culturales e intelectuales, había caído en la fascinación y ceguera de la ideología nacionalsocialista, tan aparentemente contraria a la tradición ética que precedió a esa debacle moral. Ese mismo cuestionamiento se hizo Sigmund Freud durante la Primera Guerra Mundial, cuando observó el comportamiento de los ejércitos y que el afán destructivo encandiló a muchos intelectuales, filósofos, pensadores y artistas.

Nos preguntamos: ¿Qué es lo que lleva a ciertas personas a dejarse llevar por ideologías totalitarias? ¿Qué fenómenos psicológicos intervienen para que algunos líderes, estando en el poder, lo ejerzan de forma «absoluta», dominando, sometiendo, humillando cruelmente a otros seres humanos a los que consideran inferiores y prescindibles? ¿Cómo logran que sus «seguidores totalitarios» desplacen sobre el grupo objetivo la denigración, odio y desprecio hacia éstos e identificarlos según palabras de su líder, Hitler, como «gérmenes» que infestan e infectan y que son portadores - representantes de «todos los males»? ¿Qué pasa en la psique de gente aparentemente culta, civilizada, que deja de lado sus aparentes adquisiciones de convivencia social y los vuelve capaces de utilizar y/o tolerar que se ejerza tanto horror, devastación y muerte, así, sin protestar, sin criticar, sin mostrar el menor reparo?

Freud se preguntaba lo mismo y lo plasmó, entre otros textos, en *De guerra y muerte. Temas de actualidad* (Freud, S., 1915b). Al igual que Arendt, Freud provenía de un hogar judío ilustrado. Freud se identificaba con un «judaísmo sin Dios». Su padre, Jacob Freud, conocedor de la ortodoxia judía, le transmitió los valores del judaísmo. Freud nunca puso en duda su sentido de pertenencia a dicho grupo humano. Por el contrario, afirmaba que sus padres eran judíos y que él lo siguió siendo.

Su educación formal fue la típica de cualquier otro joven austríaco o alemán. Según P. Gay (1988) Freud no participó activamente en ningún movimiento juvenil político o social, judío o no judío. Dedicaba todas sus energías y su mente al trabajo intelectual. Afirmaba que no sentía ninguna predilección por ejercer la medicina, aunque fue la carrera profesional que siguió; lo que tenía era «hambre de conocimiento» principalmente respecto a la naturaleza humana, de descubrir el enigma de la mente, de la cultura y el auto-conocimiento. Las particularidades de su historia familiar, su infancia, el contexto de la misma y su profundo deseo por saber, conformaron la base de su manera de pensar y su permanente cuestionamiento acerca del funcionamiento mental, que luego desarrolló en su quehacer teórico.

En su adolescencia tomó verdadera conciencia de ser judío cuando en la década de los mil ochocientos ochenta, en Alemania y en Austria se empezaba a hablar de la «raza judía» y surgió el antisemitismo político, diferenciado del odio religioso hacia los judíos, ideología que se diseminó ampliamente entre los estudiantes, en las universidades y la sociedad austríaca y alemana. Fue en la Universidad de Viena donde sintió los efectos del «antisemitismo» más abiertamente. Según él decía, la impertinencia de sus compañeros gentiles los llevaba a tratar de que se sienta inferior por ser judío y porque lo consideraban extranjero. Freud no se dejó intimidar por pertenecer a esa minoría ni en lo intelectual ni en lo «racial». A lo largo de su carrera profesional fue víctima del prejuicio antisemita, lo que retrasó su nombramiento como *Professor*, hasta febrero de 1902. Sus profesores Nothnagel y Krafft-Ebing, quienes lo habían propuesto para el cargo, le advirtieron que ser judío era una de las razones por la que su nominación tardaba en cristalizar. Era la Viena gobernada por el antisemita Karl Lueger y el clima antijudío empezaba a afectar la carrera profesional de los judíos austríacos.

De adulto participó en la logia *Wien*, sucursal vienesa de la logia judía de estilo masónico *B'nei B'rith* («Los hijos del pacto») que tiene entre sus objetivos enfrentar al antisemitismo. Freud se incorporó a la logia en 1897 y dictaba conferencias de divulgación de sus teorías entre sus miembros, donde eran acogidas con mayor apertura que en otros ámbitos.

Freud eligió aislarse de su medio profesional circundante para llevar a cabo su autoanálisis y escribir *La interpretación de los sueños* (Freud, S. 1900 [1899]). Necesitaba un espacio íntimo y sin interferencias para desarrollar sus ideas, aunque temía que no serían bien recibidas.

Al psicoanálisis freudiano se le acusó de ser una «ciencia judía». Como ya señalamos, cuando Hitler subió al poder, poco después del incendio en el Reichstadt en 1933, prohibió la práctica del psicoanálisis y se quemaron sus libros. En 1938 su hija Anna fue arrestada por la GESTAPO lo que obligó al ya anciano Freud a abandonar su amada Viena y refugiarse en Inglaterra. Los acontecimientos políticos de Austria, de Alemania y finalmente de toda Europa, se vieron reflejados en el contenido de algunas de sus obras.

Freud inició su investigación psicoanalítica tomando como eje central a la «libido sexual». A medida que su teoría avanzaba, la pulsión sexual fue descrita y denominada con distintos nombres hasta que finalmente optó por el concepto de «Eros» o «pulsión de vida». En cambio, la pulsión de agresión fue concebida, en un primer momento, como parte de la pulsión sexual que cobraba importancia en algunas patologías, pero este enfoque dejó de ser suficiente para explicar una variedad de fenómenos psíquicos. Esto llevó a Freud a replantear su teoría pulsional, a analizar los efectos de la pulsión agresiva cuando se separa de la pulsión sexual y especular respecto de la existencia de una pulsión especial, silenciosa, autónoma y destructiva a la que denominó «pulsión de muerte».

La exteriorización de esta pulsión se observa a través de conductas crueles, hostiles y de dominio hacia el objeto; en ocasiones dicha exteriorización se da de manera recíproca, pero por lo general es uno de los participantes el que domina y el otro, el dominado. Cuando esta pulsión se externaliza de forma extrema, destruye al objeto. Por ello, esta manifestación de agresividad extrema entre los seres humanos pondría a la sociedad bajo una permanente amenaza de disolución, por quedar la pulsión aniquiladora completamente separada de la pulsión de vida, lo que equivaldría al riesgo de la destrucción de la Humanidad, si es que triunfaban los afanes totalitarios y se extendiera el «mal radical», como señala Arendt.

En este trabajo, dedicamos el primer capítulo a hacer una breve explicación de las ideas de Immanuel Kant en relación con el «mal radical», que contribuirán a entender las razones que tuvo Arendt de utilizarlo, a su manera, para describir los horrores de las fábricas de muerte, los campos de concentración y la destructividad nazi.

En el segundo capítulo exploraremos los aportes de Hannah Arendt vinculados al tema. Solo tomaremos en cuenta los textos que antecedieron y dieron lugar a *Los*

orígenes del totalitarismo en 1951. En esta oportunidad no incluiremos otros aportes de su vasta obra, ni siquiera el concepto de «banalidad del mal» expuesto por Arendt en *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal* (Arendt, H., 1963) pues excede los propósitos del presente trabajo.

El tercer capítulo será dedicado a las ideas de Sigmund Freud que consideramos relevantes para la reflexión propuesta: desde la «pulsión agresiva» hasta el concepto de «pulsión de muerte»; los aspectos de sus escritos vinculados al surgimiento de la sociedad, la cultura y la civilización que puedan arrojar luz sobre el tema; el análisis de artículos referidos a la Primera Guerra Mundial; el intercambio epistolar con Albert Einstein y los aportes de sus últimos escritos relacionados a nuestro tema.

El cuarto capítulo se destinará a discutir y confrontar los aportes de ambos autores, buscando complementariedades, diferencias, coincidencias.

El quinto capítulo lo dedicaremos a las conclusiones, dándole especial relevancia a los hallazgos a los que nos llevó este intercambio teórico.

Sabemos que se trata de un tema muy polémico y muy estudiado. Diversas disciplinas como la teología y la filosofía han abordado el tema del «mal». Revisamos algunos de ellos, desde *La Biblia Hebrea*, en la que el «mal» representa la ausencia del «bien» hasta el mismo Kant, I. (1793) *Sobre el mal radical en la naturaleza humana* obra en la que hace un recorrido por las más importantes corrientes filosóficas y teológicas desde la antigüedad hasta llegar a sus propias propuestas. Autores más recientes como T. Abraham, A. Badiou y R. Rorty (1995) con sus *Batallas éticas*; S. Rosenberg (1996) *El bien y el mal en el pensamiento judío*; Safranski R., (1997) con *El mal o el drama de la libertad* o B. Sichère (1995) con sus *Historias del mal*. Ricoeur, P. (1967) *The Symbolism of Evil* tratan también el tema.

El psicoanálisis, la historia, la sociología, la literatura, etc., se han preocupado por entender el fenómeno de la Shoah, cómo ocurrió, por qué ocurrió, cuáles son sus consecuencias transgeneracionales. Revisamos la obra de G. Agamben (2000) *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo*; Goldhagen, D. J., (1996) *Los verdugos voluntarios de Hitler*; R. Rosenbaum (1998) *Explicar a Hitler. Los orígenes de su maldad*; S. Friedländer (1971) *¿Por qué el Holocausto? Historia de una psicosis colectiva*. Otros autores abordaron el tema relacionándolo con el psicoanálisis como M. Benyakar (1998) *Agresión y violencia en el milenio. La cadena del mal* o en su libro *Lo disruptivo. Amenazas individuales y colectivas: el psiquismo ante guerras, terrorismo y catástrofes sociales*. Benyakar M. (2003); Graziano, F., (1992) *Divine Violence. Spectacle, psychosexuality & radical Christianity in the Argentine "Dirty War"*. En el Perú destacan la obra de M. Lemlij, (2004) *El antisemitismo en el siglo XXI* y la de G. Portocarrero (2004)

Rostros criollos del mal. Más de un trabajo se refiere al concepto de «mal radical», otros se enfocan más en la «banalidad del mal», tomando a Arendt como referencia.

En este trabajo incluimos referencias a algunos de estos trabajos, independientemente de que citen a Arendt o no; revisamos textos desde la perspectiva histórica o literaria, psicoanalítica o enfocados al tema de la Shoah, desde el poema de León Felipe, el libro *A history of the Holocaust. Revised Edition* de Yehuda Bauer (1982), *El mal radical. Una indagación filosófica* de Richard Bernstein (2002); *A Psychoanalytic History of the Jews* de A. Falk (1996), *Desde el juicio a Eichmann. Sobre el nazismo, la Shoah y su banalización* de G. D. Perednik (2014b) *Crónica del Holocausto. Las palabras e imágenes que hicieron historia* (Weber, L. & ed., 1999) entre otros. No pretendemos revisar toda la bibliografía al respecto ni incluir reseñas de los libros antes mencionados. Revisamos parte o todo su contenido para empoderarnos de una idea internalizada del tema a tratar, pues de otra forma entrar en el detalle excedería las demandas de tamaño y especificidad que este trabajo requiere.

Creemos que constantemente aparecen diferentes formas y circunstancias de irrupción caótica y/u organizada, destructiva, de la pulsión de muerte; que surgen en personas que, en su afán de poder y dominio se comportan de tal manera que permiten o facilitan una manifestación o actuación semejante al «mal radical». Pensamos por ello, que siempre quedarán espacios abiertos para seguir investigando el tema.

El aporte de nuestro trabajo consiste en la búsqueda de los conceptos psicoanalíticos freudianos que pueden dar cuenta de los fenómenos que, al consolidarse, dieron por resultado el surgimiento de ideologías y regímenes totalitarios como el nazismo y la manifestación de ese particular tipo de «mal absoluto». No estamos aplicando el concepto a tal o cual situación o momento, estamos desglosando los componentes que se sintetizan en el «mal radical» utilizando conceptos freudianos que puedan explicarlo. Y dado que el mal se sigue «reinventando», creemos que esta especie de «traducción» de términos procedentes de dos diferentes autores y disciplinas permitirá ver los límites de los mismos y las áreas que merecen mayor revisión y profundidad.

Nos limitamos al «mal radical» y no a la «banalidad del mal». Sólo analizaremos las propuestas freudianas que creemos nos arrojan luz sobre el tema, y no a toda la obra de Freud o de otros autores psicoanalíticos por varias razones: porque encontramos sumamente válida y apropiada la elección de Arendt para referirse a la macabra destructividad externalizada por los nazis durante la *Shoah* mientras que la «banalidad del mal», acuñada más de diez años después de la publicación de *Los orígenes del totalitarismo* (Arendt, H., 1951) obedece a una evolución teórica y circunstancias que ameritan, por sí solas, un análisis particular; por la posibilidad de establecer cierto paralelo

entre el origen, educación, formación académica e intelectual y coincidencia en el tiempo y de los autores con los que decidimos dialogar, que fueron testigos vivenciales del surgimiento de estos sucesos que cambiaron para siempre la historia de la Europa que se conocía hasta entonces e incluso pusieron en riesgo la supervivencia de la Humanidad. Incluir puntos de vista de otros autores psicoanalíticos sobrepasaría los límites y objetivos que nos planteamos en esta oportunidad.

Este trabajo ha sido investigado, elaborado y escrito desde la perspectiva de una mujer judía, vinculada cognitiva, afectiva y emocionalmente con el tema de la *Shoah*. Elegimos profundizar específicamente en el «mal radical» desplegado por las huestes nazis y sus nefastas consecuencias para el pueblo judío. Dejamos de lado al otro gran representante del totalitarismo, el régimen estalinista según propone Arendt, por cuestiones de espacio y afinidad con el tema; analizamos la dinámica del antisemitismo como uno de los orígenes que la misma Arendt incluye para el surgimiento del totalitarismo, consideramos como alternativa a «antisemitismo», utilizar el término de «judeofobia» (Pinsker, L., 1882) dado que describe el encono irracional hacia los judíos, quienes fueron odiados en sociedades seculares, paganas y religiosas; en lugares en los que habitaron judíos y en los que nunca se les conoció.

En la línea del libelo *Los protocolos de los Sabios de Sion*, los judíos son acusados por los nacionalsocialistas de ser el alma y motor de los comunistas, éstos pretendían convencer a todos de que los judíos eran los banqueros capitalistas responsables de las miserias de los pueblos; cuando los judíos gastan son señalados por ostentosos, cuando no lo hacen, son avaros. La proyección de capacidades omnipotentes y omnipresentes, sin importar las contradicciones, ha tenido gran relevancia en el odio a los judíos: por hacer o por dejar de hacer, por participar o por abstenerse, en el fondo, la animadversión y el odio se circunscribe al «ser» judío. (Perednik, G. D. 1992). Tiempo después utiliza el término «judeofobia» y describe una serie de características distintivas: su antigüedad, su generalización, lo permanente, lo profundo, lo obsesivo, lo peligroso, lo quimérico y lo fácil. (Perednik, G. D., 2011)

El odio entre diversos grupos ha quedado manifiesto a través de la historia de la humanidad. Conflictos por motivos territoriales, religiosos, ideológicos, raciales, ocasionaron dolor, segregación y destrucción desde siempre. Toda persecución y violencia deja huellas de dolor y sufrimiento imborrables y las víctimas merecen nuestra empatía y solidaridad; pero creemos que hay diferencias entre dichos conflictos y la judeofobia, particularmente lo ocurrido durante la *Shoah* tiene características únicas que explicaremos a lo largo del trabajo, aunque no juzgamos lo genuino y válido de un sufrimiento sobre otro. Sabemos y reconocemos que muchos de los métodos de

destrucción aplicados contra los judíos fueron utilizados por los nazis contra otros grupos humanos que despreciaban y perseguían, aunque no con la misma intensidad o sistematización, incluso diferenciándolos por barracones, para no mezclar a unos con otros. Los sobrevivientes de estos grupos también quedaron profundamente afectados y traumatizados.

No pretendemos ser neutrales frente a lo que estudiamos, pero sí haremos todo lo posible para mantener la objetividad necesaria y posible respecto a lo que aquí plantearemos.

Queremos ser parte de quienes aportan a la comprensión de los comportamientos extremos, destructivos y radicales, para prevenir, en lo posible, repeticiones de tragedias de tal magnitud, así como ser partícipes de la tarea de lograr puntos de encuentro entre el psicoanálisis freudiano y la teoría política arendtiana.

I. «Mal radical»: Kant

Este trabajo se ocupa del concepto de «mal radical» utilizado por Hannah Arendt (1905-1975) en *Los orígenes del totalitarismo* (Arendt, H., 1951), para referirse a los hechos atroces llevados a cabo por los nazis durante los doce años que estuvieron en el poder, y de los que una de sus más nefastas consecuencias fue la *Shoah*, además de la eliminación de millones de personas por ser homosexuales, gitanos, débiles mentales, comunistas, disidentes y/o pertenecer a alguna otra «categoría» odiada por el régimen.

Desde tiempos inmemoriales, cuando tuvo la oportunidad, el ser humano exteriorizó su capacidad destructiva dirigida contra sus congéneres en guerras por territorios, por motivos religiosos, de conquistas y demás, en las que desplegó distintos niveles de crueldad y horror, como señalan Kant (1793) y Freud en diversos capítulos de su obra: el mal fue parte del mundo desde que hay registro histórico.

Antes de ser creado Auschwitz, antes de los campos de concentración y exterminio; cuando todavía no surgían los regímenes totalitarios, la historia de la humanidad no había presenciado una organización, sistematización y tecnificación para crear fábricas de muerte ni sospechaba que el hombre podía ser capaz de actuar de manera tan cruel, fría, despiadada, premeditada, con el propósito, declarado y anunciado, de eliminar a una parte de sus semejantes a los que consideraba infrahumanos. Una monstruosidad así pensada no había existido antes.

Posiblemente por ello, Arendt (1951) señaló que la tradición filosófica nunca antes pudo imaginar la posible existencia de un «mal radical», un mal absoluto que supera la imaginación, lo que como seres humanos habríamos podido anticipar y cuya máxima expresión fueron los campos de concentración y exterminio, *esa particular institución del totalitarismo que está más allá de la comprensión humana* (Arendt, H., 1950:284) Los campos de concentración y exterminio junto con las fosas del olvido, los asesinatos extrajudiciales, los fusilamientos, las marchas de la muerte, la muerte por inanición y demás métodos ocasionaron la aniquilación de más de seis millones de judíos y varios otros miles personas «objetivos enemigos» (como homosexuales, comunistas, disidentes, gitanos «romaníes» y «sinti», Testigos de Jehovah y demás).

Esta dificultad de pensar el «mal radical», probablemente está relacionada a la impotencia para explicar las manifestaciones de criminalidad, agresividad y destrucción de individuos contra individuos. En épocas ancestrales la humanidad se refugió en la creación de figuras endiosadas, a quienes atribuyeron características omnipotentes; dioses, semidioses, figuras celestiales y demonios fueron figuras sobre las que se desplazó, proyectó y responsabilizó tanto por las bondades que el individuo recibía como

por el mal llevado a cabo por los hombres. A ellos se les adjudicó la responsabilidad de la presencia del mal en el mundo. Para Arendt, el único filósofo que tal vez sospechó la existencia de un mal absoluto, de un «mal radical» producto de una «voluntad perversa» fue Kant, acerca de ello escribió en *Sobre el mal radical en la naturaleza humana* en 1793.

En base a sus argumentos y ante las evidencias dejadas por los nazis, Arendt se refirió al «mal radical» en la última parte de *Los orígenes...* Este concepto se fue construyendo y consolidando en artículos previos relacionados al tema escritos entre 1945 y 1948.

Con el paso de los años, de las experiencias vividas y de su reflexión teórica, la concepción y entendimiento que Arendt tuvo acerca del «mal» fue variando. En su libro *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal* (Arendt, H., 1961) se refiere a una forma diferente de manifestación del mal, al que describió como «banal».

En este trabajo nos limitaremos a la comprensión del «mal radical» y los fenómenos socio-económicos y políticos que facilitaron su manifestación y que fueron expuestos por Arendt en diversos textos previos a, e incluso en, *Los orígenes del totalitarismo* (Arendt, H., 1951).

Tales manifestaciones de violencia y maldad generaron desconcierto y curiosidad lo que fue un estímulo para que diferentes pensadores se preguntaran acerca de su naturaleza y de su origen. Se trataba de un concepto difícil de aprehender en su totalidad, aún lo es. En los albores de la historia y por mucho tiempo, (incluso ahora), algunos individuos y pueblos con el apoyo en textos religiosos des-conocieron y proyectaron sus pulsiones y fantasía agresivas y/o negativas refugiándose en la creencia de que éstas provenían de alguna fuerza superior, externa al individuo y que lo trascendía. Se solían adjudicar a los dioses o a los demonios, adjudicándoles poderes omnipotentes capaces de castigar a los individuos, de manifestarse a través de éstos por medio de los comportamientos negativos de las personas. En épocas fundacionales en las que los individuos se sentían particularmente desvalidos frente a un mundo que los sobrepasaba y con eventos que no comprendían del todo, era común que se depositaran los aspectos rechazados de sí mismos en las figuras consideradas poderosas (divinas o demoníacas) la responsabilidad sobre las voluntades y acciones humanas, lo que permitía deslindar y evadir las propias culpas.

Nosotros tomaremos como referencia a la filosofía kantiana. Kant comienza *La Religión dentro de los límites de la mera Razón* (Kant, I., 1793) diciendo que el mundo está en el mal es una queja tan antigua como la historia (Kant, I., 1793:35)

Kant señalaba que algunas religiones, (que se basan en la idea de la existencia de un legislador moral poderoso, un legislador fuera del hombre), sostenían que el «bien» antecede al «mal». El argumento opuesto sostiene que el «mal» antecedió a lo «bueno» y que el hombre progresó gradualmente hacia estados mejores; pero en este trabajo no nos ocuparemos de estas otras teorías.

Respecto a las primeras, algunas sugieren que el universo comenzó con una Edad de Oro donde el bien precedió a todo lo que surgió después, lo que dio lugar a una vida dichosa y paradisíaca, época que duró un tiempo limitado hasta que dio paso a una era diferente. Esa temporada podría entenderse como un bello sueño del que el individuo despertó para enfrentar otra realidad antes desconocida y que lo puso en contacto con aspectos conflictivos, contradictorios, difíciles de la vida, ausentes en el paraíso original descrito, por ejemplo, en el Génesis bíblico. Este proceso fue descrito como la *caída [del hombre] en el mal, un mal tanto moral como físico* (Kant, I., 1793:35). Siguiendo la línea de dicho texto, dado que el hombre proviene de un entorno paradisíaco rodeado del «bien», podría decirse que no fue corrompido desde su fundamento e incluso, si llega a comportarse mal, puede mejorar. En el paraíso el hombre vivía en un estado atemporal; cuando fue expulsado del mismo, se creó el «ahora histórico», que es tan antiguo como el tiempo. En dicho espacio y tiempo, el individuo se confrontó con la «ausencia del bien», es decir, con la posibilidad de virar la voluntad buena hacia el mal moral.

Kant tomó como referencia la *Creación del Hombre* relatada en el Génesis bíblico. Antes de la creación lo que había era el caos, desorden de carácter neutro, sin valoración negativa o positiva. Cuando realizó con la creación, *Dios vio que era bueno* (Katzenelson, M., 1991:2). Es decir, después de crear la luz y la oscuridad, el día y la noche, la tierra y los océanos, el mundo vegetal y animal y después de cada día, su obra era *bueno*. Al sexto día creó al hombre, [*Génesis I: 27*]... [...] *macho y hembra [Génesis I: 31]* Y *vio todo lo que había hecho [...] era muy bueno...* (Katzenelson, M., 1991:2,3). En la interpretación judía, si para Dios su obra «era buena» significa que estaba exenta del «mal», el cual aparece ante la ausencia del «bien». El Génesis relata que Dios descansó el séptimo día y después creó un jardín en el Edén, donde ubicó al hombre y a la mujer junto a árboles, ríos, animales y plantas. Dios bendijo al hombre y le ofreció como alimentos a los animales y los frutos de los árboles del paraíso, menos los del árbol del conocimiento del bien y del mal y del árbol de la vida. En el paraíso el hombre estuvo rodeado de «bien», todas sus necesidades estaban cubiertas y vivía en «estado de inocencia» pero también en libertad, únicamente limitada por el mandato divino. Podía hacer lo que quisiera en el paraíso, menos comer los frutos prohibidos. La ley divina equivale a la ley moral, que ya estaba dada y la advertencia de las consecuencias si ésta no se cumplía también estaba

dada. *Como el hombre desoyó la prohibición, atrajo sobre sí la consecuencia de la «muerte».* (Safranski, R., 1997:21)

El «mal» no se había manifestado, pero cabía la posibilidad de que se manifieste. Convivían en el paraíso el hombre en «estado de inocencia», la ley moral como pauta del «deber», (prohibición), el conocimiento de que desobedecer dicha ley implicaría la alternativa de contrariarla y un castigo consecuente al acto de desobedecer. Eso indicaría que en el paraíso comienza la posibilidad de la consciencia en el individuo y la libertad. El «mal» nace con la elección libre para rechazar la ley y materializar su desobediencia a través del acto de hacer lo contrario a lo que le mandaron. Las acciones tienen como resultado reacciones. El castigo divino fue la expulsión del hombre del paraíso.

Como señala Safranski, Dios no solo creó al hombre, sino que le proporcionó como posibilidad de tener *una apertura al «ser»*; dicha apertura se amplió y enriqueció con la *dimensión del «deber»* que aparece en ese entorno cerrado del paraíso. Sin embargo, en el mismo paraíso aparece la posibilidad de la consciencia y con ella, *la ventura de la libertad*. El individuo gana, pero también pierde. En un principio compartía la dimensión única del paraíso con los otros habitantes, pero al perderla, se pierden tres aspectos de los que gozaba en el paraíso: Dejamos de ser enteramente «naturaleza», tal y como son los animales; nos damos cuenta que Dios es consciencia pura, que está limitado ni por la naturaleza; dejamos de ser el niño que se comporta como «animal divino», espontáneo, capaz de responder con inmediatez. Por ello, *cuando el hombre recibió la libertad de elección, [perdió] la inocencia del devenir y del ser* (Safranski, R., 1997:23)

Salir del paraíso significó el fin de la infancia humana. El hombre se vio obligado a cubrir sus necesidades y aceptar que existen contradicciones entre lo que le dice su deseo y lo que le dice la razón. La libertad le permite hacer elecciones correctas o incorrectas; la recién adquirida consciencia le permite saber las consecuencias de sus elecciones y de sus actos. Estas elecciones -dice Safranski-, pueden llevarlo al éxito, pero también al fracaso, lo que lo confronta con el tener que aceptar las limitaciones de la propia razón y ello forma parte del precio de la libertad.

Podríamos hacer una analogía entre la descripción kantiana del proceso de adquisición de la consciencia moral con la obra de Freud. El Dios es un representante del padre primigenio, es visto como el «Dios Padre». El bebé, nace en un estado que podríamos llamarlo similar al «estado de inocencia», con una dependencia absoluta de la madre o sustitutos para sobrevivir. Para el bebé, sus padres tienen esas características omnipotentes que se le suele atribuir a Dios. Al ir creciendo, gradualmente introyecta (hace propias, con consciencia de ello o no) las limitaciones y normas que los padres le imponen. Al crecer, el niño va adquiriendo mayor autonomía e independencia, así como la

consciencia de lo que implica desobedecer la norma paterna. El infante, según Freud, fantasea pensando que el castigo que recibirá, sería la castración. Ante tal amenaza el niño establece gradualmente mecanismos de defensa (como la represión) para controlar la emergencia de pulsiones agresivas y hostiles hacia sus progenitores. En dicho proceso, se va estructurando en el niño la «conciencia moral», a la que Freud después llamó «superyó» con ello, el reconocimiento del «deber» y las consecuencias del «hacer».

Poder pensar el problema del «bien», del «mal» y lo que el tema de las religiones se constituya en un asunto del pensamiento, sólo es posible si se admite la existencia de una *dimensión propia, específica, [...] irreductible, [...] que tiene lugar dentro de los límites de la mera Razón* La Razón es una *facultad presente en cierto género de entes* (Kant, I., 1793:7)

Aristóteles definió la filosofía -dice Kant- como aquella ciencia que *contempla el «ser-ente» en tanto «ser-ente» y así (contempla) lo que en el ser-ente, según él mismo, impera ya de antemano*, es parte de él, le pertenece, es constitutivo de él. Esta presencia está dada, es una condición *a priori*. «Ente» significa *lo que es, existe o puede existir*. Participa del ser y *tiene propiedades que, como ente, le son propias. El concepto trasciende lo material...* (Definición.de) Para Kant, el «ente» también es constitutivo del ser, condición que es una posibilidad dada *a priori* y que constituye su esencia. La filosofía moderna plantea que el individuo está seguro de saberse a sí mismo en tanto «sujeto». La subjetividad es el *ser-sujeto del sujeto, [y] se convierte en la instancia básica de la determinación del ser (sujeto): [...] lo que está puesto ya de antemano*. El sujeto tiene el «objeto» cuya esencia también está dada (*a priori*) como objeto. *El lugar de estas condiciones de posibilidad a priori, la reunión (no la suma, sino aquello en lo que de antemano todo ello se encuentra reunido) de las mismas es la Razón. [...] previamente a que esto o aquello se dé en ella, la Razón pura* (Kant, I., 1793:9,10)

Kant plantea que, a la par, el ser de lo ente, (no el ente en sí), tiene carácter de objeto; los objetos se deben regir por nuestro conocimiento. La *finitud de la Razón* está dada porque contiene la constitución del ser, pero no lo constituye. La Razón entendida como conocimiento es la Razón especulativa que incluye el aspecto del querer y del hacer.

La determinación *a priori* de la voluntad, a la que Kant describe como Razón pura, no puede ser brindada por el objeto de la voluntad, porque la voluntad puede «apetecer» al objeto, a la *materia*; la voluntad no puede darse de manera empírica, *el fundamento de determinación del albedrío* viene a ser la representación de esa materia, del objeto. El sujeto es el que apetece algunas características del objeto o al objeto mismo. Eso no significa que ese «desear» implique el sentimiento de placer o displacer, sino la intención

de llevar a cabo el deseo; tampoco el conocimiento es una mera sensación, es más bien un concepto. Para decir que se quiere algo, no sólo debe haber el disfrute o la inclinación a disfrutarlo, sino la *determinación* de desear y/o hacer *tal cosa en tal caso* respecto a ese objeto. Esta determinación de la voluntad es denominada una *máxima*, una tesis en tanto principio práctico, subjetivo, *que contiene una determinación universal de voluntad*, que no es válida necesariamente para todo ser racional, pero sí lo es *de modo universal para la voluntad del sujeto*. (Kant, I., 1793:10, 11)

En cambio, la ley práctica, válida para todo ser racional, es un principio que contiene una determinación de la voluntad cuyo valor no obedece a ninguna condición, por lo que no está ligado al aspecto de apetecer a algún objeto. La ley moral es una ley práctica, un principio incondicionado, que parte de la idea del hombre como ser libre y esa libertad le permite vincularse él mismo, gracias a su Razón, a las leyes incondicionadas. No necesita condiciones ni la idea de otro ser que esté por encima de él, de un Ser Superior para comprender el «deber» y para cumplir con dicho deber. Para obrar bien, la Moral no necesita de otro motivo impulsor para guiarse por la ley moral. Le es suficiente la ley que contiene la condición formal del uso de la libertad. (Kant, I., 1793:21, 23)

Dado que la ley moral pretende el más elevado nivel de bien posible, ésta termina conduciendo hacia la Religión, dado que muchos hombres necesitan creer que existe un Ser Superior, *un legislador moral poderoso* (Kant, I., 1793:24), santísimo, moral, omnipotente, vigilante, que obliga a cumplir con las leyes y castiga cuando falla y que delimita el campo de acción del hombre, determinando lo que puede y debe hacer y lo que no. A esta necesidad humana de pensar en alguien por encima de sus capacidades, se debe el florecimiento y la fuerza de las religiones. Contiene en sí la condición formal del uso de la libertad y que eso le debería ser suficiente; ejercer libremente su capacidad de limitarse, de constreñirse, de someterse a las leyes.

Este fundamento es un acto de libertad, con la intencionalidad (voluntad) de adoptarlo, lo que nos permite afirmar que la razón no es la única que afecta las decisiones del hombre. En su naturaleza finita se encuentra la lucha entre la imperfección subjetiva de la voluntad, afectada por las inclinaciones, motivaciones y deseos, por un lado, y las leyes objetivas de la razón en pro de la perfección moral, por el otro. Esta lucha crea la necesidad de establecer imperativos y constricciones a la voluntad para conseguir el buen obrar. Cuando dicha constricción no cumple la función de limitar las inclinaciones, motivaciones y deseos y el hombre desobedece la ley, se estaría dejando llevar por una «voluntad mala», lo que da lugar al mal, diría Kant.

Siguiendo con la analogía comparativa (no exacta, por cierto), que hicimos anteriormente respecto a la teoría freudiana, los aspectos o el fundamento subjetivo

estaría dado por las pulsiones que demandan del «yo» su satisfacción. A la par el «yo» se ve presionado por las exigencias del «superyó» que ha internalizado las normas morales transmitidas por la figura (ley) paterna y la sociedad que lo llevan a reprimir las pulsiones y evitar la amenaza de la castración.

Volviendo a Kant, él sostiene que el hombre fue creado «bueno» y su predisposición original es «para el bien»; de él, de su racionalidad y de su voluntad depende seguir en esa senda o dejarse llevar por lo malo, que estará determinado según la máxima que adopte, la misma que es *un principio práctico, una tesis que contiene una determinación universal de la voluntad* (Martínez, M., F., 1969:11).

Cuando se califica a una persona como mala, *no [es siempre ni únicamente] porque ejecute acciones que son malas (contrarias a la ley), sino porque éstas son tales que dejan concluir máximas malas en él* (Kant, I. 1793: 36). Por ello, el «fundamento del mal» no reside en algún objeto que determine el albedrío, no se basa en algún impulso natural o en alguna inclinación. Únicamente puede basarse en una regla que el mismo albedrío determinó respecto al uso de su libertad.

Siguiendo con Kant, el hombre es responsable por las máximas que adopta gracias a su libre albedrío, sin embargo, su elección de una máxima buena o una máxima mala no responde a la experiencia, sino que es «innata» en el sentido de que está allí desde el principio, en la base y se le representa como presente desde el nacimiento. Un aspecto esencial de la adopción de una máxima es la intencionalidad en el uso de la libertad, que conforma el primer fundamento subjetivo de las mismas.

Kant hizo una diferenciación entre el individuo particular y el hombre en tanto especie. Para entender la disposición original de la «naturaleza del hombre» hacia el «bien», señaló que cuenta con tres disposiciones:

- La disposición a la «animalidad», referida al amor físico y de carácter mecánico, ella no tiene como raíz la razón -ni hay en ella participación de ésta. Esta predisposición nos lleva a pensar en las pulsiones de auto-conservación o pulsiones de vida, aludidas por Freud, Freud coincide con la descripción de Kant acerca de las características de esta disposición: la necesidad de la conservación de sí mismo, de la conservación de la especie, además de la disposición a asociarse en comunidad con otros hombres, a través –diría Freud- del instinto gregario. Dado que en esta disposición a la «animalidad» no participa la Razón, podríamos pensar que dicho individuo se maneja con predominio del proceso primario más interesado en satisfacer la pulsión que guiarse por el criterio de realidad. Este proceso es de carácter

inconsciente y su funcionamiento no obedece a la lógica aristotélica, no actúa bajo las leyes de espacio y tiempo.

- La disposición a la «humanidad» que se refiere también al amor a sí mismo, pero que le permite al individuo compararse con otras personas. En este caso, gracias al uso de la razón, puede juzgar sus distintos estados emocionales, distinguir si se siente dichoso o infeliz, compararse, valorarse y valorar a los demás; sentirse igual o diferente que los otros, sentir envidia, celos, rivalidad respecto a ellos. Estos últimos afectos fueron descritos por Freud como resultado de mecanismos de defensa que aparecen en las primeras etapas del desarrollo mental, siendo la envidia la más primaria de ellos y son respuesta a lo que distintos vínculos interpersonales generan en el pequeño. En ese nivel de evolución intelectual, predomina la utilización del pensamiento concreto y/o pragmático de las funciones mentales superiores, más vinculado a lo literal, lo tangible y lo observable.

- Tener la idea de la ley moral y el respeto que ésta merece, es la «personalidad» misma. En cambio, la disposición a la «personalidad» es la capacidad, la posibilidad para sentir respeto por la ley moral como *motivo impulsor suficiente por sí mismo, del albedrío*. (Kant, E., 1793: 45) lo que despierta el «sentimiento moral». En tanto alternativa posible, todavía no constituye un fin. El carácter del albedrío es adquirido, pero *debe estar presente en nuestra naturaleza una disposición sobre la cual absolutamente nada malo puede injertarse* (Kant, E., 1793: 36). La ley moral y el correspondiente respeto inseparable de ella, no es exactamente una «disposición para la personalidad», sino que es

- El fundamento subjetivo que nos permite admitir el respeto por la ley como motivo impulsor en nuestras máximas, es un agregado a la personalidad.

Creemos que este proceso puede ser entendido como paralelo al pensamiento secundario, más sofisticado, responsable de las funciones mentales superiores como la atención, capacidad de hacer juicios, razonamiento y acciones controladas que respondan a los anteriores juicios y reflexiones y hacer uso del pensamiento abstracto y de carácter simbólico. Ello hace del individuo, además de un ser vivo, un ser racional.

La «disposición a la personalidad» se origina en *la Razón incondicionalmente legisladora* (Kant, E., 1793:45). Kant se refiere al individuo como ser racional, que comprende la ley, que es responsable de sus actos y en ese sentido, susceptible de ser «imputable». Estas disposiciones son «buenas» en tanto no están en pugna con la ley

moral, sino que además son «disposiciones al bien» en la medida en que promueven seguir la ley moral.

Las disposiciones a la «animalidad» y a la «humanidad» pueden ser usadas por el hombre contrariamente a su fin, pero no las puede eliminar de sí dado que son partes constitutivas del «ser» y las requiere en tanto tal «ser». Esta explicación kantiana nos recuerda el entrelazamiento pulsional, indispensable para el adecuado funcionamiento de los procesos mentales descritos por Freud y que él describió tomando como basamento el funcionamiento biológico de los seres humanos. Son «originales» en la medida que pertenecen, se originan necesariamente con las posibilidades de la naturaleza del hombre.

Según Kant, si bien el hombre fue creado para el «bien» porque la disposición *al bien [...] pertenece a la posibilidad [necesaria] de la naturaleza humana*. (Kant, E., 1793:46). En ese sentido es original es para el «bien». Existe una «propensión al mal», pero esta característica es contingente, dado que el individuo podría continuar siéndolo sin ella y que se manifiesta cuando el individuo no se guía completamente por el sentido del deber y de la moral. Esta propensión al «mal moral» está relacionada con la posibilidad de que una inclinación o apetito habitual, influya y afecte en la elección de sus máximas. La aptitud o falta de ella para actuar bien o mal está en cada uno, según se acepte o no la ley moral como la máxima suprema a seguir. Cuando una persona actúa eligiendo el «bien», se dice que tiene *buen corazón*. Cuando elige actuar guiado por el mal y se desvía de las máximas vinculadas a la ley moral, se dice que tiene *mal corazón* (Kant, E., 1793:46).

El hombre, incluso el mejor de ellos, es propenso al «mal» lo que se evalúa a través de sus actos. Kant divide en tres los grados de la propensión al mal. En un primer nivel se encuentra la «debilidad del corazón» humano en el seguimiento de máximas adoptadas, que se refiere a la fragilidad de la naturaleza humana que, deseando obrar bien teniendo un motivo impulsor objetivamente bueno, subjetivamente no actúa de acuerdo a ello. Esta forma de actuar sería producto de la mencionada fragilidad o debilidad del corazón humano.

El segundo nivel es aquel en el que se mezclan «motivos impulsores morales» con «motivos inmorales», lo que da como resultado «motivos impuros». En estos casos la máxima es objetivamente buena y el deseo de ejecutarla es fuerte, pero su contenido no es puramente moral porque la ley moral no aparece como motivo impulsor suficiente y la persona requiere de otros motivos impulsores para completar la acción. En estos casos invierte el orden moral y acoge primero el amor a sí mismo y luego la ley moral. Ello lo convierte en malo, creándose dentro de él una contradicción: sus acciones pueden ser

guiadas por la ley moral, (buenas), pero sin darse cuenta, las subordina para lograr sus objetivos personales, aparentemente legítimos como buscar la felicidad, tener ambición, pero se guía por el amor propio, incluso por adoptar una actitud empática para actuar conforme a la ley, deja de ser fiel a ésta porque se deja llevar por motivos impuros.

En el tercer nivel se encuentra la propensión a adoptar directamente máximas malas. A ello Kant lo llamó «malignidad de la naturaleza humana». También se le conoce como «perversidad o *perversitas* del corazón humano». Se trata del «estado de corrupción» del corazón humano que privilegia los motivos no morales y pospone el motivo impulsor constituido por la ley moral. En estas diversas formas de actuar se pueden adoptar acciones buenas que responden a las leyes morales, pero se atiende primero los motivos impulsores sensibles elegidos por medio del libre albedrío y luego a la ley moral. Cuando ello ocurre, el «pensamiento es corrompido desde su raíz» en lo que respecta a la intención moral. En esos casos también se considera al «hombre malo».

En ocasiones las acciones así llevadas a cabo concuerdan con la ley, por lo que no queda clara la diferencia entre un hombre moralmente bueno de aquel que ostenta buenas costumbres, cuyas acciones no necesariamente tienen a la ley como supremo y único motivo impulsor. Su concordancia con la ley es meramente contingente y de igual manera que concuerdan con la ley, podría no concordar con ella o transgredir a la misma. (La benevolencia, la búsqueda de honor, etc.) El hombre moralmente bueno, en cambio, siempre tiene a la ley como único motivo impulsor y sus actos se guían según el verdadero espíritu de la ley.

Es preciso considerar que hay un elemento subjetivo de determinación del albedrío que precede a todo acto, porque antes de llevarse a cabo dicho acto, se puede invertir sus motivos. En este caso se trata de un fundamento que todavía no se materializa en un acto; se trata de la intencionalidad de llevarlo a cabo, está todavía en calidad de potencialidad de ejecutarse y se evaluará si es bueno o malo según se tenga a la ley como un único motivo impulsor. Mientras tanto, la propensión al mal no llega aún a materializarse, pero queda abierta la posibilidad. Si la intencionalidad en el uso del libre albedrío admite una máxima suprema adoptada contraria a la ley y expresada en un acto, estaríamos hablando de la materialización de la «propensión al mal», dicha intención de no obedecer la ley, fue primero, lo precedió. Dado que se trata de un acto «en la primera significación», [sería] *peccatum originarium*. Se trataría de un acto inteligible, que la Razón puede conocer y anticipar, no está condicionado por el tiempo y en ese sentido se trata de una «mera propensión». Una propensión «innata», que no puede ser extirpada dado que acepta la máxima suprema como mala. El mal corrompió justamente a la máxima suprema. No podemos indicar una causa al respecto como tampoco podemos

decir que es una propiedad fundamental perteneciente a la naturaleza del hombre. El supremo fundamento subjetivo de todas las máximas no está enraizado ni entretelado en su naturaleza. Se le puede considerar como una propensión natural al mal, que es siempre culpable (de corromper la máxima suprema), por ello se le puede llamar un «mal radical innato», -a la vez que es contraído por el hombre- «en» la naturaleza humana.

Cuando se trata del fundamento de todo acto contrario a la ley, estaríamos hablando de *peccatum derivatum* o vicio, -el cual puede ser evitado de muchas maneras, pues sus motivos impulsores no constituyen la ley misma. Por el contrario, Kant llama virtud a la adecuación a la ley. Como las acciones de los hombres son guiadas por el libre albedrío, son imputables y calificadas como moralmente malas cuando el individuo escoge invertir sus motivos.

Por ello, lo que diferencia a un hombre bueno de otro hombre malo, es la subordinación que hace cada uno de ellos de sus motivos impulsores. Cuando la persona elige la ley como motivo impulsor, es un hombre bueno, si se subordina a los impulsos de los sentidos, es un hombre malo. Sobre este individuo se dice que tiene mal corazón o perversidad del corazón, lo que puede darse junto a una voluntad buena, pero dicho mal proviene de la fragilidad de la naturaleza humana. En esos casos se le consideraría culpable de sus actos, pero no de cometerlos de manera premeditada. Cuando se adopta directamente una máxima contraria a la ley, se trataría de una culpa premeditada.

Desentenderse del «deber» y «hacer» lo contrario al fundamento de todas las máximas, trae como resultado el inicio del mal y de la condición humana como ser finito, imperfecto, capaz de desobedecer la ley moral. El mal no comienza como una propensión a él, porque no sería producto del uso de la libertad. El mal surge de la utilización del libre albedrío, gracias a una voluntad racional que le permite al hombre elegir transgredir a través de un determinado acto distinto a la adopción de la ley como un único motivo impulsor.

Como agentes morales, *no podemos dejar de reconocer el imperativo categórico* (Bernstein, R. 2002:66), independientemente de si elegimos acatarlo o no.

Recordemos que el imperativo categórico representa una acción en sí misma, objetivamente necesaria, pero sin vinculación a ningún fin, sin referencia a algún propósito a ser alcanzado. El imperativo categórico es único y se expresa en una ley práctica.

Obra de modo tal que la máxima de tu voluntad pueda siempre a la vez valer como principio de una legislación universal (Kant, I., 1793:12)

En cambio, el imperativo práctico fue fraseado de la siguiente manera:

Obra de tal modo que uses la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre como un fin al mismo tiempo y nunca como un medio (Kant, I., 1785:44,45).

A nivel individual, ya no como especie, el hombre puede repudiar la ley moral y libremente oponerse a ella. Es completamente posible que el hombre repudie y desafíe la ley moral y negarse a hacer lo que la ley moral le indica. Si ello lo hace sistemáticamente, se diría de él que es moralmente perverso y malvado.

En ese caso, es válido pensar que los individuos ejecutores de las ordenanzas totalitarias nazis, eran moralmente perversos y malvados, en el sentido señalado por Kant (y no en el sentido psicoanalítico, más vinculado a las conductas sexuales).

Kant establece algunos límites a los incentivos para adoptar máximas. Primero: el incentivo moral que permite ajustarse a la ley moral. Segundo: incentivos amorales que surgen de los deseos e inclinaciones naturales. Kant los considera producto del «amor propio». Si este amor es tomado como el principio de todas nuestras máximas, se le puede considerar como *la fuente misma del mal* (Bernstein, R. 2002:70).

Kant considera que no hay excusas morales para justificar nuestras malas elecciones. No es válido alegar que nuestro comportamiento está determinado por causas naturales que nos obligan a elegir o desear algo que es moralmente inaceptable. Por más arraigada que esté la propensión a elegir máximas malas, decidir o actuar de mala manera, es producto de nuestra voluntad libre y somos responsables de ello.

Por eso, cuando se acusa a algún individuo de ser parte de quienes cometieron crímenes de guerra, atrocidades y comportamientos crueles e inhumanos, como los SS nazis, entre otros, es válido considerar que eligieron actuar de mala manera, guiarse por la máxima mala producto de su voluntad libre y en ese sentido son responsables, culpables e imputables.

El «fundamento del mal» no reside en algo que determine el albedrío del hombre, el cimiento del mal no está dado por una inclinación o por un impulso; se basa únicamente en una regla que el propio albedrío se aplica a sí mismo: una máxima que le permite el uso de su libertad gracias a una voluntad racional libre. No se puede condicionar dicho uso a la determinación producto de causas naturales porque contradiría la esencia de la libertad. Implica el entendimiento de lo que significa la ley moral y las consecuencias de optar no seguirla, de dejarse llevar por una máxima mala, lo que también contribuye a que los actos cometidos puedan ser imputados.

Esta es la razón central que motiva a Arendt acoger el concepto kantiano de «mal radical» para referirse a las atrocidades cometidas por el régimen del Tercer Reich y por el estalinismo, porque sus motivaciones ideológicas totalitarias estaban claramente contra

la ley moral como único y supremo motivo impulsor como su máxima; los regímenes totalitarios tenían clara consciencia e intencionalidad respecto de lo que estaban llevando a cabo, es decir, eligieron voluntaria y conscientemente transgredir la ley moral.

II. Teoría política de Hannah Arendt: *El origen del totalitarismo* y el «mal radical»

El principio, el fin: todos los caminos del mundo, todo el clamor de la humanidad lleva hacia ese lugar maldito. He aquí el reino de la noche, donde se oculta el rostro de Dios y un cielo en llamas se convierte en cementerio de un pueblo evaporado (Wiesel, E., 1958).

...*el reino de la noche, donde se oculta el rostro de Dios...*: Auschwitz, epítome del horror, desolación y muerte fue aquel lugar en donde *la gente vivía y desaparecía de un día para otro* (Wiesel, E., 1958). El más grande de los campos de concentración, cuya sola mención se asocia con horror, desolación y muerte.

Nacht und Nebel – Noche y niebla es el nombre del documento redactado por el abogado y SS Sturmbannführer Karl Heinz Hoffmann que contenía los acuerdos de la conferencia de Wannsee el 20 de enero de 1942. En dos horas de debate se decidió la «Solución final de la cuestión judía» - (*Endlösung der Judenfrage*). Describe las medidas necesarias para cumplir con el propósito central del proyecto nazi: acelerar el exterminio del pueblo judío, principalmente los que vivían en Alemania, pero también en el resto de Europa. En el documento se ordenaba que los detenidos que ingresen a un campo de exterminio, deberían desaparecer entre la oscuridad y la niebla, entre el *humo de las chimeneas* (Weber, L., ed., 1999:213). Un año antes, en abril de 1940, Heinrich Himmler ordenó la construcción de Auschwitz – Birkenau, la mayor «fábrica de muerte» del régimen nazi; donde se perfeccionó e implementó el método más eficaz para el exterminio masivo y resolver definitivamente, el «problema judío». Bajo sus órdenes, sus subordinados de la S.S. reemplazaron el monóxido y dióxido de carbono aplicados en los camiones y cámaras de gas por pastillas de Zyklon B, (cianuro de hidrógeno), más efectivo que el monóxido y cuyo uso se generalizó en otros campos (Hilberg, R. 1961).

Cuando el mundo no había imaginado siquiera que una institución como Auschwitz podía ser creada por el hombre, cuando nadie suponía la posibilidad de los campos de concentración; cuando todavía no surgían los regímenes totalitarios, la humanidad no sospechaba que el ser humano fuese capaz de actuar de manera tan cruel, fría, despiadada, horrorosamente organizada y sistematizada, para eliminar a sus semejantes. Una monstruosidad así no había existido antes.

En una entrevista televisiva liderada por Günter Gauss, Arendt (1964) recordaba que las noticias provenientes de Europa eran cada vez más escalofrantes e imposibles de creer, pero ninguna de ellas tuvo el impacto desestabilizador y horrífico como fue escuchar los rumores acerca de Auschwitz, en 1943:

Al principio no lo creímos... [...], iba en contra de todas las necesidades militares [...] Tan lejos no podían ir [...]. Esa fue la verdadera conmoción, [...] esto era otra cosa. Era realmente como si el abismo se abriese. [...] la fabricación de cadáveres y todo lo demás [...] No debió permitirse que ocurriese [...] (Arendt, H., 1964:30, 31).

Ninguna ciencia o quehacer humano, la filosofía, la antropología, la jurisprudencia, la psicología, la literatura o la poesía, estaban preparadas para describir tal espectáculo de muerte. Posiblemente por ello, Arendt señalaba que era *inherente a toda la tradición filosófica el hecho que no podemos imaginar [el] «mal radical»* (Arendt, H., 1951:11), un mal que supera la imaginación, lo humanamente pensable, cuya máxima expresión fueron los campos de concentración y muerte. Esta institución del totalitarismo es casi imposible de comprender, junto con las fosas del olvido y las marchas de la muerte, fueron el escenario principal en el que se llevó a cabo la *Shoah*.

El primer campo de concentración en Europa fue el de Talergof, creado para la población rusa, los ortodoxos y la población rusófila de Galicia ucraniana a principios de la Primera Guerra Mundial

A pesar de la dificultad, Arendt tenía la necesidad de entender, *lo esencial [era] comprender: debo comprender* (Arendt, H., 2005:25, 29; Kristeva, J., 1999: 42). Arendt dedicó toda su vida a comprender *el hecho atroz de que un fenómeno tan pequeño (y en la política mundial tan carente de importancia) como la cuestión judía y el antisemitismo, llegara a convertirse, primero, en el agente catalítico del movimiento nazi, [...], de una guerra mundial [...], y [la creación], de las fábricas de la muerte* (Arendt, H. 1951:12).

No todos querían comprender lo sucedido. Existe una corriente entre los estudiosos de la *Shoah* que piensan que comprenderlo todo, es perdonarlo todo (Michman, D., 1977)

El poeta y dramaturgo Itzjak Katzenelson, mientras estuvo interno en el campo de concentración de Vittel en Francia, llevó un diario en el que escribió que él no aceptaba causa o texto de «estudiosos» que traten de encontrar razones, causas, o de comprender ese afán destructivo, lleno de terror y sinrazón, más aún, rechazaba dichos textos por considerarlos torpeza y estupidez, *maldito sea quien busque causas económicas, políticas*. Decía que sentía respeto por la economía política, pero se preguntaba *¿qué relación tienen esa disciplina con el desenfreno criminal que ese hombre [Hitler] desató sobre nosotros?* (Katzenelson, I., 1943: 461)

Para Arendt entender no significaba perdonar sino poder pensar aquello que no se entiende. Nunca había habido algo más difícil de entender que *el horror de la Shoah*. Para acercarse a ello, *la única «reflexión» posible sobre el infierno, es la «imaginación*

aterrorizada» de quienes supieron narrar el recuerdo de Auschwitz (Kristeva, J., 1999: 42, 116).

La vivencia destructiva cotidiana que minaba la esencia de la existencia humana de aquellos que vivieron ese infierno fue descrita por Primo Levi (1958):

*...Considerad si es un hombre
Quien trabaja en el fango
Quien no conoce la paz
Quien lucha por la mitad de un panecillo
Quien muere por un sí o por un no.
Considerad si es una mujer
Quien no tiene cabellos ni nombre
Ni fuerzas para recordarlo
Vacía la mirada y frío en regazo
..... (Levi, P., 1958:29)*

Arendt lo describió de la siguiente manera:

En Auschwitz, la solidez de los hechos se ha convertido en un abismo que arrastrará a su interior a quienes intenten poner un pie en él. [...] Cuando la solidez de los hechos se ha convertido en un abismo, el espacio al que uno accede al alejarse de él es, por así decirlo, un espacio vacío en el que no hay naciones y pueblos, sino hombres y mujeres aislados para los que no es relevante lo que piensa la mayoría de los seres humanos o siquiera la mayoría de su propia gente [...] es importante no aferrarse obstinadamente a sus respectivos pasados nacionales, pasados que no explican absolutamente nada, pues ni la historia alemana ni la judía explican Auschwitz (Arendt, H., 1976: 12).

Entonces, ¿cómo entender lo que ocurrió durante los años en que el régimen nazi desplegó esa maquinaria destructiva y horrificadora contra los judíos? La catástrofe, el «Holocausto», la *Shoah* fue la aniquilación de seis millones de judíos, producto del plan de Adolf Hitler para destruir la «raza judía», la única población europea que no tenía escapatoria: ningún lugar a dónde ir, nadie que los recibiera o quien los protegiera. La Shoah implicó torturar interminable y sistemáticamente, física y psicológicamente, aterrorizar a niños, jóvenes, ancianos; aumentar el sufrimiento al mayor grado posible, donde sea y gratuitamente, categorizar a una población entera a nivel de insectos,

«piojos», a cuya destrucción había que dedicarle el tiempo y esfuerzo que requiriese; desarrollar nuevos y más eficientes métodos de asesinatos masivos, apoyados en los avances tecnológicos. (Perednik, G. D., 2014^a) El pueblo judío, donde sea que se ubicara, nunca se había enfrentado a un proyecto tan decidido de exterminio.

Para desconcierto de algunos y horror de muchos otros, no se necesitó que los partícipes fuesen asesinos natos para conseguir su cometido. Muchos de los que no trabajaron en las fábricas de muerte, los que no fueron parte del sistema, se hicieron de la vista gorda cuando se enteraban de alguna monstruosidad organizada por el régimen; de una forma u otra aceptaron los hechos en el proceso de deshacerse de «sus judíos». A Arendt (1976) cada vez le parecía más claro que hubo un grado de complicidad del pueblo alemán que fue muy bien tramada, manipulada y propulsada por los nazis de forma deliberada y consciente.

Según Raúl Hilberg (1961) la destrucción de los judíos europeos no fue tanto producto de órdenes dadas o leyes dictadas, sino que fue cuestión de espíritu, de comprensión compartida, de consonancia y sincronización entre los diferentes actores que conformaron el aparato gubernamental, los ciudadanos de a pie y muchos de los pueblos conquistados por el Tercer Reich. Goldhagen (1996) afirmó que los nazis fueron apoyados por los «verdugos voluntarios de Hitler». No se trata de afirmaciones necesariamente prejuiciosas. Como afirmó Saúl Friedländer citado por Perednik, *no hubo ningún grupo social, ninguna comunidad religiosa, ninguna institución académica, ninguna asociación profesional en Alemania o a lo largo de Europa que declarara su solidaridad con los judíos* (Perednik, G. D., 2014b:27). Perednik señala que la *Shoah* fue la *persecución, degradación, y asesinato –sistemático, estadual, y gratuito- de seis millones de judíos, por parte del Tercer Reich de Alemania y Austria y de sus aliados* (Perednik G. D., 2014b:24). Nada de lo ocurrido en la Alemania nazi fue producto de una locura generalizada, de una violencia irracional descontrolada o locura desbordada. Todo lo contrario, representa un fenómeno surgido en el pueblo reconocido como uno de los más cultos de la tierra, incluso de la sociedad europea del siglo XX. (Michman, D. 1977)

Es cierto que el mismo término «cultura» ofrece variadas maneras de comprenderlo. Del latín *cultūra* – *culturam*, originalmente hacía referencia a la capacidad de cultivar la tierra, pero gradualmente se fue refiriendo más específicamente a la capacidad de cultivar las facultades humanas, a lo que el hombre es capaz de aprender en contraposición de lo que se trae como resultado de la herencia biológica. Desde el punto de vista filosófico, se suele definir «cultura» partiendo de las bases dadas por E. B. Taylor, que señala que «cultura o civilización, [...] es aquel todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y cualesquiera otros hábitos y

capacidades adquiridas por el hombre en cuanto miembro de la sociedad». (Nueva Enciclopedia Larousse, 1981:2526) C. Lévi-Strauss señala que lo puramente biológico proviene de la naturaleza y lo adquirido es producto de la educación y de la tradición. Freud se refiere a la cultura como la «suma de operaciones y normas que distancian nuestras vidas de la de nuestros antepasados animales, y que sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres». (Freud, S., 1930:88) En el presente trabajo, nos limitaremos a estos autores y conceptos de cultura porque creemos que coinciden con lo que representaban para Freud y para Arendt al momento en que ellos se refirieron a la sociedad de su tiempo.

Goldhagen (1996) creía que la *Shoah* sólo pudo producirse bajo el auspicio alemán porque, además de las teorías raciales, la subida al gobierno del partido nazi y su fuerte antisemitismo, Alemania era el único país con la suficiente pericia y equipo militar, capaz de conquistar el resto de Europa. Esto permitió a los líderes alemanes pensar que podían eliminar a los judíos de manera impune, sin temor a la reacción de los demás países.

En sus primeros artículos Arendt esbozó las características que diferenciaron las políticas nazis y su comportamiento durante la Segunda Guerra Mundial, respecto a las guerras que la precedieron: ninguna de ellas tuvo un trasfondo ideológico. Antes de la segunda guerra, no se habían utilizado ni descubierto los «beneficios» de la propaganda y la guerra política como estrategias contra los enemigos locales (los internos, ajenos a su ideología o forma de pensar) y los externos. Los nazis combinaron elementos, algunos completamente nuevos y originales, otros ya utilizados, pero no en forma sistemática, lo que hizo de ésta una guerra sin precedentes. Arendt consideraba que el nazismo comenzó sin una base ni relación con la tradición occidental de los siglos posteriores a la Edad Media. Ideológicamente hablando, tampoco surgía de algún precedente previo. Por el contrario, uno de sus rasgos principales fue, desde su inicio, su radical negación y violación de todas éstas y ello trajo como consecuencia *el desplome de todas las tradiciones alemanas y europeas, [tanto] de las buenas como de las malas* (Arendt, 1945b: 139).

En julio de 1948 Arendt publicó *The Concentration Camps* (Arendt, H., 1948) en el *Partisan Review* cuyo contenido fue incluido en la última parte de *Los orígenes del totalitarismo*, (Arendt, H., 1951) redactado entre 1944 y 1945. Allí desarrolló el concepto kantiano de «mal radical» para describir el comportamiento nazi que reflejaba una «voluntad perversa» adoptada libre y racionalmente, en base a su propio albedrío, basándose en una «máxima mala» para deshacerse de sus enemigos dentro de los fundamentos de su ideología.

Ni los campos de concentración ni las cámaras de gas fueron un invento nazi. Los campos funcionaron como centros de confinamiento o detención de personas por motivo de su pertenencia étnica, social, sus creencias políticas, orientación sexual, por actos individuales, prisioneros de guerra, etc., sin haber pasado por un juicio previo o haber recibido alguna garantía legal. Los primeros campos en los que se internó grupo de civiles, prisioneros rebeldes de Polonia, cuando los rusos crearon campos en Polonia-Lituania, mientras se los deportaba a Siberia, durante el siglo XVIII, después los colonizadores africanos también los utilizaron.

La gran «innovación nazi» fue asociar los ya existentes y/o nuevos campos de concentración, aumentando la capacidad de internamiento para recibir a quienes se condenaba a trabajos forzados, etc., y adicionarles instalaciones de exterminio: las cámaras de gas, que, sin ser nuevas tampoco, al poco tiempo requirieron de grandes hornos crematorios para deshacerse de los cuerpos. (Hilberg, R., 1961:955)

No fue el odio a los judíos *per se* (ya sea como judeofobia o antisemitismo político), ni el deseo de conquista o el dominio ejercido por las dictaduras como el que se vio en los distintos emprendimientos imperialistas, lo que motivó la creación de estas fábricas de muerte y métodos de destrucción, el totalitarismo fue la manifestación más extrema de cada tendencia que lo precedió y que propició su surgimiento. Al emerger como forma de gobierno se puso en evidencia la fragilidad de la dignidad humana que no puede sostenerse debidamente sin libertad. Con ello surgió también la necesidad de salvaguardarla. Explicar cómo surgió el totalitarismo fue el propósito del mencionado libro *Los orígenes...* Arendt consideró que el surgimiento del antisemitismo moderno, los aportes ideológicos y actitudinales del imperialismo y la evolución de las ideologías, principalmente las raciales contribuyeron a la consolidación del totalitarismo germánico como del totalitarismo estalinista.

Arendt modificó el entendimiento que tenía acerca del «mal radical» a medida que evolucionaba su reflexión teórica y principalmente al ser testigo presencial y reportera del juicio llevado a cabo contra Adolf Eichmann en Jerusalén. Por la extensión de este documento, hemos elegido deliberadamente, limitarnos a los conceptos vertidos por Arendt hasta la publicación de *Los orígenes del totalitarismo* (Arendt, H., 1951)

II.1 El antisemitismo moderno y su relación con el totalitarismo

Cuando Arendt (1953b) aludía a los orígenes del totalitarismo, no se refería a causas *per se*, sino a algunos acontecimientos que en sí mismos no son causas, sino que, únicamente vistos en retrospectiva, ayudan a iluminar el pasado y a considerarlos

como elementos intervinientes, observables únicamente después que cristalizaron en formas fijas y definitivas. Sin dicha cristalización habría sido muy difícil deducirlos su influencia e importancia.

Los factores socioeconómicos como el desempleo, los antecedentes políticos, algunos hitos históricos y culturales, fueron considerados por Arendt como elementos que facilitaron el surgimiento primero de una diversidad de ideologías, una serie de distintos «ismos» (positivismo, marxismo, evolucionismo, etc.) que aparecieron a lo largo del siglo XIX, entendiendo que el sufijo «ismo» se refiere a unidad, que ligada a una característica o idea, estaría indicando una conducta o argumento que presenta una visión de mundo, particularidad, fundamento aceptado «en bloque» por todos los que creen en ello (Michman, D. 1986). Entre ellos estaba el racismo, el antisemitismo, el socialismo y los movimientos totalitarios que en sí mismos no constituían el totalitarismo ni se los puede considerar como causa exclusiva de éste sino como parte de los diversos factores coadyuvantes en el surgimiento de los regímenes totalitarios.

Arendt consideraba que el antisemitismo moderno fue producto de la coincidencia simultánea de varios factores, que contribuyeron con su surgimiento, difusión, éxito y amplia aceptación a nivel de las masas.

- a) La revolución industrial que comenzó en Inglaterra en la segunda mitad del siglo XVII y se extendió un tiempo después por Europa Occidental y Central y Estados Unidos. Se considera que terminó entre 1820 y 1840 y trajo una transformación del orden económico, laboral, tecnológico y social sin parangón en relación con los últimos milenios (Michman, D., 1986).
- b) La decadencia y posterior desaparición del Estado-Nación en Europa.
- c) La ruptura del sistema de organización nacional entre los países europeos que había prevalecido desde la finalización del sistema feudal.
- d) La Revolución Francesa, cuya ideología contribuyó a que se otorguen derechos de emancipación a los judíos a partir de 1792.
- e) La pérdida de vigencia del nacionalismo tradicional
- f) El surgimiento de movimientos antisemitas que tuvieron más acogida y duración en la opinión pública que otras ideologías y otros *ismos* que buscaban también el respaldo de la sociedad.

Además, fue un elemento central y aglutinador en la estructuración de las ideologías racistas surgidas a finales del siglo XIX, que luego conformaron la base de los regímenes totalitarios. Por ello, le dedica la primera sección de *Los orígenes...* al surgimiento y propagación del antisemitismo. Arendt delimita su investigación acerca de éste al desarrollo que tuvo en Europa central y occidental, partiendo desde la finalización

de la época en que los judíos palaciegos² perdieron su influencia en los gobiernos locales o regionales; la decadencia de los Estados-Nación y el surgimiento del *affaire Dreyfus*, que remeció Francia y Europa a finales del siglo XIX.

El cambio de estatus político fue producto de largos debates en la Asamblea Nacional revolucionaria francesa la cual decidió otorgar libertades cívicas a los judíos. Esta legislación después se aplicó en otros países de Europa Central y Occidental.

Después de la caída de Napoleón se propuso «hacer de los judíos buenos franceses», pero en cuanto cayó Napoleón (1815), tanto en los estados papales como en Alemania se revirtieron dichas leyes emancipadoras.

Durante los pocos años en que estas leyes tuvieron vigencia, se suscitó una gran ola asimilacionista entre los judíos dispuestos a ser parte de la sociedad gentil cuando ésta aún no estaba preparada para recibirlos, lo que generó más de una fricción. Los judíos que estaban más dispuestos a asimilarse fueron los judíos berlineses. Este fenómeno fue estudiado por Arendt en su libro *Rahel Varnhagen. La vida de una mujer judía* (Arendt, H., 1958), publicado por el Instituto Leo Baeck, con un prólogo escrito ese año en inglés, traducido del alemán. La edición alemana salió a la venta en 1959.

El surgimiento y desarrollo del antisemitismo moderno, especialmente en Alemania, estuvo acompañado por un proceso de secularización y de asimilación producto de la Ilustración y Emancipación judía denominada como *Haskala*. Ello trajo como resultado una modificación en la manera que los judíos ilustrados se relacionaron con los valores religiosos y espirituales tradicionales a los que se conoce como judaísmo ortodoxo, cuya práctica constituía parte de la cotidianeidad de su vida. La religión judía en su versión ortodoxa es una forma de vida con leyes alimentarias, de vestimenta, de interacción de unos con otros, etc. Después de una lucha teológica entre los reformistas y los tradicionalistas, el modelo ortodoxo había dejado de ser el predominante para los judíos alemanes. El judaísmo reformista plantea que los judíos se comporten como los ciudadanos del país que habitan, hablen su idioma y estudien en sus colegios, manteniendo el credo de Moisés.

Cuando apareció el antisemitismo político, el mismo que coincidió con el surgimiento del judaísmo reformista, no era la primera vez que el pueblo judío se sintió amenazado por persecuciones externas, pero probablemente fue la primera vez que los ataques fueron de carácter político en dos mil años. Los judíos emancipados -dice Arendt- no supieron entender la trascendencia de este cambio, ya que lo confundieron y/o equipararon con el antiguo odio religioso a los judíos que habían sido perseguidos

² Así llamados porque acudían a las sedes de gobierno (palacios) de los gobernadores locales (príncipes) como asesores, mediadores, consejeros, etc.

intermitentemente en distintos lugares y épocas, con diversos grados de ferocidad, durante siglos. Mucho menos lo entendieron los judíos que continuaron siendo ortodoxos. Al no ser comprendido el antisemitismo político, tampoco se percataron de cómo se transformó la discriminación social y religiosa en argumentos políticos y cómo ésta influyó en todos los estratos sociales, lo que convirtió al antisemitismo en el *único tema por el que podía lograrse una opinión unificada* en la sociedad. (Arendt, H., 1951:72).

Desde la segunda diáspora en el año 70 d. C., en que los judíos «salieron al mundo» su situación política fue determinada por los gobernantes de las ciudades o estados en los que vivieron. La desigualdad social que imperaba al interior de cada ciudad o Estado era distinta a la desigualdad que afectaba a los judíos.

Desde el año 70 d.C., fueron un pueblo sin territorio, sin gobierno propio, salvo para lo concerniente a las prácticas internas de las comunidades, cuando los gobernantes locales así lo autorizaban. Su legislación era de carácter religioso; con un idioma común utilizado principalmente para fines ceremoniales, pero por lo general, hablando las lenguas locales de la zona geográfica en la que vivían. Dado que había colectividades judías organizadas por doquier y que compartían el uso de los idiomas judíos hebreo e yiddish, se les consideró un grupo inter-europeo lo que resultaba potencialmente amenazador. En ese sentido, se trata de una experiencia única, sólo vivida por el pueblo judío que, al salir a la Diáspora, evitó *toda acción política durante dos mil años* (Arendt, H., 1951:52).

En las últimas décadas del siglo XIX, surgió en Europa la única respuesta política de los judíos frente al antisemitismo. El «sionismo» es una ideología cuyo anhelo comenzó siendo la reconstrucción del «hogar nacional» de los judíos en Palestina, con diversas variantes políticas: religiosa, socialista, de derecha, de centro y otras combinaciones entre ellas.

Los judíos palaciegos perdieron su relevancia en las funciones públicas que solían cumplir, su poder económico para financiar proyectos estatales. Los Estados-Nación estaban en decadencia. El antisemitismo moderno surge en este contexto.

Cabe señalar que los judíos palaciegos eran unos pocos individuos cuya influencia se limitaba a gobiernos locales. La mayoría de judíos no tenían ni capacidad económica ni relevancia política. En algunos lugares en donde floreció el antisemitismo, ni siquiera habitaban judíos desde hacía siglos, lo que no fue impedimento para que se desataran pogromos y actos vandálicos contra las comunidades en que sí vivían. La figura del judío poderoso e influyente quedó en el imaginario de la gente como símbolo generalizado que recayó sobre los demás judíos, como si todos tuviesen el mismo poder e influencia,

desplazándose el odio que sentían hacia aquella figura, sobre todos los demás miembros de la judería. Cuando algún estrato social se sentía resentido contra el Estado por limitaciones económicas o injusticias, la chispa de agitación y violencia contra los judíos se diseminaba rápidamente sobre los supuestos responsables de las mismas. A los judíos se les culpó de ser la causa, los responsables de sus penurias y se les señaló como los «autores ocultos de todo mal» que afectaba a la sociedad.

En la segunda mitad del siglo XIX se dio la transición entre el antiguo odio a los judíos, basado en argumentos religiosos al nuevo «antisemitismo». Se trataba de un concepto de carácter secular y político acuñado por el periodista alemán Wilhelm Marr (1818 – 1904) cuyos argumentos constituyeron uno de los motivos centrales de la ideología nazi.

Wilhelm Marr fundó la *Liga de los antisemitas* en la década de 1870's y se refería a los judíos como una raza sin *ningún derecho a la igualdad ciudadana por el hecho mismo de su judaísmo. [...] Su religión y reglas son producto de su manera de pensar, sus características son expresiones de su organismo* (Marr, W., 1862).

Al tratarse de un concepto «racial», -dice Michman, (1986) el aspecto biológico - natural estaba por encima de la conversión del judío a otra religión, pues ésta no eliminaba la genética del converso. En base a ello, los nazis determinaron que una persona seguía siendo judía, aunque solo tuviese un abuelo o abuela judía.

La imagen que los centro-europeos tenían de los judíos era, entre otras cosas, de un grupo en el que la familia desempeñaba un rol determinante. Los lazos familiares fueron fundamentales para conservar la religión judía y su espiritualidad, dado que la ley judía designa como judío a quien nace de madre judía. Fuera del marco judío, se les percibió como una gran familia, cerrada, unida por vínculos sanguíneos.

También se los consideraba miembros de una organización comercial de carácter internacional. Eso fue entendido como si todos tuviesen igual participación e igualdad de intereses. Por ello, se creó la percepción de que constituían una fuerza secreta detrás del trono, idea que luego se plasmó en el panfleto antisemita *Los protocolos de los Sabios de Sion*, de gran repercusión y éxito en su cometido de incitar al odio antisemita. Este libelo condensó muchos de los argumentos que caracterizaron y se sumaron desde la antigua judeofobia a elementos del nuevo antisemitismo político. El argumento de *los protocolos...* fue plagiado del libro de Maurice Joly *Dialogue aux enfers entre Machiavel et Montesquieu* (Diálogo en los infiernos entre Maquiavelo y Montesquieu), publicado en 1864. Los protagonistas eran otros: Napoleón III y Maquiavelo, Joly acusaba a Napoleón III de sus ambiciones diabólicas. A su vez, Joly utilizó parte del texto de Eugenio Sue *Los misterios de las personas*. En este texto, los conspiradores eran jesuitas y en ninguno

aparecen los judíos como parte de la trama. Sin embargo, en *los protocolos...* todo gira alrededor de los judíos.

Según L. Weber, copias de los *Protocolos de los Sabios de Sion* fueron traídos a Europa Central por exilados de la Rusia bolchevique. El ideólogo nazi Alfred Rosenberg, aprovechó su contenido para crear su propia versión, que publicó en 1923 con la deliberada pretensión de proyectar sobre los judíos sus propias pretensiones de dominar al mundo. Cuando lograron tomar el poder, utilizaron al congreso para diseminar el contenido del folleto aumentando su matiz conspiracional y proyectando en los judíos su propio deseo de dominio total.

Los argumentos expuestos en los *Protocolos de los Sabios de Sion* daban información que no se sostenía en demostraciones, evidencias o testimonios objetivos. Se suponía que trataban de prevenir a la masa de la supuesta dominación judía.

El antisemitismo político se nutrió más de argumentos políticos que económicos. Dicho antisemitismo tuvo varias fases y formas de presentación:

- El «antisemitismo primitivo», que despreciaba a los judíos en masa, aunque quienes lo profesaban pudieran simpatizar con algún judío en particular. En oposición, Wilhelm von Humboldt, en tanto «verdadero demócrata» decía: *...Sólo amo a los judíos «en masse»; en «détail» prefiero evitarlos* (Arendt, H., 1951:77).
- El «antisemitismo de la aristocracia», grupo social que no tenía contacto íntimo con los judíos. Los decretos de Emancipación que siguieron a la Revolución Francesa, anulaban los privilegios que antes usufructuaban algunos grupos sociales -como la aristocracia-, lo que desató reacciones muy ásperas, lo que dio paso al estallido de un feroz e inesperado antisemitismo.
- El «antisemitismo de izquierda», que sostenía que los judíos constituían un «estado dentro del Estado y nación dentro de la Nación». Podían diferenciar a algunos individuos a los que consideraban «nuestros hermanos judíos», distinguiéndolos de la totalidad del pueblo judío como grupo.

El movimiento antisemita moderno surge en Europa en los últimos veinte años del siglo XIX. El antisemitismo se convirtió en un factor político simultáneamente en Austria, Francia y Alemania, pero su evolución fue distinta en cada uno de estos países.

Arendt sostenía que los sentimientos anti-judíos adquirieron importancia política cuando se combinaron con aspectos políticos relevantes o cuando los intereses de un grupo judío chocaron contra los intereses de una clase social de importancia en la sociedad.

Dan Michman (1986) cita a algunos autores en los que es posible ver diferentes autores que proponen diversos aspectos del antisemitismo.

- a) Bruno Bauer (1809 – 1882) escribió en 1863 *El judaísmo en el exilio*, sosteniendo que la culpa del éxito de los judíos se debía a que los alemanes les habían cedido terreno como regalo, dándoles la oportunidad de triunfar
- b) Adolf Stoecker, sacerdote luterano y político alemán en 1878 fundó el Partido Social Cristiano. Si bien no tenía suficiente fuerza como para crear un verdadero movimiento antisemita, descubrió el poder de la propaganda antisemita (Arendt, H., 1951).
- c) Wilhelm Marr, publicó el texto *El triunfo del judaísmo sobre el germanismo* en 1879 señalando que son los germanos los que acabaron derrotados en su lucha contra el judaísmo.
- d) Eugen Dührin (1833 – 1921) escribió *El problema judío como problema de raza, moral y cultural* (1881). El título de la obra habla por sí mismo.
- e) Houston Stewart Chamberlain (1855 – 1927) Radicado en Alemania publicó *Fundamentos del siglo XIX* en 1899, argumentando que los judíos se valieron de su talento para ampliar su dominio a través de las leyes de la sangre (Michman, D., 1986).

La reivindicación de los partidos antisemitas coincidió con la primera época del imperialismo, en la que los colonizadores se presentaron ante los pueblos sometidos como una raza superior y los discriminaron en forma francamente racista. En Alemania los partidos antisemitas procedieron del antisemitismo (o judeofobia) por sí mismo. Los partidos puramente imperialistas sin incluir el argumento antisemita, gradualmente quedaron descartados.

Los partidos antisemitas buscaron organizarse de manera internacional, convocando a todos los partidos antisemitas de Europa. A la par y contradictoriamente continuaron con su prédica nacionalista. Esta variante supranacional era un indicador de su ambición de crear un gobierno ínter-europeo *por encima de todas las naciones* europeas (Arendt, H., 1951:88) que podría imponerse sobre las estructuras nacionales al interior de cada país. En Austria se creó el Partido Liberal alemán -de la clase media baja- bajo la dirección de Georg Ritter von Schoenerer. Su antisemitismo primero lo dirigió contra los Rothschild, luego lo extendió a la cuestión judía y por último desarrolló una ideología pan-germanista, fue el que más influyó sobre el futuro nazismo. La agitación creada por su partido significó el inicio de un movimiento antisemita en Austria. Un segundo partido antisemita austriaco, el socialcristiano, fue el dirigido por Karl Lueger, quien después ocupó la alcaldía de Viena. Estos partidos pan-germánicos eran desleales

a Austria, pero leales a Alemania. Estos grupos desarrollaron el concepto de nacionalidad independiente del territorio y del Estado, cuyo objetivo era unificar a los alemanes de Austria y Alemania con los demás alemanes de Europa Central.

En el caso de Francia, el antisemitismo político se desencadenó, estuvo activo y llegó a su nivel más elevado durante los años en los que se desarrolló el *affaire Dreyfus*. El *affaire Dreyfus* fue el primer ejemplo exitoso de la utilización del antisemitismo como «agente catalítico», capaz de unificar los demás temas políticos al derredor del mismo. Además, como señalaba Georges Bernanos, el antisemitismo resultante del *affaire Dreyfus* permitió comprender el efecto que el antisemitismo ejercía sobre el «populacho». Así como la emancipación de los judíos franceses fue la más antigua, lo mismo sucedió con el surgimiento del antisemitismo francés, que fue el más antiguo de Europa. Uno de sus más conspicuos representantes fue Edouard Drumont, autor del libro *Francia judía* (1886) que en 1889 fundó la Liga Antisemita (homónima del partido fundado por Wilhelm Marr en Alemania) (Arendt., H., 1951; Perednik, D. G., 1992).

El antisemitismo político se desarrolló gracias a que, en los países en donde vivían, los judíos vivían separados de los demás grupos sociales. La discriminación social fue producto de los nuevos derechos de igualdad adquiridos gracias a las leyes de emancipación de los judíos y la anulación de privilegios para otros grupos que se promulgaron en Francia a finales del siglo XXVIII. Estos derechos los acercaron a los demás grupos sociales en el aspecto legal. Pero la sociedad no parecía preparada para aceptar la igualdad de los judíos. Se toleraba a algunos de los que estaban asimilados, pero eran las excepciones. La asimilación no fue un fenómeno generalizado en Francia como lo fue en Alemania; solamente ocurrió entre algunos intelectuales, gente culta o algunos empresarios, pero nunca llegó a constituirse para la colectividad judía en una amenaza de perder su identidad tradicional. Por causa de la Emancipación, los judíos pasaron de ser proscritos civil y políticamente a ser *parias sociales* (Arendt, H., 1951).

II.1.1 Otra perspectiva en relación al antisemitismo

En el *Diccionario de política* de Bobbio y Matteucci (1976) se lee que el uso general del término antisemitismo se refiere a *la hostilidad dirigida específicamente contra los hebreos, entendidos en la comunidad general, en sus connotaciones étnicas de pueblo y religión que dio paso a aquel particular movimiento, surgido en la segunda mitad del siglo XIX y que «culminó»³ en las persecuciones hitlerianas, que presenta*

³ El entrecomillado es de la autora

precisas connotaciones y claros vínculos con otros fenómenos históricos contemporáneos (Bobbio, N. y Matteucci, N. 1976: 72, 73).

En el sentido puramente lingüístico Bobbio y Matteucci sostienen que no pueden existir dudas sobre el significado de antisemitismo, pues se trataría de hostilidad hacia los hebreos. Estos autores no toman en cuenta que «semita» son todos los pueblos descendientes de Sem, hijo de Noé. En lingüística y etnología, «semita» se refiere a una familia de origen predominantemente medio-oriental, ahora llamada «lenguas semíticas» que incluye las formas antiguas y modernas del árabe, del arameo, del fenicio, del hebreo, del maltés, entre otras.

Suscribimos con Gustavo D. Perednik (1992) la utilización del término judeofobia para describir el fenómeno que pesa contra el pueblo judío. Perednik no comparte la diferenciación que hace Arendt entre el antisemitismo como una ideología secular, (surgida en el último tercio del siglo XIX, junto con las teorías raciales) del odio religioso contra los judíos. Avner Falk (1996) secunda esta posición pues considera que el término anti-semitismo es «anacrónico» y un eufemismo «científico» acuñado por Marr a finales del siglo XIX (Falk, A., 1996:320). Prefiere referirse a ello como «odio a los judíos». Arendt resalta el aspecto político del término: los partidos políticos antisemitas se crearon en Alemania en los años ochenta del siglo XIX, y a partir de ello, por primera vez en la historia del odio a los judíos, un régimen lo utilizó como un medio calculado para obtener poder.

Perednik sostiene que el término antisemitismo no explica con cabalidad ni incluye los diversos aspectos del odio a los judíos. Él –como en páginas anteriores decimos– prefiere llamarlo «judeofobia», apropiándose de una expresión acuñada por León Pinsker en 1882, por parecerle más precisa. En el prefijo está el verdadero destinatario del odio, no se dirige a cualquier semita como se pudiera pensar al utilizar el término «antisemitismo», porque dicho odio únicamente está destinado contra los judíos. En el sufijo alude a su carácter irracional, en tanto fobia, cuyas motivaciones sintomatológicas son inconscientes.

Perednik sigue los pasos del fenómeno retrospectivamente hasta llegar al momento histórico en que apareció el desprecio y persecución a los judíos. Tal y como señala Arendt, no creemos que el odio a los judíos comenzó con la existencia del pueblo judío, pero compartimos con Perednik que la judeofobia comenzó con los primeros judeófobos, posiblemente durante la época helénica.

Existen diversas opiniones acerca del origen de la judeofobia, destacando dos propuestas: la primera ubica sus raíces en el helenismo, como sugiere A. Falk, quien responsabiliza a Filóstrato de Atenas (170 e. c. – 245) como el primero en hablar del

tema. La segunda de ellas sugiere que comenzó con el cristianismo, a partir del Concilio de Nicea, convocado por Constantino I el Grande, en el año 325 e.c.

Las características de la judeofobia son:

a. Antigüedad: según Shmuel Etinger, citado por Perednik, la judeofobia es un fenómeno que se prolonga ininterrumpidamente, en lo fundamental, desde la época helénica hasta nuestros días, aunque asume características distintas en el curso de la historia. Precisamente, su continuidad histórica es un factor decisivo en su intensidad y en su capacidad de adaptarse a las cambiantes condiciones contemporáneas. Edward Flannery, también citado por Perednik, rastreó las primeras manifestaciones documentadas de judeofobia y encontró un verdadero y específico encono hacia los judíos en la Alejandría del siglo III a. C., bajo el dominio helénico, teniendo veintitrés siglos de antigüedad.

b. Generalizado: en todos los países europeos en los que residieron hubo manifestaciones judeofóbicas y los judíos fueron expulsados alguna vez de éstos. Los ejemplos más recordados son Inglaterra en 1290, (expulsión que duró tres siglos) Francia en 1306 y en 1394, Hungría en 1349, Austria en 1421, numerosas localidades de Alemania entre los siglos XIV y XVI, Lituania en 1445 y en 1495, España en 1492, Portugal en 1497, y Bohemia y Moravia en 1744. En las más diversas situaciones históricas, los judíos fueron hostilizados en casi todos los países del mundo y expresiones antijudías surgieron incluso en aquellos en donde no había judíos viviendo. El Japón de hoy es un ejemplo de cómo la judeofobia puede existir aun cuando la comunidad judía sea minúscula. China es frecuentemente citada como la excepción a esta regla de universalidad.

c. Permanente: en la mayoría de los lugares, la judeofobia continúa años, décadas, e incluso siglos después de que los judíos han partido. Un ejemplo de ello lo encontramos en Gran Bretaña. El rey Eduardo I expulsó a los judíos de Inglaterra en 1290, y su readmisión no se produjo hasta 1650. A pesar de ello, Shakespeare pudo crear su estereotípico Shylock, el judío de *El Mercader de Venecia*, después de tres siglos en los que en su país no había judíos. La audiencia podía despreciar al judío y burlarse de él, sin que ninguno de ellos, ni sus padres, ni sus abuelos, los hubieran conocido en persona.

d. Profundo: los estereotipos mentales en contra de los judíos están hondamente arraigados. Si tenemos en cuenta que por siglos, cientos de millones de personas creyeron que los judíos transmiten la lepra, que matan niños cristianos para sus rituales, (libelo de sangre), que dominan el mundo, que son una raza promiscua o criaturas diabólicas, que Dios desea que sufran, u

otras variantes, entonces se ve por qué la judeofobia es tan fácil de difundir y de arraigarse, por qué el judeófobo no debe invertir muchos esfuerzos en reeditar en otros las antipatías que han sido parte de la tradición contra el judío, ya que no tiene más que echar mano a la asociación mental apropiada a un momento determinado.

e. Obsesivo: para el judeófobo los judíos no son un enemigo; son EL ENEMIGO. El obsesivo no ve satisfecho su impulso hasta que el judío no es quebrado del modo más total.

f. Peligroso: debido a su profundidad, con mucha frecuencia la hostilidad contra los judíos desborda la discriminación y estalla en violencia física. En casi todos los países en donde los judíos viven o vivieron, fueron en algún momento sometidos a golpizas, tortura y muerte, por el único motivo de ser judíos. Por ello toda manifestación judeofóbica es potencialmente más peligrosa que expresiones de aversión contra otros grupos.

g. Quimérico: Perednik (1992) considera que es el rasgo esencial de la judeofobia. El odio de grupo deriva usualmente de una incorrecta interpretación de la realidad, que se ha convertido en un mito. Los judíos son odiados por «comer no-judíos» en el pasado, o por «dominar el mundo» a partir de la proliferación de los argumentos descritos en *Los protocolos de los sabios de Sión*, por haber «matado a Dios», o por haber «inventado el Holocausto», por «promover las guerras», la esclavitud, el mal.

h. Fácil: Se refiere a la facilidad con la que grupos xenofóbicos, en sus ataques contra los extranjeros, terminan incluyendo a los judíos como objeto de su odio, como complemento al odio que sienten por otros grupos.

La judeofobia nació *como un intento de justificar un resentimiento* basándose en diversos mitos. Los principales mitos antijudíos son:

- Los judíos fueron expulsados de Egipto por sufrir de una plaga (algunos mencionan a la lepra u otras enfermedades contagiosas); que huyeron a una Judea despoblada; que gracias a su líder Moisés siguieron un culto diferente a cualquiera de la época y que adoptaron una vida *misantrópica e inhospitalaria [...] Hostil a todos los humanos*. (Perednik, G. D., 2011:39)
- La judeofobia romana contribuyó con el mito de que los judíos tenían un odio «implacable» contra el resto de los pueblos, que mantienen un «terco vínculo» entre ellos; que eran siniestros, perversos y vergonzosos, más aún, «consideran criminal matar a un bebé recién nacido» o como decía Séneca, representaban la nación más malvada, capaz de despilfarrar todo

un día de trabajo para dedicarlo a descansar, lo que atenta contra la utilidad de la vida, refiriéndose al mandamiento de guardar el Shabat como día sagrado de descanso. (Perednik, G. D., 2011:44)

- Cuando surgió el cristianismo, se acusó a los judíos de ser «deicidas» y de no aceptar a Jesús como el verdadero mesías; el castigo divino por tan atroz crimen fue su dispersión sobre la faz de la tierra (Perednik, G. D., 2011:63)
- Los judíos «solían asesinar» a un no-judío en el Templo, según algunos (Demócrito, en el siglo I a. c.), cada siete años; según otros, (Apión, 20 a. c. – 45 – 48 d. c.) cada año, para hacer uso de sus entrañas y/o sangre en diferentes rituales sagrados. De este mito derivó el denominado «libelo de sangre», uno de las acusaciones judeofóbicas más difundida y que más daño ha ocasionado. La más antigua referencia explícita a estos crímenes se le atribuye al gramático y estudioso homérico egipcio helenizado Apión, quien fue un ideólogo anti-judío que afirmaba que, por principio, los judíos estaban obligados a odiar al resto de la humanidad. Acortó el supuesto tiempo que refiere Demócrito respecto a que cada siete años los judíos asesinan a un no-judío para utilizar su sangre y/o entrañas, con motivos rituales, sugiriendo que era cada año, por lo general cerca del Jueves y/o Viernes Santo, conmemoración que suele coincidir con la Pascua judía. Flavio Josefo contestó a estas denuncias con el documento «*Contra Apionem*». Filón de Alejandría también se quejó por la violencia que Apión desató sobre la comunidad judía en Alejandría.
- En la Edad Media, los primeros casos reportados de «libelos de sangre» ocurrieron en Würzburg, Alemania, en 1047 y en Norwich, Inglaterra en 1048. (Johnson, P, 1987, Perdnik, G. D. 2011)
- Argumentos virulentos como los expresados por Juan Crisóstomo (m. 407) comenzaron a describir a los judíos cómo «poseídos por el diablo», de ser rapaces, pérfidos, codiciosos, asesinos. (Perdnik, G. D. 2011:59:)
- A partir de la doctrina de la transustanciación definida por el Concilio de Trento, concilio ecuménico desarrollado durante veinticinco sesiones entre los años 1545 y 1563. Aunque en realidad ya figuraba desde el siglo IV, sus argumentos respaldaron el mito de la «profanación de la hostia». Basados en los poderes sobrenaturales de la hostia (el cuerpo de Cristo), desataron el prejuicio de que a través de mancillar la hostia se reeditaban los sufrimientos de Jesús en la cruz. Cabe señalar que los judíos, al no

creer en la resurrección de Cristo ni en que él es el mesías, no creían en posibles poderes mágicos de la hostia, como para pretender que, si la tomaban, producirían alguna tortura o sufrimiento a un personaje que no consideraban resurrecto. Se trataba de una superstición completamente irracional.

En la época grecorromana la judeofobia fue, aparentemente, de carácter literario. Con la estructuración de la religión católica la judeofobia se volvió la norma, el odio anti-judío se manifestó de diversas maneras, se ramificó, se ideologizó, se teologizó, logrando echar profundas raíces en el mundo cristiano a través de los siglos.

Para Perednik, (2011) lo que hace «único» el odio a los judíos, el antisemitismo y/o la judeofobia, es su adaptabilidad a distintos contextos históricos, su permanencia a lo largo de la historia y su singularidad. Cabe destacar que, a lo largo de toda su historia en la Diáspora, ninguna comunidad judía sobre pasó el 1% de la población del país en que habitaba. Las únicas excepciones se dan en la actualidad, en donde los judíos constituyen el 80% de la población de Israel y en Estados Unidos, en que en algún momento se acercaron al 2% de la población total. Sin embargo y por lo general, son percibidos como si fueran colectividades cinco o diez veces más grandes de lo que en realidad son en las ciudades donde viven. Esta «sobre percepción» -dice Perednik-, se debe a que suelen vivir en zonas urbanas y no en regiones rurales; son muy activos en el comercio, en las ciencias y en las artes. Al ser protagonistas del Antiguo Testamento, la historia de los judíos en tanto «historia sagrada», es conocida por el mundo cristiano y otros más, estado «presentes» en la mente de las personas incluso sin necesidad de conocer a un judío en persona. Perednik considera que la judeofobia no puede ser calificada como xenofóbica porque los judíos suelen ser ciudadanos de los países en que habitan, no son «extranjeros». (Perednik, G. d., 2010)

A partir del cristianismo, -continúa Perednik-, la judeofobia se convirtió en norma. Citando a Marcel Simón, dice que la judeofobia cristiana «persigue un objetivo muy preciso: despertar el odio hacia los judíos». Hablar de las raíces cristianas de la judeofobia no implica una generalización ni una descripción de todos los individuos y/o colectividades cristianas como judeófobos. Cabe resaltar que el cristianismo nunca emprendió una política intencional de desaparecer a los judíos de la faz de la tierra; se promovieron pogromos, limitaciones para su desempeño laboral, para zonas de vivienda, se les expulsó, se les asesinó de manera individual y también en masa, se trató de convertirlos al cristianismo, pero nunca antes de Hitler hubo una campaña abierta, explícita y bien orquestada para su eliminación total del mapa.

Perednik coincide con Arendt respecto a que uno de los factores desencadenantes de la moderna judeofobia fue el otorgamiento de igualdad de derechos a los judíos, (Emancipación) que comenzó en Francia en 1791. Junto con la Emancipación, se proclamaron nuevas libertades y la judeofobia fue una reacción contra éstas. Perednik señala que se dieron tres corrientes de judeofobia, ejemplificadas en sendos países: la socioeconómica (Francia), la racial (Alemania) y la conspiracional (Rusia).

II.2 La relevancia del «imperialismo»

La palabra imperialismo deriva del latín *imperium* acción de imperar, organización política del Estado regido por un emperador. (Real Academia Española, 2001:1253).

1. «Imperialismo»: sistema o doctrina de los imperialistas.
2. Actitud y doctrina de quienes propugnan o practican la extensión del dominio de un país sobre otro u otros por medio de fuerza militar, económica o política (Real Academia Española, 2001: 1253).

Se trata entonces de sistema utilizados por aquellos regímenes que desean expandir su dominio hacia otros territorios a través de la fuerza, ya sea política, económica y/o militar. El concepto de imperialismo es más amplio que el de colonialismo. Se puede ejercer de manera formal, informal, directa o indirectamente. El imperialismo informal se puede lograr mediante diversos métodos como, uno de ellos es no permitiendo que los Estados más débiles alcancen o mantengan su independencia o mediante la reducción de su soberanía.

De acuerdo a la definición del *Diccionario de Geografía Humana*, (Johnston, R. J., Gregory, D. &, 2000) se trata de la creación y mantenimiento de un sistema de relación humana y territorial desigual, que mantienen al sistema económico, cultural y territorial en esa desigualdad. Usualmente se da entre Estados, muchas veces en la forma de un imperio que basa su dinámica en la dominación y subordinación de otros estados. En los últimos 500 años, el imperialismo fue predominantemente un proyecto occidental y una forma de dominación que se conformó a partir del expansionismo, primero basado en el capitalismo y después en el comunismo.

A lo largo de la historia de la Humanidad diversos imperios han dominado grandes territorios y pueblos, desde la Edad Antigua, el Medioevo, con características económicas y políticas distintas a lo que actualmente se conoce como «imperialismo». Se suele delimitar al imperialismo desde la «Era de los Descubrimientos» en el siglo XV más conocido como «colonialismo» y se prolonga durante la Era Moderna. Sin embargo, es común identificar como «Imperialismo» o «Era del imperialismo» los años posteriores a

1880, cuyo principal objetivo fue la «repartija de África», hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial. (Johnston, R. J., & ed., 1981: 94)

Los principales representantes de las colonizaciones llevadas a cabo a partir de los descubrimientos, fueron Portugal y España con el apoyo de la Corona de Castilla (la vigencia de las colonizaciones españolas y portuguesas se mantuvo hasta finales del siglo XVIII, comienzos del XIX). Esta primera etapa del imperialismo llevada a cabo principalmente por estos dos países, coincidió con la finalización del feudalismo europeo y se caracterizó por utilizar como sistema económico el mercantilismo estatal, el monopolio comercial y por la imposición religiosa de la fe cristiana.

Este proceso se vio interrumpido por el rápido avance de la revolución industrial, principalmente en Inglaterra y dio paso a la expansión del capitalismo a nivel global. Esta nueva faceta comenzó a finales del siglo XIX y tuvo su clímax a comienzos del siglo XX, en el que muchos países europeos estaban embarcados en la «repartija de África». En aquellos tiempos, las grandes potencias del momento trataron de repartir el mundo, controlando y adueñándose de las materias primas, del mercado de mano de obra, apoyados en el exceso de capital financiero.

Esta nueva forma de dominio, que comenzó en 1492, fue diferente de los estilos de gobierno de los antiguos imperios, como el griego o romano. El nuevo imperialismo implicó

- a) La creación de bases organizacionales en áreas templadas de la tierra, lo que les dio acceso a territorio y recursos abundantes, pero en sus inicios el trabajo era escaso.
- b) El desarrollo de «herramientas de implementación», lo que incluyó el progreso y perfeccionamiento de las armas, tácticas militares, equipos de navegación, implementación de los barcos a vapor, el descubrimiento del uso de la quinina, del telégrafo, lo que permitió a los europeos explorar, anexar y controlar grandes y dispares zonas geográficas.
- c) La subordinación del uso de la violencia a la consecución racional y constante de ganancias.
- d) La generación de un complejo imaginario imperialista, en el que estaban las nuevas ideologías, principalmente la de la superioridad racial, la nueva visión del imperio y la justificación ideológica de un nuevo orden del mundo, etc. (Johnston, R. J. & ed., 1981: 375, 376).

En estos procesos se dio cierta tensión entre la búsqueda de universalización y, el mantener paralelamente la diferenciación de la cultura y el poder europeo respecto a los

demás grupos humanos en el resto del mundo, teñido este poder de marcado eurocentrismo y nacionalismo (Johnston, R. J. & ed., 1981).

En tanto ideología, el imperialismo de finales del siglo XIX fue, y en algunos lugares sigue siendo, una doctrina que justifica el uso y abuso de la fuerza y de la dominación de un pueblo o Estado sobre otros. Este dominio suele ocurrir a nivel militar, de explotación económica y subordinación cultural.

Dicho fenómeno económico, político y social, estuvo muy vinculado a las transformaciones producidas por la revolución industrial, la revolución francesa y los ideales que propiciaron la emancipación política de la burguesía. La interacción de estos elementos, entre otros, generó grandes sumas de dinero que excedían la capacidad de utilizarlo. Los dueños de ese dinero conformaron un pequeño grupo de capitalistas poseedores de una «riqueza superflua» que consideraron ya no se podía invertir en los países de donde provenía. Su idea fue expandirse territorialmente para poder invertir esos excedentes dinerarios. Los territorios pasibles de ser conquistados estaban en África, por lo que a esta serie de intervenciones bélicas se le conoció como la «repartija de África», llevada a cabo, en un primer momento, por el pequeño grupo de los primeros capitalistas, hasta que los políticos se dieron cuenta de sus aparentes beneficios dinerarios. Para poder utilizar esta riqueza, se requería de la «otra nueva clase social» (el «populacho»⁴), conformada por una gran cantidad de personas desocupadas, «superfluos» para sus economías, como resultado, entre otras cosas de la industrialización, gente sin mayores objetivos. Muchas de estas personas, que no tenían nada que perder, se prestaron a viajar en las misiones de conquista imperialista, formando un grupo humano de aventureros, buscadores de fuentes de dinero, inversionistas, mercenarios, antiguos aristócratas y gentes de élite, que antes integraban alguna clase social a la que habían dejado de pertenecer. Arendt los llamó «chusma» o «populacho».

Escudándose en las teorías raciales de superioridad europea e inferioridad africana, los nuevos invasores desconocieron los derechos de personas de las que abusaron y maltrataron hasta hacerlas desfallecer; utilizaron las supuestas diferencias como «pretexto justificado» para dominarlos y denigrarlos; usaron a las poblaciones negras conquistadas como herramienta en la consecución de una de sus motivaciones principales. Según Arendt, la acumulación de riqueza «superficial» y sus beneficios. Las diferencias económicas entre los grupos capitalistas y el resto de la sociedad europea se

⁴ Según consigna el Diccionario de Español de la Real Academia Española, *populacho* es un término despectivo que se refiere a una parte ínfima de la plebe, es decir, la clase más baja de la sociedad. Otra acepción es: Multitud en revuelta o desorden (Real Academia Española, 2001: 1803)

agudizaron, quedando dinamitadas las estructuras sociales y el sistema económico tradicional europeo. Mientras tanto, en África, los conquistadores dejaron a pueblos enteros más pobres de lo que ya eran, a la par que el pequeño grupo inversor se volvía dueño de una riqueza desmedida, sin el menor prurito moral, lo que terminó reflejando *la absurdidad inhumana de nuestro tiempo* (Arendt, H., 1976:15).

El concepto imperialismo no es puramente político. En él intervienen la especulación comercial, el aumento de la producción industrial, las transacciones económicas y las ya mencionadas conductas racistas.

La ideología imperialista se caracterizó por la absolutización del poder, la acumulación progresiva e incalculable del mismo, en una carrera por tener más capital, más dominio y más poder. Esta progresión infinita significó para algunos que «la expansión lo es todo» (según expresión de Cecil Rhodes, empresario, colonizador y político británico, defensor del imperialismo británico y fundador de Rodesia). Es decir, los objetivos eran la dominación territorial y de las poblaciones, así como el poderío económico. Desde un principio, las distintas naciones convertidas en imperios, compitieron entre sí.

Muchos intelectuales se percataron de que el capital había logrado que el «populacho» eleve su condición. Sin embargo, no eran parte de la clase trabajadora que operaba en las industrias ni tampoco del grueso del pueblo en su conjunto. Ello no impidió que fueran admirados por los intelectuales y la alta sociedad; inesperadamente se generó una gran afinidad entre éstos, el populacho y los nuevos principios políticos. Lo que más interesaba era acumular dinero y poder. Ello contribuyó a la pérdida de los valores morales tradicionales dejados atrás por la burguesía, lo cual se vio reflejado en las diferentes ideologías imperialistas y totalitarias.

Arendt creía que el populacho parecía ser el desecho, el subproducto que quedó de la sociedad burguesa. Tenía tendencia a ser irresponsable socialmente, confiaba más en sistemas despóticos de los que podría ser miembros e incluso podían gobernar, poniendo en riesgo al sistema democrático.

Originalmente el pensamiento racial que se desarrolló en Alemania, originalmente, estuvo al margen de la nobleza. Fue un intento de los pensadores pan-germanistas de unir a los diversos Estados alemanes que compartían un origen y cultura común. El pangermanismo quería enfrentar la dominación extranjera, tenía ideas muy próximas al nacionalismo, como si todos los grupos reunidos fueran parte de un marco político único. A partir de 1870, cuando se logró dicho propósito, aparecieron mejor delineadas las ideologías del racismo y del imperialismo alemán.

Según Michman, (1986) de esta manera, el racismo alemán daba un salto sobre los límites geográficos y políticos, convirtiéndose en supra-nacionalista. Las ideas raciales se basaron en una «lucha biológica» entre dos razas distintas que representaban dos concepciones de mundo diferente. Consideraban a la raza y a la evolución como dos hechos de la naturaleza; en la naturaleza no había igualdad. Los alemanes defendían la jerarquía de la naturaleza. Sostenían que gracias a leyes naturales la raza aria se ubicaba en la parte más elevada de la jerarquía y que era portadores de una espiritualidad pura y limpia, a la par que consideraban que los judíos conformaban el estrato social más bajo y osaban defender la idea de igualdad. Estas dos posiciones estaban en franca oposición y en los extremos opuestos del espectro considerado «natural», tales argumentos fueron adoptados por el nacionalsocialismo como centro de su ideología.

El racismo de ultramar confrontó al «hombre blanco» con las tribus africanas. Uno de los modelos de referencia respecto a la colonización africana, fueron los Boers, un grupo de granjeros de origen holandés que se asentaron primero en El Cabo, Sudáfrica y Namibia y luego migraron hacia el interior de Sudáfrica en busca de más y mejores tierras y de evitar confrontarse con los nuevos colonizadores ingleses. Los Boers esclavizaron y abusaron de las poblaciones locales. Se consideraban a sí mismos «raza de señores» y su racismo fue una forma de dominación prácticamente total dado que, a raíz de los abusos señalados, algunas tribus fueron totalmente exterminadas. Los nativos fueron tratados por los colonizadores como poblaciones superfluas con las que podían hacer lo que prefirieran, a las que podían eliminar y sustituir por gente nueva, a su gusto. Esto ocurrió desde la llegada de los Boers, alrededor de 1652, los ingleses comenzaron a combatirlos desde 1877 hasta 1902 antes de que se estructure plenamente el imperialismo.

El estilo colonialista bóer de someter a las poblaciones locales quedó como herencia para los conquistadores británicos que hicieron suyas las experiencias de dominio absoluto ejercidas sobre las poblaciones originarias africanas. La vida de esta gente no tenía valor ni para los Boers, ni para los nuevos gobernantes de dichas tierras. Las ideologías y regímenes totalitarios los hicieron suyos sin dificultad: hacían uso y abuso inclemente de los grupos considerados inferiores, apoyados en la burocracia como sistema administrativo y en la creencia de lo superfluo y reemplazable de los hombres.

En los estados europeos continentales, de Europa Central y Europa del Este, los pan-movimientos buscaron ampliar la conciencia de pertenencia entre todos los pueblos que tenían un origen común, estaban conformados por intelectuales, miembros de las profesiones liberales, funcionarios y profesores, en contraste con los colonizadores de ultramar que eran más bien aventureros. Dada la afinidad entre los intelectuales de los

pan-movimientos, los conceptos de raza fueron más fácilmente incorporados. Su pensamiento racial fue completamente ideológico en sus inicios, hasta que los partidos surgidos de estos movimientos aprendieron a utilizarlos como arma política.

Los pan-movimientos resultaron mucho más atractivos para el populacho que el imperialismo de ultramar. En estos movimientos, la iniciativa la tenía siempre el populacho, conducidos por *un cierto grupo de intelectuales*. (Arendt, H., 1951:297) Esta atracción prefiguró la conformación de los ulteriores movimientos totalitarios. Sin un claro programa para conquistar al mundo, generaron un espíritu de «predominio total», para ocuparse de todas las cuestiones humanas, como señaló en una oportunidad Dostoievski, (según Hans Kohn, citado por Arendt, H., 1951:297). A ello se denominó «pan-humanismo».

Los pan-movimientos adoptaron nuevas perspectivas respecto al antisemitismo. Las comunidades judías siempre fueron minorías en los países que vivieron; las culpaban de tener «conexiones ocultas» con sus respectivos Estados y ocasionarle al resto de grupos sociales las dificultades y conflictos entre ellos y con el Estado. Por esta razón el antisemitismo de estos grupos se caracterizó de una hostilidad más fundamental y actitudes más violentas. Como ejemplo, el principal promotor del pan-germanismo, Georg von Schoenerer, de quien Hitler se sentía discípulo, señaló *nosotros los pan-germanistas, consideramos el antisemitismo como el principal puntal de nuestra ideología nacional* (Arendt, H., 1951:300)

Llama la atención que, por primera vez el odio de los pan-movimientos hacia los judíos apareció sin mayor relación con éstos, aislado de la experiencia real de una interacción con el pueblo judío, tanto en lo social, lo económico y en lo político. Su antisemitismo *siguió la lógica peculiar de una ideología*. (Arendt, H., 1951:300)

El líder pan-germanista Schoenerer, que se apoyó principalmente en estudiantes germano-austríacos, se mostró abiertamente hostil a las instituciones del Estado, utilizando desde un principio un lenguaje vulgar capaz de atraer a personas de diferentes y amplios estratos sociales; diferenciaba al Estado de la nación. Acusaba al primero de la protección que brindaba a sus ciudadanos, reclamando mejores condiciones para los «verdaderos connacionales», «sus nacionales», considerados como tales por el lugar del nacimiento o por derecho de origen con derechos como ciudadanos y como individuos, no así para las demás minorías. Responsabilizaba al Estado de sus miserias, las que atribuían a la relación que dicho Estado mantenía, supuestamente con la minoría judía. El desarrollo de los nacionalismos y las exigencias de las minorías raciales, pusieron en aprietos a los Estados, que debían ser responsables de velar por y proteger a todos sus habitantes. Schoenerer pretendió y propulsó la transformación del Estado para que deje

de ser quien aplica la ley objetivamente y se convierta en un instrumento de las demandas de la nación y en ese sentido una perversión del Estado. Fue el primero en darse cuenta de que se podía utilizar el antisemitismo como instrumento propagandístico, como arma política para encaminar y determinar la política exterior que adoptaba el Estado, así como también para debilitar sus políticas internas. El odio a los judíos se volvió autónomo, se emancipó de las posibles fechorías o hazañas que habrían podido cometer éstos y que eran vinculadas a ellos específicamente.

Los pan-movimientos mostraron tal fanatismo en su judeofobia que hicieron del antisemitismo el centro ideológico de sus propuestas. Por un lado, estos movimientos se asociaron con el «nacionalismo tribal» conformado por las diferentes etnias de Europa oriental dada la afinidad que tenían estos grupos minoritarios entre ellos. Los pan-movimientos tenían la impresión, por contradictorio que parezca, que los judíos constituían el único y perfecto ejemplo de un pueblo en sentido de «tribu», con un tipo de organización que ellos, en tanto pan-movimientos, podían imitar. Deseaban reproducir el supuesto poder y la capacidad de supervivencia a través de los tiempos que le atribuían a los judíos; ello les servía, a la par, para corroborar sus prejuicios raciales. Veían en los judíos una nación sin instituciones y sin Estado. En tal sentido podrían emular su «orgullo tribal» si lograban destacar alguna característica misteriosa e inherente a su esencia, sea germana o eslava.

A diferencia de lo que ocurrió en Europa Occidental, los pan-movimientos, consideraron el «antisemitismo» asunto de vida o muerte, que por primera vez apareció aislado de una experiencia real, vinculada al pueblo judío, ya sea en lo social, en lo económico o en lo político. El antisemitismo de los pan-movimientos siguió el curso y la lógica de las ideologías.

Las acciones que se derivaron de ello fueron el comienzo de la liquidación de la judería europea, que vivió su clímax con las políticas de exterminio, tanto de los nazis como de los estalinistas.

Sin tradición constitucional los dirigentes de los pan-movimientos idearon sus gobiernos y el manejo del poder basándose en intereses subjetivos imponiéndolos en forma arbitraria justificando sus actos y decisiones, a todas vistas ilegales, con argumentos ideológicos, sustituyendo las leyes por decretos amparados en el poder. De esta manera no «necesitaron» justificarse ante nadie.

Aplicado a poblaciones heterogéneas en territorios diseminados, el nuevo estilo de gobernar tenía sus ventajas: el dominio sobre ellos era más eficiente e impedía la anticipación y el razonamiento político por la falta de información. Los regímenes a que dieron origen los pan-movimientos establecieron administraciones centralizadas,

imponiéndose sobre las organizaciones locales. Cuando los decretos resultaban oportunos, impresionaban como que tenían mucha destreza para gobernar.

La nueva burguesía que empezaba a mostrar características totalitarias hizo uso y abuso de un poder absoluto; esas características totalitarias penetraron en la vida privada e íntima del individuo proveniente de diversos estratos que ya no tenían vigencia política y/o social; la organización totalitaria trató de anular la espontaneidad y el desempeño social y político de los grupos que los seguían y de los grupos de minorías dominadas. Los grupos reprimidos -dice Arendt- fueron reducidos a un estado de esterilidad política que luego se convirtió en «esterilidad total» producto de la dominación en todos los campos.

El 28 de julio de 1914 estalló la Gran Guerra y con ella terminó la época imperialista con la desintegración de los imperios otomano, germánico, ruso y austrohúngaro. La nueva organización geopolítica dio paso al surgimiento de dictadores como Mussolini en Italia y Franco en España cuyos gobiernos tenían características totalitarias sin constituirse como gobiernos totalitarios.

El horror dejado por la gran guerra, la primera guerra mundial, fue una anticipación de lo que ocurriría veinte años después. Esta primera gran guerra se caracterizó por un nivel de violencia nunca antes visto en Occidente, la experiencia en las trincheras expuso a los soldados a sufrimientos antes no imaginados y a traumas de guerra insospechados, inéditos; se utilizaron nuevos instrumentos, se inauguró la guerra química, nueva maquinaria y técnicas de guerra que ocasionaron un número muy elevado de muertes militares y civiles. El comportamiento de los gobiernos y de los ejércitos durante guerra dejó al descubierto la crisis de las tradiciones éticas y morales germanas y europeas.

II.3 Consolidación del totalitarismo

Según el diccionario de la Real Academia Española, el totalitarismo es un *régimen político que ejerce fuerte intervención en todos los órdenes de la vida nacional, concentrado en un grupo o partido que no permite la actuación de otros partidos* (Real Academia Española, 2001:2202).

El origen del totalitarismo se retrotrae a las fuerzas políticas contrarias a los valores propuestos por la Revolución Francesa (1789) y al parlamentarismo. Frente al ideal revolucionario francés de la libertad, se propugnaba el autoritarismo. Frente a la igualdad, la desigualdad y la utilización de la disciplina y la ruptura de la solidaridad humana como respuesta a la fraternidad. Esta inversión de valores es conocida como la «trilogía totalitaria».

Como ideología, el totalitarismo comenzó proponiendo que todos los aspectos de la vida humana y de la sociedad se sometían a la intervención del Estado. Somete las creaciones artística, científica e intelectual a las pautas que el gobierno establece; ante ello, muchos artistas se rebelaban contra ello, produciendo de acuerdo a su inspiración; muchos de éstos fueron perseguidos, deportados e incluso asesinados. La filosofía política totalitaria antepone la omnipotencia del Estado a los derechos de los ciudadanos. Admite y aplica el uso de la violencia y terror, los mismos que se han manifestado en represión a minorías y disidentes, (también hacia el resto de sus ciudadanos cuando se trataba de políticas internas). En su vínculo con el exterior, estos regímenes transmitían mensajes contradictorios, por lo que se generaron conflictos internacionales. La designación del nazismo fascista y el comunismo estalinista como regímenes totalitarios, procede, no tanto de coincidencias ideológicas entre ellos sino las coincidencias pragmáticas. El gobierno del general Francisco Franco, en España, y el imperio del Japón, liderado por el emperador Hirohito, tenían prácticas totalitarias. Japón, la Italia de Mussolini y la Alemania de Hitler conformaron *las potencias del eje* (Fernández García, A., 2013:66, 67). Sin embargo, Arendt sólo consideró al régimen estalinista y al nazismo como expresiones «completas» de gobiernos totalitarios.

Arendt no fue la primera en utilizar el concepto «totalitarismo»; éste surgió poco tiempo después de la Segunda Guerra Mundial con el objeto de denunciar un «mal político supremo» que incluía el uso del terror, la voluntad de dominar, una especial ansia de poder y una estructura monolítica de gobierno. Antes de la segunda guerra, a los gobiernos con gran parte de esas características, se les llamaba imperialistas.

A mediados de los 1920's, los adversarios políticos de Mussolini se refirieron a su estilo de gobierno como Estado totalitario. Se trataba de un punto de vista valorativo, en el que se describían características negativas del gobierno fascista, «totalitario», en contraste con las que sostendría un Estado liberal. En 1932, la *Enciclopedia Italiana* define el *fascismo* como *un partido que gobierna totalitariamente una nación* (Bobbio, N., Matteucci, N., 1976: 1622). No solo el gobierno de Mussolini fue calificado como totalitario; las medidas adoptadas por Hitler, hicieron que intelectuales opuestos a él también se refirieran a su gobierno como «totalitario».

En 1940 se llevó a cabo un simposio sobre el *Estado totalitario*, cuyo contenido se publicó en *Proceedings of American Philosophical Society*. En él se describió como rasgos originales de ese tipo de gobiernos el monopolio de los poderes, la necesidad y exigencia del soporte de las masas, la utilización de técnicas modernas de propaganda.

Arendt señalaba que las características de las ideologías totalitarias eran:

1. La utilización de una «ficción creíble», por medio de la cual se sentían capaces de explicar todo el acontecer histórico, del pasado, el presente y ofrecer una mirada «fiable» del futuro, dado que su ideología abarcaba la totalidad de los elementos en movimiento. Los nazis hicieron esto basándose en las «leyes de la Naturaleza» y los estalinistas, en las «leyes de la Historia».
2. La ideología se torna autónoma e independiente de la realidad, porque sus argumentos preconizaban una versión «más verdadera» de la misma, encubierta entre las cosas perceptibles. Únicamente utilizando un «sexto sentido» proporcionado por la misma ideología, adquirido a través del adoctrinamiento ideológico y de la propaganda, es que se puede comprender el significado oculto de los acontecimientos.
3. Para independizar el pensamiento de la experiencia y de la realidad, siguen un método:
 - a) Establecer una premisa axiomática incuestionable.
 - b) Ordenar los hechos siguiendo la lógica de dicha premisa previamente establecida y aceptada.
 - c) Seguir la secuencia de los hechos, para llegar a deducciones.
 - d) Los argumentos utilizados se refieren a [hipotéticos] procesos supra-humanos o históricos relacionados con la idea central.

Su fin último sería una transformación de la naturaleza humana que permita hacer a los individuos intercambiables, basados en las ideologías raciales que acompañaron al imperialismo. Estos elementos constituyeron los ejes centrales de estos regímenes, además de la utilización del terror totalitario. Arendt pensaba que esta nueva forma de gobierno no solo destruye las capacidades políticas del hombre; tiende a destruir grupos e instituciones que conforman las redes privadas. Aislados de su capacidad política y de sus redes sociales, los individuos quedan fuera del mundo y llegan a quedar privados su propio yo.

Otra manera de entender el totalitarismo la propusieron Carl J. Friedrich y Zbigniew K. Bzezinski, quienes sugerían que los regímenes totalitarios son el resultado de la unión de seis características:

1. Una ideología oficial
2. Un partido único, de masas, guiado por un líder o dictador con una posición de superioridad indiscutible.
3. Un sistema de terrorismo policial que se apoya en el partido, al que al mismo tiempo controla.

4. Un monopolio absoluto en manos del partido en relación al uso de la tecnología moderna que controla los medios de comunicación masiva.
5. Un monopolio en manos del partido que tiende a ser absoluto en relación a las nuevas tecnologías de los instrumentos de la lucha armada.
6. Una dirección y un control central de toda la economía a través del aparato burocrático que controla las unidades productivas. (Bobbio, N., Matteucci, N., 1976: 1624, 1625)

Las principales coincidencias que Bobbio y Matteucci encuentran entre propuestas teóricas en torno al totalitarismo de Arendt y las de J. Friedrich y Z. K. Bzezinski, son:

- a. Se trata de una nueva forma de dominio político.
- b. Esta nueva expresión política es capaz de penetrar y movilizar a la sociedad de una forma tal que antes nunca había sido conocida en otras formas de gobierno.
- c. Ello representa una variación «cualitativa» en la dirección del dominio político.
- d. Consideran centrales la concentración del poder en un partido único de masas; la ideología oficial como pauta y referente de toda acción política; el uso (y abuso) del terror policiaco.

Las principales diferencias entre ambas propuestas son:

- a) Para Arendt, la finalidad esencial del totalitarismo está en el deseo de transformar de la naturaleza humana, reduciendo a los individuos a autómatas obedientes, sin espontaneidad y «ordena alrededor de ese fin todos los demás aspectos del fenómeno»
- b) Friedrich y Bzezinski no reconocen ningún fin propio del totalitarismo, prefieren hablar de un «síndrome totalitario».
- c) Friedrich y Bzezinski no enfatizan en la personalización del poder en el líder totalitario, cuyo rol es fundamental en la conducción del gobierno y es quien utiliza a discreción los aspectos ideológicos (Bobbio, N., Matteucci, N., 1976: 1625, 1626).
- d) Para Arendt, los regímenes más representativos del totalitarismo fueron la Alemania nazi y la Unión Soviética estalinista, a partir de 1930 mientras que Friedrich y Bzezinski incluyen al gobierno fascista de Mussolini, al comunismo chino de Mao y a los regímenes comunistas de Europa del Este (Bobbio, N., Matteucci, N., 1976: 1625).

En cambio, Perednik, (2015) considera que el también el islamismo, además del nazismo y del estalinismo, es otro movimiento totalitario por su ideologización de la

religión musulmana, también como consecuencia de la primera guerra mundial y el colapso del imperio Otomano. Perednik hace hincapié en que el islamismo (resaltando el sufijo *ismo*) es una ideología que comparte con éstas el fanatismo, la radicalidad llevada a su máxima expresión y la explicación de todas las variables de la vida a través de sus propios postulados. El islamismo como ideología comenzó su expansión en muchas de las antiguas posesiones del Imperio Otomano, en vastas regiones de Asia, África, Península Arábiga y Oriente Medio y está jugando un rol muy importante en la política mundial de estas primeras décadas del siglo XXI.

Sin hablar del islamismo como tal, Arendt se refiere al rol que tuvo T. E. Lawrence, representando los intereses de Gran Bretaña en el despertar en las tribus árabes nómadas en el desierto arábigo, sentimientos nacionales que no se habían manifestado. T. E. Lawrence fue enviado al Medio Oriente cuando estalló la primera guerra, con la intención de que el imperio pudiera sacar provecho del nuevo movimiento nacional que se propusieron fomentar. Lawrence se convirtió en *la encarnación de la fuerza del movimiento nacional árabe*. (Arendt, H., 1951:288)

Arendt (1951) sostenía que el totalitarismo es un tipo de ideología, liderazgo y régimen político que se apodera de los estamentos más significativos del Estado, para hacerse del territorio, del gobierno, las instituciones, la población y el poder y dejarlas en manos de una élite política con un líder supremo, que por lo general se proyecta con características mesiánicas. El «racismo» del siglo XIX fue una de las manifestaciones ideológicas que constituyó el verdadero núcleo del fascismo y del nazismo.

Arendt equiparó al nazismo con el estalinismo, considerándolos la expresión más clara del totalitarismo dado que:

- La base de sus gobiernos se sustentaba en ficciones ideológicas, (la soviética basada en la lucha de clases, como parte de un proceso histórico y la nazi en la lucha de razas, producto de la naturaleza y la biología).
- La propaganda era usada de para confundir a la población y a los países extranjeros. La utilización del terror como instrumento fundamental para gobernar⁵.

⁵ Después de los asesinatos en masa llevados a cabo por los Jóvenes Turcos (entre 1915 y 1923) que, contra los armenios, que comenzó en Estambul el 24 de abril de 1915, Raphael Lemkin dedicó su vida a judicializar estos crímenes, a nivel internacional. Después de muchos años de esfuerzo y con el apoyo de la Carta de las Naciones Unidas, logró que el 11 de diciembre de 1946 se aprobara por unanimidad la Resolución 96 (I) denominada *El crimen de genocidio*, resolución que él mismo contribuyó a redactar. Esta resolución permitía legislar los crímenes de lesa humanidad dentro y fuera del país donde fueron cometidos, como los cometidos por los Jóvenes Turcos, el régimen estalinista y los nazis (Paz M. R. []) (<http://www.raoulwallenberg.net/es/holocausto/articulos-65/genocidio/raphael-lemkin-padre/>)

Vale la pena señalar, principalmente del lado del nazismo que basó su prédica en las leyes de la Naturaleza, que las teorías darwinianas contribuyeron a fortalecer su propuesta del superhombre ario. Proporciona un argumento que señala que las especies «más aptas», con la adecuada «dominancia racial» son las que sobreviven, da a las teorías raciales alemanas el argumento de su superioridad adquirida por herencia. De alguna manera les permite justificar la idea de que, para que esta raza se mantenga superior y lo más pura posible, se puede ayudar eliminando a quienes no cumplen con dichas características o aplicando la eugenesia, «ciencia» por medio de la cual se podía *predecir quien resultaría más apto o proporcionar los medios para que las naciones llegaran a desarrollar una aptitud permanente*. (Arendt, H., 1951:243) De allí a los procesos de «selección», artificial, física y con plena consciencia aplicados para que la raza aria sea la única que quede gobernando sobre la tierra, acciones que llevaron a cabo los nazis desde que subieron al poder en Alemania durante la tercera década del siglo XX.

En ambos casos las persecuciones totalitarias se caracterizaban porque el terror generado por los regímenes totalitarios se desataba sin provocación alguna. Tanto desde el punto de vista de los perseguidores como de los perseguidos, las víctimas eran completamente inocentes. En el caso de la Alemania nazi, dirigían su actuar terrorífico principalmente hacia los judíos e individuos indeseables, que perseguían no por sus actos sino por lo que «eran». En caso del estalinismo, el argumento era ideológico. La paranoia suscitada por el régimen permitía que cualquier denuncia policíaca o de algún vecino respecto a fantasías de desobediencia ideológica, fuera suficiente para secuestrar, deportar, encarcelar, aplicando consistente y continuamente el terror.

Estos métodos contrastan con los valores democráticos que condenan las violaciones de los derechos fundamentales de todo individuo y rechazan la limitación a que todo pueblo ejerza su derecho a formar parte de la comunidad política internacional, ésta, debido a las prácticas totalitarias, se diluyó en medio de las luchas retóricas de ambos extremos. Dado que las conductas totalitarias favorecieron que se desate la Segunda Guerra, uno de los resultados totalitarios fue la devastación y la permanente amenaza de subsistencia de los países europeos.

En el imaginario de muchos de los alemanes, la existencia de graves problemas en su sociedad era entendida como producto de la presencia de los judíos, lo cual, como señalamos líneas arriba, era un prejuicio sin sentido: los judíos no tenían el poder económico y eran insignificantes en número (menos del 1% de la población) como para ocasionar tales problemas. Los primeros alemanes nacionalistas y antisemitas, que constituían una mayoría de la sociedad alemana, según Goldhagen, consideraban que la

naturaleza de los judíos era absolutamente diferente a la raza aria; la raza judía, que en su ideario conformaba el estrato evolutivo más bajo de la humanidad, llegando a ser considerada «infrahumana», era inmodificable, inmutable, en contraste con el «semidiós», «superhombre» ario. Por lo tanto, la única manera de resolver el problema era «eliminar» a los judíos. Evidentemente hubo importantes excepciones de alemanes que no compartieron esta ideología ni con esta solución. (Goldhagen, D. J., 1996: 116).

Como señalamos antes, una variedad de fenómenos sociales, económicos, demográficos, ideológicos, además de las prácticas imperialistas constituyeron las bases para el surgimiento del totalitarismo.

Resultado de la primera guerra, los imperios germánico, ruso, austro-húngaro y otomano se desintegraron; quedaron una diversidad de nacionalismos y grupos étnicos fuera del control que antes los imperios ejercían; el comportamiento abusivo de los ejércitos, se desconocieron los derechos civiles y de los países neutros; se utilizaron nuevas armas de guerra y de destrucción masiva, se dejó una devastación de proporciones antes desconocida, se exacerbó el odio de unos hacia otros, surgieron conflictos entre las diversas naciones, entre vecinos que antes conformaban los imperios, se desataron guerras civiles sangrientas y crueles, apareció una inflación galopante, hubo mucho sufrimiento y finalizó con la destrucción de la comunidad europea de naciones.

La homogeneidad de las diferentes naciones se modificó por las grandes oleadas de migrantes que rápidamente perdieron la protección de la ley, de sus derechos ciudadanos y humanos, aquellos derechos declarados inalienables promulgados en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano por la Asamblea Nacional Constituyente francesa el 26 de agosto de 1789 y que significó un momento decisivo para la Historia de la Humanidad. Estos «derechos inalienables» fueron formulados en relación a los derechos del pueblo y no del individuo. Ello significó que, cuando las personas perdieron la protección de sus gobiernos con la pérdida de sus nacionalidades, quedaron fuera de la jurisdicción de sus propios Estados y sin ninguna institución, autoridad o gobierno que los representase. Millones de personas terminaron siendo apátridas y dejaron de ser protegidas por normas que habían regido sus vidas y el mundo hasta ese momento conocido por ellos. (Arendt, H., 1951:344, 371).

Consecuencia de estos movimientos migratorios, se crearon dos grupos humanos cuya situación política, económica, social y legal era peor que la de los demás afectados: las ya mencionadas minorías y los apátridas. Además de perder su status social, también se quedaron sin derecho a ejercer sus profesiones, sin poder trabajar como solían. A estos grupos marginados y perseguidos, se les consideró la «escoria de la Tierra», «los indeseables de Europa». Arendt, identificándose como una de ellos, los definía como

«parias»; apátridas, sin derechos, protección o sentido de pertenencia conformaban el eslabón más bajo de las sociedades europeas. El problema de los parias fue abordado por Arendt a lo largo de su producción intelectual.

Según el *Diccionario Manual de la Lengua Española* (2007):

- a) Se llama *paria* a la persona que pertenece a la casta más baja en la India, sin derechos civiles ni religiosos. A este grupo humano se les conoce como los «intocables».
- b) la persona a la que *se considera inferior* y a la que «se le niega el trato y las ventajas» que gozan las demás: los mendigos y vagabundos son considerados como los parias de nuestra sociedad.
- c) El tributo que pagaban los soberanos musulmanes a los estados cristianos peninsulares, como vasallaje o reconocimiento de su supremacía.

A la larga, decía Arendt, la desnacionalización de dichos individuos, los «parias», se convirtió en un poderoso instrumento de las políticas totalitarias. Los tratados que regulaban a las minorías expresaban con claridad que sólo los nacionales eran considerados ciudadanos y eran los únicos que podían gozar de toda la protección del Estado. Los demás, necesitaban leyes de excepción pues el interés nacional primaba sobre los derechos de estas personas.

La primera guerra como las diferentes guerras civiles que se desataron durante y posterior a ella, así como con los distintos y originales criterios legales, dejaron a miles de individuos en calidad de desplazados, de refugiados y de apátridas, sin nacionalidad; la estructura de los nuevos Estados se transformó.

El proceso de «dominio total», presupuso una jerarquía de gobierno que, como ya señalamos, no daba cabida a oposición alguna. La cúpula gobernante decretaba los criterios de lo que se debía hacer, era un poder con leyes-decreto y sin instituciones que los refrenaran. Hacían uso y abuso de su «derecho soberano» para quitar la ciudadanía y desnaturalizar a los sujetos que pensaban de manera diferente u opuesta al sistema. Además, dejaron al descubierto la fragilidad de las soberanías nacionales vecinas, alertándolas de que nunca tendrían aseguradas sus fronteras ni en la guerra ni en la paz, mientras estén ellos al mando de sus Estados, porque parte del proyecto fue destruir la solidaridad humana espontánea, no organizada, destruyendo la comunidad de naciones europeas.

A raíz de estas políticas, los «derechos inalienables del hombre» terminaron siendo los «derechos inalienables de los ciudadanos», para aquellos que podían demostrar serlo en los países más civilizados y prósperos. Los aparentemente «derechos inalienables» de los individuos apátridas y desplazados, fueron alienados por aquellos gobiernos que los

despatriaban y los desconocían, perdiendo todo derecho a ser protegidos y reconocidos por los gobiernos de los países que habitaron y de los que fueron parte integral. Se les mantenía en «campos de internamiento».

Los derechos ciudadanos y los derechos del hombre tienen una larga trayectoria en la historia, se les puede rastrear a épocas antiguas, entre los griegos, en India, en los Diez Mandamientos y la legislación desarrollada a partir de los mismos. Como sociedad civil en Occidente, se puede remontar a la «Carta Magna», emitida en Inglaterra en 1215; el *Bill of Rights* de 1689, en ese mismo país; en la *Declaración de Independencia de los Estados Unidos* (1776), la Declaración de los Derechos Fundamentales del Hombre y del Ciudadano promulgada en Francia en 1789 y finalmente las normas de comportamiento que deben seguir los estados beligerantes, firmada en la Convención de La Haya en 1907 (ALDHU), ésta incluía el derecho de asilo, un derecho distintivo e insignia de los derechos del hombre, que se dejó de respetar. Denegada la repatriación y con la pérdida de la nacionalidad, los refugiados y los apátridas no eran aceptados en la nación de origen ni en la nación que utilizaban como tránsito; tampoco se les recibía en otros países

Sin ir más lejos, incluso en épocas de paz, los habitantes de un país que migran dentro del propio territorio nacional y no poseen documentos, permanecen como individuos al margen de los derechos ciudadanos, como ocurre con tantos pueblos originarios y autóctonos en el Perú y en tantos otros países del mundo. Al no poseer documento nacional de identidad, prácticamente están fuera de la protección del Estado, sin acceso a los servicios que suele proveer éste, como la salud, la educación, programas de alimentación, entre otros que debería recibir esta población marginal tanto como los ciudadanos.

Entre otras consecuencias, la primera guerra produjo la aparente desintegración del supuesto «carácter nacional» alemán. Sin este «carácter» -dice Arendt-, aparecieron personas que, frente al peligro de la destrucción total, se convirtieron ellas mismas en fuerzas destructivas. Este fenómeno no se circunscribió a Alemania. También afectó a Francia y a Austria, pero con diferentes resultados. Arendt señala que el uso político del antisemitismo, la incorporación del racismo como instrumento de odio y dominación y la herencia del imperialismo, fueron elementos que influyeron decididamente en el surgimiento de los movimientos y regímenes totalitarios. Desde su perspectiva, únicamente la cristalización de todos esos elementos y problemas pudo dar paso a la forma de actuar del nazismo, que estaba ofreciéndole al mundo una [terrible] manera de solucionarlos.

Destruir las antiguas tradiciones occidentales fue parte de la «originalidad» de los movimientos totalitarios puesto que sus acciones hicieron explotar las categorías previas

de pensamiento y los patrones del juicio moral. Arendt pensaba que si Alemania estaba especialmente vulnerable respecto a las tradiciones se debía a un tardío desarrollo como nación, a una «desafortunada historia política», a la falta de experiencia democrática pero más determinante aún, el alto nivel de desempleo y la galopante inflación dejada por la Primera Guerra, lo que facilitó que el poder destructivo de la *vivencia del frente – Fronterlebnis- de las trincheras* (Arendt, 1945: 139), afectara a Alemania más que a otros países. Así, el fenómeno que se trató de comprender se encargó de destruir las herramientas para ello. En la búsqueda de sentido de tan destructivo actuar se encuentra la paradoja que, mientras más se quiere entender, más frustración surge por la incapacidad de darle sentido a tan atroces acontecimientos. Este sinsentido estaba en la base de los argumentos y de las acciones totalitarias, se extendió a la pérdida del «sentido común». Arendt señala que el pensador francés Paul Valéry fue el primero en señalar la quiebra del sentido común responsable de las ideas que antes eran comúnmente aceptadas en el mundo contemporáneo. Antecediendo esta percepción, Montesquieu, en el siglo XVIII, ya decía que las costumbres conformaban *casi literalmente la moralidad de cualquier civilización*. Estas ideas fueron refutadas, atacadas, disueltas en Occidente, no tanto por especulaciones sino por los hechos mismos del que se vivían en aquel momento. El resultado fue *una suerte de insolvencia de la imaginación y [la] bancarrota de la comprensión* con el correspondiente colapso espiritual y moral de la cultura occidental. (Arendt, H., 1953:381)

El «sentido común» es una de las habilidades proporcionadas por el pensamiento, es una de las funciones mentales superiores. Es la capacidad de juzgar de forma natural y razonable eventos y acontecimientos cotidianos que implican intercambios sociales; de entender determinadas situaciones para resolver problemas específicos. No se requiere estudios o conocimientos teóricos. Se requiere tener conocimientos prácticos, la habilidad de aprovechar las experiencias pasadas para resolver situaciones actuales. Implica compartir normas, criterios, conductas y creencias convencionales de acuerdo a la cultura de un grupo social. El sentido común está relacionado con la consciencia, sentido moral, juicios de valor considerados prudentes, lógicos o válidos. Se le conoce también como «juicio social» (Sattler, J. M., 1982).

Sin criterios comunes, sin referentes sociales, se quiebran los criterios compartidos, se disuelve la convención social que los apoya, perdiéndose la manera de aplicar dicho «sentido común». En esas circunstancias, se genera una desorientación que impide la utilización de criterios que fueron comunes y que solían ser la guía del comportamiento pragmático y de los valores compartidos.

Las tradiciones occidentales que rigieron a la sociedad alemana durante siglos y que se perdieron –como señala Arendt- fueron sustituidas con suposiciones y supuestas certezas acerca de los judíos, heredadas de siglos de prédica negativa contra ellos. Lo que se mantuvo como pensamiento común fueron los prejuicios compartidos hacia ellos que los signaban como símbolo cultural y político de corrupción, marginalidad y de un deseo de dañar a quienes no eran judíos. Partían de la idea, -prácticamente axiomática y difundida por la propaganda y demás medios posibles- de la existencia de una *Judenfrage*, literalmente una «pregunta acerca de los judíos». Por lo general, se traduce o se refieren a ello en otros idiomas, como «el problema judío» o la «cuestión judía». En esa época, los judíos se vieron obligados a entender dicho término en relación a lo que su entorno les planteaba como dificultad, es decir, *los problemas que surgen de la coexistencia de los judíos con otros pueblos* (Goldhagen, D. J., 1996:608).

Los judíos nunca fueron mayoría en ninguno de los países en donde vivieron. Por el contrario, eran la «minoría por excelencia», que necesitaba ser defendida de las agresiones de los demás ciudadanos, dice Arendt. Según los intereses del momento, los Estados de donde provenían los judíos, se hacían cargo o no de ellos o de otras minorías.

Al romperse las estructuras sociales y desaparecer los Estados, entre los grupos que conformaron la «nación de minorías» y entre los «apátridas», los judíos constituían el grupo más numeroso. Eran los más desvalidos entre las «minorías», los más necesitados. Otras minorías desvalidas y en riesgo eran los armenios, refugiados, migrantes de un país a otro. En particular los armenios fueron víctimas de tratos inhumanos, injustos, de persecuciones, de deportaciones, de marchas forzadas y de matanzas llevadas a cabo en los últimos años del Imperio Otomano. La primera oleada de asesinatos ocurrió entre 1894 – 1896. Una segunda oleada de persecuciones se dio entre 1915 – 1916 ésta última dejó aproximadamente un millón y medio de víctimas. La impunidad con la que actuaron los líderes turcos en contraste con la severidad jurídica hacia quienes los desafiaron, motivaron a Ralph Lemkin desde 1933 a proponer introducir medidas de protección legal para salvaguardar los derechos de grupos religiosos, étnicos y sociales a nivel internacional. En su libro *El gobierno del Eje en la Europa ocupada. Legislación de ocupación. Análisis de gobierno. Propuestas de compensación* (Lemkin, R., 1944) introdujo el término «genocidio», del griego *genos* que significa *nación/pueblo*) y *kideo*, matar. Se refiere al exterminio sistemático de un grupo humano por motivos de raza, religión o política. Lemkin no cesó hasta lograr el establecimiento de una corte internacional penal con la capacidad de juzgar a los responsables y de dictaminar que se les castigue por crímenes de lesa humanidad. Dicha corte tendría potestad para enfrentar las inconsistencias, contradicciones y vacíos jurídicos que no serían asumidos por salas

nacionales locales. Lemkin no vivió para ver culminados sus esfuerzos. El 9 de diciembre de 1948, las Naciones Unidas aprobaron la Convención en Prevención y Castigo del Genocidio, (Holocaust Encyclopedia; Weber, L., 1999:508, 572) La tragedia armenia, (1915-1916) fue considerada por algunos, *a posteriori* como el primer «genocidio» europeo del siglo XX, pero dado que la ley no tiene efecto retroactivo, sigue siendo motivo de grandes y acalorados debates el considerarla como tal.

Sin embargo, hubo un genocidio previo. Entre 1904 y 1908 las tropas alemanas cometieron una serie de atrocidades, muchos expulsados al desierto donde murieron deshidratados y hambrientos, otros decapitados en campos de concentración y sus cabezas enviadas para investigaciones y experimentos, termino siendo la masacre sistemática de más de cien mil hereros y unos diez mil namas, del sur de África Occidental, actual Namibia. El 18 de julio del 2016, Ángela Merkel, canciller alemana, dijo que próximamente se disculparía en nombre de Alemania por dicho genocidio, previo al del cometido contra los armenios y claro antecedente de la Shoah contra los judíos en las décadas de 1930 y 1940. (Arica, fundación Sur, 2016)

II.3.1 El totalitarismo alemán 1933 – 1945

Arendt fue testigo de excepción del surgimiento, crecimiento y empoderamiento del partido Nacionalsocialista en Alemania; fue de las primeras y de las pocas intelectuales que tuvieron la claridad mental y la capacidad de anticipación para entender que la subida del nazismo al poder era cuestión de tiempo; que era una potencial y muy probable amenaza al sistema de gobierno conocido hasta el momento. Significaba un cambio político preocupante para los judíos y para los que sustentaban ideas diferentes al régimen. Cuando sus suposiciones se volvieron realidad, la vida cotidiana de Arendt, de sus correligionarios y de los opositores del régimen se vio afectada profundamente; salir a la calle se convirtió un peligro constante y ello ocurrió, dice Goldhagen, porque los alemanes «ya» habían cambiado, aún antes de que los nazis hayan subido al poder. Gradualmente se volvió evidente que el pueblo judío, donde sea que se encontrara, nunca se había enfrentado a un proyecto tan decidido de exterminio, concretizado a través de acciones organizadas y sistematizadas. La maquinaria nazi logró exterminar a una tercera parte del pueblo judío y la casi totalidad de los judíos europeos.

En los años posteriores a la primera guerra mundial era impensable que se respetaran los Derechos Humanos, a pesar que personajes de trascendencia mundial como Albert Einstein todavía pensaban en 1932 que la influencia de una instancia

internacional que rija sobre las naciones, pudiese exigir tal consideración (Einstein, A., 1932). Grupos humanos despreciados, perseguidos y denigrados, como los judíos y otros, perdieron sus trabajos, sus hogares, sus nacionalidades. Además, se desintegraron las redes sociales entretejidas durante años y a veces siglos, a las que pertenecieron sus abuelos, padres y en esos momentos ellos; espacios en donde habían nacido y crecido y donde crearon un lugar diferenciado en el mundo, que les proveía de referentes de pertenencia, solidaridad, identidad, entre otras cosas. El problema de los apátridas y de las minorías se complejizó más porque les cerraron la entrada a otros países y con ello las posibilidades de construir un nuevo espacio vital, económico y social. De esta manera, las leyes raciales alemanas consiguieron que estos grupos fuesen *arrojados de la familia de las naciones* (Arendt, H., 1951:372).

En este contexto de empoderamiento de los nazis en Alemania, el 15 de septiembre de 1935, durante el séptimo congreso anual del NSDAP- *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei* (Partido Nacional Socialista Alemán de los Trabajadores), se aprobaron las leyes raciales de Núremberg. En ellas se estableció una distinción entre ciudadanos «completos» y ciudadanos de segunda categoría. Para los «nacionales» sin derechos políticos y susceptibles de perder la nacionalidad por decreto oficial crearon «campos de internamiento» en donde confinaron a los connacionales disidentes o acusados de lo que al Reich le apeteciera. En paralelo, crearon «campos de concentración». Los primeros para los enemigos políticos alemanes y los segundos para la población considerada de segunda, inhumana, como los judíos, los gitanos, los eslavos, etc. Los campos de concentración fueron organizados y controlados por medio del terror, con apoyo de la policía alemana y posteriormente, con el apoyo de la policía de los países ocupados.

Con la aprobación de las leyes anti-judías en Núremberg, se redujo a los judíos alemanes a la categoría de «minoría no reconocida». Muchos de ellos decidieron emigrar, pero no fue fácil que otros países los reciban de buen grado. La ola de emigración judía había comenzado en la Rusia zarista a finales del siglo XIX por la proliferación de pogromos y persecución, lo que generó nuevos problemas a los judíos que habitaban los países a donde emigraban; las diferentes políticas desplegadas contra los judíos hicieron de ellos el grupo mayoritario entre los apátridas, por lo que esta condición fue, desde un principio, un problema judío.

La ideología nazi descubrió que se podía sacar gran provecho del antisemitismo para mover y azuzar las masas y potenciar el sentimiento antijudío si se le adjudicaba a los judíos responsabilidad e influencia en los problemas que aquejaban a la política mundial. Por ello centró su discurso en difundir falsos argumentos que la población aceptaba sin cuestionar y los convirtió en el motor de su actuar; facilitó la persecución y el

exterminio de los judíos a través de la creación y activación de la maquinaria del horror, en su intento por resolver definitivamente el «problema judío».

La *Judenfrage*, la «cuestión judía», objetivamente hablando, no tenía el significado ni la trascendencia que se le adjudicó. La población judía de Alemania durante toda su historia, nunca superó el 1% en relación a su población total; a nivel europeo tampoco fue mayor del 2% y a nivel mundial oscilaba y oscila entre el 1 y 2%⁶.

En ese sentido, el «problema judío» fue una fantasía, (¿un delirio?) que no tuvo nada que ver con la realidad y en tanto «causa», que para Arendt (1983), significó un «insulto al sentido común», puesto que fue completamente desproporcionada al «efecto» que generó: la aniquilación de seis millones de judíos, un tercio de la judería europea; el asesinato de millones de personas alrededor del mundo, principalmente de Europa; la destrucción de pueblos y ciudades durante el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial.

Hitler y sus seguidores dedicaron gran parte de sus decisiones políticas a solucionar el «problema judío». Primero fueron obligados a identificarse y registrarse como tales incluso cuando uno de los abuelos fue judío. Las leyes que se aprobaban violaban sus derechos. Se los quería fuera de su territorio, pero ponían grandes trabas y dificultades para que salgan de él, entre otras, los altos montos de dinero para emitir visados de salida. A la par, estimulaban a los distintos países para que no los recibieran ni siquiera como refugiados. El objetivo, claramente, era dejar Alemania *Judenrein*, libre de judíos y eliminarlos de la faz de la tierra. Los judíos fueron privados no solo de su libertad, sino del derecho a la acción; no solo perdieron el derecho a pensar sino también su derecho a tener y emitir opinión. Este proyecto gradualmente tomó la forma de reunirlos en guetos en todos los países europeos conquistados y desde cada uno de ellos enviarlos a los campos de concentración y exterminio construidos a lo largo de Polonia y en menor número, en Alemania. Al hacerlo, Hitler demostró palpablemente cómo enfocaba el problema de resolver definitivamente el dilema de la minoría y de los apátridas judíos y de paso, de los demás «enemigos-objetivos». Con el asesinato de seis millones de judíos y la destrucción socio-cultural de la vida judía europea, el problema judío disminuyó en Alemania, pero no resolvió la situación de los demás alemanes y mucho menos de los otros apátridas ni de las otras minorías.

Quedar fuera de la ley, significó para los judíos la pérdida del estatus legal tanto en sus países de origen como en los posibles países de acogida. También se les negó el derecho de asilo. Lo más contradictorio de esta exclusión del sistema jurídico de estas personas fue que ni los refugiados apátridas ni los miembros de minorías fueron

⁶ http://www.memoriales.net/pobla_jud.htm Visitado el 10/06/2009

perseguidos por sus actos o por sus ideas. Fueron perseguidos «únicamente» por pertenecer a un determinado grupo social, político o religioso, en muchos casos como condición con la que nacieron, lo que estaba completamente fuera del control de los «afectados». Tanto los perseguidores como los perseguidos coincidían en que las personas violentadas eran completamente inocentes. Fueron colocados fuera de la ley no por crímenes o por inconductas, sino por decreto gubernamental que determinaba la anulación de su estatus político y jurídico previo, sin relación con el haber cometido algún delito particular o específico. Se trataba de una decisión política: los gobernantes decretaron su demonización y por ello se les consideró indeseables.

Estar fuera del sistema jurídico significó para este grupo su salida del sistema económico y el impedimento de ejercer sus profesiones. Perdieron su libertad e igualdad ante la ley; dejaron de tener acceso a trabajos que les permitieran manejar su economía y la posibilidad de vivir una vida como cualquier ser humano; perdieron sus hogares y sus redes sociales porque se les obligó a asentarse en lugares específicos, separados de sus familiares y geográficamente del resto de la población, marcando una especie de «expulsión de la comunidad humana» -dice Arendt-, atentando contra la cualidad esencial del hombre, su dignidad basada en la libertad.

Atrapados sin salida, después de quebrar su dignidad y su estructura psicológica, les fue quitado el nombre el mismo que fue cambiado por números, cuando prácticamente eran cuando solo quedaban cuerpos casi sin vida, prácticamente muertos en vida, en la última fase de dominación totalitaria, incluso les fue quitado el derecho a estar vivos.

Dado que la concepción ideológica partía de considerar «superficiales» a los seres humanos, al aislarlos arbitrariamente, al enviarlos a los campos de concentración y exterminio en las condiciones ya explicadas, liquidaciones en masa, el propósito fue lograr la *superficialidad de los hombres*, dado que este grupo humano tiende a la sumisión, convierte a sus miembros en superfluos, porque contribuyen con su sumisión hacer superfluos a los individuos, prescindibles, a los que se castiga sin conexión con el delito cometido o no, se explota a la gente sin esperar beneficio alguno y donde se les obliga a trabajar sin mayor propósito que debilitarlos, forzarlos, denigrarlos sin esperar producto final alguno. (Arendt, H., 1951:554)

No fue únicamente en relación a los judíos, la superficialidad humana abarcó muchos otros grupos humanos: se llevaron a cabo purgas entre su propia gente, (tanto dentro del régimen nazi como el estalinista). Eliminaron colaboradores que participaban del aparato dominante como, por ejemplo, en junio de 1934, Hitler ejecutó sumariamente a doscientos miembros de las *Sturmabteilung* – S.A., entre los cuales estaban también parte de los milicianos nazis conocidos como «camisas pardas», incluido su líder, Ernst

Röhm, acusados de homosexualidad y de ser intrigantes con ansias de poder. (Gay, P., 1988:661)

Respecto a la determinación nazi de resolver la cuestión judía por medio de la «Solución Final», desde el inicio del régimen en 1933, «muertos jurídica y políticamente», sin leyes ni nación que los respalde, «apátridas», después «muertos económica y profesionalmente», obligados a abandonar sus casas y sus pertenencias para hacinarse en los guetos, no fue difícil «matarlos psicológicamente», atentando contra su dignidad, contra su esencia de personas libres, espontáneas y con pensamiento propio, porque para ellos eran seres absolutamente descartables, carentes de valor en tanto seres humanos. Las condiciones en que vivían, en que eran transportados en los «trenes de la muerte», las ejecuciones extrajudiciales, las marchas de hambre y muerte, los fusilamientos en masa, las fosas comunes, los campos de concentración y exterminio, los hornos crematorios, todo ello sirvió como herramientas finales de la destrucción total. Solo quedaban los cuerpos, al principio semi-vivos, apenas sobreviviendo, cuerpos que equivalían a esqueletos con pellejo que se movían con dificultad; a veces utilizados como parte de la línea de producción en la «fábrica de cadáveres», pero luego, ser ellos mismos esos cadáveres convertidos en humo, carne quemada, niebla gris y cenizas que, setenta años después todavía se puede sentir en el terreno donde funcionó el infierno de Auschwitz (Entrevista televisiva a Steven Spielberg en el 70º Aniversario de la liberación de Auschwitz). Siguiendo estos pasos y llevando a cabo estas muertes, el régimen nazi logró una *dominación totalitaria* (Arendt, H., 1951:392), no solo habían sido privados de los derechos humanos fundamentales y teóricamente inalienables, sino que peor aún: sufrieron de la *privación de un lugar en el mundo que haga significativas a las opiniones y efectivas a las acciones*. (Arendt, H., 1951:375)

Esta calamidad no fue producto del atraso, de una simple tiranía o de falta de civilización. El problema fue que esta barbaridad no pudo ser reparada porque dejó de haber un lugar *civilizado en la Tierra*, dicho actuar produjo una Humanidad incapaz de identificarse con la pérdida de pertenencia, de hogar, de estatus político; se había perdido la comunidad misma; perdido el sentido de «humanidad» fueron capaces de expulsar a sus individuos de dicha Humanidad. (Arendt, H., 1951:375, 376)

Tal vez por eso, la institución más emblemática de las soluciones totalitarias y que distinguía a estos regímenes fue el campo de concentración utilizado para dominar y doblegar, más que para gobernar, imponiéndose por medio del terror, del ejercicio de la «violencia extrema» junto con asesinatos muchas veces caprichosos, gratuitos, dada la pertenencia a un grupo determinado odiado por ellos. Vale la pena señalar que cuando se decidió utilizar de forma masificada del gas Zyklon B fue considerando su eficacia, pero

no se señala con suficiente énfasis lo cruel y tortuoso del método, dado que durante los veinte o treinta minutos que tomaba asfixiar a cada grupo los individuos sufrían lo indecible. Las cámaras de gas ahogaron los gritos de desesperación mientras la gente se asfixiaba; en las paredes quedaron grabadas las marcas de las uñas con las que trataban de abrir un agujero que les proporcionara una bocanada de aire respirable. Los *sonderkommando judíos*⁷ se encontraron con más de un par de cuerpos abrazados como último acto de mutuo soporte antes de expirar. El uso de Zyklon B fue la expresión de un exceso de sadismo gratuito (Unidos por Israel, 2015).

Hubo una transformación de la violencia a partir del siglo XVIII, pero ejercida masivamente y justificada ideológicamente a lo largo del siglo XIX. Su cenit: las múltiples matanzas llevadas a cabo en el siglo XX, (Todorov, T., 1991) Si bien creemos que no es posible comparar la Shoah con ninguna de ellas, es importante recordar el genocidio armenio, las vejaciones y la matanza de los chinos durante la Revolución Cultural, la devastación de Vietnam debido a la guerra; los asesinatos de camboyanos bajo Pol Pot, los peruanos ubicados entre los fuegos de los militares y de los terroristas de Sendero Luminoso y en menor escala del MRTA, los musulmanes de Bosnia, (Srebrenica), hutus y tutsis, en fin, la lista es vergonzosamente larga. Arendt consideraba que *ningún gobierno totalitario puede existir sin terror y [...] ningún terror puede ser eficaz sin los campos de concentración* (Young-Bruehl, E., 2004).

El proyecto de eliminación fue aplicado también contra otros grupos humanos considerados casi tan prescindibles como los judíos (comunistas, gitanos, esclavos, Testigos de Jehovah, débiles mentales, homosexuales, adversarios de cualquier índole), aunque el eje principal de la ideología nazi fue siempre el antisemitismo, el deseo de eliminar completa y universalmente al pueblo judío de la faz de la tierra. La eliminación de una tercera parte de este grupo humano no fue producto de un arrebató o un estallido de hostilidad. *El Holocausto no es un ataque de locura incontrolable y repentina* (Michman, D. 1986: 15). No sólo fue producto de fuerzas pulsionales, ni surgió por falta de cultura o civilización, no fue producto del atraso o de una tiranía, sino de un conjunto complejo de factores que coincidieron en un determinado momento histórico con específicas figuras políticas, como Hitler. Se trató de un proceso planificado, pensado, estructurado, implementado con ayuda de miles de personas, de miles de recursos económicos, técnicos, burocráticos, legales, destinados a desposeerlos de todo.

⁷ *Sonderkommando* significa «comandos especiales». Los alemanes establecieron grupos de comandos especiales judíos seleccionados entre los más jóvenes y fuertes en Auschwitz y los diversos campos encargados de retirar los cadáveres de las cámaras de gas, transportarlos y quemarlos en los hornos crematorios (Weber, L., 1999)

La «novedad» llevada a cabo por los nazis de fusionar los campos de concentración con los de exterminio, permitió que en estos campos totalitarios se aplicaran los dos pilares del totalitarismo: el dominio a través del terror y la puesta en escena de una «ficción coherente». Para los nazis, su «ficción coherente» estaba relacionada a su supuesta supremacía y pureza del hombre ario, «producto de su herencia natural». En los campos de concentración nazis se puso en práctica la limpieza étnica de los seres «infrahumanos», comenzando por el intento de eliminar al pueblo judío y de otras minorías, para perpetuar la raza aria y que fuera la única que quede sobre la tierra. En el caso de la ideología estalinista, su ficción estaba referida al surgimiento del «nuevo hombre» proveniente del proletariado y la lucha de clases, gracias a las leyes de la historia. El régimen soviético utilizó los campos para eliminar a aquellos individuos que no correspondían al ideal de ese «nuevo hombre». El horror practicado por estos regímenes no se circunscribió a los campos, por el contrario, se diseminó a nivel rural y urbano, con la intención de persuadir a sus ciudadanos de alinearse con sus objetivos ideológicos y/o ubicar y deportar a quienes no cumplían con sus expectativas. Es decir, en sus fases finales, el totalitarismo se manifestó *como un mal absoluto (absoluto porque ya no puede ser deducido de motivos humanamente comprensibles)* (Arendt, H., 1951:11).

Diseñados como laboratorios, en las fábricas de muerte nazis continuaron los experimentos iniciados con el antisemitismo científico, en 1933. Estos experimentos violaron descaradamente cualquiera de los sentidos del juramento hipocrático y de la deontología médica, que destaca las reglas y principios éticos que se erigen como pilares profesionales de la práctica médica: la justicia, la beneficencia, la no maleficencia y la autonomía. (Definicion.de, 2008-20016) Los nazis experimentaron en personas vivas utilizadas como «conejiillo de indias», en gemelos, mellizos e individuos en general, sobre quienes investigaron temas de anatomía, fisiología, genética; esterilización, privación de alimento al grado de inanición, privación de sueño, resistencia a condiciones extremas de frío, insalubridad, maltrato, tortura, terror, la aplicación toda clase de sustancias no necesariamente aptas en calidad y cantidad para consumo humano, etc. Para Arendt, la esencia misma del hombre radica en su libertad y en los campos, ésta fue eliminada completamente. Los pseudo-científicos nazis querían evaluar los cambios que este trato ocasionaba en la naturaleza del individuo, saber en qué grado eran capaces de anular las «características distintivas de lo humano», arrasar con su individualidad y espontaneidad y destruir su dignidad de una manera «científicamente controlada» lograr la «dominación total». Los nazis también experimentaron con los métodos que podrían resultar más eficientes para deshacerse tanto de las personas como de sus cuerpos.

Una de las características de los crímenes llevados a cabo por los nazis, dice Arendt, es que superan lo que los hombres pueden castigar o perdonar. Los nazis se encargaron de hacer realidad actos que nadie podría imaginar o creer posibles; dichas acciones reflejaron un nivel de mal absoluto, que no puede entenderse o explicarse por intereses propios. Se trató de un mal que escapa a argumentos como la sordidez, el egoísmo, el resentimiento, la sed de poder o la cobardía. Fueron actos que la ira no podría vengar y que la amistad y/o el amor no podrían soportar ni perdonar. Las víctimas de las «fábricas de muerte» habían dejado de ser «humanos» a los ojos de los perpetradores. Los nazis se convirtieron en una *novísima especie de criminales* (Arendt, H. 1951:556; Young-Bruehl, E., 2004:279) respecto a la cual no había categorías jurídicas ni antecedentes en la jurisprudencia para incluir los crímenes cometidos por ellos, lo que limitó y/o distorsionó y generó dudas en relación al objetivo o a los logros de juicios tales como los de Núremberg y contra Eichmann.

Daniel Goldhagen (1996) consideraba que únicamente la coincidencia de tres factores permitió que un fenómeno tan atroz como la *Shoah* fuese posible:

- Los antisemitas más recalcitrantes de la historia de la Humanidad accedieron a y ejercieron el poder de Estado, lo que les permitió convertir una fantasía asesina en el núcleo de su política estatal, desplegando un antisemitismo virulento y eliminador.
- El gobierno ferozmente antisemita surgió en una sociedad que la mayoría de ellos compartía con ellos sus opiniones fundamentales acerca de los judíos. Avala esto la posición de los «alemanes corrientes» de tolerar, a veces apoyar o contribuir a que se lleven a cabo medidas antisemitas destinadas a la persecución radical de los judíos en la década de los treinta y de participar, en muchos casos, en llevar a cabo las tareas de ubicación, encierro, matanza de judíos que el régimen por sí solo no habría podido lograr.
- Los odios más virulentos fueron encausados a la consecución del objetivo destructivo gracias a la existencia de un liderazgo político que fue capaz de organizar y movilizar dichos odios en un proyecto metódico de destrucción y muerte. (Goldhagen, D., 1996:15)

Sin Hitler, sin los nazis y sin la cooperación de los alemanes «corrientes» la Shoah no se habría producido ni habría alcanzado las proporciones a las que llegó.

Lo que dificulta más la comprensión del fenómeno y la valoración de este tipo de actitudes humanas, dice D. Michman (1977) es que absolutamente nada de lo ocurrido en la Shoah fue producto de una sospechada locura inexplicable y descontrolada. Ocurrió un proceso planificado, pensado, estructurado, implementado en el que participaron de una u

otra manera miles de personas, se destinaron miles de recursos económicos, técnicos, burocráticos, legales, destinados al proyecto común de sostener al Tercer Reich para que gobierne durante mil años.

No fue necesario que los partícipes fuesen asesinos natos para conseguir su cometido. Muchos de los que no trabajaron en las fábricas de muerte, los que no fueron parte del sistema, hicieron la vista gorda cuando se enteraban de alguna monstruosidad organizada por el régimen; de una forma u otra aceptaron los hechos en el proceso de deshacerse de «sus judíos». A Arendt cada vez le parecía más claro que hubo un grado de complicidad del pueblo alemán que fue muy bien tramada, manipulada y propulsada por los nazis de forma deliberada y consciente. La aparente arbitrariedad nazi no era tal pues la ferocidad de la persecución fue pensada y manipulada conscientemente, dirigida hacia las víctimas con clara intencionalidad, lo que era completamente independiente de la culpabilidad o de la inocencia de los perseguidos. Lo que avalaba las persecuciones era la condición de judíos de las víctimas. A los ojos de los nazis, el ser judíos los convertía en culpables.

Según Raúl Hilberg, (1961) la destrucción de los judíos europeos no fue tanto producto de órdenes dadas o leyes dictadas, sino que fue *cuestión de espíritu, de comprensión compartida, de consonancia y sincronización* (Hilberg, R., 1961:69) entre los diferentes actores que conformaron el aparato gubernamental, los ciudadanos de a pie y muchos de los pueblos conquistados por el Tercer Reich. Goldhagen (1996), por su parte, diría que los nazis fueron apoyados por «verdugos voluntarios», sin los cuales habría sido imposible organizar y llevar a cabo la eliminación de aquellos a quienes despreciaban.

II.3.2 El «populacho» y el fenómeno de masas.

El concepto de masa, entre otras acepciones, es definido por el Diccionario de la Real Academia Española como el *gran conjunto de gente que por sus números puede influir en la marcha de los acontecimientos*. También como la *muchedumbre o conjunto numeroso de personas* (Real Academia Española, 2001: 1461). Tanto a Hannah Arendt como a Sigmund Freud les llamó la atención su funcionamiento grupal, visto desde perspectivas diferentes, según sus áreas de investigación.

Los movimientos totalitarios necesitan de las masas para lograr sus objetivos. Arendt sostenía que los individuos que integraban las masas no pertenecían a ninguna organización, no compartían un interés común. En los gobiernos democráticos solían ser individuos indiferentes, apáticos, vulnerables e influenciables en relación con la política. Los líderes totalitarios buscaban incorporar individuos desclasados, sin ninguna ligazón

con alguna de las antiguas clases, que, identificados con los nuevos objetivos que los dirigentes les planteaban, los seguirían sin el menor cuestionamiento. Arendt señalaba que las organizaciones racistas promovían el desarraigo de los individuos convirtiéndolos en personas «superfluas», sobrantes del resto de la sociedad, lo que encendía el odio por las limitaciones a las que se veían sometidos y su repudio hacia un mundo que les exigía cosas que despreciaban, como trabajar.

Los nazis utilizaron a este gran grupo indiferente y apolítico, ya que descubrieron que antes constituía una mayoría en los países democráticos y era gobernado por una minoría que dominaba, proponía y exigía de ellos que se cumplan las normas. Las masas aceptaban y aprobaban tácitamente y sin mayor cuestionamiento los lineamientos políticos de sus gobernantes, sin ejercer su potestad de participar en los designios políticos.

Sabían que podrían influenciar al «populacho» que conformaba las masas. Les interesaban grandes poblaciones masificadas para comprometerlas en sus proyectos, usar su fuerza física con la finalidad de lograr la dominación total. Su necesidad de conformar grupos muy numerosos de seguidores está relacionada con que las pérdidas de un número grande de personas no afectaban sus planes conquistadores pues eran fácilmente reemplazadas con nuevos individuos. Las consideraban superfluas y prescindibles, sustituibles. Los líderes totalitarios esperaban que los individuos que conformaban las masas, sin criterios políticos aceptados anteriormente, fuesen presas fáciles de las mentiras de la propaganda y que se dejaran seducir por la ideología nazi. Ésta utilización de manera sistemática de nuevos métodos de propaganda radical y se mostraron despreocupados por los argumentos que pudieran esgrimir sus oponentes.

En el imaginario totalitario, todos son igualmente reemplazables, descartables, incluso sus seguidores, sus propios dirigentes, sus aliados más leales, sus soldados. La filosofía nazi era clara: estaban en contra y desconocían la singularidad de cada ser humano. Al régimen nacionalsocialista no le importó el costo económico, político o social de reemplazar, cuando lo requerían, pero principalmente de eliminar a cuanto grupo humano establecieron como enemigo con tal de lograr sus objetivos.

Estos líderes esperaban que las masas los apoyen incluso en el proceso de destruir las instituciones democráticas señalando que éstas no cumplían sus promesas para con los ciudadanos, descuidaban sus necesidades y no mejoraban su situación. (Discurso político propagandístico luego copiado por pequeños y grandes dictadores aspirantes a ser «líderes totalitarios», en lo que restó del siglo XX y principios del XXI). De ser indiferentes, las masas pasaron a perder el respeto y la confianza hacia sus antiguos gobernantes y hacia las estructuras políticas tradicionales. Con facilidad se volcaron a las

ilusiones (por lo general, imposibles de cumplir) creadas por los dirigentes totalitarios que permitieron que algunos miembros de la masa ocupen posiciones gubernamentales. Lo que nadie anticipó es que, una vez en el poder, estos líderes totalitarios usan y abusan de las libertades individuales, democráticas, las pervierten y finalmente las derogan, favoreciendo la degradación de las condiciones de vida, que se vuelve más riesgosa y desprotegida por el ataque contra los organismos y mecanismos encargados del bienestar social, que se debilitaron y/o desaparecieron.

Arendt señala que los mencionados líderes totalitarios surgieron del «populacho» (los desclasados, provenientes de antiguas clases sociales) y no de la masa misma. En primer lugar, consideraba que no era posible un gobierno totalitario sin masas numerosas que los apoyen, pues dependen de la fuerza del número de participantes para garantizar su éxito. La misma Alemania carecía de la cantidad de población necesaria para constituir una dominación totalitaria completamente evolucionada, lo que tal vez hubiese conseguido de ganar la guerra. Los líderes totalitarios involucraron a masas que, bajo su influjo, adquirieron el apetito por la organización política. Característico de estas masas es que no se mantienen unidas por un interés común; carecen de la diferenciación que se expresa en objetivos obtenibles y limitados. Están constituidas por personas que, por su número, por su indiferencia o por ambas cosas, no pueden ser integradas en ninguna organización basada en el interés común. Tiene que ser un grupo numeroso, políticamente neutral e indiferente, una masa aparentemente apática pero capaz de responder a la llamada de su líder.

En este proceso, la sociedad y el submundo se mezclaron entre sí; fue difícil percibir y diferenciar las personas que constituyen el «populacho», los organizadores, de las masas en sí, conformados principalmente en el siglo XIX y las organizaciones de «masas» surgidas en el siglo XX. El «populacho» fue ganando poder a partir del impacto que dejaba en la sociedad la organización capitalista. Está al margen de la representación política normal y de todas las ramificaciones sociales. El «populacho» no conformaba ni se identificaba con la nueva clase trabajadora industrial, tampoco con el pueblo en su conjunto, conformando un «nuevo estrato social». Arendt los veía *no solamente [como] el desecho sino también el subproducto de la sociedad burguesa* (Arendt, H., 1951: 217)

La ruptura del sistema de clases y la estratificación política y social de los Estados-Nación en Europa fue «uno de los acontecimientos más dramáticos de la reciente historia alemana», lo que favoreció el auge del nazismo. La individualización extrema y la atomización social antecedieron a los movimientos de masas que, en tanto «no afiliados», desorganizados y atomizados, constituyeron los fragmentos con los que se formaron las

masas. Una de las características del «hombres-masa», no fue tanto su brutalidad o su atraso sino su aislamiento social y su falta de relaciones sociales normales.

El individualismo caracterizaba tanto a la burguesía como al populacho, a pesar que los movimientos totalitarios fueron los primeros en ser abiertamente anti-burgueses. Los ideólogos totalitarios fueron los primeros en comprender que una organización política era capaz de extinguir la identidad individual «permanentemente». Perdidas las identidades individuales y estando el individuo confundido en la masa, los líderes totalitarios exigían de éstos lealtad total e incondicional hacia el movimiento; esperaban una fidelidad desprovista de contenido y de opinión propias, para evitar manifestaciones singularizadas o discusión entre sus seguidores. Buscaban dominar totalmente las mentes y las voluntades de los grupos y poblaciones que quedaban bajo su dominio, lo que no es fácil lograr. Su propósito final era someter bajo su poder e ideología a toda la raza humana.

Los dirigentes totalitarios se asemejan en mentalidad y psicología a los burgueses en sus normas morales, actitudes y medios políticos. No las heredan, más bien terminan pervirtiéndolas en los asuntos públicos. La mentalidad, psicología, normas morales y medios políticos del «populacho» pasaron a ser adoptadas por los burgueses; tanto el «populacho» como los burgueses se colocaron al margen de la representación política normal y de todas las ramificaciones sociales. La antigua «alta sociedad» se mezcló con el «populacho» ya que encontraron puntos de afinidad. Las normas de los «hombres-masa» estuvieron determinadas por la influencia y la convicción de que eran «tácita e indiferentemente» compartidas por todas las clases sociales.

La ideología nazi buscaba uniformizar la manera de pensar propuesta por el Tercer Reich en todo el mundo, en su proyecto de mil años, de tal manera que todos los pueblos conquistados, eventualmente todo el orbe, respondan a las exigencias, lealtades, fidelidad hacia el líder totalitario, eliminando cualquier muestra de espontaneidad, de capacidad crítica y de pensamiento autónomo e independiente. Se buscaba la alienación del hombre.

No podemos saber qué habría sucedido si Alemania ganaba la guerra. A pesar de estos intentos de alienar al hombre, creemos que a la larga, más tarde o más temprano, el inconsciente logra expresarse de diversas maneras dando paso a las expresiones más profundas allí guardadas; salen en forma de síntomas, de actos fallidos, sueños o con el surgimiento de nuevas ideas, tal como se vio en algunos guetos y campos de concentración en donde, a pesar del aroma a muerte, la represión de la espontaneidad y singularidad, hubo matrimonios, nacimientos, se celebraba *Shabat*, se produjo arte, se escribió música y se preservó, en lo posible, algunos elementos de la propia identidad.

Arendt pensaba que el «populacho» pudo identificarse y adscribir algunos de los principios sustentados por el «nacionalismo tribal» y el «nihilismo rebelde» característico de distintas nacionalidades de Europa del Este y Europa Central que apelaba a la «ensanchada conciencia tribal» de las masas de esos países (Arendt, H., 1951:298). Identificaban la nacionalidad con el «alma», con la vida privada de un verdadero connacional que encarna las cualidades de la propia nación. El «nacionalismo tribal» adopta un discurso persecutorio y paranoico al proclamar que la nación está rodeada de enemigos; considera a los que no pertenecen a su tribu como diferentes e incomparables a ellos mismos, negando todo aspecto común con el resto de los pueblos.

El «nacionalismo tribal» apareció en los pueblos que no habían tenido un proceso de emancipación ni soberanía nacional. Surgió del desarraigo de los pueblos que conformaron la Rusia zarista y el Imperio Austro-húngaro y que reivindicaron su origen y condición de pueblo divino y elegido. Ese supuesto origen -dice Arendt-, fomentó el desprecio por la dignidad del hombre, el concepto idealizado de Humanidad y el «individualismo liberal» (Arendt, H., 307).

El antisemitismo fue tan eficaz en Europa oriental por su fusión con el «nacionalismo tribal» por el parecido entre las teorías de los pan-movimientos acerca de encarnar al pueblo elegido. Los judíos, acusados por los demás pueblos de atribuirse dicha elección divina, parecían ser el único ejemplo de un grupo «tribal», cuyo modelo de organización, capacidad de supervivencia y su «supuesto poder», podría interesales a los pueblos que conformaban los pan-movimientos, a la par que reforzaban la supuesta veracidad de las teorías raciales que defendían. Ser «elegido» fue interpretado como si se tratara de un grupo superior en relación a los demás congéneres. En un sentido diferente al de los pan-movimientos, los judíos sentían que tenían una misión histórica «pactada con Dios» para establecer normas morales en la Humanidad. El «ser elegido» o tener un «pacto con Dios» es interpretado por los no judíos con una auto-atribución de «superioridad», vinculado con lo que aparece en el Antiguo Testamento de que el pueblo judío es «el pueblo elegido», pero dicha elección es únicamente para cumplir con su parte del pacto de vivir de acuerdo con las normas morales que Dios les entregó por medio del profeta Moisés en el Monte Sinaí durante el éxodo de Egipto.

El nacionalismo racial de los pan-movimientos hacia que consideraran a quienes no pertenecían a su grupo como enemigos y a éstos, los extranjeros, se les despreciaba. Las propuestas «nacionalistas» tenían afinidad con las «dictaduras»; se encaminaron gradualmente hacia la autocracia, los exclusivismos políticos y las ideas raciales. Aunque estos grupos no conformaron partidos en sí mismos ni se colocaron como «partidos por

encima de los partidos», en tanto movimientos, buscaban la destrucción del Estado tal y como habían funcionado hasta entonces.

Cuando el nacionalismo se exagera, llega a ser patológico y el sentimiento nacional exacerbado se pervierte como ocurre en el fascismo. Este tipo de nacionalismo promueve el belicismo, el expansionismo territorial, la intolerancia y la megalomanía colectiva. Argumentaban que el carácter del individuo está dado por el grupo y no puede ser entendido al margen de él; la superioridad y el valor de lo propio es únicamente por ser parte de dicho grupo; ellos sostienen que hay una dimensión atemporal que implica un continuo constituido por el pasado y el futuro que forman parte del presente y en ese sentido sostiene la idea de una «comunidad con los muertos». Esta clase de nacionalismo inspiró a quienes postulaban la defensa de la seguridad, dignidad y el poder nacional, a la par que le declaraban la guerra a los regímenes en los que reinan la libertad, el respeto de los derechos humanos y los principios democráticos. A este tipo de nacionalismo se le conoce como «nacionalismo tribal», de la «sangre y de la patria», *Blut und bode*, un nacionalismo crudo, primitivo, con grandes dosis de racismo que vincula la identidad nacional con una pretendida superioridad étnica. Estos postulados entre nacionalistas, racistas, la superioridad de una raza sobre otra, fueron fácilmente adoptados por algunos miembros del «populacho» (Borja, R., 1997)

Los líderes totalitarios captaron el funcionamiento del individuo dentro de la masa. Sabían que podían debilitar la identidad individual dentro de ésta, que la organización política era capaz de extinguir la identidad individual «permanentemente». Los «hombres-masa» desarrollaron una particular abnegación hacia su líder, estaban embelesados siguiéndolo dado que carecían de identidad, de intereses y de pertenencia social.

Cuando Hitler subió al poder, la ruptura del sistema europeo de partidos se manifestó de manera espectacular y la mayoría de países europeos eran gobernados por dictaduras y en todos los países que conquistó el nazismo, contó con un grupo de masas colaboracionistas.

Hitler ejerció una especie de «hechizo mágico» sobre la gente de su entorno y sobre sus seguidores; una fascinación que se convirtió en un fenómeno social pues las masas estuvieron encantadas de aceptarlo por lo que él, en su discurso y performance, pretendía ser. (Arendt, H., 1951:385)

El «populacho europeo» comprendió la importancia de argumentar su superioridad amparados en su «piel blanca» aprendiendo de la experiencia en la colonización africana. Del imperialismo en la India aprendió la importancia presentarse como la «casta superior» que tenía características «innatas» para todos los aspectos burocrático– administrativos que requiere una región para ser gobernada – dominada. El principio por medio del cual

justificaban su prédica era que los hombres eran desiguales; la desigualdad estaba dada por el origen natural de cada quien, por las organizaciones en que se desenvolvían y por el destino de cada cual en la Historia. La supuesta «igualdad universal» según la cual todos los hombres son hijos de Dios, formulada en la tradición judía y luego adoptada por la cristiana. En el siglo XVIII produjo el ideal de la revolución francesa de igualdad política. Un siglo después este ideal fue combatido por el positivismo y el progresismo que sostenían que circunstancias históricas y sociopolíticas «demostraban» la falta de dicha igualdad. Ello terminó por pervertir el *concepto nacional de la Humanidad como una familia de naciones*. (Arendt, H., 306) El racismo negaba el origen común de los hombres y más aún la idea de establecer una familia humana. Por ello introdujo el argumento del origen divino de un pueblo en particular, un pueblo cuya finalidad es la existencia eterna.

El nacionalismo germánico se adjudicó tales derechos divinos y se auto-atribuyó una misión especial respecto al resto de naciones, que pervirtió el antiguo concepto de una familia de naciones que conforman la Humanidad. Al negar el origen común de los diferentes individuos y pueblos, negaba y repudiaba el ideal de una Humanidad común para todos. El nacionalismo germánico que se ufanaba de ser el representante de un «pueblo divino», se adjudicó el papel de perseguir a los que consideraron los pueblos más débiles. El tribalismo de los pan-movimientos que creían en este «su» origen divino, se hizo atractivo entre los miembros de las etnias que representaban (germánica o eslava) por el desprecio que mostraban hacia las ideas de Humanidad, dignidad del hombre e individualismo liberal. Las actitudes crueles, dominantes y abusivas adoptadas por los colonizadores durante el imperialismo, facilitaron que los dirigentes totalitarios utilizaran y fueran aceptados dichos comportamientos junto con su prédica racista. Esta aceptación preparó el camino para los horrores que luego siguieron. (Arendt, H., 1951:290)

La aplicación de estos nuevos usos del «racismo» -decía Arendt – respecto al origen de los pueblos y de la humanidad en tanto la promesa de pureza y/o superioridad como decía el discurso racial, era la posible ruina del mundo occidental e incluso la «muerte antinatural» de la civilización humana. (Arendt, H., 1951:219)

Dada la concepción que tenían los líderes totalitarios del funcionamiento grupal, exigían lealtad total e incondicional de sus miembros hacia el movimiento; esperaban una fidelidad desprovista de contenido y opinión propias, para evitar manifestaciones singularizadas o discusión entre sus seguidores. Buscaban dominar totalmente las mentes y las voluntades de los grupos y poblaciones que quedaban bajo su dominio, lo que no es fácil lograr. Su propósito final era someter bajo su poder e ideología a toda la raza humana.

La diferencia entre los regímenes totalitarios y el fascismo se manifiesta en el rol que asignaron unos y otros al Ejército, *la «institución nacional por excelencia»* (Arendt, H., 1951: 333). Los fascistas esperaban construir un Estado fascista que contara con un ejército que responda a sus ideales. Los regímenes totalitarios en cambio, colocaban los ideales del movimiento que lideraban por encima de todo, subordinando a éste el Ejército y el Estado.

El significado práctico de la señalada diferencia se pudo observar al terminar la primera guerra mundial, cuando fue evidente que el sistema de partidos políticos ya no funcionaba y el creciente número de individuos que conformaban las masas hicieron que el sistema de clases colapsara. Ya no quedaban los pan-movimientos como funcionaron antes, ahora emergían sus sucesores totalitarios. Tanto el nazismo como el estalinismo en la cumbre del poder, superaron al original «nacionalismo tribal».

Los cambios políticos observados durante las dos últimas décadas del siglo XIX ocurrieron en oposición o al margen del sistema y/o de los partidos parlamentarios. Los movimientos totalitarios en Rusia soviética y en Alemania fueron gradualmente dejando de lado al pueblo, aunque no dejaban de utilizarlo y subyugarlo por medio de la propaganda, de tal forma que el «Estado totalitario» terminó siendo un Estado sólo en apariencia, que no se identificaba con las necesidades del pueblo que decía representar. Los movimientos totalitarios escogieron colocarse por encima del Estado y de su pueblo, con el fin de imponer su ideología, incluso si ello significaba sacrificar al pueblo.

Arendt observó que muchos miembros de la antigua élite y muchos intelectuales, personas cultas, altamente diferenciadas, complejas y sofisticadas sintieron una especial atracción hacia el movimiento totalitario. La mayoría de ellos, al igual que los líderes del populacho, se habían marginado voluntariamente de la sociedad antes que se diera una definitiva ruptura de clases y del sistema nacional de la respetable sociedad europea. Dicha ruptura produjo en los individuos un fuerte sentimiento de falta de pertenencia, lo que generó una forma de anarquía social que le ofreció a la élite y al populacho la primera oportunidad de asumir roles de liderazgo. Arendt describe como una característica de los nuevos líderes del populacho, haber pasado por experiencias previas de fracaso en su vida personal y profesional y este fracaso terminó siendo un factor de atracción para las masas.

Estas frustraciones influyeron para que la mencionada élite que participó de la primera guerra fuera a ella con la esperanza de demoler todo lo que hasta la fecha conocía: su contexto vital y las estructuras de su cultura. No se trató de meros «estallidos nihilistas» nos dice Arendt. Las generaciones que participaron de la primera guerra mostraron un alto nivel literario y los escritores de post-guerra describieron a la violencia,

el encono y el poder como «capacidades supremas» de los hombres. La crueldad fue considerada una virtud que contradecía la hipocresía «humanitaria y liberal» de la sociedad.

Dice Arendt que pensadores como Nietzsche, Sorel, Rimbaud antes de la guerra y otros en la post-guerra como Brecht y Malraux, expresaron su insatisfacción por la sociedad reinante y quisieron restaurarla. Se trató de voces que daban cuenta de una justificada repulsión que sentían hacia una sociedad absolutamente influenciada por las normas morales e ideología burguesa, pero que proponían transformar sus valores (Nietzsche) o reorganizar la vida pública (Sorel).

Recordemos que el Diccionario de la Real Academia Española (2001) define «nihilismo» como: «la negación de todo principio religioso, político y social; la negación de toda creencia» dado que niega los dogmas; sostiene que la existencia humana no tiene ningún significado objetivo o un propósito esencial superior. No se adhiere a ideas preconcebidas; rechaza lo que no se puede demostrar científicamente y adopta una ética utilitarista denominada «egoísmo racional». Al negar todo principio ético, el nihilismo puede llevar a actitudes destructivas, auto-destructivas o negligentes. Filosóficamente hablando, niega a cualquier artículo de fe, se opone a la ética y a las normas tradicionales. Fomenta el «egoísmo racional» (WorldPress, 2008-2015).

En tal sentido, podemos entender de qué manera el nihilismo atrajo a algunos individuos del «populacho», pues les aportó ideas con las cuales se podrían identificar.

Arendt opinaba que la mayoría de los integrantes de la llamada «generación del frente» estaba deseosa de que ese mundo que les brindaba falsas seguridades, falso estilo de vida y falsa cultura, sea destruido. A pesar de la brutal violencia en las trincheras, esta generación convivió con el caos, la ruina, la destrucción total y, a pesar de lo vivido, no se convirtió en anti-belicistas. Para ellos -dice Arendt-, la guerra contribuyó a la ruptura de clases con la consecuente atomización social y la individualización extrema. Este fraccionamiento social permitió la ampliación de las masas. La guerra hizo patente también la igualdad de todos los hombres frente a la muerte.

Los más hábiles y destacados miembros de esta fracturada informe masa de gente, por lo general provenientes del «populacho» ocuparon roles de liderazgo dentro de la organización nazi, con diferente nivel de rango o jerarquía. Los de menor rango solían ser funcionarios o burócratas dentro del sistema. Arendt pensaba que originalmente, cuando el partido de Hitler comenzaba a estructurarse, estuvo casi exclusivamente integrado por *desgraciados, fracasados y aventureros* (Arendt, H., 1951:399) que representaban a los «bohemos armados», el reverso de la burguesía.

La burguesía no comprendió las verdaderas intenciones de Hitler y su partido, como tampoco entendió a la facción liderada por Röhm y Schleicher. Creía que, gracias a sus habilidades propagandísticas a favor del militarismo y el reclutamiento de miembros de grupos para-militares podrían lograr de ellos el establecimiento de una dictadura militar. Consideraba al movimiento nazi en base a los términos de la filosofía política del populacho: dominar al individuo inmerso en la masa por medio de la propaganda, el uso de la policía secreta y del terror para diluir su singularidad. En ese sentido, no anticiparon el apoyo espontáneo e independiente que las masas dedicaron a los nuevos dirigentes del «populacho». La nueva burguesía tampoco creyó que los nuevos dirigentes tendrían el talento para crear novedosas formas de organización. Sin haberlo anticipado, el «populacho» en sí se erigió como líder de la masa y dejó de ser agente de cualquier otro grupo social; los recién instaurados líderes se dedicaron exclusivamente a representar a la masa.

Ciertos aspectos del nacionalismo tribal y del nihilismo radical proporcionaron a los líderes del populacho elementos para saber que su posición como funcionarios era vulnerable y dependía de la voluntad de las masas. Así como suben al poder y son prácticamente idolatrados, cuando caen, son rápidamente olvidados y reemplazados por otros (como ocurrió cuando Stalin hizo todo lo posible por debilitar la imagen de Lenin). La popularidad de Hitler entre las masas era indiscutible.

Tanto Hitler como Stalin sabían que dependía de las masas que los apoyaban para mantener en alto su aprobación, así como las masas dependían de ellos. También comprendieron, dice Arendt, que hacer el mal y jactarse de ello; proclamarlo como parte de su propaganda, ejercía una *morbosa fuerza de atracción* (Arendt, H., 1951:387). No solo continúa Arendt, la atracción que sentía el populacho por el delito y el mal, no era nueva. Inspirados en alguna medida en el «egoísmo racional» y en la idea que sostenía que la existencia humana no tiene ningún significado o propósito esencial, sabían que, en la eventualidad de cambios políticos, cambios entre los líderes que daban la cara o cambios de opinión de sus superiores, ellos mismos corrían el riesgo de ser considerados tan desechables y reemplazables como las personas de las que se deshacían sin más razón que ser judíos o enemigos del régimen.

La primera guerra mundial, con los millones de muertos, desesperanza y destrucción que dejó a su paso, fue una de las más poderosas acciones de la masa, logrando borrar, mientras duró, las diferencias individuales. Incluso, y paradójicamente, por momentos se diluyeron auténticos sentimientos nacionales. Para muchos fue más importante exaltar los aspectos identificatorios de la vivencia en tanto a combatientes y miembros de la generación de las trincheras que los elementos nacionalistas. Se sentían

diferentes de los que no habían participado o vivido aquella dura experiencia. Los nazis aprovecharon de ello para llegar a esta «comunidad de destino», (generación de las trincheras) que compartía un sentimiento de camaradería indistinta respecto a las naciones de origen para convencer a muchas organizaciones de veteranos de la gran guerra en Europa que sus propuestas los contemplarían, se les unirían para lograr las transformaciones que ellos pretendían, es decir, *hacer su revolución* más que si seguían a otras ideologías (Arendt, H., 1951: 420).

La primera guerra no produjo novedades a nivel intelectual en Europa. Antes que aparezcan los grupos anti-liberales, anti-individualistas, anti-humanistas, etc., ya existía la filosofía de la élite imperialista en la que la expansión territorial era considerada una necesidad psicológica y no solo un medio político y, en ese sentido, la lucha de todos contra todos representaba a las leyes del universo.

La generación del frente, que estaba más consciente de las contradicciones de la sociedad, se sintió muy afecta por la miseria en la que quedó Europa. Se sintieron acorralados, sin capacidad de escapar de un mundo percibido como hipócrita, frustrante, opresor, resentidos hacia lo que consideraron una falsa cultura. Fueron testigos de la destrucción de la respetabilidad de la civilización tradicional y de cómo las instituciones políticas perdían su prestigio y autoridad mientras que las clases se fraccionaron más aún y los grupos se atomizaron. Los intelectuales y escritores de la post-guerra dejaron de basarse en las obras «científicas» de demostración genética. Prefirieron a autores como el Marqués de Sade, en cuyas obras se exaltaba la violencia, la crueldad, el poder en tanto capacidades «supremas» que se habían perdido. La crueldad fue considerada una virtud capaz de contradecir la hipocresía de una sociedad liberal y humanitaria; aceptar la crueldad los hacía sentir auténticos.

Siguiendo con el espíritu nihilista, la «generación de las trincheras» se sintió oprimida, con necesidad de abandonar su individualidad, quedando inmersa dentro de fuerzas destructivas. La sensación de una fatalidad insuperable en la élite intelectual, así como en el populacho les permitió expresar el resentimiento acumulado, facilitó en estos grupos la atracción por el terror, la radicalidad del discurso y las ideas de los movimientos totalitarios antes que por cualquier otra actividad política.

Para el populacho pre-totalitario, era importante acceder a la Historia, mostrar la habilidad, la excelencia de la que era capaz producto de la experiencia y del «radiante poder de la fama», independientemente de si sus acciones podrían implicar su destrucción. En cambio, las élites simpatizantes del ideario totalitario y las masas apostaban por el anonimato.

Los rezagos de la antigua élite, al igual que el populacho y que ahora estaban vinculados, parecían complacidos frente a las acciones temerarias del hampa contra la «sociedad respetable» a la par que contemplaban la destrucción de la civilización hasta ese momento conocida. Por ello no se alarmaron porque los regímenes totalitarios falsificaron a su conveniencia y gusto la historiografía universal y nacional, con la intención de burlarse de la «historia oficial» y colocarse como los verdaderos constructores del devenir nacional.

Los regímenes totalitarios utilizaron a la historia como campo de expresión de fanatismos y la reescribieron llena de «mentiras gigantescas y falsedades monstruosas», la nueva versión de la misma fue presentada como verdad indiscutible, con la libertad de que cada uno pueda cambiar su pasado. Así, la verdad y la mentira dependían de quién contaba la historia, quién ostentaba el poder y de la habilidad de crear tal versión, sin necesidad de vincularla con hechos objetivos. La élite intelectual se sintió fascinada por la habilidad de Stalin y de Hitler de repetir una y otra vez las mentiras que ayudaron a organizar a las masas como una unidad que los respaldaba sin cuestionamientos y con gran magnificencia. Por medio de sus versiones grandiosas de su historia, los nazis aprovecharon para afianzar su posición a través de *slogans* y propaganda que incitaban a la violencia.

La alianza temporal entre populacho y élite se basó en el placer que ésta sentía al observar como el primero destruía la respetabilidad. Tanto la élite como el populacho habían sido los primeros en ser eliminados de la estructura social del Estado-Nación.

Los movimientos totalitarios hicieron uso de falsos argumentos que aparecían en todo tipo de comunicación. Por ejemplo, la acusación de que trescientos hombres dirigían los destinos y la economía europea fue repetida sin cesar. Acusaron a la familia Real Británica de la supuesta compra de la East India Company en 1660 sosteniendo que a través de ésta había amasado su fortuna gracias al tráfico de opio en China. (Preston, 2012)

Apoyados en ideologías racistas pseudo-científicas los movimientos totalitarios utilizaron toda incitación proclive a lograr la agitación de las masas de la que pudieran hacer uso; difundieron y pregonaron el panfleto antisemita *Los protocolos de los Sabios de Sion*. Reactivaron en la Rusia zarista y también en la URSS bolchevique, los falsos libelos de sangre, es decir, el uso de sangre cristiana con fines rituales judíos. Estos argumentos contribuyeron a inflamar los ánimos violentos de las masas en contra de los judíos.

A la élite intelectual le atrajo el radicalismo en sí mismo, que le ofrecía destruir los antiguos cánones sociales. Cuando la sociedad de clases se transformó en masas de

individuos y se quebró el prestigio y la autoridad de las instituciones políticas, resultó fácil adoptar actitudes fanáticas que permitiesen la *destrucción radical de todos los credos, valores e instituciones existentes* (Arendt, H., 1951: 420).

La fascinación de la élite por el discurso de los líderes de los movimientos totalitarios se mantuvo vigente hasta que éstos llegaron al poder. Arendt sospechaba que únicamente un severo y perverso odio hacia el antiguo espíritu del grupo social del que provenían, mostrando severa ambivalencia, podría justificar o explicar que hayan aceptado sin cuestionamientos, las ideas del populacho. Llama la atención que la élite se haya rendido ante estos argumentos, aceptándolos como válidos, siendo tan disímiles a las normas culturales, morales e intelectuales anteriormente válidas para ellos. Este mismo fenómeno se repite en la actualidad entre diversos grupos de intelectuales de diferentes procedencias culturales que se dejan cautivar por propuestas destructivas y radicales. La élite intelectual, más nihilista, con la búsqueda de anonimato, se diferenciaba del populacho con su afán de fama y gloria, por lo que ocupó un rol secundario durante la alianza temporal establecida entre ambos grupos.

La burguesía quiso cumplir su papel como guardiana de las tradiciones occidentales. Sin embargo, en su actuar se tornaron confusas e incluso eran despreciadas las cuestiones morales. Parecía «revolucionario» y «de avanzada» aceptar la crueldad y la amoralidad como una forma de desenmascarar la hipocresía y eliminar la duplicidad sobre la que se basaba la sociedad a la que criticaban. En ese contexto, la maldad fue, de alguna manera, bienvenida en un mundo lleno de bajezas.

Los rezagos de la antigua élite se sentían halagados de desenmascarar la hipocresía de la sociedad y en ese sentido, y por motivos diferentes, también la burguesía y el populacho se sintieron cómodos al sacarse dicha máscara. A fin de cuentas, todos terminaron aceptando abiertamente las normas del populacho.

En ese contexto, los movimientos totalitarios afirmaron su aparente «superioridad» sobre los demás porque se asignaban el poder de «poseer al hombre en su totalidad». A la par, la burguesía se abrió paso a través del chantaje económico de las instituciones políticas y la presión social. Su manera de ser «totalitaria» se basaba en la creencia de que los órganos públicos del poder debían servir a sus propios y secretos intereses, estableciéndose una doble moralidad entre la vida pública y la privada.

El populacho, que, dice Arendt, venía a ser «el hampa de la clase burguesa», buscaba llegar al poder apoyado por las masas e infundirles el carácter emprendedor que mostraba el hampa. Los líderes totalitarios en el poder temían que la masa desarrollara iniciativas o emprendimientos que pusiesen en riesgo el dominio total al que aspiraban. Sabían que era posible «enseñar» la falta de escrúpulos, que era posible que la falta de

escrúpulos no quede restringida al «populacho», lo que también era peligroso. En su maquinación de dominio absoluto, las masas eran un «material» más adecuado para llevar a cabo enormes crímenes, de mayor magnitud que los llevados a cabo por los criminales profesionales, en la medida que dichos crímenes estuvieran bien organizados y que parecieran producto de un trabajo rutinario. Hitler y sus primeros camaradas fue considerado por Arendt como típicos representantes del populacho.

Según Hilberg, (1961) ello quedó demostrado cuando empezaron los asesinatos de los judíos en masa, cuando los más antiguos miembros del partido nazi expresaron sus reservas respecto a dichas matanzas. La más conocida de éstas fue el «pogromo» de *La noche de los cristales rotos – Kristallnacht*, ocurrido la noche entre el 9 y 10 de noviembre de 1938, promovido por Joseph Goebbels. Ministro de Propaganda desde 1933 y experto manipulador que controlaba los medios de comunicación que transmitían la ideología nazi, Goebbels, que azuzaba las masas hacia el antisemitismo utilizando la propaganda y el terror, dejó correr un rumor que a la par alentaba, de levantamientos contra los judíos en varias ciudades de Alemania, en respuesta al asesinato de Ernst vom Rath en manos del joven Herschel Grynszpan y que en caso de propagarse «espontáneamente» (cosa que sugería implícitamente) no habría represalias ante tales desmanes. El «pogromo de Goebbels» hizo que se desatase vandalismo contra los judíos por toda Alemania, lo que afectó la imagen de los nazis frente al mundo. Los dirigentes condenaron su iniciativa e incluso Himmler tuvo que sacar a las SS para controlar los descalabros. De paso y para no desaprovechar la oportunidad, llenó «sus campos de concentración» con más de veinte mil judíos.

Goebbels, descrito por Arendt como parte del populacho, prohibió las publicaciones judías, exigió la demonización de los judíos en todos los medios nazis. Logró que, en el imaginario del pueblo alemán durante el III Reich, la palabra «judío» equivalga a *enemigo* o *sabandija* (Hilberg, R., 1961: 55).

Himmler, la persona más poderosa de Alemania después de Hitler, no era un «bohemio armado» ni parte de la élite intelectual. Más bien compartía la mentalidad «filistea» (del individuo atomizado, rezago de la burguesía, de la que permanece aislado, que posee un espíritu vulgar, de escasos conocimientos y poca sensibilidad artística o literaria) y podía considerarse una persona casi «normal». Fue capaz de organizar al hombre-masa, logrando un dominio total sobre ellos, para que lleven a cabo *los mayores crímenes en masa jamás cometidos en la Historia*, (Arendt, H., 1951:421) partiendo del supuesto de que la mayoría de personas no son fanáticos, bohemios o chiflados, sino gente trabajadora y buenos cabeza de familia. Entendía que las masas debían actuar de

manera organizada y dentro de un orden establecido para evitar que se desintegren y se vean afectadas psicológicamente por actuar fuera de lo sugerido por el Führer.

Eichmann por su lado se unió a las SS cuando todavía era un movimiento clandestino en Austria, teniendo 26 años de edad. Poco después se afilió a la Legión Austriaca, grupo que se relacionaba con sus opositores por medio del terror. Dado que en 1933 Austria comenzó a reprimir el terror en su territorio, Eichmann se trasladó a Alemania donde sirvió en el campo de concentración de Dachau y solicitó ser asignado a la *SD -Sicherheitsdienst* o «Servicio de Seguridad», una especie de servicio de inteligencia perteneciente a la SS dirigido por Reinhard Heydrich y fue luego Jefe de la Sección Judía en la GESTAPO, en Berlín. Eichmann, al «especializarse» en «cuestiones judías», se caracterizó por sus iniciativas, sugerencias y soluciones para llevar a cabo el objetivo de eliminar a los judíos de toda Europa. (Perednik, G. D., 2014)

Arendt decía que Joseph Goebbels era un bohemio, Julius Streicher, editor del diario *Der Stürmer*, era un «delincuente sexual», Alfred Rosenberg, responsable de los territorios ocupados por Alemania y uno de los autores principales de la ideología nazi, era un «chiflado», y Hitler era un fanático y un gran comunicador, que mezclaba en sus discursos sus terribles, terroríficas y sinceras intenciones junto con tergiversaciones de la verdad y tremendas mentiras, utilizadas como propaganda fueron parte fundamental de la «guerra psicológica».

La propaganda totalitaria y el terror que se intensificaba cuando era utilizado junto a la ficción creada por la propaganda, constituyeron las herramientas fundamentales, la verdadera esencia de dominación total. Los campos de concentración fueron el escenario ideal en el que se demostró el efecto que tenían la propaganda, el terror y la ficción de «raza superior» de quienes dominaban y gobernaban los campos, mientras que los presos eran tratados, acorde con el discurso terrorífico racial, como «infrahumanos». imponer una disciplina férrea.

La propaganda, cuando era dirigida hacia el mundo exterior no totalitario, fue también estructurada con mensajes mezclados de mentiras creíbles y amenazas reales que, por su dimensión y crueldad, resultaban poco creíbles. Por ejemplo, la determinación de eliminar al pueblo judío no fue tomada en serio por mucha gente. A nivel interno, el terror también sirvió como advertencia solapada a los mismos miembros del partido y seguidores, para intimidar tanto a los líderes como a sus seguidores, haciéndoles saber que, en los regímenes totalitarios, tanto los individuos como las poblaciones pueden ser desechados.

Los nazis perfeccionaron las técnicas para involucrar a las masas. Utilizaban un tono de misterio, sin importar mucho lo fiable del contenido del mensaje dado que las

masas deseaban escapar de una realidad que se les presentaba incomprensible, arbitraria y accidental; en tales circunstancias las masas se distancian del sentido común y del realismo para poder seguir sumergidos en la ficción creada por sus líderes.

La campaña propagandística nazi se elaboró para colocar en el imaginario de las masas al judío como la personificación «del mal» y el mensaje fue formulado para que tuviera un amplio efecto. Necesitaban de la propaganda para combatir las dudas y los sentimientos de culpa de los perpetradores, que eventualmente, podrían surgir. Repetían el argumento con suficiente frecuencia como para que fuera asumido y poder luego utilizarlo para justificar sus acciones. De esta manera, los perpetradores podían justificarse ante sí mismos y los demás diciendo *yo mato a los judíos porque los judíos son el mal* (Hilberg, R., 1961:1127).

II.3.3 Los campos de concentración y exterminio

Otro objetivo era aislar del mundo real a las masas; se construyeron y mantuvieron secretos campos de concentración y exterminio alejados de las poblaciones civiles; la dominación dentro del campo no podía sostenerse sin ayuda del terror. La propaganda utilizó algunos elementos reales y veraces, (existían los campos) y desenfadadas ficciones (presentar a los judíos como plagas contagiosas, la superioridad aria o las condiciones inhumanas al interior de los campos).

Una de las ficciones más útiles y con mayor acogida fue la propaganda que hablaba de la conspiración judía mundial tal y como aparece en el panfleto de *Los Protocolos de los Sabios de Sion*; los nazis utilizaron los mismos argumentos: que los judíos eran bolcheviques comunistas a la vez que banqueros, dueños de las comunicaciones mundiales y demás contradicciones. Se concentraron en la propaganda antisemita, pero evitaron discutir abiertamente y con argumentos reales con los órganos de la opinión pública acerca de la «cuestión judía». La propaganda lograba convencer al populacho y a las masas de que los verdaderos responsables de todos los problemas eran los judíos; que éstos representaban a las potencias extranjeras, que eran responsables de sus desgracias y que eran el símbolo de la deshonestidad y de los males del sistema.

Es claro el uso del mecanismo inconsciente de la proyección, tan utilizado por las ideologías totalitarias que desprecian la soberanía nacional y las libertades; el objetivo final de estas ideologías es el control absoluto por medio del adoctrinamiento, la propaganda, el uso del terror y la violencia con el objetivo calculado de la conquista global para establecer un *imperio mundial sobre una base nacional [en el caso nazi, aria]* (Arendt, H., 1951:445), que pretendían se mantendría vigente durante mil años. El libelo

antisemita y la prédica nazi proyectan y afirman que son los judíos los que tienen tal deseo de dominación total, todas las ambiciones, todo el poder omnipotente y grandioso que los nazis anhelaban. Paradójicamente, los judíos eran y son un grupo humano pequeño. En la época nazi y desde la Segunda diáspora, no contaban con los instrumentos de gobierno ni de violencia con los que pudiesen llevar a cabo dicha dominación. La propaganda nazi obviaba en sus discursos la patente pequeñez numérica de los judíos en el mundo, Europa y particularmente en Alemania⁸.

El prejuicio acerca de una «conspiración judía mundial» con todas sus contradicciones (por momentos los judíos eran los banqueros capitalistas, con decisión sobre las políticas y acciones económicas más drásticas que afectan al mundo, en otros momentos eran los líderes comunistas que conspiraban contra el sistema social europeo, otras veces combinaban ambas características, se les adjudicaba ser dueños de los medios de información) siendo que dichos medios lo que hacían era atacar a los judíos, (etc.) Pese a todo ese poder adjudicado, los judíos vagaban por el mundo sin ser aceptados ni recibidos por nadie. Este perfil devino, gracias a la propaganda nazi, de una ficción, a una cuestión «objetiva», hasta constituirse en el elemento principal de la realidad en la mirada alemana. Sin embargo, aún eliminando a todos los judíos de Europa, nada podía asegurar que Alemania conseguiría el tan ansiado dominio mundial.

Los nazis se comportaban como si verdaderamente el mundo estuviese dominado por los judíos, por lo que requerían de una «contra-conspiración» para defender a los alemanes y al mundo de tal poder omnipotente. La organización totalitaria convirtió sus mentiras en «realidades actantes» y buscó instituir frente a sus seguidores y frente al mundo entero el «incuestionable» principio de que «la voluntad del Führer es ley» tanto para el partido, como para los ciudadanos y colectivos conquistados, pretendiendo establecer así que dicho líder era irremplazable y que, sin él, todo y todos estarían perdidos.

En virtud del mecanismo proyectivo utilizado, la propaganda nazi, dice Arendt, creyó descubrir en el «judío supra-nacional» y a la vez intensamente nacional, el precursor y modelo a seguir de lo que debería ser el alemán dueño del mundo, por lo que propugnaba que, para ofrecer a las masas la conquista mundial habría de extender su organización, en modo similar a la atribuida los judíos. Como Himmler expresó en alguna oportunidad que habían aprendido el arte de gobernar de los judíos, coincidiendo con lo afirmado en los *Protocolos...* El argumento de este libelo que presumía la existencia de una

⁸ Como ya señalamos, la población global de Europa 1938 era de 382,400,000 incluyendo Rusia e Inglaterra, mientras que la población judía en Europa era de 9,500,000 (2.5% de la población total) mientras que en Alemania en 1933 era de 65,336,00 habitantes, de los cuales 525,000 eran judíos, lo que representaba el 0.80% de la población total.

conspiración mundial judía, como si se tratase de una verdad objetiva, fue transformado por la propaganda nazi en el *elemento principal de su realidad*, actuando «como si» el contenido propagandístico utilizado por ellos mismos fuese verdad y el mundo estuviera siendo dominado por los judíos. De esta manera, el comportamiento nazi resultaba una defensa contra la mencionada amenaza. (Arendt, H., 1951:449)

Además de la propaganda, del uso del terror y la violencia, parte esencial del movimiento totalitario es el líder. La «voluntad del Führer», su dinámica incansable e inagotable actuar era el motor y eje del régimen. Este lugar preeminente del jefe se debe a que su posición y poder cristalizó gradual y progresivamente gracias al movimiento mismo. Hitler proponía que las masas de seguidores debían dividirse entre afiliados y simpatizantes. Su política estaba encaminada a incrementar la cantidad de simpatizantes, a la par que limitaba estrictamente el número de miembros de su partido. El amplio grupo de simpatizantes conforma diversas «organizaciones formales» que funcionan como una barrera protectora que aísla a los miembros del partido del resto de la población, amortiguando el impacto de la realidad en la interacción entre ambos. Así, las «organizaciones formales» sirven de fachada del grupo totalitario ante el mundo y también como lindero entre la jerarquía que lidera y el resto del movimiento. Creemos que la suspicacia e incluso cierta paranoia de los líderes «justificaría» estos círculos concéntricos a modo de protección.

La estrategia de crear nuevas formaciones sobre las anteriores fue una característica del quehacer nazi. Sobre un primer grupo de militantes que conformó las unidades de asalto, (S.A.) en 1922, unos años después, 1926, se conformaron las fuerzas de élite, las S.S. En los años siguientes surgieron nuevas agrupaciones más selectas o más militantes, sobreponiéndose a las anteriores, cuyas jerarquías fluctuantes fueron ganando poder, por un lado, pero por el otro, confundiendo y disfrazando quien verdaderamente ostentaba el poder. A la par, se favoreció la creación de organizaciones secretas para el control de estas agrupaciones «formales».

Para protegerse de las diferentes organizaciones «formales», Hitler solía estar rodeado únicamente por un *círculo interno de iniciados*, que crearon a su alrededor un *aura de impenetrable misterio* (Arendt, H., 1951:460) para transmitir su carácter de intocable halo de superioridad.

Los líderes totalitarios necesitan, para lograr tal posición y mantenerse en ella, cierta capacidad de crear intrigas entre los miembros de su partido y cambiar permanentemente a su círculo cercano. Este tipo de liderazgo requiere saber cómo manejar las luchas de poder. Está atento a los pormenores, en las primeras fases del liderazgo se preocupa particularmente de saber quiénes lo rodean, haciendo que cada uno de sus hombres se

sientan en deuda con él como forma de garantizar sus lealtades. Cuando el movimiento ya está estructurado, cuando la jerarquía está convencida del objetivo de la organización y comunica a los demás los deseos del jefe, entonces está el terreno logrado para hacer creer a todos que éste es irremplazable. El líder logra así mantenerse seguro en su rol porque verdaderamente logró convencer de que, sin él, todo se desintegraría. Su tarea suprema es encarnar una doble función: actuar como el defensor mágico de la organización totalitaria contra el mundo exterior y, a la vez, ser la vía por medio de la cual la organización se relaciona con ese mundo. Cada funcionario del sistema es nombrado por el jefe y tiene la responsabilidad de representarlo. El líder ejerce el monopolio de la responsabilidad por lo que sus subordinados hacen, pero de ninguna manera tolerará que éstos lo critiquen pues lo que ellos hacen es llevado a cabo en su nombre. Si el líder descubre algún error y lo quiere corregir, o quiere censurar sus errores en otros, opta por eliminar al que lo cometió, aunque lo haya hecho siguiendo sus pautas. De esta manera, las responsabilidades de los subordinados no son asumidas por éstos, justifican su actuar como meros representantes de los deseos de un líder que, a la par, les atribuye sus propios errores conservando la potestad de perdonar a los culpables y proclamar su honorabilidad e inocencia. Con ello, el jefe se erige ante propios y ajenos como el único con el derecho de dar explicaciones y como el único artífice del proyecto y sus logros. De esta forma amplía el misterio sobre su persona. El líder totalitario se coloca así por encima del movimiento, puesto que, apoyado por la propaganda, la repetición permanente de la «ficción coherente» de superioridad, previsible «científicamente» según las leyes de la naturaleza, (en el caso alemán), ha monopolizado el conocimiento, la voluntad y el poder, con lo que logra «tener siempre la razón».

En un primer momento, los nazis comenzaron organizando a las masas, que gradualmente fueron dominadas por los grupos de élite. Estas formaciones fueron organizadas de acuerdo al modelo del Ejército y al poco tiempo, los nazis incorporaron a la policía secreta organizada para combatir a los posibles conspiradores. Los regímenes totalitarios suelen estructurar su poder decididos a la dominación total y proceden en base a la ficción de una conspiración global contra ellos. Por ello, suelen concentrar todo el poder en manos de la policía secreta.

En el régimen totalitario nazi, se definió ideológica y anticipadamente quienes eran los enemigos a combatir, sus «enemigos objetivos», independientemente de su inocencia o de su actuar; para los nazis fueron siempre los judíos y secundariamente otros grupos. La policía secreta se enfrentó con el doble problema de *proteger el mundo ficticio del movimiento [...] del impacto de los hechos y presentar una apariencia de normalidad y de sentido común ante el mundo exterior normal*. (Arendt, H., 1951:513) Himmler incuso

afirmaba que tanto la policía secreta como el resto de organizaciones nazis tenían la moral que se requería para «barrer al pueblo judío de la faz de la tierra».

Con relación a las sociedades secretas y conspiradoras surgidas en el contexto del nacionalsocialismo, Arendt señala que fueron capaces de moverse en un mundo ficticio, creado y adaptado a partir de su ideología y de la propaganda encargada de hacer que sus mentiras luzcan consistentes, mezclando aspectos creíbles, pequeños aspectos de la realidad y gran dosis de cinismo. Los líderes totalitarios captaron que el populacho estaba dispuesto a creer que «todo era posible» y «nada era cierto», y que, estaba dispuesto a creer en el absurdo que se le ofrecía, en lo irracional, sin poner resistencia al engaño.

Los creadores de la propaganda nazi lograron que en su mete conviva la certeza de estar mintiendo y el deseo de creer su propia fábula.

Arendt señala que el cinismo y credulidad funcionaron a todo nivel dentro del movimiento totalitario. Era claro para ella que, para los líderes, para los miembros del partido y para sus seguidores dicha política era un juego de engaños, que las declaraciones públicas eran mentira y que no había nada más importante que aceptar los dictados del Führer sin cuestionarlo porque *el Führer siempre tiene razón* (Arendt, H., 1951:470). A pesar de saber la manipulación de la verdad, los miembros del partido se sentían halagados por la propaganda dado que confiaban en la capacidad de engañar a la opinión pública y porque de una forma u otra, terminaron creyendo sus propias mentiras.

Cuando los regímenes totalitarios alcanzan el poder, dice Arendt, suelen apoderarse de la administración de la violencia y de los instrumentos de dominio, cuya aplicación va creciendo en aras de mantenerse en éste. Muestran desprecio por los sucesos reales, siguen fieles a las normas del mundo ficticio creado por ellos. Sin embargo y más allá de la propaganda, los problemas socio-económicos y políticos reales subsistían en los lugares donde gobernaban. La propaganda nazi hacía lo suyo para tratar de eliminar toda versión que confrontara a los destinatarios de la misma con una realidad distinta a la pregonada y que no se acomodara con los contenidos de su ideología. Las masas seguidoras de estos movimientos prefirieron creer la afirmación propagandística de que lo imposible es posible en la lucha por la dominación global.

Otra táctica totalitaria indispensable para mantenerse en el poder y consolidar la ficción fue la yuxtaposición no solo de círculos concéntricos de poder sino también de decretos que coexistían sin importar que fuesen opuestos a leyes anteriores que nunca se derogaban. También se mantuvieron con los organismos y autoridades que cumplían funciones semejantes, creando confusión entre las mismas autoridades y en los afectados por dichas leyes respecto a quien era la verdadera autoridad o cual decreto era el válido y aplicable para la ocasión. Coexistía un «poder real» (sin que nadie supiera quién lo

ostentaba en verdad) con otro «poder manifiesto», más visible. La motivación totalitaria era mantener un movimiento caótico, desorganizado, ilógico y contradictorio, con funcionarios y organizaciones siempre en movimiento. Las autoridades erigidas simultáneamente muchas veces estaban en abierto conflicto entre ellas. Las órdenes eran intencionalmente vagas y ambiguas y, a la postre, la última y absoluta autoridad era la que ejercía el Führer.

A pesar de ello, dice Hilberg, en la estructura administrativa nazi el Führer estaba en la parte más elevada de escalafón y debajo de él existían cuatro grupos jerárquicos: las fuerzas armadas, la burocracia ministerial, el partido y la industria. Los dos pilares del Estado alemán, de acuerdo a su tradición, siempre fueron los militares y los burócratas. Este tipo de organización estatal comenzó en el siglo XVII, el sector empresarial se convirtió en factor político durante el siglo XIX y el partido no accedió al poder sino hasta 1933.

En las estructuras sociales totalitarias los roles estaban, en apariencia, claramente establecidos: los que mandaban, los que pensaban, los que querían imponer su voluntad y su pensamiento y estaba el grupo más numeroso conformado por los que obedecían, los «ejecutores» en este caso de los proyectos nazis. Como decía Hilberg, (1961) había distintos grupos, cada uno con una mentalidad y estilo propio: el *Kommando* de transporte, el *Kommando* de unidades de exterminio, el *Kommando* y personal de los guetos y de los centros de exterminio y el *Kommando 1005*, encargado de destruir las tumbas.

En el polo opuesto de la estructura se encontraba el grupo de los que habían sido privados de su libertad, pensamiento y voluntades. Estos estaban divididos en habitantes de los guetos, las cárceles, los campos de concentración, los presos políticos, disidentes, ciudadanos de segunda clase, etc. El método por medio del cual dirigentes y ejecutores lograran sus objetivos era variado: podía ser mediante la persuasión, la propaganda, la violencia, el terror. Lo importante era para este régimen, dice Arendt, era imponer su autoridad, doblegar a las personas para que cumplan el rol que les asignaba el estrato al que pertenecían de según la jerarquía partidaria y la ideología.

Se mezclaron referencias absolutamente claras acerca de prácticas extremas y hostiles, que sonaban increíbles e irrealizables, con «eufemismos», para encubrir las mismas barbaridades. Ello contribuyó a la deshumanización del individuo en el proceso de aniquilar la psicología, el sentido de realidad, la identidad y, por último, la vida misma en el caso de los «enemigos objetivos», afectando también, sin que fuese el propósito manifiesto, al resto de la población. El lenguaje fue manipulado para confundir y

desinformar al mundo, a los propios ciudadanos y a las víctimas, respecto a lo que se estaba llevando a cabo de manera encubierta.

Desde los primeros discursos y escritos de Hitler aparecen expresiones como «purificar» el territorio del Reich de las «sabandijas judías»; «descontaminar y desinfectar» de los «bacilos o parásitos» judíos y que a éstos se les mataría como «piojos».

Los nazis denominaron a la problemática concerniente a la presunta solución del problema como: «asunto judío»; el proceso de acelerar y lograr la aniquilación total de este pueblo fue llamado «solución final». La decisión fue adoptada el 20 de enero de 1942 en la Conferencia de Wannsee. La eliminación de los minusválidos, enfermos físicos y/o mentales fue denominada «muerte piadosa» o eutanasia; «desinfectar por medio del tratamiento especial» significaba la muerte de los judíos en las cámaras gas. La «custodia preventiva» en realidad era encarcelamiento sin juicio; «distrito de residencia» podía ser el gueto. La ubicación de los campos de exterminio era el «Este» o la «región de asentamiento judío». Los campos de muerte eran llamados «campos de trabajo» y había carteles como el tristemente famoso *Arbeit Macht Frei*, («el trabajo te hará libre»), cínico letrero cuya autoría algunos atribuyen a Rudolph Hess y otros a Adolf Eichmann. Perednik (2014) señala que este «lema» fue utilizado por primera vez en el campo de Dachau. Más chocante aún que el *Arbeit Macht Frei*, era la fachada del edificio en el que estaban las cámaras de gas en Treblinka, decorada con una estrella de David y colgando de la entrada, una cortina negra sacada de una sinagoga que decía: *Ésta es la puerta que atraviesan los justos* (Hilberg, R., 1961: 969).

Hitler fue el ideólogo de la Shoah; ya había anunciado varias de las ideas que luego implementaría para lograr su propósito -como el uso de cámaras de gas venenoso para asesinar a los «corruptores hebreos»-, según planteaba en su libro *Mein Kampf*. (Hitler, A., 1925). Su llegada al poder en 1933 convirtió a Alemania en un estado policial basado en la coerción y el terror. A Himmler, organizador teórico de la matanza, se le encargó encontrar espacios y gestionar la construcción de los campos de concentración. Por ello a Himmler se le conoce como el «arquitecto y organizador teórico de la aniquilación». Bajo sus órdenes se fusionaron todas las instituciones policiales: las *Sturmabteilung* -SA- o «sección de asalto», las *Schutzstaffel* -SS- o «escuadras de protección», la policía alemana, las *Waffen*-SS. El *Reichsführer*-SS Heinrich Himmler fue su líder y llegó a ocupar el cargo de Ministro del Interior. Tuvo mucha capacidad para organizar y dominar las masas. Himmler perfeccionó las tácticas de terror, controló directamente el proceso de aniquilación de los judíos, alabó a todos los «decentes individuos» que contribuyeron a llevarlo a cabo y calificó a la Shoah como «una página de gloria en nuestra historia».

Perednik (2014) considera que Eichmann fue quien, bajo las órdenes de Himmler y de Reinhard Heydrich, ejecutó técnica y materialmente la Shoah, (haciendo todo lo necesario para que las órdenes recibidas se lleven a cabo de la manera más eficiente, sugiriendo, implementando y organizando las medidas las dadas por los altos líderes nazis para lograr la «Solución final». Cada uno de ellos, Hitler, Himmler, Eichmann, Goering, Bormann, Heydrich, Goebbels, entre otros, fueron los principales artífices de la aniquilación. Eichmann sugirió la necesidad de reunir a los altos mandos para coordinar las acciones a seguir y fue anfitrión de la Conferencia de Wannsee, quien propuso se hagan listas censales para la localización y cuantificación de los judíos, determinó los lugares de «acopio» y de «destino» en base a localidades lo suficientemente aisladas pero atravesadas por rutas férreas, organizó y coordinó el transporte desde toda Europa hacia los campos de exterminio y dirigió personalmente las deportaciones desde Hungría en 1944, cuando la guerra ya estaba perdida y continuó hasta la rendición de Alemania.

Hilberg, (1961) dijo que la operación más secreta del proceso de destrucción de los judíos fue llevada a cabo en los campos de exterminio en Polonia. A diferencia de las fases precedentes, los campos de exterminio funcionaron según el modelo de «cadena de montaje», como fábricas de cadáveres y muerte. Nunca antes se había matado a seres humanos a través de un sistema semejante a las «línea de producción» de las fábricas. Para lograr sus objetivos, ésta siguió la siguiente secuencia:

- Obligar a la población judía a identificarse como tal. (Perednik, G. D., 2014)
- Aislarla socialmente por medio de vetos y discriminación. (Perednik, G. D., 2014)
- Separarla «geográficamente» en guetos y campos de tránsito. (Perednik, G. D., 2014)
- Juntarla en centros de «acopio», como los guetos, principalmente. (Hilberg, R., 1961)
- Establecer líneas de transporte para «despachar» al «material recogido», (los judíos) en trenes para ganado y furgones de la muerte.
- Crear la infraestructura para recibirlos: los campos de concentración
- Crear la infraestructura para matarlos: cámaras de gas
- Crear la infraestructura para deshacerse de los cuerpos: hornos crematorios.
- Asegurarse de que lleguen desde los centros de detención a los de aniquilación. (Hilberg, R., 1961)

Otras variantes para su destrucción, fueron el uso de unidades móviles o *Einsatzgruppen*: dieciocho unidades se sumaron a las tropas que invadieron Rusia para poder «matar judíos por doquier» (Perednik, G. R., 2014), procedieron al fusilamiento en

masa al borde de fosas comunes -que se convertirían en sus tumbas-, realizaron marchas de la muerte, (caminatas sin sentido sin destino, en condiciones infrahumanas para que mueran en el camino), los hicieron vivir en un entorno de insalubridad y falta de alimentación que favoreció la aparición de enfermedades y la muerte por inanición.

En un primer momento los nazis modificaron furgonetas en las que utilizaron monóxido y dióxido de carbono químicamente embotellado y un gas venenoso y efectivo (pesticida), el Zyklon A (con cianoforniato de metilo como agente activo). Originalmente fabricado por IG Farben bajo la supervisión de Fritz Haber, el gas se utilizó en la Primera Guerra Mundial dando inicio a la guerra química, razón por la cual el Tratado de Versalles prohibió su fabricación. Después de la primera guerra, se utilizó para fumigar, como insecticida en los almacenes de granos. Los nazis lo utilizaron para deshacerse de débiles mentales, afectados por síndrome de down, personas afectadas por alguna invalidez física y/o mental. El uso de monóxido y dióxido de carbono embotellado o modificando los tubos de escape de las furgonetas, fue la forma favorita para aplicar eutanasia bajo el lema *la liberación de una vida sin valor mediante la aniquilación* (Hilberg, R., 1961:960), produciendo lo que se llamó un verdadero «holocausto psiquiátrico». Por medio de esta aplicación, además de las personas antes mencionadas, también mataron a 100,000 judíos en Gau (Hilberg, R., 1961:960).

Los primeros campos de concentración se erigieron desde el ascenso de los nazis al poder (1933) y fueron poblados por presos políticos y disidentes en su condición de «potencialmente peligrosos». Según Weber (1999) el primer campo de concentración, Dachau, en las afueras de Múnich, comenzó a recibir prisioneros desde el 22 de marzo de 1933 y funcionó hasta que los sobrevivientes fueron liberados por la tropa americana el 28 de abril de 1945.

Según Hilberg, (1961) antes de empezar la guerra, había en Alemania tres tipos de prisioneros:

- Presos políticos (comunistas, polacos, intelectuales, aristócratas, Testigos de Jehová, socialdemócratas activos, sacerdotes opuestos al régimen nazi, ex agentes nazis del «escuadrón de asalto» - SA).
- Personas «asociales», considerándose tales a los delincuentes sexuales y comunes.
- Judíos enviados a los campos por elementos de las mismas SA en acciones individuales –*Einzelaktionen*–

Cuando comenzó la guerra, las necesidades de los alemanes cambiaron. Se requería de más espacio y eficiencia para recibir a los miles de personas deportadas de los distintos países que los nazis fueron conquistando. Fue en Auschwitz donde se

perfeccionó el método de aniquilación y exterminio más eficaz y dinámico para cumplir con el objetivo de la «Solución Final». Dejaron de utilizar monóxido y dióxido de carbono; lo reemplazaron por pastillas de Zyklon B, (ácido cianhídrico -ácido prúsico-, junto con un estabilizador y un aditivo odorante e irritante de advertencia) que se soltaban dentro de las cámaras de gas. Pronto se generalizó su utilización, puesto que se construyeron más cámaras de gas y hornos crematorios (los *Krematorium*)⁹.

Perdida la identidad individual y estando el marco social fragmentado, los líderes totalitarios podían exigir de sus miembros lealtad total e incondicional hacia el movimiento; esperaban lograr una fidelidad ciega y acrítica, para evitar manifestaciones singularizadas o discrepancias entre sus seguidores. Su propósito final, en su proyecto de mil años, era someter bajo su poder e ideología, a todo el género humano. La ideología nazi buscaba uniformizar en todo el mundo, la manera de pensar propuesta por el Tercer Reich, de forma tal que eventualmente todo el orbe respondiera a las exigencias, lealtades y entrega requeridas, eliminando muestras de espontaneidad y de pensamiento independiente. Para bien de la Humanidad, no consiguieron hacerlo.

A los detenidos en los campos de concentración y fábricas de muerte, dice Arendt, se les impone un estado de aislamiento del resto del «mundo de los vivos» con la intención de borrar su existencia en la mente de los demás, dado que *el terror impone el olvido*, lo que equivale a que estuviesen muertos, aunque continúen vivos. Trataron a la gente como si nunca hubiese existido, por lo que hacerla desaparecer, en el sentido literal, no fue difícil. En los campos y en todo el actuar nazi contra los judíos, el homicidio fue impersonal. Cualquiera de ellos podía morir por efecto de la inanición, por tortura sistemática, porque consideraron oportuno deshacerse del «material humano superfluo».

Todo ello es la expresión de la aparición del «mal radical», dice Arendt, un mal anteriormente desconocido en la sociedad. Los nazis no se guiaron por normas tradicionales o políticas, mucho menos morales.

Según Arendt, estos regímenes totalitarios propiciaron que en la política moderna se diera una modificación que, dice, no debió ocurrir, un sistema del «todo o nada». El «todo» representa la infinidad indeterminada de formas de vida en comunidad. La «nada» significa que, si los campos de concentración hubieran triunfado, el resto de los seres humanos estarían en riesgo de correr la misma suerte que las víctimas de las cámaras de gas y hornos crematorios, lo que puso en riesgo la supervivencia de la humanidad.

No existen paralelos históricos en relación a lo que ocurrió en los campos de concentración. Su horror nunca puede ser abarcado completamente por la imaginación,

⁹ Ver Anexo B

por la simple razón de que permanecen al margen de la vida y de la muerte. (Arendt, H., 1951:539)

III. Propuestas de Sigmund Freud que relacionamos con el «mal radical»

Una vez planteadas las ideas centrales de Arendt acerca del «mal radical» y del «totalitarismo», revisaremos los conceptos desarrollados por Sigmund Freud que pueden permitir hacer una lectura psicoanalítica de las ideas arendtianas plasmadas principalmente en *Los orígenes del totalitarismo* (Arendt, H., 1951).

Entre otros temas, nos detendremos en la dinámica psíquica del inconsciente individual vinculado a las «pulsiones agresivas y destructivas»; las modificaciones psicológicas que ocurren en el sujeto cuando es parte de un grupo o masa; los mecanismos que explican el posible comportamiento destructivo de una masa cuando se deja llevar por la fascinación de una ideología, un líder totalitario y/o cuando esa masa participa de una guerra.

III.1 Pulsión, pulsión agresiva, pulsión de apoderamiento, neurosis obsesiva y sus mecanismos defensivos

III.1.1 Concepto de pulsión

En los inicios de sus investigaciones Freud postulaba que había una energía psíquica relacionada con el deseo sexual. Tomó de la doctrina de la afectividad el concepto de «libido», que en griego significa «deseo», «ganas». Freud comenzó a referirse a «libido» en 1894 en las cartas y manuscritos que intercambiaba con Fliess; en esa época consideraba la libido el motor de la excitación sexual somática.

Laplanche y Pontalis (1968) explican que la libido fue considerada como una energía, substrato de la pulsión sexual que es dirigida al objeto. Desde un punto de vista cualitativo, puede «des-sexualizarse» secundariamente si deja de lado su meta sexual específica, como ocurre en la sublimación. No es reductible ni se va a transformar en otra fuerza mental inespecífica. Esta energía siempre está en contraposición con otras fuerzas psíquicas.

Freud (1896) pensaba que cuando se acumula demasiada tensión sexual ésta puede enfermar a la persona con «neurosis de angustia», cuya entidad nosológica principal, consideró, era la neurastenia. Cuando la persona no es capaz de elaborar la tensión acumulada para convertirla en libido psíquica, las patologías que aparecen son las «psiconeurosis de defensa» en las que incluyó: la histeria, las fobias, las representaciones o actos obsesivos y algunas psicosis alucinatorias (paranoia) en cuyo desarrollo el enfermo despliega mecanismos defensivos adicionales a la represión para lidiar con los síntomas penosos que las enfermedades le suscitan.

Freud (1905) propuso denominar «pulsión» a la tensión sexual capaz de movilizar la dinámica psíquica. El concepto surgió del estudio de la sexualidad humana, ubicó a la pulsión en el límite somato-psíquico. Tomó como referencia el basamento biológico para explicar los fenómenos psíquicos pues consideraba que debía haber tanto un correlato como una diferencia entre los instintos «más animales» encargados de la supervivencia y manifestaciones psíquicas exclusivamente humanas. Freud consideró el hambre como la expresión del instinto de nutrición, primer modelo de energía encaminada a cubrir las necesidades de las funciones corporales imprescindibles para la conservación de la vida. Entre ellas se encuentran además otras funciones corporales tales como la defecación, la actividad muscular, la emisión de orina, etc. Por ello las llamó «pulsiones de auto-conservación». A la libido la equiparó con el amor y la denominó «pulsión sexual». Ambos grupos de pulsiones están permanentemente en conflicto, dinámica psíquica constitutiva del ser humano, que se enfrenta constantemente a satisfacer demandas opuestas.

La esencia de la pulsión es que el estímulo que la genera es constante, proviene del interior del cuerpo, el organismo no puede escapar de ella, la pulsión provee el influjo para el funcionamiento del aparato psíquico (Freud, S., 1915^a). Implica una tensión, una tendencia desde el interior del cuerpo, un «empuje» (en alemán *Trieb* - pulsión) que se dirige a una «meta». Hay múltiples metas, las mismas que pueden ser parciales o totales. Las primeras se refieren a la pulsión que actúa independientemente durante el desarrollo libidinal, tanto oral, anal o fálico. El objeto de la pulsión puede variar, Freud descubrió la existencia de las pulsiones parciales a través de los síntomas de la neurosis obsesiva; son pulsiones que todavía no terminan de unificarse bajo el predominio genital o porque se da un movimiento de regresión, un retorno desde la fase genital, que supuestamente debería estar superada, hacia fases previas del desarrollo libidinal, ya sea la fase anal o la oral.

La primera fase del desarrollo libidinal es la oral, la segunda es la fase anal, que se sitúa entre los dos y cuatro años. Si en la primera la zona erógena dominante es la boca, sus mucosas y actividades, en la segunda la primacía está en relación con la zona y mucosidad anal. En esta etapa la función defecatoria adquiere un valor especial para el niño, por el ejercicio de tal función expresa su poder y control decidiendo si expulsa o retiene el contenido anal, adquiriendo las heces un valor simbólico. Esta época coincide con el desarrollo del aparato músculo-esquelético, por medio del cual la pulsión se externaliza hacia el objeto. Por sus características, Freud la consideró una fase sadomasoquista, de especial relevancia para el tema que nos ocupa.

III.1.2 Pulsión agresiva

Desde que comenzó su observación clínica, Freud (1897) se percató que además de la libido sexual había una energía en la vida psíquica que se mostraba autónoma e independiente y aparecía como respuesta ante de sus interpretaciones en los procesos analíticos. Los pacientes mostraban aspectos de su carácter infantil como mentiras, comportamiento o lenguaje vulgar, actitudes desafiantes sinceras o simuladas cargadas de agresividad; parecían muy primitivas y podrían ser un rezago de «apetitos canibalísticos» (propios de la fase oral del desarrollo libidinal) que habían permanecido en el inconsciente. A pesar de su aparente autonomía, creía que constituían un componente de la libido sexual, que actuaban como resistencias al proceso terapéutico y que, incluso podrían considerarse como una característica distintiva del proceso psicoanalítico. Freud (1926 [1925]) señala que cuando hay una represión de la corriente tierna de las exigencias libidinales, puede ocurrir una regresión de la pulsión hacia la fase previa, conformándose el síntoma, la formación sustitutiva, en torno a la pulsión agresiva.

Esta agresividad se expresa en hechos de la vida cotidiana a través de la verbalización o la acción motora, muchas veces violenta, destructiva y negativa. Pero estas manifestaciones también pueden ser de carácter simbólico, positivas para el proceso psicoanalítico, como es el caso de algunos sueños a los cuales Freud dedicó el capítulo «Sueños de la muerte de personas queridas» en *Interpretación de los sueños* (Freud, S., 1900 [1899]). También constituyen un aspecto relevante en los chistes y dinámicas en las que interviene el conflicto amor – odio, como en el complejo de Edipo que aparece en la fase fálica, tercera del desarrollo libidinal. Postula Freud que en esta etapa para la criatura (varón o niña) adquiere especial relieve la zona genital. Solo consideraba Freud en su teoría la existencia del genital masculino, el falo, generando ansiedad en el varón la pérdida imaginaria del mismo y en la niña la fantasía de haberlo perdido y la envidia hacia quienes sí lo poseen. (En ambos casos se suscita angustia de castración). El complejo de Edipo presenta tres variantes, en una de ellas (conocida simplemente como complejo de Edipo), la representación inconsciente del infante expresa sentimientos amorosos o deseo sexual hacia el progenitor del sexo opuesto y sentimientos hostiles al progenitor del mismo sexo. En el Edipo inverso, el amor está dedicado al progenitor del mismo sexo y la hostilidad al del sexo opuesto y el complejo de Edipo completo, que incluye ambas manifestaciones. Si bien Freud se refirió expresamente a este complejo en 1910 en *Sobre un tipo particular de la elección de objeto en el hombre (Contribuciones a la psicología del amor, I)* (Freud, S., 1910), es un

concepto que aparece transversalmente en toda su obra y está relacionado con la angustia de castración.

En la primera teoría de las pulsiones, Freud (1905) se refirió a la existencia de las pulsiones parciales, vinculadas a las zonas erógenas que adquieren primacía en el curso del desarrollo. En sentido estructural y genético son independientes unas de las otras hasta que se unen para conformar las organizaciones libidinales, háyase consolidado o no la genitalidad adulta. El desligamiento entre libido y pulsión agresiva puede ocasionar que el amor se transforme en odio y la repulsa en deseo de apropiación y/o anulación del otro.

Durante el desarrollo infantil, las pulsiones parciales son observables a través de las actividades sexuales de la criatura, en lo que Freud denominó «perversidad polimorfa». En la edad adulta las pulsiones parciales participan de los juegos sexuales que preceden al acto sexual. Cuando se consolidan, producto de la fusión pulsional, conforman la pulsión sexual que permite la genitalidad y no son observables en la conducta sexual considerada normal. Cuando no se logra la fusión pulsional o cuando las pulsiones parciales se separan de la pulsión sexual, se repliegan al estadio pregenital, por efecto de la regresión.

Característico de las pulsiones parciales es que se manifiestan en forma de pares de opuestos y pueden configurarse de manera activa o pasiva. Por ejemplo, la crueldad es constitutiva de la pulsión de apoderamiento; forma parte del par antitético sadismo – masoquismo. También está presente en forma primitiva en el niño. Tanto el sadismo como la pulsión de apoderamiento requieren de la musculatura para poder externalizarse y dominar al objeto. Su comportamiento es activo, el masoquismo, en cambio, representa el opuesto pasivo. Freud tendía a pensar que el par activo era masculino mientras que el pasivo era femenino. Estas pulsiones son características de la organización pregenital sádico-anal. Desde la perspectiva de la metapsicología, no solo de la clínica, Freud (1905) también pensaba en pares antitéticos.

Durante la infancia, el niño debe ser capaz de establecer diques en forma de aspiraciones morales, estéticas o sentimientos como el asco, la vergüenza, la compasión, para refrenar el accionar pulsional. Cuando estas barreras fallan, puede darse una ineptitud empática en el niño para percibir el sentir del otro, para ser compasivo. Corre el riesgo que ello le dificulte poner límites a la exigencia pulsional, dificultad que puede reeditarse en la vida adulta. Los adultos en estado de regresión por este desborde pulsional, en muchos casos logran mantener *en todo lo demás una conducta normal* (Freud, S., 1905: 143).

Ese aspecto de «normalidad», ese funcionamiento aparentemente «adecuado» en los demás aspectos de la vida de las personas que exteriorizan mociones hostiles,

termina siendo desconcertante y/o confuso para el observador externo porque dichas personas pueden esconder su patología frente a los demás y manifestarse únicamente en relaciones diádicas (de pareja, de adultos hacia niños o jóvenes, en relaciones sociales, jerárquicas, etc.) o al interior del proceso clínico. Dicho desconcierto está relacionado, señalaba Freud, con la dificultad de aceptar que el ser humano es capaz de comportarse cruelmente, humillando o dominando a otro ser humano, sobre todo si en los demás aspectos de la vida cotidiana pueden parecer «personas ejemplares». Esta es una de las preguntas centrales del presente trabajo, ¿cómo entender que hombres de familia, correctos, amorosos, responsables, amantes de la buena música y las buenas costumbres, hayan sido capaces de cometer las más atroces y terribles conductas contra otros seres humanos? Si queremos ser irónicos, habría que decir que los nazis no consideraban a los judíos y a otras minorías como si fuesen humanos semejantes.

Adler (1908) fue el primero en referirse al «entrelazamiento» pulsional y a la pulsión agresiva como tal y sugirió que los caracteres y las acciones deben ser definidos en términos de la pulsión que los caracteriza. Proponía que el síntoma no es un fenómeno únicamente mental sino el producto de una pulsión. Creía que hay una pulsión específica para cada órgano, que la pulsión de agresión jugaba un papel esencial en la psicopatología.

En 1909 Freud (1909^a) aceptó la sugerencia teórica adleriana del «entrelazamiento» pulsional y fue dándose cuenta cada vez más de la importancia de las tendencias agresivas en la psicopatología. Sin embargo, aún no se sentía cómodo para admitir la existencia de una pulsión agresiva especial al mismo nivel que las pulsiones sexuales y las pulsiones de autoconservación.

Además de Adler, otros psicoanalistas de la época publicaron trabajos respecto a afectos o sentimientos negativos y a ideas de muerte ligadas a los deseos sexuales. Sabina Spielrein (1912) hace mención de varios autores que estuvieron trabajando en estos temas. Por ejemplo, Stekel argumentaba que cuando se presentaban ideas de muerte junto con el deseo sexual, la muerte indicaba cierta decadencia moral. Gruss, citado por Spielrein, sostenía que el asco estaba relacionado a la coexistencia de los productos sexuales percibidos como excreta muerta; mientras que Jung opinaba que la libido tiene dos lados, uno de ellos representa la «fuerza que embellece todo», el otro aspecto es que dicha fuerza también puede, eventualmente, destruirlo todo.

Spielrein (1912) opinaba que la propia fertilidad implica la destrucción de aspectos de uno mismo ya que al procrear a nuestros descendientes éstos nos sobrevivirán y lucharán para quitarnos el poder y en ese sentido se convierten en nuestros enemigos. Esta idea no la podemos separar de la propuesta por Freud en relación a la rebelión de

los hermanos tribales contra el padre omnipotente y grandioso, jefe de la horda primitiva. Los vástagos lo envidian, lo repelen, lo asesinan, ocupan su lugar y luego endiosan su figura. (Freud, S., 1913 [1912-1913])

Spielrein (1912) enfatizó que el destino erótico tiene sus «peligros» pues plantea dos alternativas: aventurarse a la vida o rehusarse a ello. Si elige esto último, el individuo tiene que apagar el deseo al interior de su ser, lo que equivale a una especie de suicidio que da lugar a fantasías de muerte. Spielrein cree que las sensaciones placenteras están ligadas al «devenir» y son la base de la pulsión de procreación. En cambio, los sentimientos de miedo y asco vinculados a lo sexual corresponden al aspecto destructivo de la pulsión sexual. Spielrein señala que el «instinto de procreación» se compone de dos variantes antagónicas: la pulsión constructiva y la pulsión destructiva.

En 1915 Freud todavía se centraba en la pulsión sexual como eje central de su especulación teórica, aunque admitiendo que hay una correlación de dicha pulsión con la crueldad que se puede rastrear a través de *la historia de la cultura humana*, pues la pulsión sexual y la pulsión agresiva se contraponen y *se co-pertenecen de la manera más estrecha* (Freud, S., 1905:144), y suelen estar en conflicto respecto a cuál de ellas va a ser satisfecha primero. Ambas pulsiones participan en porciones distintas en las diferentes funciones psíquicas y síntomas psicopatológicos.

Freud (1915^a) consideraba la patología del sadismo como una especie de *continuum* patológico con el masoquismo y que ambas pueden afectar a un mismo sujeto. Por ello prefirió referirse a este cuadro como sadomasoquismo. En esa etapa de sus investigaciones, creía que el sadismo aparece antes que el masoquismo en el desarrollo infantil. Observó que puede darse un cambio de objeto y es posible que el sujeto se tome a sí mismo como tal, en cuyo caso la agresividad se vuelca contra sí mismo. Hay en estos casos una vuelta de la pulsión al lugar de dónde se originó y un cambio de ser activo (sádico) a recibir pasivamente el dolor (masoquismo). Esto ocurre en la neurosis obsesiva, el sujeto en actitud sádica, se impone a sí mismo un sufrimiento (que padece masoquistamente), debido a sentimientos de culpa por alguna «falta» imaginada, pensada o real, que habría cometido. El sentimiento de culpa ocupa un lugar preponderante en la represión que originó el auto-reproche y participa de la transformación del sadismo en masoquismo.

Por la misma época, Ferenczi (1913) observó que, en la enfermedad orgánica, en los fenómenos psíquicos del dormir, de la hipocondría y del enamoramiento, ocurría el retiro o introversión de la libido sexual. La libido es sustraída del objeto y/o del mundo externo, es reconducida hacia el yo. A partir de ello, Freud (1914b) consideró que existe una fase intermedia en la evolución psicosexual, ubicada entre el auto-erotismo infantil y

el amor objetal, un estado indiferenciado de energía psíquica en el que toda la libido está dirigida hacia sí mismo, a lo que denominó narcisismo. El narcisismo primario se pone de manifiesto por medio de mecanismos psíquicos semejantes a lo que Freud especula que utilizaron los pueblos primigenios, antes que los mecanismos de socialización y cultura hubiesen puesto los primeros límites a la pulsión: sobreestimación narcisista en forma de sentimientos de grandeza, omnipotencia de los pensamientos, creencia en el poder mágico de los rituales y plegarias y en la inmortalidad del yo.

Las energías psíquicas son indiscernibles entre sí y están juntas en el narcisismo. Únicamente cuando la pulsión inviste al objeto, es posible distinguir la libido, la energía sexual de la energía que conforman las pulsiones yóicas, aquellas cuya energía está al servicio del yo en el conflicto defensivo contra las tensiones sexuales y suelen asimilarse a las pulsiones de auto-conservación que se oponen a las primeras.

Ello ocurre porque el individuo cumple una doble función; es, por un lado, fin para sí mismo y por el otro, es parte del proceso de conservación y continuidad de la especie.

El individuo tiene la posibilidad de elegir entre dos objetos sexuales primarios: la madre o su sustituto y él mismo. Esta última opción lo predispone a que el narcisismo primario pueda reeditarse en etapas posteriores de la vida como narcisismo secundario.

El sujeto dirige todo su amor hacia sí mismo por el recuerdo de esa formación ideal de la infancia, con la cual puede comparar su *yo* actual; el *yo ideal* que posee todo lo que considera valioso y perfecto. El individuo se resiste a renunciar a la satisfacción de la perfección y omnipotencia narcisista, que alguna vez gozó. Lo que él proyecta como su ideal es *sustituto del narcisismo perdido de su infancia en el que él fue su propio ideal*. (Freud, S., 1914b:91) La idealización está relacionada con la libido objetal que lo envuelve, lo engrandece y realza sus características psíquicas. Esta formación del ideal está relacionada con la sublimación que también atañe a la libido de objeto, pero en la que la pulsión se dirige a una meta de satisfacción que no es sexual. Cambiar el narcisismo por un alto ideal del yo no necesariamente implica que se hayan sublimado las pulsiones sexuales ni que se haya consolidado la genitalidad.

El deseo de alcanzar la figura del ideal del yo, no necesariamente consigue la sublimación. La formación del ideal es exigente con el yo y favorece al mecanismo de la represión. Esta exigencia hacia el yo podría ser el germen de una instancia psíquica encargada de velar por la satisfacción narcisista de este yo ideal. Para ello, debe observar al yo y contrastarlo con su ideal, convirtiéndose en una instancia crítica en la que se ubica la conciencia moral, construida en base a la influencia de las normas que proponen e imponen los padres. Comprender y desarrollar la función y relevancia de esta instancia crítica, le abrió las puertas a Freud a la comprensión de la melancolía y de la psicología

de las masas. Conviene señalar que, en esta etapa de la teorización freudiana, el mismo Freud no diferenciaba con claridad el ideal del yo del yo ideal, utilizando indistintamente ambos conceptos.

Si bien la elaboración metapsicológica acerca del narcisismo marcó un hito en la teoría, seguía siendo difícil explicar de dónde se deriva el odio. Freud debió replantearse, una vez más sus concepciones al respecto.

La primera vez que Freud sugirió la tesis de que la meta principal del sadismo es dominar y humillar al objeto y que su meta específica es infligir dolor a éste, fue en *Pulsiones y destinos de pulsión* (Freud, S., 1915a). Esta finalidad unida a la sexualidad, solo aparece en la vuelta al masoquismo, el par antitético pasivo de la entidad sadomasoquista. El proceso anímico es el siguiente:

1. El sadismo se manifiesta como *una acción violenta* (Freud, S., 1915a: 123) por medio de la cual el sujeto afirma su poder sobre otra persona, a la cual toma como objeto.
2. En un segundo momento la pulsión sádica puede renunciar al objeto original y sustituirlo por la propia persona quien recibe pasivamente la humillación. Con esta «vuelta hacia la propia persona», la meta pulsional activa se transforma en pasiva.
3. En una tercera fase, el sujeto requiere encontrar a un nuevo objeto, ajeno a él, para satisfacer su deseo violento de dominio y humillación.

En la única patología que se observa la transformación de un contenido en otro es en el sadomasoquismo. El masoquismo se puede entender como una conducta sádica vuelta hacia la propia persona. En ese caso, el sujeto se hace objeto de su propio sadismo y puede gozar de la excitación sexual que acompaña al dolor. A diferencia de lo que Freud había postulado años antes, en *Pulsiones y destinos de pulsión* (Freud, S., 1915a) plantea que gozar del dolor sería la meta primaria del masoquismo.

Además de lo señalado, en este texto Freud (1915a) enfatiza la importancia de la movilidad de las pulsiones cuyos principales destinos están constituidos por opuestos: amor – odio; amor – indiferencia; amar – ser amado. Esto lo determinan –dice- tres grandes polaridades que dominan la vida psíquica: la tensión surgida entre la actividad – pasividad, que puede considerarse como producto de lo biológico; la relación entre el yo (mundo interno) que debe interactuar con la realidad impuesta por el mundo externo, y la oposición entre placer y displacer, que se vincula con la economía del aparato psíquico.

III.1.3 Pulsión de apoderamiento o *Bemächtigungstrieb*

Freud utilizó la palabra alemana *Bemächtigungstrieb*, un concepto de difícil traducción. Laplanche y Pontalis prefieren denominarla «pulsión de apoderamiento». Se trata de una pulsión no sexual, que puede, secundariamente unirse a la sexualidad y cuyo fin es dominar al objeto por la fuerza. Se dirige al objeto externo y *constituye el único elemento presente en la crueldad primitiva del niño*. (Laplanche, J., Pontalis, J. B., 1983: 328). Las traducciones que la citan como *instinto de posesión*, *pulsión de sometimiento* no reflejan el verdadero significado que Freud le quiso dar pues hablar de sometimiento implica una acción controlada y referirse a posesión se refiere a conservar, sin que sea condición fundamental el uso de la fuerza, como ocurre en esta pulsión.

Freud utilizó poco este concepto, además de no ser muy preciso al referirse a él. Pensaba (1905) que la crueldad infantil se originaba en esta pulsión, que en su origen no tiene como finalidad el sufrimiento del otro, porque no lo toma en cuenta.

Queda más claro el concepto cuando Freud vincula la «pulsión de apoderamiento» con el par antitético actividad-pasividad; el aspecto activo Freud lo considera sádico mientras que el pasivo lo describe como masoquista, ambos pares se manifiestan en el erotismo anal de la fase anal-sádica. (Freud, S., 1913) Ello trae consigo la *presencia simultánea, en la relación con un mismo objeto, de tendencias, actitudes y sentimientos opuestos, especialmente amor y odio* (Laplanche, J. Pontalis, J. B., 1968:20).

La explicación más clara la da Freud en su primera tesis del sadomasoquismo. El primer fin del sadismo es humillar y dominar por medio de la violencia, sin que hacer sufrir sea parte del fin original, puesto que el otro no es considerado como sujeto. (Freud, S., 1915)

Freud, en 1920, introdujo el concepto de «pulsión de muerte», la «pulsión de apoderamiento» es un derivado o una transformación de ésta, el sadismo sería una pulsión de muerte *apartada del yo por el esfuerzo y la influencia de la libido narcisista*, que se percibe únicamente cuando está dirigida al objeto, pero durante la fase oral, el *apoderamiento amoroso coincide todavía con la aniquilación del objeto*. (Freud, S., 1920:52) La compulsión a la repetición, uno de los síntomas más significativos que llevaron a Freud a postular la pulsión de muerte, también es una expresión de la pulsión de apoderamiento y actúa independientemente a si ello es placentero o displacentero. Freud destacó la tendencia destructiva y la voluntad de ejercer poder sobre el otro que caracterizan la pulsión de apoderamiento.

Es nuestra opinión que habría sido muy ilustrativo si Freud hubiese incluido los conceptos expuestos líneas arriba en textos en los que se refirió al comportamiento del individuo dentro del grupo y/o en situaciones extremas como la guerra. Especialmente porque durante los años en que escribió trascendentales textos metapsicológicos que

iban dando forma a sus nuevos descubrimientos (el paso desde la primera tópica, teoría sostenida por Freud respecto a la diferenciación del aparato psíquico entre los sistemas - Inconsciente, entendido como uno de los sistemas del aparato psíquico, constituido por contenidos que la represión no permite acceder a los otros dos sistemas de dicho aparato, Pre-Consciente, Consciente; Preconsciente, otro de los sistemas del aparato psíquico, diferente al sistema inconsciente, pues su contenido es accesible a la consciencia y Consciente, conforma el sistema percepción-consciencia, se sitúa en la periferia del aparato psíquico, recibe la información del mundo externo como también las sensaciones provenientes del interior, como reviviscencias mnémicas y sensaciones de placer-displacer- hacia la segunda, teoría freudiana que distingue tres instancias: el yo, instancia psíquica que se encuentra en relación de dependencia respecto a las demandas del ello como las exigencias del superyó y las de la realidad externa. Aparente mediador de los intereses de la persona, su autonomía es relativa; el ello, conforma el polo pulsional cuya expresión psíquica y contenidos son inconscientes, en parte innatos y hereditarios, en parte adquiridos y reprimidos; el superyó, instancia cuya función se parece a la de un censor o juez con respecto al yo, dado que sus funciones son la creación de la consciencia moral, la autoobservación y la formación de ideales-), en Europa se vivía la antesala y luego el estallido de la primera guerra mundial (28 de julio de 1914 - 11 de noviembre de 1918; la firma del armisticio fue el 28 de junio de 1919). En ese periodo publicó artículos directamente relacionados con la guerra: *De guerra y muerte. Temas de actualidad* (Freud, S., 1915b) y *La Transitoriedad* (Freud, S., 1916 [1915]) en los que no utiliza dicho concepto.

Roger Dorey (1986) se interesó mucho por el aspecto del «dominio» de la pulsión de apoderamiento y lo vinculó con las organizaciones perversa y obsesiva. En su artículo *La relación de dominio* confirmó que la literatura psicoanalítica no ha dedicado mucho esfuerzo a explorar esta pulsión, que en gran medida el concepto queda siendo ambiguo, pero está seguro que Freud no ignoró su dimensión e importancia. Para comenzar -dice Dorey- Freud adscribió la agresividad y/o el incipiente concepto de pulsión agresiva a la pulsión de apoderamiento y *adquiere sentido pleno en el campo de la intersubjetividad*, por ello se trata de una *relación de dominio*. (Dorey, R., 1986:191).

Esta pulsión implica una interacción entre dos sujetos. Considera Dorey que la relación de dominio puede entenderse en tres dimensiones que corresponden a tres corrientes semánticas. En primer lugar, alude al sentido de capturar, expropiar, tomar, embargar, lo que termina siendo la *apropiación a través del despojamiento del otro* (Dorey, R., 1986:191). Implica una violencia hacia ese otro por intromisión en su vida privada. Afecta su libertad de disponer de lo que es suyo y supone un sufrimiento por

dicho trato. Este despojo puede darse a nivel legal, es decir, «objetivo» desde la perspectiva de la ley, pero sus consecuencias afectan también a nivel psíquico, afectan al sujeto despojado en lo «subjetivo».

La segunda dimensión es inseparable del concepto anterior, aunque se distingue de éste y -dice Dorey- es el resultado de una doble acción de apropiación-dominación. Se refiere a la «dominación» en sí y está vinculada con el *empire*. Este término significa dominio, imperio, en el que un individuo más poderoso ejerce un poder supremo, incluso tiránico sobre otro más débil hasta domarlo en lo moral y en lo intelectual para subordinarlo, subyugarlo, controlarlo; volverlo dependiente de él. El poder extremo puede llegar a ser tiránico y es el que se utiliza con mayor frecuencia (entre Estados, estamentos, poblaciones, incluso entre individuos)

La tercera dimensión (significado/efecto del dominio) es el resultado de una doble acción: la apropiación y la humillación. Ésta siempre deja un rastro, una huella, un *empreinte* en el sometido, una marca que queda impresa en la psique de dicho sujeto. Tanto esta dimensión como la anterior, complementan el primer significado, de captura y despojamiento.

Estos tres aspectos le brindan a la relación de dominio su especificidad. La hipótesis de Dorey es que la relación de dominio, *en todos los casos y de una manera extremadamente selectiva, implica un ataque al deseo de otro en tanto sujeto que desea*. (Dorey, R., 1986:192). El deseo es violentado y afecta la singularidad única de la persona. Ese es el objetivo de quien ejerce el dominio, eliminar la especificidad del otro, su deseo y neutralizarlo.

Clínicamente hablando, en la organización perversa se pueden observar con claridad las manifestaciones psíquicas propias del individuo «que domina». Si bien esta relación se observa principalmente en el plano erótico, Dorey señala que es aplicable a otro tipo de relaciones con los demás; y que no se restringe a las perversiones. Para Dorey, el instrumento o el arma que utiliza el dominador, es la seducción por medio de la cual creará una ilusión que haga que el otro se pierda en ella, con el objetivo de despojar, de separar, de conquistar.

El sujeto que domina utiliza la seducción de tal forma que termina creando una fascinación, en el sentido de gran atracción, deslumbramiento, embrujo, (RAE, 2005) que ejerce sobre un otro. En su violencia está implícito su deseo de ignorar, desconocer la otredad y repudiar al dominado. Esta relación contiene una dimensión destructiva centrada en la negación y/o eliminación de toda diferencia, (lo que va más allá de la castración y las diferencias sexuales). Las pulsiones destructivas están presentes y puede

aparecer en el dominador el «odio puro» *cuando el sujeto dominado se resiste al dominio del agresor*. (Dorey, R., 1986:193)

Dorey considera que el obsesivo ejerce dominio sobre sí mismo por medio del cumplimiento de un auto-impuesto deber y sobre el otro, por imposiciones de deberes al utilizar un poder que consigue, utilizando principalmente la fuerza. Tratará de establecer su autoridad, el control absoluto sobre el otro, subyugándolo en la relación. Llega a tratar al otro como «cosa», a manipular y si percibe alguna resistencia al dominio, se despierta en el dominador un deseo de destructividad implacable. Esto se da porque el vehículo principal de este dominio es la «pulsión de muerte» que actúa *como si estuviese en su estado más puro* y se convierte en una compulsión que se externaliza sobre el otro. El dominio del obsesivo –dice Dorey- es un dominio *de muerte y mediante la muerte, -de una muerte destilada y que todo lo invade*. (Dorey, R., 1986:196, 197)

Nada más cercano a ello que las prácticas llevadas a cabo por los nazis desde que subieron al poder y luego, en los campos de concentración que, entre otros propósitos, fueron laboratorios para lograr el dominio total. Los nazis aprovecharon la gran admiración y deslumbramiento que la mayoría de judíos alemanes sintieron por los ciudadanos de las tierras que los acogieron, desde la época de la Emancipación¹⁰. Siguiendo las propuestas de Möses Mendelssohn, quisieron ser alemanes de fe mosaica. El aura que rodeaba a la cultura alemana contribuyó a que la mayoría de la judería alemana no creyera en las amenazas que los nazis expresaban en sus discursos y aparato propagandístico, plagado de sus terribles y sinceras intenciones junto con tergiversaciones de la verdad y tremendas mentiras. A una mayoría de judíos les resultó imposible creer que lo que los nazis propalaban, sería llevado a cabo en dimensiones jamás imaginadas con tremenda violencia, brutalidad y crueldad. La fascinación por la cultura alemana creó desconcierto en la población judía frente a las primeras medidas tomadas por los nazis y ante cada nuevo decreto, creyeron que no serían capaces de ir más lejos. Al ser graduales las medidas y acciones e ir *in crescendo*, el desconcierto aumentó. En los campos de concentración, los nazis hicieron todo lo que estuvo a su alcance para anular la singularidad en cada persona en ellos internada. Ese era uno de los objetivos centrales de los regímenes totalitarios, como el nazismo que discutiremos con más detalle más adelante.

III.1.4 Neurosis obsesiva y sus mecanismos de defensa

¹⁰ A partir de la Revolución Francesa, se otorgó igualdad de derechos y ciudadanía los judíos, como los que gozaban los demás franceses.

Freud (1894; 1895 [1894]) se interesó en la histeria, cuya característica es la poca o nula capacidad de elaboración de las representaciones psíquicas capaces de suscitar displacer y cuyos mecanismos psíquicos producen síntomas conversivos. Las otras psiconeurosis de defensa, además de la histeria, son las fobias, que se caracterizan por la conversión de angustia en repulsión o terror sin aparente motivación o proporción ante una situación o ser que en sí mismos no representan un peligro verdadero, frente a los cuales huye, evitándolos. (Roudinesco, E., Plon, M., 1997) También incluyó a las representaciones o actos obsesivos, que son generados por mecanismos defensivos por medio de los cuales un monto de afecto se desplaza desde un contenido concreto relacionado a una vivencia traumática hacia otra representación insignificante para el sujeto. (Laplanche, J., Pontalis, J. B., 1968)

Los mecanismos defensivos afectan a la pulsión y también a algunas representaciones, fantasías, recuerdos, en tanto desencadenen una excitación que altere el equilibrio deseado, suscitando displacer al yo y al individuo en tanto ser biopsicológico. Los «afectos displacenteros», dicen Laplanche y Pontalis, «*motivos o señales* de la defensa, pueden ser también el objeto de ésta». (Laplanche, J., Pontalis, J. B., 1968: 89).

Con el avance en sus investigaciones, Freud descubrió que había un conjunto de mecanismos defensivos típicos de las diferentes neurosis. (Laplanche, J., Pontalis, J. B., 1968) El primer mecanismo defensivo descrito (en la histeria) por Freud fue la represión, refiriéndose a la operación psíquica por medio de la cual se trata inconscientemente de rechazar o mantener fuera de la conciencia representaciones, ya sea imágenes, recuerdos, fantasías o pensamientos, ligados a una pulsión, cuya satisfacción generaría un displacer relacionado con otras exigencias del ello, del superyó en tanto instancias psíquicas o de la realidad.

Además de la represión, en la histeria actúa la conversión de la excitación en síntomas corporales. En las fobias el yo evita y desplaza sobre otros objetos las situaciones que pueden favorecer el retorno de lo reprimido; en la neurosis obsesiva, además de la represión y la regresión que implica un retorno a fases previas del desarrollo libidinal supuestamente superadas, aparecen formaciones reactivas, ambivalencia, anulación, aislamiento, la vuelta sobre la propia persona; en la paranoia actúa la proyección. (Freud, A., 1936)

Freud (1894) afirmaba que había individuos con «poca capacidad convertidora» que, para «defenderse» de las «representaciones intolerables», por lo general de índole sexual, despliegan un empeño voluntario consciente, pero poco exitoso, para alejarlas de la mente. Cuando esto ocurre, el mecanismo inconsciente que el sujeto lleva a cabo es «desligar» su afecto de la representación inaceptable. Gracias a la represión queda

excluida tal representación del proceso de recordar. El afecto liberado, que permanece sin cambios, logra por «desplazamiento» establecer un «falso enlace» con otra representación que, al menos temporalmente, es más benigna para el individuo. Así, el afecto queda aislado del pensamiento penoso. La nueva idea y/o acto, de los que la persona no se puede liberar, son inapropiados y absurdos tanto a ojos propios como ajenos.

En la neurosis obsesiva, (que se origina -dice Freud- por una primitiva vivencia sexual vivida de manera pasiva, seguida por un placer sexual activo y la posterior creación inconsciente de las medidas defensivas), ocurre una fijación en la fase anal del sujeto, producto de conflictos inconscientes con el padre, (complejo de Edipo), con la patología sado-masoquista y una predominancia del carácter anal. Freud (1909a) concluyó que en las neurosis obsesivas aparecen inclinaciones violentas y crueles, que pueden transformarse después en sentimientos compasivos. A las primeras las consideró producto fragmentado de un sadismo sofocado, debido a afectos ambivalentes hacia uno de los progenitores y en la transformación en lo contrario, aparece la compasión y sentimientos de ternura hacia el otro.

Recordemos que Freud consideró que el odio primero y después el amor, estructuran las relaciones entre los hombres. Para poder convivir en sociedad, fue necesario crear una ética y moral que los defiendan de la propia violencia.

Cuando el neurótico obsesivo configura sus síntomas, de forma tal que vienen a ser *indicio y sustituto de una satisfacción pulsional interceptada* producto de la represión, (Freud, S., (1926 [1925]) éstos le proporcionan una satisfacción narcisista. Se perciben a sí mismos como *hombres particularmente puros o escrupulosos, mejores que otros* (Freud, S., (1926 [1925]:95)

Los síntomas de esta entidad nosológica suelen ser de dos clases y de tendencias contrapuestas. Freud señala que los síntomas de naturaleza negativa se conforman de prohibiciones, penitencias y medidas de precaución. Los otros constituyen satisfacciones sustitutivas, muchas veces disfrazadas simbólicamente. Al inicio de la enfermedad aparecen los primeros, pero si ésta se prolonga, las satisfacciones parecen burlar la defensa y prevalecen. Incluso puede ocurrir que los síntomas agreguen a su primer significado negativo, el de su opuesto, que da cuenta de la coexistencia de sentimientos ambivalentes. En la neurosis obsesiva, muchas veces el síntoma funciona en «dos tiempos», a una primera acción, sea de desplazamiento, anulación, racionalización, etc., sigue una segunda que cancela o deshace la primera, dándose una permanente lucha contra lo reprimido que gradualmente debilita las fuerzas represoras; el yo y el superyó participan de la formación de síntomas. El objetivo, dice Freud, es rechazar las exigencias

de la organización genital por medio de una regresión al estadio anterior, sádico-anal. El superyó se vuelve particularmente severo, mientras que el yo, para defenderse, desarrolla formaciones reactivas.

E. Bleuler (1911) denominó ambivalencia a la coincidencia simultánea de sentimientos de amor y odio hacia la misma persona, producto del conflicto pulsional inconsciente. Al ocurrir en simultaneo estos sentimientos hay una regresión pulsional a la fase anal. Se crea gran tensión entre el yo y la conciencia moral -que se comporta con particular crueldad hacia el yo-, cuyo desenlace es un sentimiento de odio hacia sí mismo (Roudinesco, E., Plon, M., 1997)

La ambivalencia lleva a la persona afectada a desplazar la figura amenazante que, como secuela del conflicto edípico ligaba a la figura parental hacia otro objeto, persona o situación sustitutiva que no le genere la angustia persecutoria. En este proceso puede desfigurarse tanto el nuevo objeto, situación o persona sustitutiva que difícilmente se los vincula con la figura parental terrorífica que la originó el mecanismo.

Otro aspecto destacado en las neurosis obsesivas es el «tabú del contacto», que obliga al individuo a evitar el tacto, el contacto, el contagio. En el fondo, se está evitando el contacto físico que es la meta de la investidura de objeto. Para evitar el contacto erótico de la sexualidad genital y/o el contacto disfrazado en agresión cuando hay regresión, surge la prohibición y el temor. El aislamiento también contribuye a evitar el contacto, ya sea que se trate de aislar una impresión, una actividad o un pensamiento, pues simbólicamente se está interfiriendo con la asociación que generó la repulsa. (Freud, S., 1926 [1925]) Este mecanismo consiste en *aislar un pensamiento o un comportamiento de tal forma que se rompan sus conexiones con otros pensamientos o con el resto de la existencia del sujeto [como] pausas en el curso del pensamiento, formulas rituales....* (Laplanche, J., Pontalis J. B., 1968:17)

El afecto convertido en «reproche» constituye el problema principal de la enfermedad y tiende a transformarse en angustia. La persona obsesiva teme recibir un «merecido castigo por sus malas acciones o pensamientos». Teme la vergüenza de que otros se percaten de su deseo inconsciente, de índole sexual. Siente remordimientos, escrúpulos, dudas o cólera e intenta protegerse y anular mágica y retroactivamente la vivencia mediante actos (compulsiones) en forma de rituales incomprensibles para los demás, que se pueden complejizar hasta adquirir la forma de verdaderos ceremoniales que afectan la vida cotidiana. El sujeto no es capaz de sacar de la mente el pensamiento obsesivo o dejar de hacer el acto ritual. Si el individuo no cumple los rituales siempre de manera idéntica o con las variaciones que el mismo sujeto establece se siente obligado a reiniciar el ritual, ante el «error» cometido en la ejecución del ritual defensivo siente

mucha angustia y un temor completamente desproporcionado, porque teme que el castigo por el «error» también puede aparecer desplazado y revertir sobre un ser querido. El mecanismo de anular retroactivamente un acto o pensamiento realizado es llevado a cabo, dice Freud, por medio de una «magia negativa» para que desaparezca un determinado suceso, vivencia o impresión. Para ello utiliza un comportamiento o un pensamiento al que atribuye significado opuesto al primero, que debe repetirse cuidadosa y exactamente. Las prohibiciones o compulsiones del individuo son producto de una «conciencia de culpa». Sin embargo, observa Freud, hay neuróticos obsesivos sin ninguna consciencia de culpa.

Freud (1926 [1925]) señala que existe una enorme diversidad de fenómenos que ocurren en la neurosis obsesiva, de tal forma que es difícil sintetizar todas sus variantes. La persona afectada busca todo el tiempo mayor oportunidad para la satisfacción sustitutiva, pero se enfrenta al fracaso de su intento defensivo original, dejando a un yo muy limitado que se ve forzado a buscar esa satisfacción en los síntomas. En la neurosis obsesiva, la organización yóica es más consciente de la ineficacia de su intento defensivo, utiliza sus recursos intelectuales, quedando la actividad de pensamiento sobreinvertida.

La utilización de los rituales obsesivos, la exacerbación de los escrúpulos y sentimientos de culpa de los neuróticos obsesivos, llevaron a Freud (1907) a describirla como una «religión privada» en contraste con las religiones socialmente aceptadas, descritas por él como «neurosis colectiva». El neurótico obsesivo se siente tan pecador como fiel y piadoso practicante de alguna religión. Ambos «pagan sus culpas» a través de rituales, invocaciones y penitencias, en un caso, auto-impuestas, en el otro, impuestas por la misma religión o sus representantes. Podemos equiparar al nazismo a una religión colectiva en la que Hitler sustituye al padre y ocupa el lugar de un dios venerado, en la que la ritualización de su ejército y policía es notoria a la par que hay un desplazamiento del temor/odio originalmente experimentado hacia el padre, dirigido contra los judíos.

Cuando Freud desarrolló la segunda teoría pulsional la generación de «conciencia de culpa» formó parte de las funciones que atribuyó al superyó. Bajo esa perspectiva, lo que desencadena la neurosis obsesiva es el miedo que siente el yo hacia los severos castigos del superyó, actuando como un juez rígido y severo sobre un yo que se resiste por medio de formaciones reactivas. (Preocupación excesiva por la limpieza y el orden, sentimientos piadosos y de culpa y fuertes escrúpulos).

III.2 Pulsión de vida - pulsión de muerte y sus derivados.

Las manifestaciones clínicas obligaron a Freud a replantearse su teoría de las pulsiones. Describir cómo actúa el narcisismo primario en el desarrollo psicosexual del infante fue un aporte fundamental a su metapsicología, pero no le permitía comprender ni teorizar acerca del porqué las resistencias a la cura psicoanalítica, las particularidades del sadomasoquismo y la «compulsión a la repetición», entre otros fenómenos psíquicos.

Freud describió la «compulsión a la repetición», por primera vez en 1914^a. Se trata de «un proceso incoercible y de origen inconsciente, en virtud del cual el sujeto se sitúa activamente en situaciones penosas, repitiendo así experiencias antiguas, sin recordar el prototipo de ellas, sino al contrario, con la impresión muy viva de que se trata de algo plenamente motivado en lo actual» (Laplanche, P., Pontalis, J. B., 1968:68) Si se lo hace notar, el individuo reconoce la existencia de un recuerdo que «estaba allí», solo aparentemente olvidado. Freud consideró la «compulsión a la repetición» como un factor irreducible, autónomo, fruto del conflicto que se da entre el principio del placer y el de realidad.

Lo ominoso (Freud, S., 1919).es un artículo en el que la «compulsión a la repetición» juega un rol importante y en el que aparece como el antecedente más claro y directo de la «pulsión de muerte» (Freud, S., 1920) En su uso común, «ominoso»¹¹ significa detestable, azaroso, de mal agüero, abominable; o se aplica a situaciones que conducen a sentir lo horror y repudio. Para Freud, (1919), la importancia de lo «ominoso» radica en que ese «algo» terrorífico y angustioso proviene de lo que fue antiguamente familiar. La condición de repetición de «lo igual», es fuente del sentimiento ominoso. De carácter inconsciente, proviene de «épocas primordiales» de la vida aparentemente superadas, es algo que en su momento fue considerado novedoso, pero cuando reaparece posteriormente no es reconocido como tal, suscita cierta desazón que desorienta a la persona y hace que lo perciba con temor. Tomando como referencia los aportes de O. Rank (1914) respecto a la importancia de «el doble», Freud lo asemeja al reflejo de la propia imagen vista en la sombra y en el espejo y lo relaciona con el miedo a la muerte. Originalmente el «doble» proveía de seguridad al individuo en su afán por «desmentir», negar, el poder de la muerte.

El momento evolutivo por el que está atravesando el yo, cuando se enfrenta por primera vez al dilema de aceptar o negar una vivencia o sentimiento ingrato, se conforma una instancia de «censura psíquica», que funciona como «conciencia moral». Esta instancia puede tratar como objeto al resto del yo, permite que se agregue nuevo contenido a la antigua representación del doble, superando los remanentes del viejo

¹¹ Diccionario Enciclopédico Vox 1. © 2009 Larousse Editorial, S.L.

narcisismo que debería ya haber sido superado. Las aspiraciones incumplidas a las que la fantasía se aferra y las pulsiones yóicas no realizadas, así como *todas las decisiones voluntarias sofocadas que han producido la ilusión del libre albedrío* (Freud, S., 1919:236) se pueden incorporar a la imagen del doble, proyectándolas fuera del yo como una forma de defensa, como si se tratase de algo ajeno a sí mismo. Puede aparecer como «retorno no deliberado» que suscita sentimientos de desvalimiento. Es justamente esta característica de repetición no deliberada, relacionada de forma íntima con las pulsiones, la que hace que algo inofensivo en sí mismo, se perciba como ominoso y nos obliga a pensar en lo inevitable, en lo fatal, en la muerte, por lo que, en lo inconsciente se les puede conferir carácter demoníaco a estos aspectos de la vida anímica.

Un típico ejemplo de lo ominoso es la creencia supersticiosa en el «mal de ojo», que se refiere a la angustia que siente alguien que posee y desea algo valioso y teme que los otros lo miren con la envidia que él mismo habría sentido en un caso inverso. La percepción de que el otro podría hacerle daño sólo con la mirada, se relaciona con la «omnipotencia del pensamiento y la sobreestimación narcisista de los propios procesos anímicos». (Freud, S., 1919:240) En muchas ocasiones es a propia envidia proyectada sobre lo que otro tiene, pero uno desea y lo que estaría dispuesto a hacer para conseguirlo. En el fondo, lo fantaseado sería: «o es mío o es de nadie», razón por la que se vuelve tan proclive a destruirlo.

En un pasaje de *Psicología de la vida cotidiana* (Freud, S., 1901) Freud sostiene que la convicción de las personas de ser *dueñas* de una *voluntad libre* que les permite elegir libremente, entra en conflicto con el *total determinismo psíquico* en el cual él creía (Freud, S., 1901:247). Es de consenso popular la creencia en el libre albedrío, pero no habría en el sujeto –señala Freud- consciencia de que, al momento de actuar siguiendo aparentes decisiones de la voluntad, lo que realmente domina la acción es la compulsión psíquica. Freud sugería que era preciso aceptar la fuerza que ejercen las motivaciones inconscientes. En ocasiones la motivación consciente puede coincidir con los designios inconscientes, pero esto no ocurre en todas las decisiones o acciones del sujeto, una fuerza pulsional actúa como determinante de ellas.

Con esta afirmación Freud desafiaba (nuevamente) siglos de creencias populares, creencias religiosas y de especulaciones filosóficas. A diferencia de Freud, la filosofía kantiana partía de la capacidad diferenciada del hombre para hacer uso de la razón y de la voluntad libre para optar las máximas que cumplen con el imperativo categórico o las que contradicen la ley.

La general aceptación de la existencia del libre albedrío en occidente, antes de Freud, podría deberse a que, además de satisfacer el narcisismo del individuo, primero

apareció en los textos bíblicos en la religión judía y que continuó en la religión católica como condición de la libertad dada por Dios, que diferencia a las personas de los animales. El libre albedrío parece tener para el individuo connotaciones objetivas, en la medida en que lleva a cabo una acción observable, aparentemente sin condicionamientos ligados a factores precedentes y también contiene aspectos subjetivos dado que la actividad fue realizada por propia voluntad.

Freud regresa a este tema en 1919. La manera en que Freud se refiere al libre albedrío nos permite abordar el reto teórico de pensar la teoría política de Hannah Arendt desde la perspectiva de la teoría psicoanalítica freudiana.

El tema de lo «ominoso» vinculado a lo terrorífico y angustiante, le proveyó a Freud argumentos con los cuales abordó teóricamente el temor al aniquilamiento, el surgimiento de la «conciencia moral» y la «compulsión a la repetición». Freud (1912-1913) se había percatado de que lo que fue reprimido pugna por emerger a la consciencia y repetirse en el presente en forma de sueños, síntomas y actos. El sentimiento que corresponde a lo «ominoso» (Freud 1919) es inconsciente, es una variedad de lo terrorífico porque el doble ha devenido en una figura terrorífica, como cuando decae una religión, sus dioses son vistos como demonios.

Es difícil de traducir el concepto de lo ominoso. En alemán es *unheimlich*, lo extraño, ajeno, desconocido, en contraposición de lo que es *heimlich*, lo familiar, lo confiable, que produce bienestar, que permite una satisfacción sosegada. El problema es que, en alemán, el significado de la palabra *heimlich* alude a dos aspectos:

- a) Lo agradable y familiar
- b) Lo que se mantiene oculto, clandestino.

Freud dice que Schelling agrega otra acepción al significado de *unheimlich*: *todo lo que, estando destinado a permanecer secreto, en lo oculto, ha salido a la luz* (En: S. Freud, 1919:225) Estamos ante un concepto ambiguo, en donde lo familiar se confunde con lo clandestino y lo terrorífico amenaza vencer a la represión, para aparecer en la consciencia. En alemán, podría decirse que lo *unheimlich* termina siendo una variedad de lo *heimlich*.

Esta ambigüedad conceptual lleva a Freud a postular que parte del efecto de lo ominoso, es la presencia del «doble», de alguien idéntico a sí mismo, familiar, conocido, con el que se establece una identificación tan intensa que el yo puede percibir en el yo *ajeno* aspectos no reconocidos del propio yo. Lo que aquí ocurre son fenómenos de división, permutación del yo y duplicación.

Lo que se coloca fuera del yo se siente como algo ajeno. Original y primigeniamente, el doble tenía características más benignas, pero devinieron en

terrorífica, de la misma manera en que los dioses dejan de percibirse como benévolos cuando la religión declina y pasan a vistos como demonios. La «repetición» y el «retorno de lo igual» es la fuente de lo ominoso, depende de la naturaleza de las pulsiones. Dado su carácter primigenio, lo «ominoso» da lugar a que aparezcan supersticiones que en realidad esconden importantes montos de angustia por el temor a ser dañado por otro.

Freud da relevancia al aspecto ominoso del vivenciar, que reconduce a aquellos aspectos primarios, (por tanto, conocidos) y reprimidos, a la omnipotencia de pensamiento, (pensamiento mágico). Así, los malos deseos se sienten, gracias a la «realidad psíquica» como si fueron realmente llevados a cabo, con el consiguiente sentimiento de culpa por el «daño causado», pero también con el temor a la retaliación¹² del afectado.

El animismo, el complejo de castración y la trasmutación de sentimientos familiares en sentimientos terroríficos, creemos que contribuyeron a que se convirtiera a los judíos en aquello *que, siendo heimlich* se transforma en *unheimlich*, familiar – temido, «ominoso». «El judío, lo judío» fue el receptor sobre quien se habrían proyectado fantasías, temores, prejuicios, mecanismo a través del cual se deslindó la propia responsabilidad por deseos dañinos, por envidias de los miembros y adeptos del nacionalsocialismo. El régimen nazi externalizó su destructividad sobre los judíos lo que ocasionó la Shoah que Arendt califica como «mal radical».

Durante esa etapa, creemos que lo ominoso propio y no reconocido de los nazis fue depositado en los judíos a través mecanismos tales como

- Proyección de la envidia propia en el otro, que deviene así en temido.
- Distorsión de la «conciencia moral» de los perpetradores.
- No reconocimiento de semejanzas y afinidades en tanto seres humanos
- Repetición de antiguos estereotipos y conductas hostiles y denigratorias hacia los judíos, colocándolos como seres demoníacos.
- El aislamiento de lo ominoso plasmado en la construcción de guetos y campos de concentración.

¹² (R. A. E.) Del inglés. retaliation, y este der. del lat. retaliāre 'aplicar la ley del talión' en represalia como castigo o venganza. Real Academia Española © Éxodo XXI [22] "Y cuando en medio de una riña de hombres resultase golpeada una mujer grávida [...] si hubiese desgracia dará alma por alma, [24] ojo por ojo, diente por diente mano por mano, pie por pie" (Katznelson, M., 1991:124)

Freud vincula «lo ominoso» con el terror a la muerte y la «compulsión a la repetición» al esfuerzo inherente de lo orgánico vivo de alcanzar un estado anterior, inerte que no responde a la dinámica del placer- displacer. Freud postula que *la meta de toda vida es la muerte*, que antecede a la vida (Freud, S., 1920: 38). Parecería que la pulsión de muerte triunfa sobre el individuo, pero Eros - la pulsión de vida- trasciende al individuo, vence a la pulsión de muerte a través de la conservación de la especie.

En *Más allá del principio del placer* (Freud, S., 1920) hace una recapitulación de su evolución teórica y se refiere a que, originalmente había postulado un «yo psicológico», considerado como la *instancia represora, censuradora y habilitada para erigir vallas protectoras y formaciones reactivas* y «genuino [reservorio] de la libido» (Freud, S., 1920: 50). En este «yo psicológico», un monto de libido permanecía dentro de él y lo identificaba con las «pulsiones de auto-conservación». En la nueva teoría pulsional Freud llamó a la pulsión sexual Eros o «pulsiones de vida» en oposición de las pulsiones de auto-conservación que después llamó «pulsiones de muerte». Éstas son silenciosas, pasan inadvertidas y únicamente son observables a través de los que él consideró sus «retoños¹³». Su objetivo es conducir al ser vivo a un estado previo, inerte, inorgánico. Entre los derivados de la pulsión de muerte están la «compulsión a la repetición», las resistencias al trabajo psicoterapéutico, el masoquismo, el componente sádico de la pulsión sexual cuando se vuelve autónomo y aparece como pulsión parcial dominante de la organización pregenital y busca aniquilar al objeto. Originalmente el sadismo es una derivación de la pulsión de muerte que ha sido expulsada del yo. La pulsión sádica, apoyada en el aparato muscular, se externaliza y se dirige al objeto; su fin deja de ser el apoderamiento y pasa a ser destruir al objeto, único momento en que la pulsión de muerte puede ser observada. En tanto pulsión parcial el sadismo y el masoquismo, cuando se desligan de la sexualidad, son expresiones de la pulsión de destrucción.

La pulsión sexual busca «ligar» a las pulsiones parciales en uniones vitales mayores para neutralizar la pulsión de muerte. En cambio, la pulsión de muerte busca desligarse. Las pulsiones se mezclan entre sí y están combinadas de manera regular y a gran escala con la finalidad de evolucionar desde el proceso primario relacionado con el sistema inconsciente, para dar lugar al proceso secundario vinculado con el sistema Pre-consciente, consciente. Para Freud (1924) la vida es un combate y una transacción entre ambas pulsiones, las de vida y las de muerte, considerando al principio del placer como

¹³ Los traductores de Freud utilizan indistintamente «retoños» o «derivados» a las manifestaciones de la pulsión de muerte que pueden ser percibidas como síntomas.

guardián de la vida, mientras que la satisfacción permanente por agotar la energía estaría al servicio de las pulsiones de muerte.

El «principio del placer» representó para Freud (1924) la aspiración de la libido; el «principio de realidad» se encarga de modificarlo por la influencia del mundo exterior y por la intervención de la conciencia moral o superyó. La pulsión de muerte tiende hacia la quietud o nirvana. Estos tres principios, del placer, de realidad y del nirvana, coexisten armónicamente, aunque en ocasiones surgen conflictos por la diversidad de sus fines respectivos.

La pulsión de muerte que actúa sobre el organismo –el sadismo primitivo- es casi idéntica al masoquismo. Una parte de la pulsión de muerte se puede orientar hacia el exterior (sadismo) y otra parte perdura en el interior de dos formas: una se manifiesta como masoquismo erógeno, (componente de la libido) que busca de placer a través del dolor, mientras que otra, desligada de la libido tiene por objeto al propio cuerpo en busca de su destrucción. El masoquismo es una solución de compromiso; la amalgama entre Eros y la pulsión de muerte resulta esencial para la vida.

III.3 Psicología de masas, sociedad y cultura.

A Freud le interesaba también entender la sociedad y la cultura, la psicología de los grupos y la manera en que interactúa el individuo dentro de ellos.

Freud (1921), concluyó que la aparente oposición entre la psicología individual y la grupal, en realidad no es tal. Al tener carácter gregario, el individuo tiene que interactuar con otros individuos, en raras ocasiones puede prescindir de ello. Los demás cuentan, ya sea como modelo, como auxiliar, como objeto de amor u odio. Desde un comienzo, la psicología individual es *simultáneamente, psicología social* (Freud, S., 1921: 67) que se ocupa de los fenómenos psíquicos del individuo como parte de una familia, de un pueblo, de un grupo social, dentro de una institución o de una multitud.

El ser humano nace desvalido por lo que se ve obligado a establecer vínculos con otros, primero con la madre (o sustituto), el primer objeto de amor universal; después incorpora gradualmente a los demás miembros de la familia, padre, hermanos, abuelos, tíos, etc. y grupo de pertenencia en general; con cada uno de ellos se generan dinámicas psico-sociales.

En *Tótem y tabú*, Freud (1913 [1912-1913]) investigó el funcionamiento del sujeto en grupo partiendo de la relación entre el padre de la horda primitiva y sus vástagos. Postula la existencia de un férreo dominio del padre sobre los hijos, a partir del cual se habría

generado un enfrentamiento de los hijos contra el poder absoluto del padre, en tanto poseedor de las hembras del clan; el asesinato del padre y la subsiguiente prohibición del parricidio y del incesto, vienen a ser, dice Freud, las primeras restricciones a la satisfacción pulsional que se establecieron al interior de la horda para poder vivir con cierta armonía. Freud los considera los pilares de la sociedad, las instituciones y la cultura.

En este trabajo Freud (1913 [1912-1913]) no se refirió al rol de la pulsión de apoderamiento con la que el padre ejercería su poder y sometería a los hijos. Creemos que dicha pulsión tendría un rol fundamental en la relación padre primordial – miembros de la horda como también entre los hermanos que pugnan por ocupar su puesto deseando cada uno de ellos, ocupar su lugar e implantar su ley. (Freud habló de la pulsión de apoderamiento en 1905)

Freud (1921) tomó como referencia las teorías de Gustave Le Bon (1895) para explicar la psicología de las masas; su rasgo más importante, independientemente de quienes la conforman, dice Le Bon, es que los individuos se transforman dentro de ella. La masa les otorga a los individuos una especie de «alma colectiva» según la cual piensan, sienten y actúan de manera distinta a como lo harían de forma individual.

Algunos sentimientos e ideas, continúa Le Bon, solo aparecen o desaparecen cuando el individuo está inmerso en la masa, parece sufrir una merma en su rendimiento intelectual y capacidad crítica cuando se integra a ésta. Pero, dice Le Bon, el «alma» de las masas también es *capaz de geniales creaciones espirituales* (Freud, S., 1921: 78) como el lenguaje, el arte, el folclore, canciones tradicionales. Lo que para Le Bon no queda claro es cuánto le deben los creadores individuales a la masa, cuánto su creación se ve influenciada o expresa el trabajo anímico realizado simultánea (e inconscientemente) por la masa.

Según Le Bon, el individuo dentro de la masa suele mostrar tres características o propiedades:

- Adquiere un sentimiento de *poder invencible* producto de la emergencia de *pulsiones inconscientes* antes inhibidas por la represión y/o por la presión social. Merma de la angustia social y/o consciencia moral y el **sentimiento de responsabilidad**.¹⁴ Estas características, dice Freud, permiten que el sujeto exteriorice *aquello inconsciente que sin duda contiene como*

¹⁴ El subrayado es de la autora

disposición [constitucional], «toda la maldad del alma humana»¹⁵ (Freud, S., 1921: 71).

- Incremento de la capacidad de ser sugestionado que repercute sobre su personalidad consciente; se trata de sentimientos e ideas que el individuo hizo propias sin saber cómo y que lo llevarían a actuar de una manera no esperaría de sí mismo. Daría la impresión de que estuviese bajo un estado de fascinación, de exaltación, llevado por un impulso irresistible, irrefrenable.
- El contagio. Es una especie de imitación de sentimientos y actos, observados en los demás, que mimetizan el actuar del individuo con el de los otros de tal manera que el sujeto relega sus intereses personales a favor del interés colectivo, incluso cuando ello va en contra de su habitual forma de ser.

Freud resalta el rol fundamental del líder. Arendt, años después, también lo hace. El líder es quien sugestiona, es el hipnotizador, capaz de influir al individuo y a la masa. En virtud del lugar en que se coloca el líder y en el que es colocado por la masa, sus palabras adquieren «poderes mágicos»; su discurso convence, regala ilusiones, muchas de las cuales son irrealizables. Los discursos suelen contener imágenes vívidas y exageradas; en ellos pueden coexistir ideas contradictorias y opuestas sin generar conflicto. Al escuchar a su líder, los seguidores sienten la omnipotencia del grupo y de su conductor y creen en lo que este les dice. No suelen juzgar o confrontar el contenido del discurso, toda vez que proviene de ese ser que «endiosaron». Por eso la masa no renuncia a las posibles fantasías expresadas por éste. Las cree posibles.

Dentro de la masa el dique individual de la represión se rompe y desaparecen las inhibiciones. Las adquisiciones de la cultura, que impone auto-control y límites, tienden a borrarse. Esto también les sucede a personas con un buen nivel educativo cuando actúan dentro de la masa; se comportan como el resto; permiten que sean las pulsiones las que guíen sus actos, como en las que en etapas previas del desarrollo individual en las que las personas solo se ocupaban de satisfacer sus necesidades instintivas. Esta dinámica inconsciente coincide con la vida anímica de los niños y de los pueblos primitivos según los califica Freud.

El apremio por satisfacer lo pulsional hace que los actos de la masa no sean premeditados; su voluntad no es perseverante; se mueve con espontaneidad, es fácilmente excitable, voluble, cambiante. Pueden, por ejemplo, sentir que son reconocidos

¹⁵ El subrayado es de la autora

y apreciados y de pronto sentirse humillados y/o criticados; oscilar entre actos de nobleza, entusiasmo, incluso heroísmo y otros de brutalidad, cobardía, violencia, salvajismo. Una sospecha puede transformarse en certeza, sin mayor argumento, al igual que una antipatía (o simpatía) se puede volver odio.

Cuando se trata de actos o afectos negativos (que son pulsión de muerte externalizada), si el autor es un individuo, la sociedad, la ley y la cultura tienden a tomar acción contra el autor con castigos y rechazo. En cambio, cuando quien así actúa es la masa, la cultura, la ley y la sociedad, a veces seden e ignoran la transgresión, con lo que la masa puede sentir que nada ni nadie la podrá limitar, castigar o frenar.

McDougall (1920) decía que hay masas simples que no poseen organización o ésta es mínima, las llama multitud. Para que la masa sea considerada tal, se requiere que los individuos que la conforman tengan algo en común, algún interés u objetivo que los una, que facilite que se influyan recíprocamente. Mientras mayor y más fuertes son las «relaciones de comunidad», es más fácil el «contagio de sentimientos», su consolidación y sus manifestaciones son más llamativas (Freud, S., 1921: 80). McDougall coincide con Le Bon en que el fenómeno más notable e importante en la masa es el incremento o exaltación de las emociones en cada individuo, que alcanza niveles de intensidad a los que no habría llegado estando fuera del grupo. Al contagiarse los afectos provocan uno en el otro sentimientos de deseo de hacer lo mismo que los demás. Con esto lo individual se confunde, es delegado, se pierde en la masa, la que adquiere mayor poder a medida que crece el número de sus integrantes.

La excitación que los líderes expresan en su discurso incrementa la sensación compartida que hace que el individuo se deje llevar por el afecto colectivo, lo que permite que todos respondan emocionalmente de la misma forma. En estas circunstancias, las emociones afectivas más simples, burdas e irreverentes –dada la merma en la capacidad crítica de los integrantes de la masa- tienen más probabilidad de difundirse.

El incremento de la afectividad hace a la masa portadora de un poder irrestricto. Es posible sentirla como sustituto de la sociedad humana global, ostenta la autoridad, es capaz de castigar faltas mínimas o inexistentes y es por el amor que suponen –creen- esperan recibir de ella que los individuos están dispuestos a abandonarse a sus dictámenes. Al interior de la masa el individuo se siente seguro haciendo lo que los demás hacen y se permite actitudes o aprueba ideas que no habría aceptado de forma individual. La masa representa para el sujeto a la figura paterna que ordena, castiga, permite, ama o desprecia, alienta o reprende comportamientos.

Coincidiendo con Le Bon, McDougall afirma que la masa está dispuesta a llevar a cabo acciones extremas producto de «pasiones irreverentes» que surgen en sus

integrantes por sugestión; los juicios colectivos pueden ser violentos, se la puede conducir o amedrentar con facilidad, el individuo pierde la consciencia de sí, se deja arrastrar por la fuerza que la masa ofrece y puede comportarse de manera irresponsable, dejarse llevar por el desenfreno y la pasión, como lo que según esa época consideraban los «salvajes hombres primitivos» o los niños malcriados.

Arendt describe al «populacho» de manera semejante a como Freud habla de la masa, con características parecidas o equivalentes a las expuestas por Le Bon y McDougall. Pero también hay diferencias. Una de las más importantes, es la reflexión que dedica Freud a las características de las masas conformadas por los ejércitos, las iglesias y sus jerarquías verticales.

Arendt diferenció al «populacho» de la masa. El primero, decía, estaba conformado por individuos provenientes de diferentes estratos sociales, producto de la fractura de estos ocurrida tras revolución industrial, la revolución francesa, la caída del Estado-Nación, la ruptura de las antiguas tradiciones, costumbres y maneras de comportarse. La masa propiamente dicha para ella serían parte de las clases medias y bajas conformadas por los trabajadores en general: obreros, campesinos, artesanos, etc. Para Arendt, el origen de la masa es importante para comprender su idiosincrasia, para saber qué la hace más influenciable. Saber de la falta de interés del individuo en la política antes de constituirse en masa de seguidores, los aspectos arribistas, aventureros, irresponsables del populacho son elementos que, quien desee manipularlas, debería conocer a fondo. Tanto el populacho como las masas fueron la base indispensable del sostenimiento de los regímenes totalitarios que ella describió.

Según Freud, para considerar una masa como «organizada», debe tener las mismas características que tiene el individuo, pero que a éste se le borran al mezclarse dentro de ella: consciencia de sí, continuidad, tradiciones y usos, distintos de aquellos a quienes consideran sus rivales. (Freud, S., 1921).

Freud toma como referencia la organización de las iglesias y los ejércitos a los que considera estructuradas, duraderas y artificiales. Las jerarquías ejercen de coerción encaminada a prevenir su disolución y a evitar las modificaciones en su estructura. Entre sus miembros se encuentra una misma «ilusión»: que su jefe, (líder) representante o sustituto del padre, los ama a todos por igual. Esta ligazón libidinosa es la que permite que estos grupos se mantengan unidos. Si esta estructura se descuida, hay un riesgo significativo de que el grupo se disperse.

En estas masas artificiales, -dice Freud- se da una doble ligazón libidinosa: una con el conductor del grupo y la otra entre los miembros que lo constituyen la masa. El rol del conductor es muy importante y dentro de estos grupos el individuo carece de libertad.

Dado que la ligazón afectiva se manifiesta en dos ejes, del líder a sus seguidores y viceversa y entre los miembros de la masa, se da un borramiento y modificación en la personalidad del individuo que la conforma.

Cuando la masa se descompone, cuando el jefe deja de aglutinar a sus seguidores o éstos dejan de creer en él, los lazos recíprocos cesan, surge un enorme monto de angustia, los individuos que la conforman entran en pánico, el antiguo endiosamiento puede convertirse en demonización, la masa pierde su sentido y se pulveriza puesto que, sin ligazón afectiva no puede mantenerse junta. Tanto el individuo como el grupo buscan un nuevo líder que los aglutine.

Cuando se disuelve la masa, el pánico que aparece suele mostrarse mucho más exacerbado de lo que la amenaza real representa, los individuos intentan protegerse retrayendo sobre sí los lazos afectivos que había desplegado hacia la masa cuya estructura libidinosa se debilitó y/o desapareció.

Más difícil de observar es la descomposición de una masa religiosa. Según Freud, lo que unifica a la masa de carácter religioso, son los sentimientos de amor hacia todos sus miembros que éstos le atribuyen a su deidad. Ese amor se comparte entre todos ellos y los que no son parte de esa comunidad de creyentes quedan fuera; hacia éstos, pueden emerger otra clase de sentimientos: intolerancia y hostilidad.

Freud, (1921), creía que si en su época la intolerancia no parecía tan violenta y cruel como en siglos pasados no era porque los seres humanos hubieran dulcificado sus costumbres sino a que los sentimientos religiosos ya no eran tan sólidos como antes y que, por tanto, los lazos libidinales entre los fieles se habían debilitado.

Freud (1921) señalaba el posible reemplazo de una creencia religiosa -que se adopta sin críticas ni cuestionamientos- por cualquier otro sistema social, político, científico de carácter fanático, que sería asumido de la misma manera en que se creyó en la religión, siendo tratados quienes no comparten esa creencia con similar intolerancia que la que pudiera haberse dirigido a un no correligionario. Incluso, pensaba Freud, un hallazgo científico o pseudocientífico difundido para convencer y movilizar a las masas, podría ser utilizado como una verdad absoluta que éstas deberían acatar «religiosamente», con el consiguiente efecto de intolerancia y hostilidad hacia quienes no compartían esas ideas.

Sorprende que el comentario freudiano no fuese más preciso, concreto, puntual. Efectivamente, por un lado, en algunos lugares la capacidad de convencimiento de ciertas iglesias y/o religiones se había debilitado, no tanto como Freud creía, en nuestra opinión, había en la sociedad de la época grandes sectores de gente aún muy religiosa, muy intolerante y muy hostil. Por otro lado, entre gente a la que él observaba con sentimientos

religiosos poco sólidos, era evidente que ya se había dado un desplazamiento de la intolerancia y hostilidad hacia otras víctimas, amparados en argumentos que servían a los intolerantes para justificar su derecho a despreciar al otro. En esos años, el discurso racial florecía en toda Europa y los receptores de ese odio eran los mismos a los que antes se despreciaba por razones religiosas. El discurso de la supremacía racial aria y el carácter «infrahumano» que se adjudicaba a los judíos, era pan de cada día. En algunos momentos parece que Freud ve el fenómeno, (no solo lo ve, lo sufre, lo padece); en otros parece que lo esquivo, lo niega, como si con ello el problema disminuyese o desapareciese, lo que le daba a él la oportunidad en centrarse «únicamente» en lo psicoanalítico. Pero el psicoanálisis no es una isla en la sociedad humana; es parte de ésta y de una u otra forma, se vio afectado por esa misma intolerancia.

Además de las doctrinas raciales, en 1921 ya había triunfado la revolución bolchevique que, si bien su gobierno todavía no se estructuraba plenamente como un régimen totalitario, estaba en camino de hacerlo. La religión había sido sustituida por la ideología y la intolerancia se manifestaba: quienes abrazan total y completamente la ideología y quiénes no. Estos últimos eran los «enemigos de la causa». Dado que el discurso racial y el ideológico pretendían un reconocimiento científico, también la ciencia se vio influenciada por la intolerancia fanática y cerrada de los seguidores totalitarios.

En ocasiones una idea puede ocupar el lugar del líder e incluso tanto la idea como los objetivos y/o ideología del líder pueden ser discordes con la ética y la moral. El odio hacia los enemigos, personas o instituciones, también une y puede producir el mismo efecto de ligazón afectiva que cuando se establece un vínculo afectivo positivo. Amor y odio pueden por igual unir a las personas hacia un mismo objetivo.

Freud señala que toda relación afectiva prolongada e íntima contiene un ingrediente de hostilidad que gracias a la represión no se percibe. Estos sentimientos aparecen entre padres e hijos, entre hermanos, entre pueblos emparentados. Cuando las diferencias aumentan, la aversión que surge es difícil de superar. Freud pone como ejemplo las tensiones entre galos y germanos o entre arios y semitas.

Cuando aparece hostilidad hacia personas que amamos, estamos frente a sentimientos de ambivalencia. Si lo que se siente es repulsión y aversión hacia gente con la que se mantuvo algún trato, resultado de amor por sí mismo del que repele, producto de un narcisismo que lucha por la auto-conservación y siente cualquier diferencia en relación a las características propias, como una crítica y una posible amenaza. Freud (1921) señala que no es claro por qué el ser humano es tan sensible a estas diferencias, pero las conductas que despliega dan cuenta de una predisposición a odiar, a mostrar una agresividad muy primitiva; considera que detrás de este sentimiento de odio hacia el

extraño estaría la pulsión de muerte, en tanto que detrás de las expresiones de amor está la pulsión de vida.

La intolerancia hacia el «extraño» desaparece al formarse la masa y permanecer el individuo dentro de ella, ya sea temporalmente o de forma duradera. Mientras la masa perdura como tal, los sujetos que la conforman se comportan como si todos fuesen iguales. Sin embargo, restringir las expresiones de odio e inhibir el narcisismo no puede ser una acción duradera. Puede reprimirse el odio mientras las personas encuentren alguna ventaja en la masa y mientras haya una ligazón libidinosa sólida entre sus miembros.

En las relaciones sociales ocurren fenómenos semejantes a los que ocurre en el desarrollo de la libido individual. Las relaciones sociales se apuntalan en la satisfacción de las necesidades vitales, en la infancia los infantes suelen escoger como objetos de amor a los padres que son los primeros que le brindan cuidado y ternura. En el desarrollo de la humanidad, el amor (tanto el sexual como el desexualizado) es el motor de la cultura y actúa transformando el egoísmo en altruismo. Cuando en la masa se restringe el amor propio narcisista, éste se vierte a favor de la ligazón hacia otros miembros del grupo que se mantiene unido gracias a los lazos libidinales recíprocos. La ligazón libidinal de la masa corresponde a fenómenos psíquicos como las identificaciones.

La identificación es para el psicoanálisis la más temprana exteriorización de un vínculo afectivo hacia otra persona, objeto de amor. En ocasiones, la identificación reemplaza la elección de objeto, por regresión, vuelve a la incorporación por medio de la cual el yo hace propias algunas características del objeto amado. El yo puede identificarse con una persona a la que no se ama, pero con la que se siente cierto grado de comunidad. Estas identificaciones son parciales, pues el individuo toma «prestado» uno o más rasgos de la persona con la que se identifica. Mientras más significativa se sienta esta comunidad, la identificación parcial tendrá más éxito y puede dar paso a una nueva ligazón afectiva.

La identificación recíproca entre los miembros de una masa, crea una comunidad afectiva en la que también participa la ligazón con el líder del grupo y la recíproca sugestión que se da entre éste y el grupo.

La fuerza y extensión de la ligazón afectiva dentro de la masa, modifica la autonomía e iniciativa del individuo cuyas características propias pueden difuminarse dentro de la masa, lo que facilita la uniformidad en la reacción de todos; al perder sus rasgos individuales, el sujeto se reduce a ser un individuo-masa. En un contexto de masa ocurren desinhibición de los afectos, disminución de la actividad intelectual, merma la capacidad de modulación y postergación de la respuesta; se puede observar una

propensión a transgredir los límites. En este contexto, se pierde la eficacia del superyó individual.

Inhibidas la moción afectiva individual y el acto intelectual personal, el sujeto espera ser protegido por el grupo, las intenciones de la masa y el líder. Lo intelectual y lo afectivo compartido se potencien por la fuerza de la repetición uniforme de consignas y conductas de todos los miembros de la masa. La dependencia hacia el grupo es parte de las características normales de la sociedad humana. Freud cita a W. Trotter (1916), para referirse al *instinto gregario, innato en el hombre como en otras especies animales* (Freud, S., 1921: 112).

La proclividad gregaria es una manifestación de la tendencia de muchas especies a formar unidades cada vez más amplias. Para Freud, el instinto gregario no es primario y él cree que se origina de la convivencia de varios hermanitos en una misma casa que deben compartir el amor y el cuidado de los padres. El niño espera que los padres actúen con justicia e igualdad hacia todos los hermanos, dándose una trasmutación de sentimientos: de los celos de la criatura individual pasa al reclamo de un trato igualitario y de justicia para todos, como parte de los sentimientos gregarios.

Para evitar los conflictos, los hermanos actúan como una masa unitaria, sienten el mismo amor hacia el mismo objeto. Para que se dé la esperada igualdad de trato se necesita la renuncia de una serie de exigencias personales. La pretendida igualdad es la base de la conciencia moral social y del sentimiento del deber.

La indefensión del infante y la necesidad de ser ayudado es la que propicia ese tipo de asociación. Primero es ayudado por la madre, por los padres, después sigue requiriendo de la intervención de terceros para llevar a cabo actividades que trascienden el núcleo familiar y la relación entre hermanos. Los sentimientos fraternos están junto con la lucha por el amor de los padres, por el poder, por el liderazgo y surgen celos, envidias, etc. Estos sentimientos pueden inhibirse por momentos, pero reaparecen cada vez que la circunstancia lo facilita, características de la psicología de las masas. A Freud, la masa de individuos le parecía un renacimiento de la «horda primitiva» que postulara al iniciar su trabajo sobre el complejo de Edipo, según él la configuración de tal la «horda» puede resurgir a partir de un grupo cualquiera de individuos.

En 1921 Freud se remitió a sus propuestas expuestas en *Tótem y tabú* (Freud, S., [1912-1913] 1913), tomando como referencia a la obra de Darwin. En *Tótem y tabú* desarrolló los argumentos del inicio de la sociedad y de la cultura en relación con el mito de la «horda primitiva». Freud propuso que, desde el comienzo de los tiempos había dos psicologías: la de los individuos que son parte de la masa y otra, diferenciada, constituida por la psicología del padre primordial, que estaba diferenciado de la horda. El padre

primordial no estaba ligado libidinalmente a la masa, su amor era de tipo narcisista, estaba dirigido únicamente hacia sí mismo, podía ser señorial, seguro de sí, autónomo y libre. Podía dirigir algo de su amor a los demás en la medida que esos otros cubrieran sus necesidades. El amor hacia los demás es un factor de creación de cultura en la medida que todos los seres humanos comparten la misma necesidad y dicho amor funciona como «dique» para limitar el narcisismo.

La fuerza que en el padre primigenio percibían, habrían hecho que los hijos le temieran y se sintieran simultáneamente perseguidos y protegidos por él. Estos sentimientos conforman la pauta de la psicología de las masas en su relación con el líder. Con el desarrollo de la sociedad humana, el temor hacia el padre se transforma en amor al líder, conductor, Dios, y sus pautas se convierten en obligación de cumplir con los deberes sociales. El lugar que llegó a ocupar el padre primordial se fue rodeando de magnetismo y misterio, lo que le otorgaba poder y distancia.

A través de la dinámica establecida entre el padre primigenio y la horda primitiva es que Freud postula primero, la prohibición al incesto y al parricidio y luego la creación de las instituciones y la cultura. A partir de ello, Freud desarrolló sus ideas respecto al comportamiento del individuo dentro de la masa y de las características del líder y su vínculo con sus seguidores.

Al igual que ocurre con la familia, la fuerza libidinal hacia su conductor (padre) mantiene unida a la masa bajo el supuesto que éste ama a todos los individuos por igual. Ello representa -dice Freud- una «adaptación idealista» de los afectos reinantes en la horda primitiva, es decir, transforman el temor dominante hacia el padre tiránico, por amor y sentimientos de ser protegidos por él. Para la horda, el supuesto imperante es que todos miembros del grupo, aman, temen, se sienten perseguidos y amados por el padre primigenio por igual.

Parte del funcionamiento de la horda, dice Freud, es que esta es sugestionable. Freud relaciona a la sugestión con la hipnosis y con lo «ominoso» en el sentido de que, por medio de la hipnosis se regresa a algún recuerdo antiguo y familiar que se mantuvo reprimido. El hipnotizador, en tanto representante del padre, (Ferenczi, 1909) logra despertar un aspecto de la herencia arcaica, en la relación con los progenitores, en la que el infante teme haber transgredido por los afectos hostiles que despliegan contra éstos.

Los fenómenos sugestivos pueden hacer aparecer elementos del carácter ominoso y compulsivo en la formación de la masa. El líder de ésta sigue representando al temido, odiado y amado padre primigenio; la masa espera de él que los gobierne de manera irrestricta, que ejerza su autoridad al extremo, porque, de alguna forma, según sugería Le Bon, la masa desea someterse a él.

Producto de las prohibiciones arcaicas al parricidio y al incesto, se desarrolla la cultura, propone Freud. El individuo suele vivir dentro de un marco cultural, con un determinado origen y modificaciones en el trayecto de su desarrollo. Para poder proyectarse respecto al porvenir de la cultura, es necesario conocer su pasado y su presente. Las expectativas del individuo, de carácter subjetivo, influyen en su capacidad de pensar el futuro, a pesar que ello carece de certeza.

La cultura es, dice Freud, *todo aquello en lo cual la vida humana se ha elevado por encima de sus condiciones animales*. Se distingue respecto a éstos en dos aspectos: por la capacidad adquirida de saber y poder-hacer para dominar las fuerzas naturales. El otro aspecto destacado son las normas que regulan las relaciones recíprocas entre las personas y las que regulan la distribución de los bienes. (Freud, S., 1927:6)

De una forma u otra, la cultura tiene por efecto el control de las mociones preferentemente hostiles, pues son las que promueven la transgresión de las reglas establecidas. En el entendimiento de que las pulsiones hostiles se expresan de modos variados dependiendo de la fase de desarrollo del individuo a la cual se asocien, queda establecido que los vínculos interpersonales se ven influidos por el grado de satisfacción pulsional conseguido por cada individuo.

Por otro lado, en la medida que cada cultura pone límites a la satisfacción pulsional permitida, para que no dañe a otros miembros del grupo, el individuo es potencialmente un enemigo de ella, porque el sujeto busca su satisfacción, mientras que la cultura pone las normas para la satisfacción de todos los seres humanos y refrena las exigencias particulares. Por ello, dice Freud, (1927) la cultura debe ser protegida de los individuos y de sus transgresoras mociones hostiles. Esta protección ha de venir de miembros de la misma cultura puesto que las creaciones de los hombres son frágiles y que los avances tecnológicos y científicos también pueden ser utilizados negativamente, para el aniquilamiento de la misma cultura y de los miembros que la conforman.

Freud (1927) consideraba importante tomar en cuenta que la cultura humana se edifica sobre una compulsión y una renuncia a lo pulsional pues es menester considerar, decía, que *en todos los seres humanos están presentes unas tendencias destructivas [...], antisociales y anticulturales* (Freud, S., 1927:7). En muchas personas, estas fuerzas son tan intensas que pueden determinar su conducta en la sociedad. En tales casos, el aspecto «más animal» prevalece sobre el más «humano». Reprimir lo pulsional significa un gasto energético (inconsciente) considerable para la persona. Lo importante para ésta es aliviar el esfuerzo que la represión pulsional le implica, a la par que satisfacer en grado y forma adecuados las exigencias pulsionales. Dice Freud que, así como la compulsión por el trabajo cultural es imprescindible para el desarrollo social, (porque los individuos

están obligados a cumplir las normas), también lo es que una minoría se haga cargo de gobernar a las masas. Freud creía que a las masas les falta capacidad para utilizar su inteligencia, que se mostraban indiferentes frente a muchos temas; no estaban dispuestas a renunciar a lo pulsional; que los miembros de masas se apoyan mutuamente tolerando el desenfreno y que no son fáciles de convencer por medio de argumentos, únicamente por medio de los individuos que han aceptado como sus conductores, características con las cuales coincidió Arendt.

La exigencia de cumplir con las normas culturales que se demanda a los hombres, ocasiona que se vuelvan hoscos y vengativos, porque inconscientemente, preferirían guiarse por el «principio del placer» y no por el «principio de realidad». La comprensión psicológica del ser humano nos permite saber que sus disposiciones pulsionales están marcadas por las vivencias registradas en su infancia. Por ello cree Freud que para que el cambio cultural sea eficiente, se requiere ampliar los niveles educativos del ser humano. Es difícil pensar que la cultura pueda extinguir las propiedades de la masa, también es probable que un porcentaje importante de individuos experimente una intensidad pulsional exacerbada que no le permita sujetarse a la exigencia social. Freud pensaba que, si los individuos enemigos de la cultura fueran una minoría, tal vez la vida podría ser menos conflictiva y el futuro de la humanidad tendría «algo de esperanza».

Las prohibiciones que originaron la cultura y que diferenciaron al hombre tribal del animal primordial -dice Freud- fueron: la prohibición de incesto, del parricidio (que luego se extendió a la prohibición de matar en general) y la prohibición del canibalismo. Estos deseos pulsionales fueron frustrados y delimitados para permitir la convivencia entre unos y otros, convirtiéndose en el núcleo de la hostilidad, más o menos reprimida, que siente el individuo frente a la cultura. Además de la presión del mundo externo, para que estas renunciaciones pulsionales se hagan efectivas, interviene el superyó que, como instancia anímica, acoge las normas, mandamientos y prohibiciones que los padres y luego la sociedad le imponen al niño. El superyó tiene la función de reprimir y dominar la presión pulsional. En el proceso de postergar la satisfacción inmediata del deseo, el infante va incorporando los valores morales internalizados de los padres y grupo social. Son los padres los portadores de la norma y la ley que proviene de la sociedad y de la cultura. El infante internaliza esas limitaciones y gradualmente construye la instancia del superyó por temor a la retaliación del padre (que además de la pérdida del amor teme a la castración real en el varón y simbólica en la niña) por sus malos pensamientos o acciones, la criatura internaliza esas normas y gradualmente construye la instancia del superyó.

Las prohibiciones varían según la cultura, su vigencia, el temor que genera la desobediencia de sus normas, así como por las características individuales de cada

sujeto. Una persona puede tomar a otro individuo como objeto de amor o de su agresión, puede explotarlo, humillarlo, maltratarlo, quitarle su patrimonio, incluso puede asesinarlo. Freud sostenía que personas cultas pueden ser capaces de actuar como acabamos de describir.

Para conocer y apreciar una cultura hay que tomar en cuenta sus ideales y creaciones artísticas, que generan satisfacciones de índole narcisista en sus miembros. Parecería que, muy frecuentemente, cada cultura se otorga el derecho de menospreciar la producción cultural de otras, de modo tal que los ideales culturales de un grupo signifiquen motivo de discordia y enemistad por parte de otros. La satisfacción narcisista que la propia cultura genera en sus miembros puede funcionar como un freno que contrarresta la hostilidad que sus miembros muestran hacia una cultura que les es ajena. Con frecuencia tanto los grupos opresores como los oprimidos se arrogan el derecho de despreciar a los que no pertenecen a su grupo. También puede suceder que los grupos oprimidos se identifiquen con la clase y productos culturales de quienes los sojuzgan, pueden haber desarrollado lazos afectivos hacia éstos y a pesar de recibir su hostilidad, repriman la propia y verlos con admiración. Son los lazos afectivos los que permiten a las culturas convivir y sobrevivir.

En las sociedades hay quienes disfrutan cuando se cancelan las limitaciones impuestas por la cultura. Los gobernantes, si son tiranos y dictadores, se atribuyen el derecho de matar (por mano propia o delegada), sin adecuados criterios valorativos en relación a la justicia y el debido accionar, a la par que exigen al común de sus conciudadanos cumplir sin chistar el precepto «no matarás».

Algunas culturas tienen como rasgo distintivo el aprecio por las tareas intelectuales. Freud considera que las actividades psíquicas superiores, científicas y artísticas tienen un origen psicológico y están interrelacionadas entre sí. Decía que los individuos se sienten motivados a realizarlas porque les son útiles y placenteras.

Una manera que encontraron los hombres de reconfortarse de temores y desdichas fue a través de la religión. (Freud, S., (1913 [1912-1913])). Los individuos y la sociedad pueden depositar sus responsabilidades y expectativas sobre seres supremos de quien esperan protección y el sosiego y la felicidad que no encuentran en la vida cotidiana. Freud consideraba que dicho refugio en realidad es una ilusión, o un *delirio en masa* (Freud, S., 1930 [1929]:81).

Tanto la sociedad como las religiones suelen establecer normas que regulan los vínculos recíprocos entre las personas y entre su/sus diosas/es y el hombre. Estas normas implican sacrificios difíciles de cumplir. Pero si las normas fueron creadas por los hombres para protegernos y beneficiarnos ¿por qué generan tanto sufrimiento? -se

pregunta Freud. Son la propia cultura y las religiones las encargadas de restringir la satisfacción pulsional sexual y/o agresiva. A los individuos no le queda más remedio que subordinarse al poder de la religión y/o de la comunidad. Se considera un logro de la cultura que sus miembros logren refrenar la satisfacción de sus pulsiones a favor de normas que benefician a todos en la medida que regulan intensidad, tipos de expresión pulsional, y el espacio adecuado en relación con el objeto al que se dirigen.

Desde que el ser humano se refugió en creencias religiosas, trató de encontrar en su identidad elementos que lo identifiquen con las fuerzas que proyectó en sus dioses. Los monoteísmos judío y cristiano partieron del supuesto religioso de que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Entre las cualidades sobre él proyectadas sobresale el otorgarle capacidades de omnipotencia e infinita bondad. Al Diablo se le proyectaron características opuestas a las de Dios. Como su contraparte, se le podía acusar de haber hecho del hombre un ser malo. Pero no se llegaba a exculpar a Dios de permitir la existencia del Diablo y a través suyo, del mal.

Freud (1930 [1929]) conocía muy bien el prejuicio que el hombre ario tenía sobre los judíos, a quienes equiparaban con el Diablo, la corporización del mal y responsables de que, en la época del surgimiento del nacional socialismo, la economía alemana estuviese tan mal. En aquella época florecía la ideología nazi cuyos contenidos aparecían en las calles y en todo tipo de publicaciones. En ellas, el discurso antisemita de los nazis y su odio contra los judíos, hizo que fuesen descritos como seres diabólicos. A la par, los nazis se vanagloriaban por su supuesta superioridad en tanto miembros de la raza aria.

La cultura estableció un orden jurídico que se ocupa de garantizar la seguridad y la aplicación de la ley a los individuos por igual, sin favorecer a nadie. Estas leyes son las que determinan si las personas se ajustan a lo establecido o si, por el contrario, se dejan llevar por la demanda pulsional. Freud asevera que es el padre quien transmite la ley al niño, que la hace propia en el proceso de formación del superyó, para que luego dicho individuo sea capaz de regirse por las normas legales y morales propias de su cultura para que nadie sea víctima del desborde pulsional hostil.

La inclinación agresiva primaria existente en todas las personas pone en riesgo de disolución a la sociedad. Para evitarlo, ésta reglamenta y limita las expresiones agresivas de los individuos. Sin embargo, la historia demuestra que las sociedades no han podido impedir los excesos y las manifestaciones de fuerza y violencia de los individuos, las acota, a la par que se arroga el derecho de ejercerla sobre los enemigos (reales o presuntos), los criminales y los transgresores. En toda actividad humana se entrelazan pulsiones agresivas y pulsiones libidinales. Cuando las pulsiones se desligan, la sociedad

sería la responsable de legislar y castigar los excesos de sus manifestaciones y a los responsables de cometerlos.

Las diferentes culturas y sociedades poseen aspectos intrínsecos que implican dificultades que no se pueden modificar. Freud, quien poseía un pensamiento muy eurocéntrico, sostenía que no solo el desborde de las pulsiones acecha la estabilidad de la cultura, también lo hace aquello que Freud denominó «miseria psicológica de la masa», Freud (1930 [1929]).

Freud dudaba de la capacidad ética del hombre porque consideraba que éste se comporta moralmente con la finalidad de evitar el castigo divino. Señala que hay un desplazamiento de la responsabilidad de los actos humanos a la influencia de dioses y demonios, cuando en el fondo, lo que está por detrás del comportamiento de las personas son las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte.

Freud hacía hincapié en el temor/fascinación que le suscita al individuo, desde niño la *inclinación innata del ser humano al «mal», a la agresión, la destrucción y [...] a la crueldad* (Freud, S., 1930 [1929]:116).

La destructividad, la pulsión de muerte, desligada de la pulsión de vida, son muy difíciles de aprehender. Sólo es observable y puede conocerse mejor su naturaleza, por ejemplo, en el sadismo cuando se externaliza con furiosa destructividad. Cuando la pulsión destructiva dirigida a los objetos se atempera, se inhibe en su meta, permite al yo el dominio de la naturaleza y la satisfacción de sus necesidades vitales.

Nos preguntamos en qué medida Freud estaba aludiendo a la radicalidad de la pulsión de destrucción, en la línea del «mal radical», al que aludía Arendt. (Freud, S., 1930 [1929]:117) Lo único que refrena esta inclinación destructiva y se constituye en su mayor obstáculo, es la cultura, pero no lo hace de manera uniforme.

Además de que el origen de la sociedad y la cultura -dice Freud- fue producto de la prohibición del incesto y del parricidio, el desarrollo cultural viene a ser una lucha de Eros para mantener con vida a la especie humana. Para ello, la cultura hace permanentes esfuerzos para limitar los propósitos de la pulsión agresiva, retoño y principal subrogado de la pulsión de muerte. La lucha entre la pulsión de vida y la pulsión de destrucción es la esencia de la vida.

¿Cómo hace una cultura para neutralizar la exteriorización de la agresión? Un aspecto racional del yo recoge las normas y leyes que plantea la sociedad, mientras que, al incorporar diversas normativas, la crítica social y la exigencia del comportamiento moral el superyó es un ente sancionador que puede mostrarse severo con el yo. Cuando este superyó severo somete al yo, la tensión entre ambos propicia la aparición de la conciencia de culpa, que se exterioriza como una necesidad de castigo. Ya que el superyó internalizó

las normas culturales que provienen de afuera, es la cultura la que termina por limitar la pulsión agresiva del individuo.

En la génesis del sentimiento de culpa está implícito el reconocimiento de que se ha hecho algo «malo»; también puede surgir por haber pensado o deseado hacer algo malo, incluso sin haberlo hecho. Freud puso en duda la capacidad originaria del infante para distinguir entre el bien y el mal, porque para el yo lo malo no necesariamente corresponde a lo que daña o perjudica a otros o a sí mismo. El yo es capaz de darse cuenta que algo es inaceptable a pesar de que anhela hacerlo. Al comienzo de la vida, la determinación de lo que es bueno y lo que es malo, se establece desde afuera dado el desvalimiento y dependencia del bebé hacia sus cuidadores y la angustia y temor de perder el amor de quien depende. Lo «malo» para el bebé es la posibilidad de desprotección frente a los peligros de la vida y el temor de perder el amor de quien le da seguridad, ese mismo que puede castigarlo y dejarlo desamparado. A la angustia que todo ello genera -dice Freud- se le conoce como «mala conciencia», un término de uso popular, pero que no es exacto, porque en realidad de lo que se trata es de angustia «social» que siente el niño por temor a perder el amor de los progenitores. Al crecer, el adulto reemplaza este temor por la angustia social de ser rechazado por la comunidad humana.

Cuando esto sucede, la conciencia moral ha llegado a un nuevo estadio. Con la instauración del superyó, desaparece la angustia de ser descubierto «desde afuera» y no existe diferencia entre querer hacer algo malo o haberlo hecho pues el superyó ya es una instancia psíquica interna, de la que ni el niño (ni el adulto) pueden escapar. El superyó siempre va a conocer los deseos y los pensamientos conscientes e inconscientes.

El superyó genera en el yo, cuando hace «algo malo», sentimientos de angustia análogos a los que ocurren cuando se espera que el mundo exterior lo castigue. En la fase del desarrollo psicosexual en que constituye el superyó, la conciencia moral se comporta con severidad y desconfianza, porque el individuo no está exento de tentaciones «pecaminosas» que el superyó critica. Cuando la mala fortuna o una frustración externa, afectan al yo, la conciencia moral aumenta y con ello la posibilidad del desarrollo de sentimientos de culpa. Éste está relacionado con el deseo y la renuncia a la satisfacción pulsional y es esencial para entender el desarrollo cultural. Esta renuncia a la satisfacción parece ser el precio que se debe pagar por el éxito de la convivencia social. Freud plantea que el sentimiento culposo está estrechamente ligado a la *conciencia* – {*Bewusstsein*} (Freud, S., 1930 [1929]: 130) y que es en el fondo una especie de angustia frente al superyó.

El sentimiento de culpa producido por la cultura internalizada en el superyó puede mantenerse inconsciente y registrarse como un malestar, un descontento cuyo origen el

sujeto desconoce. Es el descendiente directo del conflicto entre la necesidad de recibir amor y la lucha por la satisfacción pulsional. El yo puede reaccionar desarrollando arrepentimiento, que contiene sensaciones de angustia, condensa en sí mismo tanto el castigo como el «conocimiento» de su pertinencia. Es posible que el deseo transgresor sea más antiguo que la conciencia moral y en virtud de la atemporalidad del inconsciente, el yo se siente merecedor de la sanción, ya sea que se trate de una ideación o de la consumación de dicho deseo, lo que hace que el yo experimente al superyó como omnipotente.

El superyó se alimenta de dos fuentes de agresión. La primera es la intrínseca a la constitución del sujeto. La segunda proviene de la rebeldía que surge por la obligación de atenerse a las normas internalizadas y el subsecuente sentimiento de culpa que ello le genera.

Freud, en su teoría, establece un paralelo entre los procesos de desarrollo del individuo y la evolución cultural de la humanidad. La diferencia que encuentra entre ambas es que *el proceso cultural es la modificación que el proceso vital [individual] experimentó bajo el influjo de [...] Eros* (Freud, S., 1930 [1929]: 135) Para él la evolución de la humanidad hacia la unión de los sujetos en una comunidad ligada libidinalmente es un logro libidinal de la pulsión de vida. El rasgo diferencial entre ambos procesos es que, en el desarrollo del individuo, el principio del placer exige que satisfaga sus necesidades inmediatamente, mientras que la necesidad de relacionarse con los demás obliga a postergar dicha satisfacción o a encontrar satisfacciones sustitutas.

Un aspecto en común entre individuo y cultura está relacionado con el superyó. El superyó de un grupo social tiene un origen semejante al del individuo. Se suele estructurar bajo los principios, valores y/o ideales internalizados apreciados en personalidades destacadas y admiradas. Según la tesis freudiana, los sometidos hijos de la horda bajo el poder del padre primordial, primero lo asesinaron, luego prohibieron el parricidio y el incesto y finalmente endiosaron al odiado y sacrificado padre. Este proceso, dice el autor, condujo al establecimiento de las primeras limitaciones que la sociedad planteó a la satisfacción pulsional individual.

El superyó de la cultura plantea exigencias difíciles de cumplir, lo que le genera al individuo un alto monto de «angustia» derivada de la «conciencia moral». Por ejemplo, demanda al sujeto que ame a su prójimo como a sí mismo, estableciendo una fuerte defensa contra la agresión humana. El «superyó cultural» no toma en cuenta la psicología del individuo; no le importa si el precepto es posible de cumplir o no. Le cuesta aceptar que la inclinación de los individuos a agredirse unos a otros es un obstáculo a la instauración de la sociedad. Por ello establece férreas defensas para impedir la

manifestación hostil. La cultura castiga al infractor de tal manera que lo hace desdichado y el castigo puede terminar siendo tan violento o agresivo como lo que se está reprimiendo.

Mientras más difícil es evitar el comportamiento proscrito, más meritorio es obedecer la prohibición. Por ello, –dice Freud- *mientras la virtud no sea recompensada sobre la Tierra, en vano se predicará la ética* (Freud, S.1930 [1929]:138), nada tienen que ofrecer la sociedad y la cultura a esta dinámica psíquica, aunque el sujeto experimente la satisfacción narcisista de domeñar sus pulsiones y someterse al superyó social, lo que puede hacer que se sienta superior a quienes no lo logran.

Freud (1930 [1929]) trató de evitar hacer una valoración de la cultura humana, pero se animó a hipotetizar que algunas culturas e incluso la humanidad terminaron siendo «neuróticas» como consecuencia de las exigencias superyóicas de la cultura. Si bien la cultura promueve la convivencia armónica entre las personas, es lo más precioso que poseemos y por medio de ella el individuo y la humanidad podrían conseguir un nivel elevado de perfección en el sentido de lograr inhibir las pulsiones destructivas, no siempre lo logra. Freud (1930 [1929]) pensaba que sería decisivo para los seres humanos como especie, era que logaran un desarrollo cultural tal que permitiera a los sujetos dominar los conflictos producidos por la convivencia humana, cuyo origen atribuye a la *pulsión de agresión y auto-aniquilamiento* (Freud, S.1930 [1929]:140).

Era muy consciente que, en la época en que escribía ese texto (1929-1930), los seres humanos habían logrado tal dominio sobre la naturaleza que sería fácil que se exterminaran unos a otros, incluso hasta eliminar el último hombre en la tierra. Arendt, coincidiendo con esta idea, temía que, si los regímenes totalitarios cumplieran sus propósitos y motivaciones ideológicas en su máxima expresión, sería el fin de la Humanidad.

Freud no se quería dejar llevar por la ilusión, quería que la contraparte pulsional de destrucción y muerte, la pulsión de vida, Eros, prevalezca frente a un enemigo igualmente poderoso e inmortal. Por ello se pregunta Freud, *¿quién puede prever el desenlace?* (Freud, S., 1930 [1929]: 140).

En 1937 Freud publicó *Análisis terminable e interminable* (Freud, S., 1937a), en el cual retomó sus reflexiones acerca de la doctrina de las pulsiones. Sostenía que eran las fuerzas que están detrás de las tensiones generadas por el «Ello» y en ese sentido, responden a las necesidades y requerimientos que el cuerpo le demanda a la vida anímica. Freud se reafirmó en su idea de que Eros y la pulsión de destrucción eran las pulsiones fundamentales del funcionamiento psíquico. Para lograr la culturización, es necesario exigirle al individuo que reprima la satisfacción pulsional. Como consecuencia,

la represión puede «perjudicar» al sujeto produciéndose síntomas, resistencias en la curación analítica y alteraciones del yo.

Freud otorgó un valor preponderante al aspecto biológico y al fisiológico de la pulsión, encargada de otorgarle la «intensidad constitucional» (Freud, S., 1937a:214) lo que dificulta la influencia psíquica sobre ella, dificultad que se incrementa cuando se trata de la pulsión de muerte, sobre la que hay poca posibilidad de control.

Freud afirmó que es difícil distinguir entre los mecanismos defensivos congénitos y los adquiridos. Al comienzo de la vida, el yo y el ello son originalmente uno. Gradualmente ello, yo y superyó se van diferenciando y en este proceso intervienen la mezcla, distribución y desligue de las dos pulsiones fundamentales: la pulsión de vida y la pulsión de muerte. Estas pulsiones (de vida y de muerte) afectan y se expresan de forma diferente a las tres instancias psíquicas en el curso de su desarrollo. Las dos pulsiones primordiales se entrelazan entre sí para llevar a cabo las diferentes funciones vitales.

Freud da cuenta del proceso de externalización de la pulsión de muerte en forma de pulsión agresiva o destructiva, pero también existe el fenómeno contrario, la internalización de la pulsión, la «vuelta hacia adentro» de la agresividad:

A pesar de cualquier exteriorización de la pulsión de muerte, siempre permanece o retorna un monto de pulsión de destrucción al interior del ser humano, hasta que, habiéndose consumido la libido o fijado de manera inapropiada, la persona muere.

III. 4 *De guerra y muerte...*

La profunda impresión por lo que estaba ocurriendo a su alrededor durante la Primera Guerra Mundial, las noticias de violencia, la conducta cruel desplegada por los distintos ejércitos, la cantidad de pérdidas humanas y el nivel de afectación de los pobladores civiles, llevó a Freud a escribir *De guerra y muerte. Temas de actualidad* (Freud, S, 1915b).

La información unilateral y parcializada que llegaba desde las trincheras impedía vislumbrar con objetividad las transformaciones que la guerra produjo en la sociedad europea.

Freud condenaba las guerras y anhelaba su terminación, pero sabía que éstas continuarán existiendo en tanto los pueblos sigan viviendo en condiciones de existencia tan diversa, *mientras difiera tanto el valor que cada uno de ellos atribuye a la vida del individuo y mientras los odios que dividen sigan siendo unas fuerzas con tanto imperio en lo anímico* (Freud, S., 1915b: 278).

Durante la primera guerra se destruyó parte del patrimonio de la humanidad, como nunca antes había ocurrido; la guerra dejó confusión en muchas mentes claras e

inteligentes; echó por tierra valores que habían sido considerados supremos hasta antes de ella. Freud parecía comprender y tolerar mejor que conductas así ocurrieran entre pueblos descritos por él como primitivos (contrapuso la raza blanca con otras de otro color de la piel). Desde su perspectiva eurocéntrica, le costaba aceptar que, en Europa, cuna del desarrollo cultural occidental, sociedades como la alemana, consideradas adalides de la civilización, tomaran las riendas y decidieran dominaron el resto del mundo «menos civilizados», que siendo responsables de la creación de progresos técnicos, científicos e importantes valores culturales, artísticos, morales, la guerra hubiese dado lugar a conductas tan alejadas de la ética. Freud tenía una elevada opinión respecto a los logros civilizatorios de estos pueblos, para los que creía, quedaba vedado el uso de la mentira y el fraude pues se suponía que habían alcanzado suficiente entendimiento y tolerancia hacia lo diferente, hacia el extranjero, hacia el enemigo, que comprobar que desplegaron comportamientos tan hostiles y primitivos significó para él una gran desilusión. En su afán por comprender e incluso justificar lo ocurrido en la guerra, Freud, cayó víctima del mismo argumento racial que circulaba como doctrina ideológica en Alemania y Austria en esos años y del cual, sin tomar plena consciencia, él también sería una víctima. La primera guerra mundial, sangrienta y devastadora, cruel e inmisericorde, dejó un encono tal -dice Freud- que tomaría largo tiempo eliminarlo, pues pueblos evolucionados se miraron entre sí con odio y horror.

Le fue difícil aceptar que la Alemania culta que él conocía y admiraba, se hiciera acreedora de tanta animosidad por haberse comportado de manera «bárbara» e incongruente con la cultura de la que eran abanderados. Albergaba la esperanza que, con el paso del tiempo, alguna investigación neutral diera cuenta de que Alemania fue «una de las naciones cuyo comportamiento fue menos malo en su trato humano que el resto de las naciones». Esa nación, en cuya lengua escribía y por cuya victoria combatían sus seres queridos, se comportó vilmente y por ello fue duramente criticada por la comunidad de las naciones.

Dos cosas habían provocado la desilusión de Freud durante la primera guerra mundial:

- La poca eticidad demostrada por los Estados que él consideraba partícipes de la más elevada cultura humana.
- La conducta brutal de sus ciudadanos hacia sus «enemigos» cuando al interior de sí mismos, estos Estados se proponían como guardianes de la ética.

A pesar de su desilusión claramente expresada, Freud no se engañaba respecto a la naturaleza del ser humano. Creía que su esencia más profunda consistía en mociones pulsionales de naturaleza elemental pugnando por su satisfacción. Esas pulsiones no son,

pensaba, ni buenas ni malas; adquieren su calificación según cómo se relacionan con las necesidades y las exigencias de la comunidad humana. La sociedad percibe el egoísmo y la crueldad de manera negativa. Estas manifestaciones son fruto de las pulsiones primitivas. Cuando éstas son inhibidas, reprimidas, guiadas hacia otras metas, cuando se fusionan las pulsiones destructivas con las libidinales, se pueden neutralizar.

El hombre -dice Freud- rara vez es completamente bueno o malo. Por lo general es bueno en ciertas circunstancias y malo en otras. Para que sus pulsiones «malas» se transformen en «buenas» intervienen dos factores, uno interno y otro externo. El factor interno se debe a la influencia ejercida por el erotismo, por la necesidad de amar, que contribuye a que las pulsiones egoístas se transformen en pulsiones sociales. El factor externo es ejercido por la sociedad, la cultura, por la educación que promueve, por la renuncia a la satisfacción pulsional. Pero ello significaría un error si creemos que los hombres son «mejores» de lo que en realidad son, y sobreestimar la capacidad de la cultura para actuar sobre la vida pulsional que se ha conservado en su estado primitivo. Freud alude a las disquisiciones kantianas respecto a la verdadera posibilidad de la voluntad libre del hombre y su capacidad de comportarse de acuerdo con el imperativo categórico. Nos recuerda que la sociedad, que promueve la cultura y las buenas acciones, tiene que enfrentar, por medio de sus leyes y normas, la exigencia de satisfacción del fundamento pulsional individual. A través del desarrollo de la historia de la humanidad, las diversas sociedades han logrado en diferentes grados y niveles, que gran número de hombres obedezcan las normas culturales de los diversos grupos a los que pertenecían para que no se dejen dominar por su naturaleza pulsional, a la par que la historia da cuenta que las guerras, la violencia y la criminalidad han estado siempre presentes.

La primera guerra mundial permitió observar que, al reunirse en una multitud los individuos, los pueblos y los Estados aparentemente más civilizados abandonaron las adquisiciones y restricciones éticas individuales y/o culturales que les eran propias, para permitir, aunque sea transitoriamente, la satisfacción de pulsiones que antes fueron refrenadas por medio de la internalización de las normas y exigencias de su cultura. Sin embargo, durante la guerra, lo que prevaleció fueron actitudes y acciones primitivas, arcaicas, crueles y brutales.

Tal vez su admiración y confianza en la sociedad alemana y su destacada cultura, a pesar de su cruda denuncia y sus aspiraciones de objetividad, no le permitieron a Freud, tomar real distancia afectiva y hacer un juicio o apreciación más realista de lo que empezaba a ocurrir a su alrededor desde comienzos del siglo XX, durante la primera guerra y los años intermedios hasta que estalló la segunda guerra, que lejos de mejorar, fue empeorando notoriamente.

Durante los años que precedieron al estallido de la segunda guerra, la desesperanza original de Freud se convirtió en franca desilusión, los hechos daban cuenta de una amenaza a su supervivencia personal, a la del psicoanálisis y a la del pueblo judío, al que pertenecía. Pese a su reconocimiento académico, su condición de judío motivó que fuese repudiado, con todo lo que ello implicaba, sus libros, escritos en alemán, fueron quemados (1933) por ser considerados una amenaza a la pureza de la raza aria, de la cultura alemana, a la que Freud tenía en tan alta estima.

En *De guerra y muerte. Temas de actualidad* (Freud, S, 1915b) Freud centra en la lucha de poder entre los pueblos y sus ejércitos, pero no profundiza ni hace referencia explícita al concepto de *Bemächtigungstrieb*, pulsiones de apoderamiento, dominio y destrucción en los actos que ejercieron los líderes conductores y sus tropas.

La transitoriedad (Freud, S. 1916 [1915]) es un segundo artículo relacionado con el tema, escrito en la misma época y en el que señala que la guerra:

No solo destruyó la hermosura de las comarcas que la tuvieron como teatro y las obras de arte que rozó en su camino; quebrantó también el orgullo que sentíamos por los logros de nuestra cultura, nuestro respeto hacia tantos pensadores y artistas, nuestras esperanzas en que finalmente superaríamos las diferencias entre pueblos y razas. Ensució la majestuosa imparcialidad de nuestra ciencia, puso al descubierto nuestra vida pulsional en su desnudez, desencadenó en nuestro interior los malos espíritus que creíamos sojuzgados duraderamente por la educación que durante siglos nos impartieron los más nobles entre nosotros. Empequeñeció de nuevo nuestra patria e hizo que el resto de la Tierra fuera otra vez ancho y ajeno. Nos arrebató hartos de lo que habíamos amado y nos mostró la caducidad de muchas cosas que habíamos juzgado permanentes (Freud, S. 1916 [1915]: 311).

Freud entiende que, debido al estado de duelo en el que se encontraban los ciudadanos alemanes por todo lo que habían perdido, era comprensible que su libido haya quedado empobrecida, a la par que se dio un crecimiento súbito del amor por la patria, (idealización de lo perdido, exaltando las pasadas glorias negación de la problemática que antecedió a la guerra y permaneció durante e inmediatamente después de ella). Freud era optimista respecto a Alemania, expresando su esperanza de que, cuando los alemanes superaran el duelo, se podría notar que el alto aprecio que éstos tenían por los logros culturales no había disminuido. Pensaba que dicho aprecio haría que la nación alemana reconstruyera todo lo que se destruyó durante la guerra.

III. 4.1 Intercambio epistolar entre Albert Einstein y Sigmund Freud

En 1931, la *Comisión Permanente para la Literatura y las Artes*, que formaba parte de la *Liga de las Naciones*, solicitó al *Instituto Internacional de Cooperación Intelectual* convocar a intelectuales destacados a que intercambien cartas acerca de temas de mutuo interés y que estén relacionados con la labor de la *Liga de las Naciones*. Uno de los convocados fue Albert Einstein, quien escogió como interlocutor a Sigmund Freud. En agosto de 1932 Einstein le envió un ensayo en el que la pregunta principal que le formulaba fue:

¿Hay algún camino para evitar a la humanidad los estragos de la guerra? (A. Einstein, 1932, en S. Freud, 1933b [1932]:183).

Eran tiempos difíciles en Europa, el Partido Nacionalsocialista estaba *ad portas* de asumir el gobierno alemán; aires de intranquilidad se respiraban por doquier, siete años después se desataría la segunda guerra mundial, en la que se continuó en grado sistematizado no solo las amenazas sino las prácticas genocidas que los nazis tenían contra los judíos, la Solución Final y la *Shoah*. La magnitud y dimensiones de lo que se avecinaba no pudieron ser anticipada por nadie. En 1921 Einstein ya se había dado cuenta, de que el antisemitismo en Alemania podría llevarlo en un futuro a verse obligado a abandonar el país. Sus temores se materializaron en diciembre de 1932, cuando Einstein dejó Alemania y emigró a Estados Unidos. En 1940 le dieron la nacionalidad norteamericana.

La carta que Einstein le escribió a Freud, expresaba con claridad su preocupación por un próximo estallido de una guerra tan o más feroz que la primera guerra mundial. Einstein le temía a la «perversión de la ciencia contra el espíritu» que emana de la naturaleza humana. Decía que la ciencia es la expresión de la «pulsión al conocimiento» que estimula la capacidad humana para que rebase los propios límites e intereses intelectuales y egoístas; pensaba que muchas veces la ciencia desconocía que el individuo es en sí mismo una parte limitada en el espacio y en el tiempo de un todo que llamamos naturaleza.

El «todo» es la unidad entre naturaleza y espíritu, decía Einstein (1932); interpretando las palabras de Einstein, Safranski (1997) decía que cualquier intento de arrojar al espíritu fuera de la naturaleza cierra la conciencia humana en una prisión. Si la civilización moderna sigue propiciando y presupone que el hombre se mantenga cautivo de sí, a la par que crecen sus capacidades técnicas, acabará empobreciéndose espiritualmente y ello llevaría a su propia destrucción.

Einstein (1932) reconocía que su pensamiento normalmente estaba dirigido al quehacer científico por lo que era su interés comprender la dinámica de la voluntad y del

sentimiento humano. Siendo éste el terreno de investigación de Freud, confiaba en que él pudiese ayudarlo a iluminar un terreno que le era oscuro. Decía no ser una persona nacionalista, no era partidario de ningún fanatismo, pero sí apoyó al movimiento sionista en tanto que luchaba por un hogar nacional judío, aunque no perteneció a ninguna de sus ramas políticas. Einstein fue miembro fundador de la Universidad Hebrea de Jerusalén y fue quien dictó la clase inaugural. También se le ofreció ser el segundo presidente del Estado de Israel, (que a la postre es un cargo más honorífico que ejecutivo) a la muerte de su primer presidente, Jaim Weizmann, (1948-1952) honor que rechazó cortésmente.

Antes que los nazis se hicieran del poder, Einstein (1932) confiaba en que algún organismo internacional con capacidad y reconocimiento legislativo fuese capaz de obligar a todos los países miembros a cumplir con sus decretos, dictámenes y compromisos, sin dejarse llevar por intereses y presiones extrajudiciales que interfirieran en sus decisiones. Tenía la suficiente lucidez para darse cuenta que sus pretensiones contraponían el derecho y el poder de tal institución internacional con los intereses políticos, económicos y sociales de los países involucrados. Pretendía que las decisiones de esta institución internacional pudiesen obedecer a un ideal de justicia y no a la conveniencia particular de tal o cual nación. Para garantizar la seguridad internacional, se requería la renuncia incondicional de la soberanía y libertad de acción de las naciones a favor de este organismo supranacional, responsable y garante de la seguridad de éstas. Sin embargo, reconocía que, por el momento, dicha organización supranacional, -la Liga de las Naciones-, carecía del poder y del reconocimiento necesario.

El mundo ya tenía experiencia del fracaso de organismos internacionales precedentes y/o vigentes de esa naturaleza. Einstein se daba cuenta que, además de lo señalado, entran en juego factores psicológicos que paralizan dichos esfuerzos. Por ejemplo, el afán de poder de los gobernantes que sentirán como una manifestación de hostilidad cualquier limitación a su dominio y a su soberanía nacional. Einstein vinculaba las ansias de poder político de los gobernantes con la fuerza de grupos cuyas aspiraciones económicas y puramente mercenarias (por ejemplo, en la «repartija de África») prevalecían a la necesidad global, para imponer su poderío. Pensaba que, durante las guerras, los gobernantes eran indiferentes a la moderación social y a las consideraciones privilegiando y ampliando sus intereses particulares.

La historia demostró que, si algo les faltaba a los gobernantes implicados en los conflictos que Einstein temía se desatarían, era moderación. Las características de Hitler y Stalin, líderes totalitarios durante los años que antecedieron y durante la segunda guerra mundial, no fueron ni la indiferencia ni la moderación, por el contrario, se caracterizaron por sus excesos en el ansia de poder y de lograr el dominio total.

Einstein se preguntaba cómo «una pequeña camarilla», unas cuantas personas centradas en sus propios intereses, fue capaz de someter la voluntad de una mayoría que, a costa de sus pérdidas y sufrimientos personales, estaba dispuesta a satisfacer las demandas, necesidades y ambiciones de esos pocos. Einstein se daba cuenta que la minoría dominante suele ser en todas las naciones, la que tiene a su cargo la educación y la prensa, con lo que tienen a su alcance la organización, el manejo y difusión de la información y de las emociones de las masas, logrando usarlas como instrumento.

Einstein plantea otra pregunta: ¿cómo logra esa minoría dominante, además del uso de los instrumentos señalados, despertar el entusiasmo salvaje de los hombres, incluso al punto de permitirse sacrificar sus vidas? De una forma u otra Einstein se responde: pensaba que el hombre tenía dentro de sí un deseo de destrucción y un odio que se mantiene en estado latente en épocas normales, pero que emerge en circunstancias especiales. Gracias a la utilización de la prensa y la educación, se puede convertir eso latente en una «psicosis colectiva». Einstein pregunta *¿es posible controlar la evolución del hombre como para ponerlo a salvo de las psicosis del odio y la destructividad?* (Einstein, A, 1932:185) Los pensadores, los intelectuales, los científicos suelen mantenerse aislados del diario vivir, sobre todo cuando están produciendo su obra, por ello terminan alejados de la realidad que afecta a la sociedad. Es por esto que Einstein responsabilizaba a la «intelectualidad» de dejarse sugestionar con ideas que fascinan a personas menos cultivadas y que terminan siendo aceptadas colectivamente. Estas ideas están impregnadas -podemos pensar que dirían Freud y Einstein- de pulsión agresiva dirigida contra minorías y podrían ser desplegadas en guerras civiles. Esa pulsión debía ser neutralizada, pero ¿cómo? En estos conflictos tales pulsiones e ideas se plasman en formas de acciones crueles y extravagantes. ¿Habría manera de eliminar definitivamente los conflictos armados?

Einstein apreciaba en Freud su perspectiva y capacidad de comprender lo que estaba sucediendo. Por ello acudió a él y lo puso en tal compromiso conceptual. Tenía la esperanza que Freud pudiera ayudar a comprender mejor los fenómenos, aportar nuevas y más provechosas líneas de acción y con ello disminuir los conflictos bélicos.

La preocupación de Einstein, era genuina y, tal vez como más de uno, buscaba respuestas y soluciones que lograran aquello que él mismo dudaba que se pudiera lograr.

Freud respondió con *¿Por qué la guerra?* (Freud, S., 1933b [1932]). Propuso sustituir la palabra «poder» utilizada por Einstein, por la de «violencia». Según Freud, el derecho y la violencia se oponen, a pesar que el primero se desarrollara a partir del segundo. En el origen de la humanidad, decía Freud, los conflictos de intereses se resolvían por medio de la violencia. Freud transmitió a Einstein sus hipótesis acerca de la

horda primitiva, la manera en que habría resuelto sus conflictos, utilizando la fuerza muscular. La lucha parricida primero y luego fratricida obligó a establecer las primeras y firmes limitaciones pulsionales:

- No matarás, (a tu padre, después la prohibición se extendió a las demás personas)
- No cometerás incesto

Pero esto no habría sido suficiente, consideraba Freud. El ser humano desarrolló y utilizó instrumentos cada vez más sofisticados de destrucción en las guerras, lo que benefició a los poseedores de las mejores armas y a los que las emplearon mejor. Gradualmente prevaleció la superioridad mental sobre la fuerza muscular marcando diferencias entre los que se confrontaban. Esta lucha continuó a través de los siglos por las mismas razones: una de las partes deseaba lo que tenía la otra; el más poderoso dañaba al más débil, lo obligaba a constreñir sus fuerzas y a ceder. La muerte del enemigo dice Freud, suele satisfacer una inclinación pulsional del vencedor y atemoriza a posibles opositores.

Una de las preguntas que se hacía Freud (1933a [1932]) (y atribuía a probablemente todo líder de una población en guerra) era que, si se aplicaba una violencia lo suficientemente radical como para eliminar de forma duradera al contrincante, (a menos que conviniera mantenerlo sometido por intereses de otra índole), se resolverían estos conflictos. En ocasiones el que triunfa prefiere utilizar la violencia para mantener vivo y someter al vencido para sacar provecho de sus fuerzas físicas y/o mentales. En ello se encuentra un primer indicio del posible respeto a la vida del enemigo, pero no elimina el deseo de venganza del vencido.

Dice Freud que, aunque la violencia siempre tiende a imponerse y quebrantar la unión entre la gente, azuzando en los opresores el temor a la venganza, el respeto por la vida y el intelecto permiten que se sustituya la violencia por derechos. La unión entre la gente otorga poder, lo que posibilita proponer normas de derecho del grupo contra la violencia del individuo o contra los deseos de dominio del grupo más pequeño.

Mientras la unión comunitaria logre ser conservada, se puede establecer leyes, castigos y normas de convivencia social. Esta ligazón depende siempre de las fuerzas libidinosas que mantiene unida a la comunidad y en ello estriba su genuina fortaleza.

La violencia se doblega gracias a que se transfiere el poder de unos pocos a una unidad mayor. Ésta requiere de las ligazones libidinales entre sus miembros para seguir cohesionada. El objetivo de las leyes es que el individuo restrinja su libertad personal y el uso de la violencia para garantizar una convivencia segura para todas las partes. Sin embargo, no se puede crear sociedades enteramente igualitarias. Siempre hay

diferencias: hombres y mujeres, padres e hijos, personas que dominan y personas sometidas. A fin de cuentas, el derecho comunitario se vuelve la expresión de esas desigualdades entre los que detentan el poder y los que no. El dominador suele pretender hacer uso de su poder para que ante la violencia retrocedan los logros del derecho. Los sometidos intentarán salir de ese estado y procurarse más poder para conseguir igualdad. Cuando en la comunidad se desplazan las relaciones de poder, pueden ocurrir luchas de clases, guerras civiles, etc. Que las leyes se pongan en práctica de forma pacífica es posible si se ha logrado una *modificación cultural de los miembros de la comunidad* (Freud, S., 1933a [1932]:190).

Las razones psicológicas para mantenerse unida una comunidad serían lograr una ligazón afectiva que permita la identificación entre sus miembros y un profundo temor por los propios niveles de violencia siempre latentes.

Las relaciones de dependencia recíproca y necesaria en la comunidad, sus integrantes motivados y ligados por una idea rectora y un sentimiento de unidad, permitirían un nivel de convivencia que en teoría facilitaría que se encuentren soluciones pacíficas a los reclamos de partes con intereses diferentes.

Pero basta mirar la historia de la humanidad, dice Freud, para darse cuenta que episódicamente las ideas y sentimientos de comunidad perdieron su efecto y las soluciones pacíficas no siempre fueron duraderas. Hay toda clase de conflictos: entre vecinos, entre grupos sociales, religiosos, municipios, comarcas, países, etc. Las diferencias entre los grupos, sean grandes o pequeñas, suelen desencadenar actos de violencia en los que el vencedor impone un estado de sometimiento total a los vencidos. Freud no condenaba de manera generalizada las guerras de conquista pues pensaba que, en algunos casos, se trató de establecer leyes y un sistema de derecho. (Habría que agregar, un derecho acorde con el sistema occidental imperante en Europa). Pero otras guerras le parecían condenables dado que solo habrían dejado calamidad. Por detrás de algunas de ellas había un deseo de lograr una «paz eterna», utilizando el poder disuasivo del vencedor quien, centralizando la violencia podría imposibilitar posteriores guerras. Sin embargo, continua Freud, sabemos por la historia que los logros de las conquistas no suelen ser duraderos; la unidad surgida bajo el lema de la conquista suele romperse cuando vienen los tiempos de paz. El resultado de estas conquistas ha sido que pequeños conflictos sustituyan a otros de mayor dimensión y más devastadores. En la segunda y tercera década del siglo XX se mantenía fresco en Europa el recuerdo violento de la muy cruenta primera guerra mundial y, en el diario vivir, se sentía el fortalecimiento del espíritu de guerra fomentado por la desilusión y vergüenza por la derrota sufrida en ella y por el discurso nazi dispuesto a vengar la humillación.

Freud era plenamente consciente de lo que el mundo y especialmente Europa estaba viviendo. El partido de Hitler estaba cerca de acceder al poder y su influencia en Austria era ampliamente conocida. Freud se daba cuenta que estaban *ante un ensayo pocas veces aventurado en la historia de la humanidad* (Freud, S., 1933a [1932]:190), ante algo nunca antes visto o hecho para adueñarse de la autoridad y del poder invocando sentimientos y actitudes «ideales». Como ejemplo, Freud describe la intención de la ideología bolchevique de finalizar con las guerras y las diferencias entre las clases sociales, pero para conseguirlo Freud creía que estaban dispuestos a desencadenar una serie de «espantosas guerras civiles» en el proceso de alcanzar la ansiada paz.

Freud le sigue respondiendo a Einstein que consideraba que subyace al entusiasmo de los hombres por la guerra la «pulsión de muerte» que busca separar, desunir, destruir, odiar y aniquilar los lazos libidinales que proporcionan el sentimiento de comunión. Son las pulsiones eróticas o sexuales las que manifiestan el afán y la unión de vida. Entre ambas pulsiones hay una lucha constante: amor y odio; atracción y repulsión y en ambos opuestos el ser humano puede sentir placer. En el caso de la pulsión destructiva, dicho placer no se limita a dañar a otros seres humanos, también incluye a objetos, sin importar que ello termine dañando al propio protagonista, promotor de la guerra, (ya sea un individuo o un grupo) de diversas maneras. La historia de la humanidad cuenta con innumerables muestras de dicha maldad y capacidad aniquiladora.

Las inclinaciones agresivas, continúa diciendo, son connaturales de los hombres, no pueden desarraigarse, dado que, cuando no se exteriorizan aisladamente, participan de la dinámica psíquica junto a las pulsiones de vida. Lo que se puede hacer es desviarlas hacia una expresión distinta que la guerra. En algunos textos Freud se refirió a la capacidad sublimatoria que tiene la pulsión sexual cuando se aleja de la meta sexual y esa alternativa (la sublimación) puede ser muy creativa también en el caso de la pulsión agresiva, dice.

Freud sentía que la doctrina de las pulsiones hacía verlas como «seres míticos», pero esta doctrina podía mostrar vías indirectas para combatir la guerra. La guerra representa un desborde de la pulsión destructiva y para refrenarla sólo queda apelar a su fuerza contraria, el Eros. Las ligazones afectivas entre los hombres pueden y han ejercido un efecto contrario a la destructividad, a pesar que dicho efecto, como ya señalamos, no ha podido ser muy duradero. Estas ligazones se pueden vincular con un objeto de amor, aunque no se busque la satisfacción sexual, como es el caso de los sentimientos de comunidad. A pesar de que Freud consideraba que la expresión «ama a tu prójimo como a ti mismo» es una ilusión, también cree que sirve como motivación que acerca a los

hombres. La identificación también favorece las relaciones de comunidad entre los hombres para sostener la vigencia de la sociedad humana.

Freud reconocía que siempre hubo y hay de autoridad en las relaciones humanas debido a la desigualdad entre los seres humanos. Es desigualdad es inherente a su naturaleza y no se puede eliminar porque los hombres se separan entre quienes son conductores, por lo general una minoría y los que aceptan que otros los dirijan. La mayoría de personas, -pensaba Freud- delegan en una autoridad la responsabilidad de asumir decisiones que individualmente son difíciles de tomar. Los líderes deciden y los individuos por lo general acatan. Si se desea modificar este *statu quo*, hay que apelar a la educación como función mental superior por medio de la cual el individuo puede utilizar la capacidad de un pensamiento autónomo, que pueda luchar por la verdad, reducir su vulnerabilidad ante los amedrentamientos.

Lo recomendable, dice Freud, sería que la gente educada sea la que asuma la conducción de masas heterogéneas, aunque temía que la prohibición del pensamiento crítico y los abusos del poder que puedan provenir del mismo Estado o ser *decretado por la Iglesia* (Freud, S., 1933a [1932]:196) limiten y no garanticen la autonomía de dichas masas. Creía que siempre quedaba la esperanza de que un grupo de hombres educados y pensantes se hubiesen planteado someter las demandas pulsionales a la tutela de la razón y que tales individuos podrían estar mejor calificados para velar por los destinos de la comunidad, pero reconocía que esa aspiración era muy difícil de realizar.

Compartía con Einstein lo inaceptable de la guerra, la indigna situación en que pone y deja a los hombres, que muchas veces se ven compelidos a matar sea en defensa propia o para seguir siendo parte del grupo dominante; perdiéndose muchas vidas promisorias. Freud se daba cuenta de que, por causa de los progresos de los medios de destrucción, existe un riesgo real de aniquilación de uno o ambos bandos de contendores; le sorprendía que todavía no era posible desestimar las guerras por medio del respeto de un acuerdo universalmente aceptado por todos los hombres y todas las naciones. Freud, Einstein y Arendt, además de otros pensadores e intelectuales, fueron pacifistas, formados por la cultura que admiraban y capaces de delimitar sus expresiones pulsionales, personas que aspiraban a que dicha renuncia y nivel cultural ayude a doblegar la pulsión destructiva.

Freud y Einstein coincidían en la idea de que el individuo evolucionó desde el inicio de los tiempos, con la renuncia a la satisfacción pulsional en favor de la convivencia y el desarrollo de la cultura. Gracias a esa evolución, la humanidad ha sido testigo de grandes producciones artísticas, científicas e intelectuales y los seres humanos hemos llegado a desarrollarnos de manera destacada, pero a la par, al reprimir las satisfacciones

pulsionales, también ha habido sufrimiento. El inicio de este desarrollo se imaginó oscuro, como describe Freud en *Tótem y tabú* (Freud, S., 1913 [1912]) o como relatan la mayoría de los mitos fundacionales de los distintos pueblos.

En 1933 en que Freud respondía a Einstein, en sus palabras se ve que consideraba el porvenir de la evolución bastante incierto por las actitudes adoptadas y el creciente dominio de las pulsiones destructivas en el ideario nacionalsocialista, capaces de llevar a la desaparición de la especie humana. Su afirmación y su temor son absolutamente coincidentes con las apreciaciones que haría Hannah Arendt posteriormente en relación a los regímenes totalitarios cuya vocación destructiva amenaza la existencia humana. El desarrollo de la cultura se lleva a cabo cuando se desplazan y/o se limitan progresivamente las metas pulsionales hacia creaciones sublimadas. Con el proceso de la cultura han variado los ideales estéticos y éticos, lo que hace que cambien los criterios de lo que es aceptado y lo que no, aunque cada cultura dé forma propia a sus prohibiciones. Freud piensa que de gran trascendencia es el fortalecimiento del intelecto, al que se deja la responsabilidad de domeñar la vida pulsional y que sería un objetivo importante que el individuo, merced a su intelecto, aprenda a reconocer y modular sus fuerzas agresivas y destructivas.

Freud estaba en contra de las guerras no únicamente desde lo afectivo o lo intelectual. Sentía una repulsa «constitucional» contra la guerra, pensaba que el mundo necesitaba tener más pacifistas que se aferren a esa esperanza utópica, basada en las adquisiciones culturales y en la angustia real sobre los terribles efectos que la guerra puede tener. Si ese grupo de gente se consolidara y se mantuviese, tal vez podría influir para poner fin a las guerras ya que *todo lo que promueve el desarrollo de la cultura trabaja también contra la guerra* (Freud, S., 1933a [1932]: 198).

Incluso contradiciendo sus propios planteamientos teóricos, ni Freud, ni Einstein ni Arendt estuvieron dispuestos a perder las esperanzas en el ser humano y la humanidad.

La respuesta de Freud a Einstein la escribió desde Viena en septiembre de 1932. El 30 de enero de 1933 Hitler fue nombrado Canciller de Alemania por el Presidente Hindenburg. La noche del 10 de mayo de 1933, en la Plaza de la Ópera - Opernplatz de Berlín y frente a la Universidad Humboldt, Hitler mandó quemar más de 20,000 libros cuyos autores o los temas tratados en estos, contenían un supuesto «espíritu anti-alemán». La mayoría de los autores de dichos libros eran judíos y entre estos libros quemados se encontraban las obras de Sigmund Freud y Albert Einstein. (Weber, L., 2000:65) La revista norteamericana Newsweek llamó a este acto un *Holocaust of books* (Holocausto de libros). Freud le comentó a Ernst Jones que había grandes progresos en

la sociedad, puesto que *en la Edad Media me habrían quemado a mí; hoy en día se contentan con quemar mis libros* (Gay, P., 1988:658).

Retrocediendo veinte años en la historia del psicoanálisis, en 1910, C. G. Jung fue elegido como primer presidente de la *Internationale Psychoanalytische Vereinigung*, que luego sería la *International Psychoanalytical Association*. Darle tal responsabilidad a Jung suponía un mensaje a los demás fundadores del psicoanálisis, respecto a la especial deferencia que Freud le tenía a Jung, además del hecho que éste era uno de los pocos psicoanalistas no judíos, lo que hizo notar a sus colegas vieneses:

Cuando las cosas en Europa, especialmente en Alemania, estaban ya muy candentes contra los judíos, Jung (1933) aceptó sustituir a Ernst Kretschmer en la Sociedad Alemana de Psicoterapia y un año después, Jung (1934) se mostró abiertamente antisemita en su texto *La situación presente de la psicoterapia*. Jung se había propuesto salvarla de la *descomposición en que había sido sumergida por los judíos psicoanalistas*. En su texto afirmó que había una diferencia entre «el inconsciente ario y el inconsciente judío» dado que el inconsciente ario era superior al inconsciente judío, suscribiendo el pensamiento nazi

No es posible aceptar que Freud o Adler sean representativos de la humanidad europea [...] En su condición de relativo nómada, el judío nunca creó y presumiblemente nunca creará una forma cultural propia, pues todos sus instintos y su talento dependen de la existencia de un pueblo anfitrión más o menos civilizado [...] ¿Quizá el poderoso fenómeno del nacionalsocialismo, contemplado con asombro por el mundo entero, les enseñe la verdad? (Johnson, P., 1987:565; Roudinesco E. y Plon, M. 1997: 582).

A raíz de las persecuciones contra el psicoanálisis y contra los judíos, los miembros de la Asociación Psicoanalítica Alemana fueron abandonando la institución y los que no eran judíos ingresaron a la Sociedad Alemana Médica de Psicoterapia, formada en 1934. El primer presidente de dicha sociedad fue el psiquiatra M. H. Goering, primo del ministro de aviación nazi, Hermann Goering. El psicoanálisis fue considerado por los alemanes como una «ciencia judía» y por ello fue proscrito junto con los profesionales que lo practicaban. Como presidente de la sociedad alemana de psicoterapia, Matthias Heinrich Gœring se propuso *arianizar el psicoanálisis*, (Roudinesco, E., - Plon, M., 1997: 96) lo que significaba en realidad la destrucción sistemática de la práctica psicoanalítica en Alemania.

A pesar del espíritu crítico habitual en Freud, éste se aferraba a un raro optimismo, que le hacía creer que las Ligas de las Naciones, Francia y sus aliados, no permitirían que las leyes discriminatorias contra los judíos se apliquen en Austria. A pesar de los ruegos

de los colegas que le pedían que abandone Viena, Freud se negaba a hacerlo porque se sentía demasiado viejo y enfermo, porque tenía esperanza que Hitler no atacaría Austria y que el ambiente socio-político no adquiriera el nivel de brutalidad que ya se vivía en Alemania. Dudaba que su vida estuviese en peligro como para pensar en escapar.

Podemos entender los argumentos expuestos por Freud para no abandonar Viena. Sin embargo, es inevitable preguntarse qué otras razones inconscientes le impidieron que ponderara adecuadamente la situación, más aún, considerando su análisis lógico acerca de las pulsiones destructivas y los peligros que representaba el régimen nazi. A esas alturas, lo que hasta hacía poco era una amenaza, desde finales de enero de 1933 se convirtió en un peligro real y absoluto contra el psicoanálisis y contra los judíos.

¿Qué pasó por la mente de Freud que se dejó llevar por falsas esperanzas? Sabemos que miembros de su círculo más íntimo y de su plena confianza le advirtieron de lo perentorio que era salir de Austria. Sus colegas psicoanalistas de Berlín y mucha otra gente, incluida una desconocida Hannah Arendt, tuvieron que huir exilados de Alemania ese mismo año de 1933.

El historiador y biógrafo Peter Gay, afirmaba que Freud se negó a condenar el comportamiento del gobierno austriaco, tal vez por algún nivel de «ceguera», una «parálisis afectivo-emocional», tal vez terror, negación o evasión.

Freud quería resistir el embate alemán porque, además de lo dicho, sabía que, a los extranjeros, en especial a los judíos, no se les recibía fácilmente en otros países.

Freud siempre fue un judío laico y siempre se reconoció como tal. Nunca negó su pertenencia a la grey judía. Su judaísmo se limitaba a reconocer su pertenencia, su ascendencia; el no haber renegado de su condición de judío, a diferencia de tantos otros que abandonaron sus tradiciones y se convirtieron a otras religiones. Como una persona educada en territorio germano, al igual que en su momento Arendt, se identificó plenamente con la cultura y la lengua alemana, en la que escribió y pensó.

Freud tuvo la oportunidad de conocer la postura de Theodor Herzl, el cual se percató de cuánto el discurso antisemita se convirtió en elemento preponderante en contra del acusado. Ese hallazgo lo llevó a crear el sionismo político, cuyo objetivo era la creación de un hogar nacional judío en Palestina. Freud observó el desarrollo del sionismo con benevolencia, simpatía e interés. Tuvo intercambios con los intelectuales que construyeron la Universidad Hebrea de Jerusalén. En la traducción hebrea de *Tótem y tabú*, Freud (1930) decía haber renunciado a muchos aspectos que podría haber tenido en común con otras personas judías, pero conservaba mucho de su condición como tal. Esperaba que se pudiese demostrar científicamente ese sentimiento denominado «identidad judía».

Las leyes que regían Alemania y Austria limitaron el ejercicio profesional de los judíos, a los cuales antes de 1933 se les permitía estudiar medicina, pero no los acogían en las universidades como profesores. Esa marginalidad y el precario status hizo que muchos de los primeros psicoanalistas fuesen judíos, que les brindaba una buena oportunidad de ejercer como médicos.

Freud resistió todo lo que pudo antes de abandonar Viena y aceptar lo inaceptable: que su amado pueblo alemán, representado en ese momento por el partido nazi, no lo consideraba un connacional; por el contrario, deseaba eliminarlo a él en su calidad de judío, a su teoría psicoanalítica considerada «ciencia judía» y a sus correligionarios judíos y psicoanalistas.

III.5 Los últimos escritos de Freud (1934 – 1939)

Las consecuencias sobre los judíos alemanes y austriacos de la promulgación de las leyes de Nuremberg (1935) en Alemania, (Hitler todavía no se había anexionado Austria - «*Anschluss*»-) fueron la restricción de ejercer sus profesiones, limitaciones en su economía y forma de vida, la aplicación de nuevas leyes raciales, los primeros actos conducentes a dejar aldeas, pueblos y ciudades *Judenrein* – «libres o limpias de judíos»-. Todas estas medidas fueron una antesala a la devastación que empezaba a desplegarse.

Un año (1934) Freud comenzó a escribir en Viena *Moisés y la religión monoteísta* (Freud, S., 1939 [1934 – 38]). Según Peter Gay fue su «espíritu desafiante» lo que impulsaba a Freud a escribir un libro que creó mucha controversia por afirmar que Moisés era egipcio. Freud estaba tratando de averiguar y descifrar cómo así surgió el «carácter especial de los judíos» y qué atrajo sobre este pueblo un odio que Freud calificó de «inmoral». Entre las hipótesis de su libro sostenía que «*el judío*» es una creación del hombre Moisés (Gay, P., 1988:671).

Mientras Freud lo escribía sabía que sus argumentos podrían no estar suficientemente sustentados y, frente a sus afirmaciones, temía la reacción que tendría la Iglesia Católica Romana (que por esos días tenía un rol preponderante en el gobierno austriaco), el público en general y en especial la de los mismos judíos, por cuestionar el origen de su principal profeta, el que les había entregado las «Tablas de la Ley». Escrito durante el empoderamiento del régimen nazi sobre Alemania, Austria y poco después sobre toda Europa, cuando el pueblo judío sufría de una tenaz y violenta persecución, era de esperarse que las ideas freudianas sobre Moisés no fuesen bien recibidas por los judíos. Más de un personaje del mundo judío le expresó sus temores y le solicitó que no lo publique. El mismo Freud recordó haber recibido una carta en la que se *me pide que no*

prive a mis pobres e infelices hermanos judíos del único consuelo que les queda en su desventura (Gay, P., 1988:700). Los tres ensayos que conformaron el libro fueron impresos en Holanda durante 1938 y se tradujo al inglés en 1939. Como respuesta, recibió denuncias coléricas y refutaciones a sus argumentos.

En los últimos trabajos escritos por Freud revisa a muchos de sus conceptos metapsicológicos. En el último de ellos, *Esquema del psicoanálisis* (Freud, S., 1940 [1938]) reunió los principales conceptos psicoanalíticos y los expuso «dogmáticamente», no como un artículo de divulgación sino como un «curso de repaso» para conocedores. (Freud, S., 1940 [1938]:137, 139)

Freud se exiló de Viena en 1938 y, para su sorpresa, fue muy bien recibido en Londres, pero después de publicar *Moisés y la religión monoteísta* (Freud, S., 1939 [1934 – 38]) su popularidad se vio mermada en Inglaterra.

Freud se salvó de los estallidos de violencia y terror en Austria dirigidos contra los enemigos del régimen nazi, los socialdemócratas, los líderes de la antigua derecha, los comunistas y sobre todo los judíos. Hasta el momento de emigrar Freud, él no se había pronunciado abiertamente contra los austríacos ni contra el nuevo gobierno alemán, que permitieron que las turbas aterrorizaran y saquearan casas, pequeños comercios y negocios de los judíos sin mediar orden alguna. Los prelados austríacos, a despecho de las esperanzas de Freud, lejos de criticar dichos actos, con la venia del Cardenal Theodor Innitzer, los sacerdotes incluyeron en sus sermones la celebración de los logros de Hitler. (Gay, P., 1988)

Unos meses después de dejar Viena, entre el 9 y 10 de noviembre de 1938, se desató en los territorios alemanes y austríacos la tristemente célebre *Kristallnacht* o *Novemberpogrome*, - «la noche de los cristales rotos»-.

El dramaturgo alemán Carl Zuckmayer escribió al ver lo que ocurría en Viena:

El infierno se ha abierto, liberando a sus espíritus más bajos, más repugnantes, más impuros. La ciudad se ha transformado en una pesadilla pintada por Hieronymus Bosch. [...] Lo que se había desencadenado allí era la sublevación de la envidia, la maldad, el rencor, la ciega y viciosa sensualidad de la venganza (Gay, P., 1988:686).

No fue evento puntual. Al día siguiente aumentaron los ataques contra los judíos y sus negocios. A pesar de que los líderes judíos habían coincidido con la idea de Freud de que el antisemitismo austriaco sería más moderado que el alemán, quedó demostrado que estaban en un error; se esparció por todo el país con suma velocidad y violencia. A partir de esa fecha se desencadenó un período de asesinatos políticos, algunos organizados, otros espontáneos, casuales e improvisados. Ante la ferocidad de los

ataques una ola de suicidios judíos se apoderó de Austria al punto que los nazis se vieron en la necesidad de declarar que de los noventa y seis ocurridos en diez días *sólo cincuenta [...] estuvieron relacionados con el cambio de la situación política* (Gay, P., 1988:689). Meses antes su misma hija Anna le planteó a Freud la alternativa del suicidio, pero Freud, con espíritu desafiante, señaló que, dado que eso es lo que los nazis esperaban de él, no les daría gusto.

El 25 de noviembre de ese año, salió publicado en un «semanario de emigrados alemanes» el artículo *Comentario sobre el antisemitismo* (Freud, S., 1938). En él, escudado bajo la supuesta identidad de un escritor no judío, parece apelar a los pocos grupos (provenientes del mundo eclesiástico y los del mundo humanista) que protestaron «contra los excesos antisemitas». Comienza el texto sugiriendo que estos grupos deberían admitir que también ellos tienen sentimientos negativos hacia los judíos, porque «parecen extraños y antipáticos», entre otros argumentos. El supuesto escritor no judío apela incluso a la religión y señala que, «nosotros profesamos una religión de amor. Debemos amar como a nosotros mismos incluso a nuestros enemigos», razón por la cual no deberíamos consentir el maltrato, el robo, el insulto a los judíos que están sumidos en la miseria, pues ello significa pecar contra los mandamientos de la religión cristiana, «sin tener en cuenta si los judíos merecen poco o mucho este trato». Para los articulistas laicos, dice el autor, se puede decir lo mismo pues los humanistas creen en el «evangelio de la verdad».

Después continúa refiriéndose a los judíos como personas ni peores ni mejores a las demás, con otros defectos y otras características, pero, ello no da derecho a despreciarlos. Por el contrario, dice este desconocido personaje: rara vez cometen crímenes brutales, robos o asesinatos; se les reconoce por el valor de sus realizaciones intelectuales, su preocupación por la familia y por considerar la caridad como un deber sagrado. (Freud, 1938: 293,294)

James Strachey, (1973) en su comentario acerca de este artículo, señala que el supuesto escritor no judío del que Freud no recuerda el nombre ni la cita, es el propio Freud, quien «escogió esa manera indirecta para expresar puntos de vista que no le eran muy gratos» (Freud, S., 1938:292) Pero Freud, quien criticó siempre a las religiones y sus falsas creencias, incluso escudado en un falso personaje, apeló a creencias religiosas pero no se atrevió a dirigir su protesta directamente a los perseguidores antisemitas, sino a quienes callaron frente a tanto horror y maldad hacia sus «prójimos».

La reticencia de Freud de dejar Austria, de apartarse de la cultura alemana y de criticar abiertamente al régimen nazi, pone en evidencia que incluso una mente dedicada

a pensar y expresarse con libertad como la suya, fue presa de las contradicciones y ambivalencias que pueblan la mente del ser humano.

Freud falleció la madrugada del 23 de septiembre de 1939 en Londres, veintitrés días después de la invasión alemana a Polonia. El 27 de agosto de ese año, con su salud muy deteriorada, anotó por última vez en su diario «pánico de guerra». Dice Gay (1988) que Freud conservó la lucidez y el control de su vida hasta el final. (Gay, P., 1988)

IV. Encuentros y desencuentros entre los aportes de Hannah Arendt y los de Sigmund Freud

Este capítulo está dedicado a discutir el «mal radical» que, de acuerdo con Arendt, apareció en las últimas fases de los gobiernos totalitarios y contrastar los conceptos y propuestas que lo conforman mirándolo a la luz de algunos conceptos psicoanalíticos propuestos por Sigmund Freud. Cada uno de los autores trabaja desde marcos teóricos distintos, con objetos de estudio, métodos y estrategias diferentes. Es un trabajo interdisciplinario en el que interviene la filosofía, la teoría política y el psicoanálisis, porque creemos posible, importante y enriquecedor encontrar las correspondencias, las contradicciones, las diferencias y/o temas en que se complementan.

IV. 1 Delimitación de las fuentes de reflexión e investigación

El concepto de «mal radical» propuesto por Hannah Arendt en 1951, proviene de *Sobre el mal radical en la naturaleza humana* (Kant, I., 1793) planteado por Kant. Arendt pensó que únicamente un «mal absoluto», un «mal radical» podría explicar el horror desatado y las atrocidades cometidas por los nazis desde que subieron al poder en 1933, cuya máxima expresión fue la *Shoah*. La autora analizó los distintos elementos que en su conjunto y luego de cristalizar en formas más definitivas, dieron paso a los regímenes totalitarios cuya forma de obrar se manifestó por el predominio de conductas destructivas extremas.

Arendt consideró al estalinismo y al nazismo como los regímenes totalitarios por excelencia. En este trabajo nos referimos únicamente al nazismo, dado que, coincidiendo con Perednik (2014) creemos que constituyó un fenómeno singular en su determinación destructiva en particular contra el pueblo judío, a pesar que también se ensañó con otros grupos humanos. Decidimos *expofeso* limitarnos a la obra de Arendt y a la de Sigmund Freud. De la primera utilizamos textos- concerniente a la evolución de Europa, -en particular Alemania-, hasta la conformación de los regímenes totalitarios como *La culpa organizada* (1945), *The Concentration Camps* (1948) entre otros, escrito por ella desde que huyó de Alemania en 1933 que ella describió en hasta la publicación de *Los orígenes del totalitarismo* (Arendt, H., 1951) obra en la que se refiere explícitamente al «mal radical».

El psicoanálisis freudiano nos ofrece herramientas conceptuales que nos permiten pensar en los dinamismos y fenómenos intrapsíquicos individuales y grupales, sociales y culturales que subyacen en la psique de quienes participan en los excesos destructivos

que caracterizan a estos regímenes. Nos ceñimos exclusivamente a la obra de Sigmund Freud y la evolución conceptual de la «pulsión de agresión», la «pulsión de apoderamiento», la «pulsión de crueldad», la «pulsión de destrucción», todas ellas externalizaciones de la «pulsión de muerte». Recogemos algunos conceptos vertidos en sus trabajos de psicología de las masas y del desarrollo de la cultura; de la Primera Guerra Mundial; del intercambio epistolar con Albert Einstein y sus últimos escritos.

Tanto Freud como Arendt fueron modificando, argumentos en relación a sus propuestas teóricas. Arendt fue cambiando la manera en que comprendía y conceptualizaba el problema del «mal». El punto de quiebre lo constituyó presenciar el juicio a Adolf Eichmann en Jerusalén. Las actitudes asumidas por el acusado durante el juicio llevaron a Arendt a pensar que el mal podría ser considerado banal, por lo que acuñó el concepto de «banalidad del mal». Decidimos no analizar su significado, tan discutido y discutible, porque excede los propósitos del presente trabajo.

IV.2 Origen e identidad de los autores – algunos datos

Sigmund Freud nació en Friburgo, Moravia en 1856 y vivió prácticamente toda su vida en Viena, coincidiendo con la aparición y desarrollo de las ideologías, los partidos racistas y las ideologías totalitarias. Medio siglo después nació Hannah Arendt en Linden-Limmer, cerca de Hannover, en 1905. Su infancia y adolescencia las pasó en Königsberg, Prusia.

Ambos autores nacieron en el seno de familias influenciadas por la Emancipación, Ilustración judía y el judaísmo reformista y aunque sus familias no eran religiosas, en sus hogares y en sus vidas no faltó la presencia de aspectos relacionados al judaísmo.

Los dos se formaron en la tradición académica alemana, fueron muy cultos y eruditos, interesados en diversas disciplinas; admiraron la civilización occidental, la creación cultural y el idioma alemán en el que solían pensar, leer y escribir, aunque también escribieron en otros idiomas.

Ambos autores fueron testigos desilusionados del «desagradable espectáculo» del deterioro y degradación de los valores morales y éticos tradicionales de la cultura alemana, del fortalecimiento del antisemitismo y ambos debieron exilarse debido a ello.

Las diferencias entre ellos fueron muchas: la edad, el sexo, la historia personal, la personalidad, el objeto de investigación elegido que responde a paradigmas distintos y el hecho de que los trágicos acontecimientos que afectaron Europa desde comienzos del siglo XX hasta 1933 en que los nazis asumieron el poder, tomó a cada uno en momentos vitales diferentes.

IV. 3 Perspectivas y orientaciones de los autores

La teoría freudiana se construye a partir de la exploración de la psique individual. Freud se internó en lo psíquico y describió el mundo de los conflictos pulsionales esenciales para la continuidad de la vida individual y de la especie. No desconoce el mundo externo, describe las interacciones del infante con sus progenitores, que son su primer contacto con dicho mundo. La familia representa el primer núcleo social en el que el niño interactúa, al que afecta y se ve afectado por ella. Desde la diada madre-infante y el núcleo conformado por la familia se inicia la dinámica de las relaciones con la sociedad y la cultura. Freud se remite a los procesos mentales, a las fuerzas pulsionales en conflicto permanente unas con otras y a la externalización de algunas de ellas cuando se dirigen hacia un «objeto externo».

La motivación más profunda para Arendt fue «entender» y a partir de dicha comprensión, llegar a la verdad y para que se haga justicia, para que se castigue a los responsables. Su análisis toma en cuenta lo histórico, lo filosófico, lo político, lo sociológico y lo económico. Su mirada abarca el «afuera», lo observable. Arendt sostiene que, de la misma manera que la esencia del hombre es su libertad, la función principal de la política es velar por la libertad. Cuando investigó las características del totalitarismo, encontró que su esencia es exactamente la opuesta: el expreso deseo de anular toda libertad, toda dignidad y la singularidad del ser humano, de los grupos y de los pueblos.

Entendemos el método y teoría psicoanalítica como una forma de develar el núcleo de la mente del ser humano, lo más íntimo, remoto, oscuro e inaccesible a la consciencia. Podemos imaginar la figura de dicho núcleo, recubierto e interactuando con las distintas capas externas del diario vivir que conforman la sociedad, la cultura, la problemática económica, política, histórica que investiga Arendt. Esta mutua influencia va variando según la época, la cultura y las circunstancias, afectando de acuerdo a dichas variaciones el mundo interno del individuo y su grupo social. Mundo interno -Freud-, mundo externo -Arendt- en constante interacción.

Freud tuvo el coraje de enfrentar al establishment científico y a la sociedad con sus descubrimientos: la relevancia de la sexualidad infantil en la aparición de síntomas; hostilidad entrelazada con amor en las relaciones más íntimas, incluyendo las de los hijos con sus padres y de los padres hacia los hijos; el mito e ilusión de las religiones como modo de encontrar seguridad y protección ante los límites y finitud humanas. Por último, la existencia de una pulsión silenciosa, destructiva, la «pulsión de muerte», en constante

confrontación con Eros, la «pulsión de vida».

No parece que Freud haya reaccionado con igual nivel de desafío y confrontación para enfrentar los abusos del régimen nazi. Era plenamente consciente de que el fortalecimiento del partido nazi traería terribles consecuencias para la tradición alemana, occidental y para la sociedad europea. Tanto Freud como Arendt tuvieron la capacidad de anticipar lo que se avecinaba y de sentir el dolor de ver derrumbarse una cultura admirada, de la que fueron producto. También coincidieron en el temor que les producía saber que el dominio logrado por los humanos sobre la naturaleza, mal utilizado facilitaría que el afán destructivo pudiera eliminar «hasta el último hombre».

Llama la atención la aparente pasividad y silencio de Freud cuando en 1933 los nazis prohibieron el ejercicio del psicoanálisis, quemaron sus libros junto con los de miles de autores judíos y disidentes y dismantelaron la Sociedad Berlinese de Psicoanálisis. Antes que abandonar Viena, Freud prefirió comentar, protestar y emitir sus opiniones políticas en intercambios privados, presenciales o epistolares, con personas de su confianza. La única excepción parece ser el artículo *Comentario sobre el antisemitismo* (Freud, S., 1938) en el que, según James Strachey, el mismo Freud era aquel autor no judío que reclama a las autoridades eclesiásticas y a representantes del mundo laico por no protestar firmemente por las atrocidades y persecución cometidas por el régimen nazi contra los judíos. En este artículo, no se animó a dirigir su protesta e indignación personal directamente contra los responsables de tanta devastación. No deja de ser -por lo menos-, desconcertante que un profundo, experto y por lo general valiente confrontador de ideas como lo fue Freud, haya adoptado esa actitud.

Frente a estos mismos acontecimientos Arendt, la misma persona que hacía poco se había declarado desinteresada en política, asumió una posición activa y combativa, básicamente desde lo intelectual, denunciando los acontecimientos, dando conferencias, abriendo foros y publicando para que el mundo tomara conciencia de la realidad de los judíos europeos y para que alguien, especialmente el gobierno de los Estados Unidos, interviniera para detener lo que estaba ocurriendo. Es cierto que Freud tenía mucho más que perder, podían haber desaparecido no solo su teoría y el método psicoanalítico, sino peor aún, su familia y su pueblo. Estaba viejo y enfermo. En cambio, Arendt era mucho más joven, no era como Freud una figura pública y no estaba enferma.

Cuando Arendt escribió *Los orígenes del totalitarismo* (Arendt, H., 1951) la teoría freudiana era de conocimiento público. No sabemos cuán profundamente Arendt la conocía, pero sí sabemos que le suscitaba poca simpatía. Algunas de las objeciones arendtianas estaban estrictamente vinculadas a conceptos que ella considera mal utilizados por algunos autores, (por ejemplo, el supuesto «deseo de muerte» de los

judíos) podrían ofrecer, sin proponérselo, argumentos que justifiquen, reduzcan, eliminen o terminen «avalando», el comportamiento de los perpetradores. Esas objeciones nos parecen válidas. Pero creemos que se trata de casos aislados que no merecen la generalización que ella hizo del psicoanálisis.

IV.3.1 El «mal radical» según Kant y según Arendt

Hannah Arendt, formada en filosofía y en teología, pensaba que el único filósofo anterior al siglo XX que posiblemente sospechó de la existencia de un mal absoluto fue I. Kant quien creía que el hombre, en tanto ser racional y libre, es capaz de comportarse de acuerdo con la ley moral; pensaba que la predisposición original del hombre es «para el bien». Kant pensaba que ser bueno o malo dependerá de la máxima que adopte, apoyado en una «voluntad buena» o en una «voluntad pervertida» y en el libre albedrío. Kant no admite desplazar la responsabilidad individual de tales elecciones a las imposiciones religiosas o a la intermediación de un ser superior. Considera que la propensión al mal es un atributo contingente que puede aparecer en cualquier hombre y depende de la elección subjetiva y libre de hacer algo contrario a la ley moral. Hay una intencionalidad y por tanto los autores de los actos, son imputables. El «mal» (como propensión) nace con la especie humana, con el ser humano, por ello es innato; por ello es considerado radical. El «mal» corrompe la voluntad buena y el fundamento de todas las máximas; deja de lado el imperativo categórico como incentivo moral. Cuando el hombre elige contrariar la ley, Kant dice que ese individuo tiene un «mal corazón».

Al finalizar la segunda guerra mundial, salió a la luz pública aquello de lo que ya se comentaba años atrás: la barbarie de los campos de concentración y de exterminio, los ejércitos aliados se confrontaron con atrocidades cometidas por el régimen nazi, cuya ideología racista y antisemita tenía como objetivo central aniquilar al pueblo judío. La muerte flotaba literalmente en el ambiente, (el humo de los hornos crematorios), se encontraron con miles de cadáveres debidos a las cámaras de gas, a las marchas de la muerte o en las fosas comunes a donde caían los judíos tras los fusilamientos en masa (Babi Yar), además del estado de los sobrevivientes de estos campos, muertos en vida por el estado de inanición y la precariedad de su salud. El auge del nazismo produjo la *Shoah*, la peor catástrofe que ha sufrido el pueblo judío a lo largo de su milenaria historia con la pérdida de seis millones de vidas, un tercio de su población total. Arendt consideró que todo ello fue producto de una voluntad perversa, de un mal nunca antes visto, que no se puede adjudicar a motivaciones pecaminosas, que no podía ser deducido de motivos

humanamente comprensibles. Se trataba de la expresión de un «mal absoluto», un «mal radical» (Arendt, H., 1951:11).

IV.3.2 «Pulsión de agresión» y «retoños de la pulsión de muerte» en el actuar nazi.

Desde 1896 Freud sospechó que además de la libido, un nivel de agresión participaba de la sexualidad en los procesos psíquicos. La evidencia clínica lo llevó a descubrir que en las histerias la agresividad actuaba de manera pasiva, mientras que, en las neurosis obsesivas, la agresividad era activa. En ambos casos, el individuo había sufrido de una agresión pasiva primero. Al estudiar la sexualidad, descubrió que la pulsión agresiva es central en las perversiones sexuales. En el sadismo la pulsión agresiva es activa y en el masoquismo, la pulsión es pasiva. Sadismo y masoquismo, ambas pulsiones parciales, están referidas a un intercambio sujeto – objeto. Freud (1915) pensaba que el sadismo era primario y que su principal satisfacción está en humillar y dominar al objeto, más que infligirle dolor. Años después postuló la existencia de un masoquismo primario. Enfatizó que el odio es más antiguo que el amor y que, cuando prevalece la brutalidad y el dominio, su fin principal es destruir al objeto.

El sadismo, el masoquismo, la «compulsión a la repetición», los cruentos enfrentamientos entre grupos humanos y pueblos relatados por la historia y otras evidencias, llevaron a Freud a postular la existencia de una la pulsión de muerte que, cuando se desliga de la sexualidad, tiene una dimensión destructiva, aniquiladora que puede ser dirigida contra la propia persona o externalizada hacia un objeto externo. Freud consideró la pulsión agresiva, la destructiva, la de apoderamiento y la de crueldad, «retoños» de la pulsión de muerte.

En las fases tempranas del desarrollo, dice Freud, las fantasías de vivencia sexual «traumática» pueden producir síntomas. Cuando la pulsión es activa, los síntomas se relacionan con la neurosis obsesiva y el sadismo. Cuando la pulsión es pasiva, con la histeria y el masoquismo. Sin embargo, dice Freud, en todos los casos, el infante experimentó previa y pasivamente la fantasía de una experiencia traumática de esa índole.

Desde la fase anal y durante la latencia, antes de ingresar a la pubertad, el niño se ve obligado a utilizar muchos de los mecanismos de los que se valen los neuróticos obsesivos para desarrollar su capacidad de vivir en sociedad: orden, rituales o repeticiones que sirven para solidificar los logros del control de esfínteres, la escritura, entre otros.

Se suele describir al pueblo alemán como gente muy organizada, muy ordenada, amante de las formas, las estructuras, etc., los mismos rasgos obsesivos que se consolidan en la latencia. Aparentemente, la manera de educar a los niños contribuyó a formar el «carácter alemán», el mismo que describe rasgos generales que no se puede ni debe generalizar.

En su libro *Fritz Perls en Berlín. 1893 – 1933. Expresionismo. Psicoanálisis. Judaísmo*. B. Bocian, (2010) hace una referencia a dicha educación de finales del siglo XIX y principios del XX. Dice que se caracterizó, en una mayoría de casos, por el autoritarismo, la exigencia de sumisión, de obediencia y de veneración hacia la autoridad de turno, ejercidos por los educadores (padres y profesores). Como ejemplo de ello Bocian se refiere a un comentario de Albert Einstein (En: Bocian, 2010) en el que recordaba haber sido tratado por sus profesores con extrema dureza, intimidación, violencia y humillación. El objetivo de tal trato, creía Einstein, era producir sujetos serviles en lugar de personas pensantes, lo que no promovía la honestidad, las emociones sanas ni la confianza en sí mismos.

Creemos que estamos frente a una «segunda vivencia traumática pasiva» de humillación y exigencia de pasividad que afectó significativamente a quienes la sufrieron porque se inscribe sobre una experiencia previa de similar calidad afectiva que dejó al infante vulnerable al respecto. La primera vivencia pasiva pudo haber sido superada o no por el infante, la segunda ocurría frente a testigos, lo que aumentaba el sentimiento de vergüenza y humillación para el pasivo receptor.

Muchos de los niños que recibieron esta educación y trato, al crecer tuvieron que participar de los horrores e inmenso sufrimiento en las trincheras de la primera guerra mundial, experiencias que deben haber suscitado mucha frustración y odio, sobre todo al perder Alemania la guerra. Podríamos pensar que, a consecuencia de estas experiencias degradantes, (una en la primera infancia, luego en la latencia y adolescencia y, finalmente, como soldados durante la primera guerra mundial) estos jóvenes desarrollaron mecanismos obsesivos de defensa, tales como la búsqueda de perfección, el cuidado en el detalle, «las minucias del ceremonial» (Freud, S.1907), la idealización del orden, de la organización. Los jóvenes que vivieron las frustraciones de la primera guerra mundial, conformaron la capa dirigencial tanto del grupo cercano al entorno de Hitler como de las organizaciones que fueron creadas por éstos. Los mecanismos obsesivos antes señalados fueron plasmados en formaciones militares, marchas y desfiles, en la compulsión de registrarlo todo -sea en fotografías, documentos o películas, - pero también en conductas encaminadas a humillar, ridiculizar, actuar cruelmente compensando la frustración de haber sido víctimas pasivas de padres, profesores y vencedores de la

primera guerra. Fueron víctimas, ahora eran victimarios. Fue como si, en lugar de vengarse contra los padres exigentes, maestros autoritarios, jefes de pelotones sádicos, por el sufrimiento del que fueron objeto, salieron del rol pasivo de receptores maltratados para adoptar una postura activa dominante y ser ellos los protagonistas crueles de la destrucción volcada sobre aquellos sobre quienes desplazaron su hostilidad, los judíos. En palabras de Hermann Göring pronunciadas en la Sala de Banquetes de Frankfurt en 1933: *No es justicia lo que debo concretar, sino aniquilamiento y exterminio* (En: G. D. Perednik, 2014:95).

La postulación de una pulsión de muerte desconcertó más que otros conceptos freudianos tanto a colegas como al público en general. Parecía denunciar un aspecto inaceptable de la naturaleza humana, que, durante siglos fue pensada como si el hombre hubiese sido creado a «imagen y semejanza» de Dios. Freud sostenía que Dios y las religiones eran una construcción humana para sentirse protegida por una figura omnipotente y todopoderosa que, según Freud, representa al padre de la infancia tanto como al padre primigenio de la Humanidad, que cuida, protege y ama a todos sus hijos. Los aspectos considerados malos de las figuras parentales internalizadas, así como la vuelta de la agresión sobre la propia persona y/o la externalización de la pulsión de muerte sobre el objeto, fueron proyectados sobre otra figura que se contrapone a Dios: el Diablo. Si el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios, no podría tener atributos negativos como la destructividad, menos para dirigirla contra sí, tampoco para someter, intimidar y tratar con saña al prójimo a quien se supone se debe amar. De esta forma la humanidad creyente desplazó la responsabilidad de los aspectos malignos de sus actos a una fuerza que trasciende su individualidad. En la medida que el hombre fue ubicado al centro de la especulación filosófica, le correspondió al individuo asumir la responsabilidad de sus actos, como se ve en las propuestas morales de Kant.

Llama la atención no encontrar definida la *pulsión a la crueldad*, uno de los retoños de la pulsión de muerte citada por Freud, en el diccionario de Psicoanálisis de Laplanche y Pontalis, ni en el de Roudinseco y Plon. Perednik considera que la crueldad es una condición del perpetrador que siente satisfacción al llevar a cabo acciones que causen dolor deliberado sobre su objeto.

Podemos hipotetizar que el sujeto cruel, sádico, sería tanto el individuo como los miembros del grupo constituido por los perpetradores. En el caso del nacionalsocialismo el objeto privilegiado para ser dominado, humillado y receptor de todo tipo de excesos fue el sujeto judío. No cabe duda que en el actuar nazi contra los judíos prevaleció la prepotencia, el dominio, la humillación y un trato especialmente despiadado para con ellos.

Como señalan Sternberg y Sternberg (2008), uno de los principales problemas para analizar el tema del odio y el mal es que los investigadores no se ponen de acuerdo si el objeto de investigación es una emoción patológica generada por circunstancias externas; si es una pulsión interna, si se trata de un rasgo de la personalidad; un mecanismo defensivo; o si siempre se encamina a destruir al objeto. En este trabajo en el que nos hemos dado la licencia de trasladar la relación intersubjetiva sujeto-objeto a la dinámica grupo dominante-grupo dominado, nazis–judíos, nos enfrentamos con dicha dificultad. Si tomamos en cuenta la teoría psicoanalítica, podría ser una, varias o todas las posibilidades anteriores. Si consideramos las propuestas arendtianas, tal vez prevalezcan las circunstancias externas. En todo caso, efectivamente, una de las limitaciones para comprender el problema del odio y del «mal radical» es que las explicaciones parecen insuficientes.

Theodore Millon (1974) a pesar de no pertenecer a la corriente psicoanalítica, señala que el sadismo no siempre implica una agresión física. Considera que quien actúa sádicamente es porque tiene una psicopatía o una personalidad antisocial y se caracteriza por una actitud manipuladora, fría y degradante hacia los demás y por gozar con humillar al prójimo en público y en privado. Propone una clasificación de sadismo que contiene cuatro tipos y varios subtipos adicionales: el «controlador», el «débil», el «explosivo» y el «tiránico». Los subtipos adicionales son: el arriesgado, el que no tiene principios, el áspero, el codicioso, el malévolo y el solapado. Sostiene que entre los líderes nazis se encuentran representantes de los diferentes tipos y sub-tipos. Había quienes se limitaron a la violencia verbal, otros se sintieron motivados a ser cada vez más crueles ante la debilidad de la víctima, otros ejercían su autoridad de forma violenta.

Perednik señala que en la tipología de Millon (1974, 1990) Eichmann representa el subtipo «débil, sin principios». Indiferente hacia la verdad, frío, con aire de inocencia, trataba de transmitir cierto encanto y de influir socialmente. Su intención era expresar: «yo no hice nada», pero movía sus hilos en todo lo que estaba en sus manos.

Hitler, en cambio, continúa diciendo Perednik, se ponía en posición de verdugo quieto. Gozaba observando silenciosa e inflexiblemente cómo sus allegados, «los otros», humillaban a sus enemigos. En términos psicoanalíticos, podría pensarse que era un voyeur al que le excitaba la contemplación del sufrimiento y la humillación.

Millon, (1976, 1990) señala que en el proyecto nazi era importante crear conflicto al interior de las propias organizaciones que protegían el núcleo íntimo de la élite dirigenal. Más aún al interior de los espacios en los que mantenían a sus víctimas en los que se empeñaban en romper los frágiles lazos libidinales que lograban sobrevivir, rompiendo la solidaridad, estimulando la denuncia y la traición de unos hacia otros.

IV.3.3 Pulsión de apoderamiento o *Bemächtigungstreib*

Llama la atención en la obra de Freud que no utilizara el concepto de pulsión de apoderamiento o *Bemächtigungstreib* al describir las actitudes de los ejércitos en las guerras.

La pulsión de apoderamiento se observa en diversos momentos y actitudes de los nazis durante la *Shoah*. Cada externalización de la pulsión de muerte a través de los actos de dominio (en tanto retoños de la misma) ejecutados por los nazis, dejó huellas mnémicas traumáticas que acompañaron a las víctimas hasta su muerte, independientemente del método utilizado para ello.

En las guerras que ocurrieron a lo largo de la historia de la humanidad, ya sea de conquista territorial, de imposición de creencias, ideas religiosas o ideologías, se utilizaron los tres aspectos del dominio descritos por Dorey para sofocar y someter «al enemigo». En el siglo XIX, con los afanes conquistadores del imperialismo, a las actitudes de dominación, ferocidad y humillación, se sumaron primero los prejuicios racistas y totalitarios, luego se utilizó a las poblaciones conquistadas como si fuesen tan superfluas, tan dispensables como cualquier otro objeto eliminable; fueron convertidos en herramienta de trabajo con una «vida útil». Cuando esta «maquinaria humana» colapsaba por los excesos, era sustituida por otro grupo, «nuevo, fresco», más eficiente pero igual de prescindible al que sucumbió.

En todas las masacres y genocidios ocurridos en la ex Yugoslavia, Ruanda, Congo, y últimamente ISIS, Boko Haram, etc., cuyo objetivo ha sido la limpieza racial o la eliminación de los infieles, lo que se vio fue una externalización desordenada de la pulsión de muerte en sus diferentes variantes. Esta externalización mostró un odio desenfrenado de los perpetradores hacia los «otros», los diferentes, los que para ellos son inaceptables.

Pero ninguna de esas terribles y lamentables matanzas tuvo las características que tuvo la *Shoah*: por lo sistemático, lo planificado, la burocratización en su ejecución, el uso de tecnología de destrucción, por el propósito declarado de eliminar a todo un pueblo, sin importar el costo ni las consecuencias.

Nuestra hipótesis es que, en el régimen nazi, se dieron dos manifestaciones distintas de la «relación de dominio»:

- La que las comunicaciones (propaganda, etc.) ejercen sobre la masa de seguidores, que caen sin mayor dificultad bajo los influjos de la seducción y fascinación emanada de la figura del líder y su discurso. En este grupo de seguidores no solo había «aventureros, desclasados», etc., elementos que

conforman la masa, también había intelectuales, gente pensante que se dejó llevar por la fascinación, como nos lo hace saber Arendt.

- El dominio que ejercieron los operadores de los guetos, pero sobre todo los que gobernaban los campos de concentración y exterminio sobre sus internos, para eliminar su otredad y la espontaneidad total y radicalmente, no por medio de la seducción, sino por el uso del terror.

IV.3.4 «Sentimientos ominosos» en juego

Según Avner Falk (1996) el odio a los judíos pudo haber empezado entre los siglos II o III a. C. con el sofista griego Flavio Filóstrato de Atenas, quien *proyectaba inconscientemente el odio a sí mismo a los judíos* (Falk 1996:31). Los acusaba de ser diferentes de los griegos y de los romanos y de separarse de los demás. Cassius Dio Cocceius (150 – 235) imputaba a los judíos de ser distintos al resto de la humanidad, prácticamente en cada detalle de la vida diaria: monoteísmo, extrema reverencia hacia un Dios invisible, abstracto, omnipresente, leyes dietéticas y leyes laborales, ritos de circuncisión, observancia del Shabat (día sagrado de descanso) y otras exigencias que hacían de su diario vivir algo muy diferente al de las demás religiones. La forma de vida que Cocceius criticaba, es mantenida por los judíos observantes hasta la fecha.

A pesar de lo que se cree, los judíos se expresaban e interactuaban con los no judíos en las lenguas de uso común en los países donde vivían, en algún momento fueron el griego y el latín, el árabe, en Alemania alemán y en Francia francés, etc., mientras que el hebreo y el arameo solo eran utilizados con ámbitos religiosos y/o académicos.

Los prejuicios contra los judíos surgidos en la Antigüedad se propalaron por el territorio greco-romano que abarcó gran parte de Europa y Asia. Al ser expulsados de Palestina, los judíos viajaron en forma individual o en pequeños grupos por esas regiones y llegaron a tierras germánicas, como Colonia y Bonn, en los últimos años antes de y desde los primeros de la era cristiana. Desde aquellos tiempos en que se construían las distintas identidades, pueblos y naciones europeas, estuvieron en juego sentimientos de familiaridad – extrañeza entre estos grupos y los judíos. A pesar de haber coexistido como vecinos por más de dos mil años se les siguió viendo como «extranjeros». Cecil Roth (historiador) considera, sin embargo, que *desde el punto de vista cultural podría decirse que los judíos fueron los primeros europeos* (En: P. Johnson, 1987:207).

Coincidiendo en mucho con el significado que Freud otorga a «lo ominoso», Falk, (1996) decía que el racismo, etnocentrismo y la xenofobia que subyacen en el trasfondo del odio contra los judíos son fenómenos universales de larga data que sobreviven hasta

la fecha. Sostiene que los enemigos de los judíos proyectaron y externalizaron en ellos los deseos y cualidades que encontraban inaceptables en sí mismos y en tanto «enemigos», los deshumanizaron.

Sentimientos ominosos hacia los judíos aparecieron y desaparecieron en toda Europa, en oleadas según el discurso imperante. Según Perednik, los gobiernos cristianos medievales fueron los primeros en hablar del «problema judío» y eligieron la expulsión como uno de los métodos para solucionarlo.

En su camino a Tierra Santa, los cruzados desataron grandes pogromos, matanzas, violaciones, destrucción de pueblos y ciudades donde habitaban judíos. Se les responsabilizaba de actos terroríficos en acusaciones que se repitieron diferentes países de Europa en diferentes épocas y siglos. A mediados del siglo XX¹⁶ todavía se reportaron algunos.

La «doctrina de la transustanciación» que declara que la hostia se transforma en el cuerpo de Cristo y el vino en su sangre, dio paso a otro mortal mito judeofóbico: el de la profanación de la hostia, lo que también ocasionó más de una matanza, persecución y miles de judíos muertos en la hoguera, por supuestos robos de ostias para hacer sufrir a Jesús. Otro hito histórico de odio desenfrenado desplazando sentimientos y adjudicando poderes satánicos, ominosos, hacia los judíos, fue la epidemia de peste bubónica o peste negra que atacó Europa en el siglo XIV. Originada en el actual Uzbekistán en el siglo XIII, -según el autor árabe Ibn al-Wardi-, se esparció por toda Europa por las pésimas condiciones higiénicas y los escasos conocimientos médicos. Entre 1346 y 1348, esta epidemia, que ahora se especula que se debió a la múltiple combinación de peste bubónica, virus neumónico y septicemia, sembró, en pocos años, muerte y destrucción por todo el continente, causando la muerte de un tercio de la población europea, aproximadamente cien millones de personas. (Perednik, G. D., 2010: 101)

En el desconcierto originado por lo pavoroso de la epidemia, el discurso popular comenzó a referirse a ella como *pestis manufacta*, ocasionada por la «maldad humana». Asociaron y culparon a los judíos de ser los causantes de tan «ominosa» situación, de haber contaminado los pozos de agua y dispersado la enfermedad. En la fantasía popular los judíos tenían la capacidad omnipotente de desencadenar una enfermedad así de letal por toda Europa.

Una de las hipótesis por la que acusaron a los judíos de ello es que tuvieron mejor supervivencia a la enfermedad. Ocurre que, dentro de sus rituales religiosos, hay algunos relacionados con la higiene y limpieza cotidiana, (lavado de manos antes de comer, baños

¹⁶ En octubre de 1955 la comunidad judía de Chicago fue acusada del secuestro y asesinato de cuatro jóvenes no judíos, con fines rituales.

rituales los viernes por la tarde, etc.) y la remoción de cualquier vestigio de granos antes de celebrarse la Pascua judía una vez al año. Dado que esa limpieza se realiza a profundidad, es posible remover y retirar restos de suciedad, comida y demás disminuyendo los riesgos de contaminación en las casas judías. Pero para los europeos se trataba de un pacto hecho con el Diablo o que las características «demoníacas» que atribuían a los judíos, les otorgaba capacidad para provocar una epidemia de tal magnitud; por ende, los responsabilizaron por causar «*ex profeso*», tantas muertes.

Es curioso que en países los que la convivencia entre diversos grupos religiosos era de relativa tranquilidad durante mucho tiempo, repentinamente ocurría algo, no necesariamente relacionado con los judíos, que rompía el precario equilibrio logrado y la vorágine destructiva aparecía. Un ejemplo del sentimiento ominoso latente en el ser humano, puede verse en la actualidad en la respuesta de algunos individuos ucranianos ante la adjudicación de Crimea a Rusia por el presidente Putin en agosto de 2015. (ABC Internacional, 2015) El sentimiento de humillación que sintieron muchos ucranianos por esta medida sentida como caprichosa y unilateral, se desplazó inmediatamente (al día siguiente) sobre los judíos. El sentimiento ominoso hacia ellos condujo a que profanaran sus tumbas y a expresiones antisemitas en Ucrania, que fueron registrados por distintos medios de prensa. No importó que «los judíos», sobre quienes descargaron violentamente la denigración sufrida, no tuvieran absolutamente nada que ver con esas «omnipotentes» movidas político-militares. Fue como si el odio y los sentimientos «ominosos» se hubiese mantenido dormido, latente, tal y como funciona la pulsión de muerte, silenciosa, desapercibida y de repente algo la despierta e irrumpe y se externaliza con una fuerza destructiva. En dichos actos se pueden observar algunas características que según Perednik tiene la judeofobia: antigua, generalizada, permanente, profunda, obsesiva, fácil y quimérica.

Es lo que creemos ocurrió en la España medieval, en la que católicos, moros y judíos vivían como vecinos de manera bastante armónica y fructífera. Hubo un incremento en la producción literaria, médicas, filosóficas, teológicas y demás creaciones intelectuales de variadas ciencias. Ello se mantuvo durante centurias y a este intercambio cultural se le conoce como «Siglos de Oro». Repentinamente hubo un cambio abrupto en lo socio-económico, político y/o religioso y la antigua convivencia pacífica dio paso a la creación de una de las instituciones más infames que la Iglesia Católica pudo concebir: la Santa Inquisición. Ésta, primero exigió a los ajenos al cristianismo, convertirse «verdadera y sinceramente» al catolicismo; a los judíos conversos se les vigiló, se les persiguió y juzgó en los Actos de fe, se les torturó cruelmente, y miles de ellos murieron en las hogueras. Se les conocía como «marranos» o cripto-judíos. Los reyes católicos y la

Inquisición (1492) emitieron un decreto de expulsión que no fue derogado hasta quinientos años después. La expulsión primero de España y luego de Portugal, significó fue destrucción de una cultura, la ruptura de estructuras económicas, sociales y formas de vida construidas y valoradas durante siglos y desencadenó una oleada de persecución hacia los judíos conversos.

Algo parecido ocurrió en Polonia, polacos, lituanos, ucranianos, la mayoría de ellos de la Iglesia Ortodoxa, vivían en relativa paz, con una producción cultural asombrosa. Pero el resentimiento de un grupo de cosacos (ucranianos) dirigidos por Bogdan Jmelnitski (1648) contra la nobleza de la mancomunada Polonia-Lituania, produjo los peores pogromos que se registran en dicha zona. En el camino para lograr sus objetivos las huestes cosacas se abocaron a destruir a cuanta población judía encontraron a su paso. Tras cuatro años de destrozos, se requirió la intervención papal para detener a las hordas destructivas que comenzaron a afectar la economía y el bienestar de los otros pobladores.

Las persecuciones contra los judíos no se limitaron a Europa. En los países árabes también ocurrieron pogromos y desmanes contra los judíos, pero para los objetivos de este trabajo, no profundizaremos en ellos. Basta decir que nunca llegaron a adquirir dimensiones destructivas como las de las Cruzadas, la Inquisición española, la expulsión de los judíos de España y los pogromos de Bogdan Jmelnitski, que representan las peores catástrofes que sufrió este pueblo en Europa, antecediendo la *Shoah*.

Desde que los judíos fueron emancipados a comienzos del siglo XIX, volvieron a utilizar los idiomas locales para comunicarse con sus vecinos no judíos; se vestían de manera semejante y recibían el mismo tipo de educación occidental (algunas veces junto con educación judía extra, otras sin ella) y la forma cotidiana de vivir era similar a la de sus vecinos alemanes o franceses de la época.

A finales del siglo XIX, principios del siglo XX, con las ideologías raciales en boga y la politización del antisemitismo (o judeofobia), nuevamente se puso en tela de juicio la familiaridad que se tenía con los judíos para dar paso a la imagen distorsionada, diabólica, ominosa que el discurso racista proponía y que fue la base fundamental de la ideología nazi. La propaganda, las caricaturas, escritos nazis para perseguir a los judíos contenían los mismos mensajes de odio y demonización hacia ellos que los argumentos de siglos anteriores. El argumento de la «naturaleza diabólica de los judíos» y el odio hacia ellos regresaba al imaginario colectivo como una repetición. Ese argumento les sirvió de justificación para las persecuciones, las conductas violentas y destructivas hacia el pueblo judío.

En los campos de concentración y exterminio se cambiaron los roles: fueron,

después de haber admirado, buscar familiaridad y cercanía con los alemanes durante siglos, los judíos percibieron a los alemanes como diabólicos. Los alemanes crearon en los campos de la muerte una atmósfera con tal grado de horror y crueldad que hizo de la vida de los internados un infierno. Durante el régimen nazi, los judíos vivieron presas de un terror angustiante y desconocido y en ese contexto se retrucó la percepción: los judíos identificaron a los nazis como representantes de lo diabólico, terrorífico, lo ominoso, aunque a la par, para los nazis los judíos representaban lo mismo.

Puede dar sustento a la proyección de «lo ominoso» hacia los judíos una de las características del judaísmo: su aseveración de mantenerse el mismo pueblo en atributos, tradiciones y valores desde la época de Moisés, el profeta, milenios atrás, lo cual pudo haber sido tomado por los nazis como una afrenta a sus propios deseos de eternidad. Al igual que los judíos, los nazis trataron de «desmentir», de negar, el poder de transformación o muerte del propio pueblo. El discurso nazi y su programa de los mil años, apeló a la inmortalidad a través de la exaltación de mitos de origen y leyendas nórdicas de que aludían a la grandiosidad y la continuidad de rasgos omnipotentes y superiores a los que vincularon la raigambre aria. Para lograr tal objetivo de eternidad, de reedición de un pasado míticamente glorioso, creyeron necesario eliminar al pueblo que aparentemente representaba dicho logro, que había logrado sobrevivir fiel a sus raíces durante milenios y cuya eliminación los dejaría como único pueblo que venció a la muerte.¹⁷

IV.3.5 Consciencia moral, superyó y «maldad humana»

Freud postuló que la aparición de la «consciencia moral» en el niño era parte del desarrollo psíquico que se empieza a estructurar desde el inicio de la vida. Suelen ser los padres quienes transmiten y exigen que el niño introyecte, reprima, inhiba, posponga la satisfacción de las pulsiones para poder socializar y cumplir con las normas que la sociedad propone. A la par, según Freud, entre los dos y tres años de edad empieza la dinámica del complejo de Edipo. El niño siente un sentimiento tierno y hostil hacia sus progenitores. El temor al castigo de los padres por los sentimientos hostiles, contribuye a la creación de la «consciencia moral», la misma que conforma la instancia psíquica del

¹⁷ Por ejemplo, la Sociedad Thule, sociedad mística, racista y defensora de la pureza de la raza aria, fue patrocinadora del DAP, antecesor del NSDAP, basaba sus propuestas en los mitos germánicos, defendía la existencia de una raza superior de la que había surgido la raza aria. Dicha raza provenía, sostenían, de un grupo humano que vivía dentro de la Tierra (teoría intra-terrestre). La sociedad Ahnenerbe se enfocaba en el estudio de la historia antigua, la herencia ancestral alemana, el germanismo y sus tradiciones. Esta sociedad buscaba crear una nueva religión en la que Hitler fuera considerado su dios, *Mein Kampf* sería el libro sagrado y el contenido ideológico se basaría en el nacionalsocialismo. (*Tras la nube de Oort: nazis, ocultismo, misticismo y mitología*, <https://traslanubedeoort.com/nazis-ocultismo-misticismo-mitologia/>) Visitado el 14/09/2016

superyó, según su segunda tópica.

Freud sugirió que, al principio, para el niño no hay «bueno» o «malo». Para la criatura lo *mal* es perder el amor parental o de sus cuidadores debido a sus fantasías agresivas hacia alguno de ellos. Recordemos que al principio de la vida es incapaz de sobrevivir sin un adulto responsable que cubra sus necesidades. Si el niño cree que el adulto percibido como onnipotente frente a su indefensión, tiene conocimiento de esas fantasías agresivas, experimenta el temor a la retaliación como angustia de castración.

El bebé no logra discriminar si ha llevado al acto lo fantaseado o sólo se encuentra en calidad de deseo de realizarlo. En ambas circunstancias, siente que está en riesgo de recibir castigo pues el superyó, en tanto instancia interna representante de las normas parentales, es la autoridad que permanentemente vigila y conoce las intenciones agresivas y las acciones del niño, razón por la que se siente en riesgo. En ambos casos, dice Freud, surge en el infante la «mala conciencia», la convicción de merecer un castigo que va desde la amenaza y/o la posibilidad real de perder el amor parental hasta el temor a la castración. El infante, masculino o femenino, podrá desarrollar o no síntomas como consecuencia de ello.

Esta indiferenciación entre el deseo de hacer y lo actuado, debe evolucionar, con la maduración del niño, hasta ser capaz de distinguir lo que habita su fantasía y lo que ocurre en la realidad. Eso es lo que distingue a una persona «lúcida», «normal» de otra psicótica, (sin criterio de realidad). En el «mundo real» no se castigan las fantasías o deseos. Solamente se pueden juzgar – imputar y castigar los actos de los que se tiene conciencia.

Los sentimientos iniciales hacia los padres se amplían hacia el resto de la familia; aparecen sentimientos fraternos y luego vínculos sociales, en los que se repite esta dinámica. El individuo puede desplazar sus sentimientos hostiles de un individuo a otro o hacia un grupo sobre el que se generaliza la proyección de los mismos. También los grupos pueden desplazar los sentimientos hostiles hacia un individuo o generalizarlos sobre ciertos grupos.

En la sociedad alemana, mitos y prejuicios religiosos y/o culturales contribuyeron a establecer socialmente a quién se quiere y a quién se odia. Estos mitos contribuyeron a modificar los valores morales y las normas previamente aceptadas.

Las normas internalizadas del superyó de perpetradores de pogromos y de acciones aniquiladoras coincidían y eran respaldadas por el discurso eclesiástico, el de los gobernantes y líderes locales durante siglos. Cuando los desbordes de las masas excedieron el control que los incitadores o dirigentes podían ejercer sobre ellas o los desmanes resultaban contraproducentes para las economías y/o sociedades respectivas,

los azuzadores, sean provenientes de la Iglesia, líderes o gobernantes se vieron obligados a intervenir para frenar los excesos, exculpando a los judíos de las acusaciones achacadas previamente (peste bubónica o libelos de sangre). Pero como se trata de argumentos repetidos en sermones y otros medios, año tras año, siglo tras siglo, en el imaginario popular ya estaba instalada la visión ominosa y diabólica que tenían de los judíos.

Michman (1977) considera que esta distorsión moral era parte de la esencia de la cultura alemana desde, por lo menos, el siglo XI. A pesar de tener grandes pensadores y valores éticos destacados en diversos campos, dice Michman, la mayoría de los alemanes tenían, por lo menos, sentimientos ambivalentes y contradictorios respecto a los judíos desde hacía más de ocho siglos.

Goldhagen (1996) sugirió que los alemanes de la época nazi tuvieron posibilidad de elegir, de protestar, de negarse a actuar criminalmente. Relata la experiencia de un capitán que dirigió a sus hombres, (no miembros de las SS), para hacerse cargo de deportaciones y matanzas de miles de judíos. Decía que ellos hacían su trabajo con «entusiasmo» por lo que afirmaba *le parecía una impertinencia exigir a un respetable soldado alemán que firme [un compromiso de] abstenerse a robar, saquear y no pagar sus compras*, (Goldhagen, D., 1996:21) porque sus hombres se habían adherido a las «normas alemanas de moralidad y conducta» que provenía de su voluntad libre, y sus actos no se debían a un afán de ventajas o temor al castigo por lo que se sentía «ultrajado» su honor y atacada la honorabilidad de sus subalternos. Matar a miles de judíos no era sentido como amoral, pero suponer que sus tropas robaban era una afrenta inaceptable. Esto da cuenta de cuánto el superyó de muchos alemanes se había distorsionado.

Durante los siglos XVIII y XIX, la cultura alemana era adalid de la civilización occidental, cuna de grandes filósofos, escritores, poetas, músicos, intelectuales en las distintas áreas del pensamiento y de la creatividad humana que brindaron obras maestras y notables avances a la sociedad. Mientras no hubo incitación al odio, al racismo, mientras el discurso público y privado no glorificaba a la «raza aria» como seres superiores, lo que consideramos un superyó «compartido colectivamente» se regía por una moral tradicional y de elevados valores éticos y humanos, pero al modificarse el discurso y con la propaganda totalitaria, esta moralidad tradicional dio paso libre a la actuación de profundas pulsiones destructivas y crueles exteriorizadas con apoyo, por un lado, del pensamiento consciente, del proceso secundario y, por otro, de la aceptación social.

Los deseos destructivos de Hitler, contra el pueblo judío, no quedaron en calidad de

fantasía. Hitler empezó a estructurar su materialización desde que escribió *Mein Kampf* (1926) en el que aparece su apología al odio y la incitación a dañar a los judíos, que luego repitió en discursos, escritos, arengas y se concretizó en la organización, sistematización y logística que le permitieron transitar desde el deseo al acto aniquilador. Para lograrlo, ya había convocado y convencido a ideólogos, propagandistas, organizadores, militares, burócratas, que pasaron de una fantasía destructiva a una espiral aniquiladora, avalados por las nuevas normas morales, un superyó trastocado, patológico, cruel y despiadado, ego-sintónico, que dominó el mundo interno de cada individuo que participó activamente de la de la experiencia destructiva, externalización pura de pulsión de muerte. Al tratarse de normas aceptadas y compartidas colectivamente, fue como si, por medio de mecanismos obsesivos de contagio, se hubiese creado – construido un superyó grupal distorsionado producto de una ficción de superioridad racial.

No sería correcto decir que la sociedad alemana en su conjunto perdió el criterio de realidad, ni que todos los participantes de esta corriente destructiva eran sádicos y/o perversos; creemos que la mayoría de ellos era capaz de distinguir entre lo que es «bueno» y aceptable, de lo «malo», lo moralmente censurable, pero el conocimiento de la diferencia entre lo bueno y lo malo no refrenó su actuar ni su apreciación moral homologada a las normas del partido y a los deseos del Führer. Parecería que muchos (¿la mayoría?) ciudadanos alemanes, se sintieron cómodos con los argumentos que su ideología les hacía creer; es probable que creyesen que estaban eligiendo el bien y destruyendo el mal, pero se olvidaron de los antiguos mandamientos que prohíben matar por gusto, placer y satisfacción sádica personal, excusándose en la retórica de limpiar su territorio de «seres infrahumanos». Bajo tales influjos, la sociedad, la cultura, las nuevas leyes alemanas, contribuyeron a que eligieran por dejarse llevar por los afanes aniquiladores. Y decimos «eligieran» porque, insistimos, si bien había un trasfondo inconsciente que favoreció la externalización de pulsiones destructivas y crueles, la ideología, producto del proceso secundario y el pensamiento consciente, había anticipado y fomentado el futuro actuar, las acciones organizadas minuciosamente que luego se llevaron a cabo y que contaban con la aceptación social.

Parte de las consecuencias de la modificación del superyó fue la *desaparición del sentimiento de responsabilidad* (Freud, S., 1921: 71). «Si todos lo hacen, no debe ser malo», «si el Führer lo dice, es lo que se debe de hacer», dentro del consenso grupal se borra la responsabilidad individual. Sin embargo, se puede señalar como culpables a incitadores y participantes de grupos y colectivos, en la medida que son personas dotadas de razón.

Parte del objetivo de los regímenes totalitarios y de los nazis en particular, es diluir

la responsabilidad personal en lo impersonal de la masa. Avalados los nazis por su grupo social y por sentimientos omnipotentes, se sintieron en libertad de hacer y deshacer a su antojo. Una sociedad puede sentirse poderosa cuando exterioriza las pulsiones inconscientes de apoderamiento, dominio, crueldad y destructividad hacia el objeto elegido.

Nos quedan varias preguntas. Si bien es entendible que desaparezca todo sentimiento de responsabilidad gracias a la mimetización del individuo dentro de la masa y la consiguiente pérdida de su singularidad, ¿es aceptable que la sociedad avale que sus miembros se escondan en la multitud para evadir la responsabilidad por sus actos? Porque una cosa es el *sentimiento*, otra la responsabilidad en sí. Es fácil esconderse en el sentimiento de irresponsabilidad, pero ¿qué pasa con las consecuencias de los actos y la impunidad? ¿Con la imputación de responsabilidad por los actos realizados, dado que son producto del libre albedrío, de la voluntad y de la elección libre? Si se pervierten los códigos morales y éticos, el individuo se respaldará en su grupo social para evitar asumir las consecuencias de lo que hace. Sin embargo, debería responder por ellas.

No estamos olvidando que hubo quienes se rebelaron y se opusieron a las políticas nazis, gente que se negó a actuar bajo los principios pervertidos, quienes se merecen todo nuestro respeto y reconocimiento. Entre los alemanes que mostraron tal actitud, destacan Oskar y Emilie Schindler quienes recibieron el nombramiento de «Justos de las Naciones» en 1993. Años antes, en 1962, se plantó un árbol en su honor, (símbolo de la continuidad de la vida en el judaísmo), en la Avenida de los Justos de las Naciones del Museo de Yad Vashem, ubicado en Jerusalén, el más importante museo y centro de investigación de la Shoah a nivel mundial.

IV.3.5.1 «Imperativo categórico» o «imperativo nazi»

¿Quién determina qué es lo malo o qué es lo bueno?

Rudolph Hess, primer comandante de Auschwitz, escribió en su diario sentirse muy orgulloso de «*liderar la mayor máquina de destrucción de todos los tiempos*» (DiarioJudío, 2015) Himmler pensaba que al exterminar a los judíos los nazis estaban escribiendo una página de gloria en la historia alemana, razón por la cual los ejecutores merecían ser alabados. (Weber, L., 1999)

Hitler, Himmler, Hess, Eichmann aseguraban estar actuando «por el bien de la humanidad». Cada uno de ellos actuó con una clara intencionalidad destructiva, sin ambages, dudas ni cavilaciones, con la convicción de mejorar el mundo.

G. D. Perednik (2014) considera que el nazismo utilizó su ideología de tal manera

que justificase la prepotencia, las actitudes brutales y la satisfacción de humillar a otros, - señaladamente a los judíos-, dejando salir los más «viles instintos». El imperativo categórico kantiano dice: *«Obra de tal modo que uses la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre como un fin al mismo tiempo y nunca como un medio»*. Como agentes morales, pensaba Kant, no podemos dejar de reconocer el imperativo categórico, independientemente de si elegimos acatarlo o no (Bernstein, R. 2002:66)

Según Arendt los regímenes totalitarios, y en particular la ideología nazi, combaten en los hombres su singularidad, desdeñan su valor considerándolos desechables, principalmente a sus «enemigos objeto», (judíos, comunistas, homosexuales, etc.), pero incluso a sus copartidarios quien eran valorados mientras estaban al servicio de los deseos del Reich y eran eliminados cuando su voluntad así lo determinaba. En ese sentido, el actuar nazi contraviene el imperativo categórico del filósofo alemán que lo enunció.

Arendt advierte que no había precedentes jurídicos para juzgar las atrocidades nazis. El Tribunal Militar Internacional donde se llevaron a cabo lo que se conoce como los «juicios de Núremberg», comenzaron a juzgar a la cúpula nazi seis meses después de la rendición de Alemania, el 20 de noviembre de 1945. Estos juicios probaron dicha falta de jurisprudencia, no había forma de singularizar y/o categorizar las diversas variantes y métodos de los distintos crímenes cometidos, como tampoco el grado de participación de la multitud de hechos.

En un primer momento, los jueces establecieron como acusaciones:

- «Conspiración contra la paz mundial»
- «Crímenes contra el derecho de guerra» (ejecución de crímenes colectivos).

Estos cargos resultaron muy generales, no distinguen el grado de participación de cada uno de los criminales, no se diferencian las jerarquías de los agentes principales de quienes fueron los responsables secundarios y los participantes de mediano o bajo rango quedaban fuera de estos criterios.

Fue necesario agregar otros cargos:

- «Planeamiento, provocación y realización de una guerra»
- «Crímenes inhumanos» (Perednik, G. D., 2014:43)

Los magistrados en Núremberg delimitaron el periodo en que se llevaron a cabo dichos crímenes. Fueron considerados los cometidos desde el primero de septiembre de 1939 hasta la rendición del último bastión nazi, el 8 de mayo de 1945. No incluyeron como tales los asesinatos y ejecuciones llevadas a cabo desde que Hitler subió al poder en 1933 y durante los seis años que siguieron hasta que estalló formalmente la guerra.

Este criterio dejó fuera del juicio la aniquilación de los discapacitados físicos y mentales llevada a cabo desde 1933; no fueron considerados los asesinatos extrajudiciales, las muertes provocadas por inanición e insalubridad, las desapariciones, las medidas adoptadas contra otros «enemigos objeto», ni la experimentación pseudo-médica.

Las audiencias en Núremberg permitieron visibilizar crímenes llevados a cabo contra diversos pueblos: checos, polacos, húngaros, serbios, croatas, franceses. No se enfatizó ni se permitió evidenciar el motor central del ideario nazi, el antisemitismo, su principal objetivo, las medidas tomadas para ejecutar la «solución final del problema judío» ni la dimensión que alcanzó la *Shoah*.

Los juicios de Núremberg castigaron severamente a la cúpula nazi. Los que no pertenecían a este grupo, la mayoría de criminales juzgados recibieron penas menores y, en muchos casos, éstas fueron reducidas a condenas mínimas al poco tiempo de haber sido juzgados. Demás está decir que la inmensa cantidad de perpetradores se diluyó entre la población general, unos negaron una participación difícil de probar; otros llegaron a acuerdos con gobiernos interesados en su dinero, conocimientos y/o colaboración y los escondieron, y muchos otros ingresaron ilegalmente a diversos países al derredor de todo el orbe.

El otro juicio emblemático que permite ver las dificultades legales de estos crímenes «incastigables» (pues ningún castigo podrá reparar el daño ocasionado ni será proporcional a éste), del cual Arendt fue corresponsal, fue el juicio que el Estado de Israel entabló contra Eichmann en Jerusalén a partir de 1961. Karl Jaspers, citado por Perednik, pensaba que la relevancia del juicio contra Eichmann «radicaba menos en lo jurídico que en establecer los hechos históricos y servir a la humanidad de recuerdo de esos hechos». (Perednik, G. D., 2014:16)

Eichmann no fue juzgado en Núremberg porque se había escondido en Alemania, pero había sido denunciado junto con los principales cabecillas nazis. Israel lo capturó el 11 de mayo de 1960 en Buenos Aires, a donde ingresó ilegalmente y vivía bajo una falsa identidad (Ricardo Klement) desde 1950. Eichmann fue trasladado a Israel en secreto.

El juicio contra Eichmann lo entabló el Estado de Israel que se enfrentó, entre otras cosas con la dificultad de definir exactamente los crímenes del acusado, puesto que no se trataba de «criminales directos», como los que fueron los juzgados en Núremberg sino, corrigiendo esta limitación, se utilizó la figura de «agentes mediáticos». Eichmann fue considerado un «agente principal». La Corte israelí hizo todo lo posible por realizar un juicio penal justo sin socavar las garantías procesales utilizó:

- a) Leyes extraterritoriales, dado que los crímenes se cometieron fuera del territorio de Israel e incluso antes que Ben Gurion declarara su independencia como

Estado en 1948.

b) Leyes retroactivas, pues se trataba de crímenes cometidos treinta años antes del juicio. (Previas a 1961)

Dado que el abogado defensor de Eichmann quiso excusar la conducta de su defendido en la figura de la «obediencia debida», la corte de Israel apeló a la doctrina de «ilegalidad manifiesta», que ya había sido aceptada en los juicios de Núremberg. La Fiscalía decidió tomar la «Solución Final como un gigantesco crimen» con varias etapas de implementación, llevadas a cabo por diversos agentes responsables de ellas; se determinó no utilizar el concepto «*crímenes de guerra*» sino «*crímenes contra la humanidad*» y «*crímenes contra el pueblo judío*». (Perednik, G. D., 2014:38, 39)

El juicio a Eichmann dejó establecidos criterios legales sólidos y duraderos que se conocieron como la «*jurisprudencia de la atrocidad*», (Perednik, G. D., 2014:38) que sirvieron como base legal para los juicios contra crímenes de lesa humanidad cometidos por diversos dictadores desde 1970. En el juicio a Eichmann, un abogado alemán ejerció su defensa; la comunidad internacional afectada por el nazismo estuvo representada por diversos testigos y el pueblo judío estuvo representado a través de sus víctimas. La intención fue integrar en el proceso a todos los afectados.

Tanto los juicios de Núremberg como el proceso seguido contra Eichmann en Jerusalén por el Estado de Israel muestran la dificultad que significó singularizar y establecer escalas en el grado de responsabilidad y culpa de los diferentes actores ni de la «radicalidad en el ejercicio del mal», aunque la figura de «agentes principales» y «agentes secundarios» resultó más útil en ese sentido que la de «crímenes directos». No es indispensable disparar un arma para ser un criminal. En esta jerarquía «del mal», el grado de responsabilidad destructiva máxima le corresponde a los líderes que pertenecieron al entorno de Hitler, Himmler, Goering, Bormann, Heydrich y Goebbels, entre otros, distinta que la competencia de los seguidores de segundo rango; no es igual el peso de los organizadores del accionar nazi de la «solución final» (Himmler y Heydrich,) que ser el principal artífice de la logística, encargado que la maquinaria de aniquilación funcione como un perfecto engranaje (Eichmann) o que ser un simple burócrata militar. No es lo mismo ser el que decide quién vive o quién muere, a quién se le practican experimentos genéticos, violando el código ético tutelar de la ciencia médica (Josef Mengele), que ser quienes soldados que controlan a los sujetos mientras se hace tal elección.

En los juicios de Núremberg no fueron tomados en cuenta para ser imputados:

- Los creadores de las ideologías racistas y totalitarias, es decir, los «ideólogos del mal»

- Los líderes carismáticos capaces de «fascinar» y «obnubilar» a grandes masas de gente.
- Los que diseñaron y difundieron la propaganda y las estrategias para confundir, yuxtaponer funciones, leyes, ideas, decretos, instituciones y líderes.
- Los intelectuales que propusieron argumentos pseudo-científicos que validaban las ideas radicales.
- Los «organizadores, planificadores y ejecutores» del «mal radical»
- Los que llevaron a cabo cada uno de los pasos de la «Solución Final»
- Los tecnócratas que diseñaron el sistema, método, infraestructura, propaganda.
- El «populacho», la masa de seguidores.
- Los observadores pasivos que no denunciaron las atrocidades.
- Los ciudadanos de a pie, los «verdugos silenciosos», los vecinos que «únicamente delataban» a sus antiguos vecinos judíos y luego se quedaban con sus pertenencias y propiedades o que contemplaban las atrocidades sin inmutarse.

Las instituciones que guardaron silencio, la Iglesia, la Sociedad de Naciones, los gobiernos aliados, que no tomar las acciones necesarias para impedir que continúen las matanzas, no dejaron ingresar refugiados, hicieron regresar o hundieron barcos que iban cargados de judíos buscando refugio y un larguísimo etcétera.

Esta dificultad de diferenciar y de escalonar los niveles de «comportamiento maligno radical», es análoga a la falta de gradación psicopatológica en los conceptos psicoanalíticos freudianos.

IV.3.6 Determinismo psíquico y libre albedrío

Arendt expresó su preocupación en relación al uso que pueda hacerse de algunos conceptos freudianos que pudieran convertirse en argumentos que, por apelar a motivos inconscientes justifiquen, reduzcan o eliminen las responsabilidades de los perpetradores.

La esencia del «mal radical» (Kant, Arendt) es que es producto de la intencionalidad de quien lo comete, es una elección de la voluntad consciente. Creemos que los crímenes cometidos durante el nazismo fueron producto de una decisión pensada, planificada, organizada minuciosamente, más allá de los aportes pulsionales del sustrato inconsciente de los perpetradores, ideólogos, líderes del proyecto nazi. El accionar nacionalsocialista fue producto de una reflexión, de una voluntad perversa y de una intencionalidad, razón por la cual esos actos y actores son imputables, aunque estos crímenes fueran cometidos bajo la protección de un sistema, que modificó leyes, esquemas, organizaciones para hacer de ellos actos legales.

En un pasaje de *Psicología de la vida cotidiana* (Freud, S., 1901) Freud señala que las personas tienen la convicción de que existe una «voluntad libre» para elegir -desde lo más elemental, números, letras- o llevar a cabo cualquier acción. Esa elección puede entrar en conflicto con «un total determinismo psíquico» ocasionado por la lucha pulsional que subyace al actuar del sujeto. Las aparentes decisiones autónomas y conscientes, serían la respuesta de la persona a una «compulsión psíquica», por lo general inconsciente, diría Freud. Ambas motivaciones, la consciente y la inconsciente, pueden coincidir en ocasiones, pero la primera no tiene la capacidad de controlar todas las acciones que, dice el autor, provienen *del interior de lo psíquico* (Freud, S., 1901:247).

Con esta particular afirmación, Freud se enfrenta a siglos de deliberaciones religiosas y filosóficas, entre ellas, la filosofía kantiana, aunque Kant reconocía las «otras exigencias» que constreñían la voluntad libre, con las que debe lidiar el ser humano, la base subjetiva que está en la «naturaleza del hombre». Sabía que la «razón» no es la única que afecta las decisiones humanas. Cuando la «razón» no cumple con constreñir las inclinaciones, motivaciones y deseos, el hombre desobedece la ley. Si «traducimos» psicoanalíticamente «constricción» por «represión» e «inclinaciones» por «pulsiones», aunque sus definiciones no correspondan exactamente a lo mismo, podríamos encontrar cierta coincidencia entre ambos autores.

A lo largo de su obra Freud sostuvo que las religiones eran una ilusión, producto de la necesidad del individuo de ser protegido por un ser superior, que emule al padre poderoso de la infancia. Además de ser abordado por la filosofía, el «libre albedrío» constituye un concepto central en la religión judía y después fue incorporado a la religión católica; aparece desde el Génesis. Desde una perspectiva freudiana, los textos bíblicos estarían contribuyendo a fortalecer la falsa convicción -ilusión- que ha tenido el ser humano durante siglos de ser capaz de elegir libremente. Dice la Biblia que Dios le otorgó al hombre esta capacidad para diferenciarlo de sus demás criaturas y para que asuma la responsabilidad por las consecuencias de sus propias decisiones y actos, sean estos buenos o malos. Al comer el fruto del árbol del conocimiento el individuo descubrió los límites de su vida en tanto ser finito, así como los límites de su alcance del conocimiento, que nunca será completo. Nuestra interpretación de estos pasajes bíblicos, que, coincidiendo con Freud, creemos que fueron escritos por diversos autores a lo largo de centurias, en lugar de ilusionar al individuo respecto a que serán protegidos por un ser superior, le «devuelven» al hombre la responsabilidad por sus actos y lo confrontan con su ser incompleto y finito.

El judaísmo considera que el «mal» es la ausencia del «bien». La Biblia judía relata que, durante la Creación, Dios creó al mundo y lo pobló de criaturas. Al finalizar cada día

y al ver luego el conjunto, Dios vio su obra y dijo que era BUENA. Al darles a los hombres el derecho a elegir cómo comportarse, les da la posibilidad de modificar el mundo que Él creó. Son los actos inmorales de los hombres los que dañan Su obra. Pero también, por medio de los actos morales, producto de la reflexión, el entendimiento y la «voluntad buena» hacia los demás, es el mismo hombre el que tiene la oportunidad de *Tikun Olam*, («componer – arreglar el mundo») del daño ocasionado en sus relaciones interpersonales. Desde el punto de vista psicológico, esta posibilidad equivale a un mecanismo de «reparación».

El concepto de «libre albedrío» fue conservado por la religión católica y está referido a los actos buenos hechos libremente por el hombre a favor de su salvación y su redención. Elegir hacer el mal lo alejan de la salvación.

En ambas religiones y desde la perspectiva filosófica, el «libre albedrío» tiene connotaciones objetivas, en la medida en que se lleva a cabo una acción observable. La actividad es realizada por propia voluntad, producto de la decisión personal, que es el componente subjetivo.

Creemos que resulta arriesgado y extremo asumir que todo acto realizado por el ser humano responde únicamente a motivaciones determinadas inconscientemente, porque si fuese así ¿dónde quedarían las responsabilidades personales respecto a los actos realizados? ¿Qué se debería hacer en relación a sus consecuencias? Si se atribuyera todo accionar a la sola influencia de lo inconsciente ¿no se terminaría justificando cualquier comportamiento indebido? Se podría aducir que cualquier acto es producto de las exigencias pulsionales, motivados por tal o cual conflicto psíquico inconsciente. Si las pulsiones por sí solas determinaran una u otra manera de actuar, la conducta criminal no podría ser imputable ya que el sujeto no sería plenamente dueño de sus actos, sino producto de la fuerza del sustrato inconsciente.

No negamos el aporte fundamental del mundo pulsional inconsciente que subyace en la psique. Sabemos que afecta y/o influye en cada uno de nuestros actos. Pero también sabemos que no es posible sobrevivir guiados únicamente por el patrón del proceso primario. En algún momento el yo debe negociar con las exigencias pulsionales y con el mundo externo para acceder al proceso secundario, reflexivo y racional, capaz de pensar, evaluar situaciones, postergar respuestas y transar con las otras instancias para determinar sus acciones.

Los esfuerzos de la sociedad europea de post-guerra por comprender y dar una valoración ética, moral y jurídica a los actos cometidos durante el nazismo, tuvieron que enfrentarse con un *statu quo* que prevaleció durante doce años, con una moral pervertida, que nada tenía que ver con los valores occidentales previos y un *sensus communis* o el

«sentido común» perdido, aquel sentido «con el que nos orientamos en un mundo común a nosotros y a otros» (Patrón, P., 2010:11).

Las normas morales y sociales provenientes de la sociedad son introyectadas por y en el superyó, que se comporta como un juez, contribuyendo a domeñar las exigencias pulsionales. Le recuerda al yo lo que considera aceptable y lo que es reprobable; lo que es bueno diferenciado de lo que es malo para que el yo pueda elegir. Cuando el yo no obedece los mandatos superyóicos, el superyó es severo contra él y la persona, puede mostrar síntomas, por ejemplo, deprimiéndose, externalizando su sadismo volcándolo sobre un objeto.

Es nuestro entender que la solución a la que llega el yo (que se manifiesta por medio del funcionamiento secundario), luego de las interacciones entabladas con el ello, el superyó y el mundo externo, mantiene la posibilidad de utilizar el libre albedrío para regular las conductas que permiten la convivencia social. Ni siquiera los sujetos con severas perturbaciones psicológicas pueden funcionar exclusiva y permanentemente utilizando el proceso primario (la satisfacción inmediata de lo pulsional). Acceden al proceso secundario, aunque solo sea por momentos; aunque puedan ser un peligro para sí mismos y para los demás, eso no significa que necesariamente sus conductas sean criminales.

Distinto es el caso de los psicópatas, son capaces de diferenciar lo que es bueno y de lo que es malo y reconocer los códigos socialmente aceptados, pero eligen regirse basados en sus propios y transgresores códigos «morales», transgresores porque no respetan ni la ley, ni al otro. Su «conciencia moral» responde a valoraciones compartidas por un entorno delincuencial, que avala actos usualmente contrarios a lo establecido por la sociedad.

Eso ocurrió en el régimen nacionalsocialista, en pleno uso del pensamiento secundario los nazis eligieron seguir el camino exigido por el Tercer Reich y cumplir con las expectativas y la voluntad del Führer; decidieron libremente llevar a cabo las acciones criminales necesarias para completar la «solución final» y lograr su «imperio de los mil años». Tenían tan claro lo que estaban haciendo, utilizaron eufemismos para encubrir sus actos delictivos, la existencia de los campos de concentración y exterminio y lo que ocurría dentro de ellos. Cuando fue evidente que perdían la guerra y los ejércitos aliados se acercaban a los campos hicieron denodados esfuerzos por destruir las evidencias de los crímenes cometidos. Muchos de los perpetradores de segundo nivel guardaron dinero y joyas robadas a sus víctimas para negociar escondites, refugios e impunidad. Mientras tuvieron el poder -y también cuando lo perdieron-, fueron conscientes de su afán aniquilador, en el primer caso, estaban amparados por un sistema moralmente perverso;

al perder el poder, las normas morales tradicionales volvieron poco a poco a ocupar su lugar; con poder y sin él, su actuar fue producto de su voluntad libre, pervertida, pero imputable. Fueron responsables de sus actos y debieron ser castigados por ellos.

IV.3.7 Psicología de las masas y el «populacho arendtiano»

Freud aplicó muchos de los fenómenos de la psicología individual a la psicología grupal. Seguimos la lógica freudiana porque nada de lo llevado a cabo por una persona por sí sola hubiese sido suficiente para lograr los objetivos nazis si esos actos no hubieran sido llevados a cabo en grupo y bajo consigna compartida

Tanto Freud como Arendt destacaron que al interior de la masa el individuo carece de libertad y se diluye su personalidad; se espera que obedezca jerarquías, normas y al líder de manera incuestionable. Sin un líder carismático (o idea que lo represente) que convoque a la masa, es muy difícil mantener a los individuos cohesionados y enfocados en la tarea a la cual se los convoca. Arendt le dio mucha importancia a cómo se constituyeron el populacho y la masa y a la procedencia social de sus individuos. Freud destacó que los lazos libidinales que se establecen entre el líder y sus seguidores y entre los mismos miembros del grupo son los encargados de mantener su unión.

La primera guerra mundial permitió observar muchos fenómenos grupales. Se pudo observar la modificación de los parámetros aceptados hasta ese momento en relación al respeto por la vida en general y de los civiles en particular, el comportamiento decente, el respeto a los códigos social y moralmente aceptados tradicionalmente. La utilización de nuevas armas y tecnologías de destrucción masiva que obviaba la diferencia entre combatientes y civiles; en la segunda guerra se perfeccionaron y se maximizaron esas armas y tecnologías.

A pesar de su mirada escéptica y crítica respecto a las bondades del ser humano y a pesar de la desilusión que le ocasionó el comportamiento del ejército alemán durante la guerra, Freud creía en la cultura, tenía esperanzas de que las barreras civilizatorias pudieran prevalecer sobre el desborde pulsional. Sin embargo, los hechos lo llevaron a comprobar que su esperanza fue vana.

La observación del comportamiento inmoral de los ejércitos coincidió con la época en que Freud se confrontaba con las resistencias clínicas a la cura psicoterapéutica; con el problema del narcisismo y con el fenómeno de la «compulsión a la repetición», que no respondían a la lógica de la primera tópica, (Inconsciente, Pre-Consciente, Consciente). Para poder explicar estos nuevos hallazgos, Freud se vio obligado a replantearse los conceptos metapsicológicos desarrollados hasta ese momento. Se estaba gestando la

segunda tópica.

No podemos saber cuánto conocimiento tenía Freud de las actitudes de los proyectos imperialistas en África; el desprecio por las poblaciones locales que fueron diezmadas por los imperialistas, como señaló Arendt. ¿Sabía Freud que tan solo en el Congo y bajo el liderazgo de Leopoldo II de Bélgica, se aniquilaron al menos diez millones de personas entre 1835 y 1909? ¿Sabía que el imperialismo alemán fue responsable de la masacre de alrededor de ciento diez mil personas de las etnias Herero y Nama de Namibia entre los años 1904 y 1908? ¿Tenía conocimiento de que en tierras africanas se construyeron los primeros campos de concentración en los que fueron decapitadas muchas víctimas cuyas cabezas fueron enviadas a Alemania para experimentos científicos? (Olusoga, D., Erichsen, C. W., 2011)

Si lo hubiese sabido ¿habría adoptado posturas más críticas, menos idealizadas acerca del comportamiento «civilizador» llevado a cabo por ciudadanos europeos? Arendt hace referencia a las actitudes deshumanizantes de los aventureros imperialistas contra las tribus nativas africanas y su utilización como «objetos desechables, superfluos, intercambiables», pero tenía tanta admiración por la cultura alemana como la que tenía Freud.

A pesar que la primera guerra dejó la sensación de que no podría haber peores demostraciones de horror, crueldad y muerte, la segunda guerra mundial no tuvo parangón. Hitler comenzó a cumplir «sus sueños» esbozados desde 1926 en *Mein Kampf* desde que subió al poder en 1933, seis años antes de declarar la guerra. Estaba empeñado en eliminar las poblaciones civiles que convirtió en sus «enemigos objeto»; tenía necesidad de grandes espacios territoriales libres para asentar allí la «gran nación aria». Con ninguno de sus «enemigos objeto» no se obsesionó tanto como lo hizo con los judíos. Comenzó poniendo a prueba métodos de eliminación de grupos pequeños y observó la respuesta social. Cuando se percató de la marcada indiferencia de muchos y la débil protesta de otros, cuando sintió que lograba manejar dicha respuesta y conseguir lealtades que no cuestionarían las formas, masificó su programa de exterminación.

Fue especialmente significativa *La noche de los cuchillos largos*, en la que, bajo la influencia de Himmler, mandó asesinar a más de cien miembros de las S.A., conocidos como las «camisas pardas» y a su líder, Ernst Röhm, por los «delitos» de adquirir mucho poder y ser, muchos de ellos, homosexuales. Esta especie de pogromo contra sus propios seguidores da cuenta del debilitamiento de los lazos libidinales al interior de su grupo y de la lucha de poder de un entorno que hasta hacía poco eran sus fieles aliados. Hitler fue presa de un aumento de suspicacia, ideaciones y angustias persecutorias de traición que lo afectaron y le hicieron temer que podría perder su dominio. Fue la primera

manifestación de que incluso sus propios hombres podían resultarle superfluos y prescindibles y una advertencia a las ambiciones políticas de sus seguidores, dejando en claro que no permitiría que nadie le haga sombra y que estaban dispuestos a que «nazis mataran a nazis», si él así lo decidía.

Hitler descubrió que su discurso había logrado ser aceptado por gran parte de la población alemana y austriaca. Su público fiel no cuestionó sus ideales ni sus métodos y aceptó con gusto la idea de la superioridad de la raza aria. Por medio de la fascinación que despertaba, el Führer fomentó una poderosa cohesión libidinal entre sus seguidores y él y entre los seguidores entre sí, logrando crear un «alma colectiva», un «espíritu ario» dispuesto a cumplir sus deseos, sea por medio de acciones desbordadas o planificadas, según los objetivos planteados. Hitler confiaba que las masas que lo aclamaban, lo acompañarían a lo largo de su lucha para consolidar su proyecto.

En los territorios conquistados pasó algo similar. Hitler comenzó con aquellos que creía que le pertenecían de manera «natural» porque en algún momento fueron parte del Imperio Alemán y/o porque tenían una gran población alemana viviendo allí. Recuperó en 1935 la región del Sarre, colindante con Francia; luego se apoderó de Renania en 1936; anexó Austria -*Anschluss*- en 1938 y meses después, ese mismo año, se hizo de los Sudetes, en aquel momento en manos de Checoslovaquia, todo ello bajo la mirada ambivalente y pasiva de los gobiernos franceses y británicos que, de una forma u otra, lo dejaron actuar pensando que con esas «concesiones» evitarían que se declare la segunda guerra. Pero las pretensiones de Hitler eran conquistar, en un primer momento, toda Europa, después el resto del mundo.

La fuerza del «alma colectiva» nazi estuvo cerca de «resolver» total y definitivamente el «problema judío». Los perpetradores -individuo-grupo- masas nacionalsocialistas, lograron eliminar a seis millones de judíos. Para conseguirlo, necesitaron del apoyo de pequeñas individualidades y grandes multitudes, de masas que compartieron la fantasía colectiva de la superioridad del hombre ario. Burócratas, tecnócratas de la muerte, militares, personas de múltiples ocupaciones, profesionales o no pertenecientes a la población rural y urbana, colaboraron en diversos grados. Los nazis no solo recibieron el apoyo de los alemanes; en muchos de los países conquistados encontraron a una población bien dispuesta a contribuir a la causa. Sin su colaboración, habría sido más difícil la eliminación de tal cantidad de judíos. Como decía Arendt, sin el apoyo de masas indoctrinadas de ideología y radicalidad, los gobiernos totalitarios no podrían haber logrado sus propósitos.

Durante los años de dominio nazi hubo expresiones de comportamiento desbordado, excitado, producto de la externalización pulsional; momentos de

desorganización en los que el populacho se comportó de manera brutal y cruel, tal vez *como se habría comportado la horda primitiva* (Freud, S., 1913 [1912-1913]). Pero ello no fue la norma. Las manifestaciones más representativas del actuar desbordado de la masa fueron *La noche de los cuchillos largos* y el pogromo de la *Noche de los cristales rotos - Kristallnacht*. Pero en ambos casos, no se trató de una explosión de violencia espontánea. El primero fue organizado y sugerido por Himmler, el segundo fue un pogromo orquestado y coordinado por Joseph Goebbels. Ambos sirvieron de advertencia a sus adversarios. A pesar de su dimensión y tremendas consecuencias, fue solo el inicio. Lo que hicieron superó con creces cualquier advertencia y posibilidad de anticipación.

Los desmanes llevados a cabo bajo el amparo de la masa, son ejecutados por individuos. Ya sea el sujeto por sí sólo o en pequeños grupos, quien tortura, maltrata, dispara, dobliga al otro, es la persona, muchas veces por el puro placer de demostrar su poder y dominio. A ese individuo se le debe imputar por lo llevado a cabo.

Dentro de la masa –dice Freud- el sentimiento de responsabilidad individual se diluye lo que favorece el trastocamiento del significado de responsabilidad. En principio, ésta debería responder al imperativo categórico, a la ley y/o consciencia moral. Pero como ocurrió con el superyó del colectivo de seguidores nazis, el sentimiento de responsabilidad se pervirtió, para responder a los deseos y motivaciones de Hitler. Paradójicamente, eran súper responsables y eficientes en las tareas requeridas para cumplir con el «imperativo nazi»: alto nivel organizativo, sistematización, disciplina, minuciosidad, pero era un fin moralmente pervertido opuesto a la moral tradicional, en cumplimiento de los deseos de su amado líder.

Creemos que este deseo fue un desplazamiento. Hitler ocupó el rol de sustituto o representante del padre idealizado que promete amar y proteger a sus hijos pertenecientes a la raza aria. En sus discursos se coloca como «profeta» y cuenta con «sus hijos» para cumplir sus profecías. Las amenazas alertan a los seguidores de que pueden ser sustituidos, dejados de lado o castigados por su ira, si no son satisfechas sus pretensiones. El temor y los sentimientos persecutorios no son exclusivos de los seguidores o de los adversarios.

Los líderes totalitarios también son presa de temores persecutorios, como señalamos líneas arriba; aparecen fantasías y sentimientos paranoicos de ser traicionados por sus seguidores, lo que les genera un estado de alerta, de soledad, de vulnerabilidad que se ven obligados a esconder. En estos personajes, la defensa es externalizar su pulsión destructiva para eliminar a cualquiera que consideren (con o sin motivo) sospechoso, que pudiera poner en riesgo su status.

Arendt pensaba que los sujetos que integraban la masa carecían de intereses

políticos previos lo que facilitaba que el adoctrinamiento ideológico propuesto por un líder mesiánico fuera más fácilmente aceptado.

Freud creía que, si el conductor del grupo perdía su poder, su prestigio o caía en desgracia se reducía su capacidad aglutinadora, los lazos libidinales que lo unían con el grupo y entre sus seguidores se debilitaban, la masa se descomponía. Tenemos la impresión que en muchos seguidores de Hitler eso no ocurrió. Fuerzas externas disolvieron las estructuras establecidas, el régimen nazi perdió la guerra y muchos de sus miembros se escondieron, falsificaron su identidad, adoptaron un «perfil bajo» o negociaron su pase a otros grupos de poder. Miembros de las diversas fuerzas aliadas y de otros gobiernos, hicieron tratos para quedarse con las cabezas más pensantes en diversas especialidades. A medida que se van liberando documentos de la época, queda más claro cómo Estados Unidos y la Unión Soviética, especialmente, trataron de aprovechar el conocimiento adquirido por los nazis durante la guerra, aceptando nacionalizar a científicos a quienes se les perdonaba sus crímenes con tal que ayudaran a la evolución científica de sus países. Gobiernos tan diversos como Argentina, Paraguay, Egipto, Siria, recibieron, ocultaron ilegalmente y violando acuerdos de post-guerra (Acta de Chapultepec¹⁸) a prófugos de guerra que se convirtieron en sus asesores políticos, científicos o militares sin exigirles reconocimiento de culpa, de arrepentimiento o darles algún castigo. La disolución de los lazos libidinales ocurrió en muchos casos, creemos, únicamente en apariencia, la añoranza por el régimen y el líder perdidos perduró mucho tiempo, uniendo afectivamente a distancia a los «ex partidarios». El fervor y admiración a Hitler se mantiene en algunos sectores, («Cabezas rapadas», grupos neo-nazis) hasta el día de hoy. Solo que es «políticamente incorrecto» aceptarlo. En la actualidad no representan grandes masas como las que atrajo el nazismo en su momento de mayor auge, pero no son pocos los que lamentan que su visión ideológica no haya triunfado y representan una amenaza a la convivencia pacífica entre etnias diferentes.

Ante la apatía general de ubicar a los perpetradores nazis escondidos en todo el mundo, dos hombres destacaron en sus esfuerzos por buscar y desenmascarar las falsas identidades de éstos. Simón Wiesenthal y Serge Klarsfeld dedicaron sus vidas a ello. Se les conoce como los «cazadores de nazis» y fue gracias a sus esfuerzos que se localizó a Adolf Eichmann, Kalus Barbie, entre muchos otros cabecillas que fueron extraditados y juzgados, como merecían. (Weber, L., 1999)

IV.3.7.1 Cultura, represión e inhibición

¹⁸ Acta de Chapultepec. Conferencia Interamericana sobre problemas de la guerra y de la paz [21 de febrero a 8 de marzo de 1945]

¿De qué medios se vale la cultura para inhibir, para volver inofensiva, acaso erradicar la agresión contrariante? – se pregunta Freud (1930 [1929]: 119).

A medida que las sociedades evolucionaron, la cultura necesitó ampliar, más allá de la prohibición del parricidio y del incesto, las normas y limitaciones impuestas a las personas. Se establecieron reglamentos para facilitar la convivencia social, hacer cumplir las leyes y determinar el castigo correspondiente cuando se transgreden. La sociedad le otorgó al Estado -y/o a sus gobernantes- el monopolio de la violencia; el Estado designó a la policía como la entidad encargada de vigilar y conservar el orden colectivo interno y a las fuerzas armadas la responsabilidad de cuidar y defender los territorios y las fronteras. En circunstancias de guerra estas instituciones quedan relevadas del mandamiento «no matarás» para responder a «en nombre de la patria puedes matar al enemigo».

Los regímenes totalitarios cambiaron las leyes y los criterios normativos de qué era castigable y quiénes eran merecedores de castigos. Tales regímenes otorgaron flexibilidad legal a la minoría partidaria. No solo no fue castigada por sus excesos, sino que fue estimulada a continuarlos. Los ciudadanos que no formaban parte de la camarilla del poder eran vigilados para conocer sus movimientos, manera de pensar y actuar: Los que simpatizaban con los regímenes tenían mejor suerte que los que cuestionaban la legitimidad del poder; los individuos considerados «de segunda» no contaban con protección legal, formal o informal. La ley funcionaba bajo la consigna del líder totalitario, ello permitía dar rienda suelta a la externalización de la pulsión destructiva.

Freud decía que hay un goce narcisista en «la más ciega furia destructiva» dirigida a los objetos. Este disfrute da al yo la ilusión de que se están cumpliendo sus antiguos deseos de omnipotencia.

La mayoría de la sociedad alemana de época, aplaudía los excesos y creía que tales actitudes beneficiaban la ejecución del proyecto. Los medios que la cultura ideó para frenar el desborde pulsional se basaron en el desarrollo del pensamiento secundario que supone un procesamiento reflexivo que posterga y/o previene de llevar a cabo el acto) tales medios se pervirtieron, se aplaudió y estimuló el desenfreno de los perpetradores.

IV.3.8 El «mal radical»: la Humanidad en riesgo de aniquilación

Tanto Arendt como Freud consideraban que las prácticas totalitarias ponían en riesgo la continuidad de la Humanidad. El peligro de «auto-aniquilación» era REAL. Ambos autores fueron capaces de anticipar ese peligro, (que en la medida que existan regímenes totalitarios, aún subsiste). El riesgo de que la externalización de la pulsión

destructiva descontrolada y sin freno social se manifieste como pulsión de aniquilación *per se*, sigue latente, tentando al sujeto «totalitario» y a las ideologías totalitarias a cumplir con sus fantasías de dominio total. A pesar de las experiencias de horror vividas en diversos momentos del devenir histórico y en diferentes países, parecería que, de tanto en tanto vuelven surgen líderes cuyo narcisismo patológico los impulsa a presentarse como salvadores mesiánicos y a sentirse como deidades, omnipotentes y grandiosas, que pueden disponer de las vidas de otros.

Hitler dejó una nefasta herencia que retoma más de un gobernante autoritario que con plena consciencia y con «serena intencionalidad», basados en alguna motivación ideológica, pretende lograr la sumisión y el control total de una población. En muchas ocasiones, su accionar viene avalado por decretos y leyes, por el entorno político y/o militar, y/o social y/o por altas esferas del poder.

Durante el nazismo en más de una ocasión y por diversos medios Hitler y otros líderes explicitaron la intención aniquiladora fue claramente. En otras oportunidades encubrieron sus deseos a través de eufemismos y medias verdades. El proyecto comenzó con la intencionalidad declarada de deshacerse de los judíos y demás «seres infrahumanos» cuya misma existencia ponía en riesgo la «pureza de la raza aria», pero la idea era continuar con polacos, rumanos, etc., hasta llegar a los alemanes indeseables, los disidentes o mezclados con otras etnias. Parecía que una parte importante de la sociedad alemana quedó sumida en una especie de fascinación, de entusiasmo patriótico colectivo, como resultado de sugestión y/o contagio, como sugiere Freud que ocurre dentro de las masas. Ser parte de la «supremacía aria» permitía al alemán promedio compartir un sentimiento de grandiosidad, de poder y de orgullo racial. Sin el apoyo, respaldo y sintonía de la mayoría de esa población el proyecto de arianización y del Tercer Reich, no habría sido posible. El proceso aniquilador comenzó con modificaciones legales, decretos económicos, prohibiciones, castigos y exclusiones, que funcionaron como marco protector.

Creemos que las características de la pulsión de apoderamiento (en tanto externalización de la pulsión de muerte), se manifestó en la masa a partir de mecanismos de contagio, sugestión y/o continuidad, que subyacían en el inconsciente de cada individuo participante. Las características pulsionales del sujeto dominante y aniquilador pasaron a ser externalizadas por los demás individuos en su conjunto en distintos campos: social, legal, judicial, administrativo, burocrático, militar y demás. Esta meta pulsional de apoderamiento sumada a las de los otros retoños de la pulsión de muerte

(pulsión sádica desligada de la sexualidad, de crueldad y de destrucción) se manifestó en el grupo en el afán de **«aniquilar al objeto»**¹⁹.

En dicho afán aniquilador, la pulsión de apoderamiento, (capturar, expropiar, tomar, embargar; apoderase y dominar; dejar una huella imborrable en el acto de humillar) se externalizó de la siguiente manera:

- Obligar a los judíos a identificarse y registrarse en listas para ubicarlos geográficamente y saber su número.
- Cerrar las fronteras de salida de Alemania, haciendo todo lo posible para que los judíos no sean recibidos en ningún otro país, dejándolos sin alternativas.
- Organizar y alentar pogromos para diseminar terror (Noche de los cristales rotos).
- Emitir leyes para excluir a los judíos de la vida laboral, profesional y comercial. Con ello provocar su «muerte económica», (Arendt, H., 1951).
- Anular su estatus nacional, alterando su situación política y jurídica, para dejarlos como apátridas y «parias», sin derechos humanos ni civiles y ocasionar su «muerte jurídica», (Arendt, H., 1951).
- Obligar la identificación por medio de insignias visibles, (Estrella de David amarilla con la palabra JÜDE impresa en ella).
- Sacarlos de sus casas, apropiarse de sus bienes, (arte, joyas, muebles, libros, ropa, enseres, inmuebles).
- Hacinamiento en guetos amurallados, desprovistos de lo indispensable para llevar una vida saludable.
- Humillación y maltrato, con intención de doblegarlos, quebrantarlos; quitarles la dignidad, ocasionarles una «muerte psicológica», (Arendt, H., 1951).
- Transporte masivo y hacinado en trenes de ganado, sin agua, sin comida durante el trayecto, hacia lo que, eufemísticamente, llamaron «centros de trabajo», (campos de concentración y exterminio). Al llegar a los campos fueron desnudados y distribuidos según criterios arbitrarios y diversos: a algunos los mandaron directo a las cámaras de gas («duchas para combatir el tifus y los piojos»); a experimentos «médicos»; a trabajos forzados.
- En los campos, como si se tratara de un centro logístico – almacén, fueron obligados a dejar separados ropa; zapatos, lentes, maletas, dentaduras postizas, pelo.
- Los suficientemente jóvenes y/o fuertes eran utilizados para trabajos

¹⁹ El resaltado es de la autora

forzados, obligados a transportar los cadáveres de sus correligionarios, asesinados en las cámaras de gas («muerte física», Arendt, H., 1951) y llevarlos hacia los hornos crematorios. Se buscaba con ello eliminar hasta el más mínimo vestigio de quienes alguna vez fueron personas. Las únicas huellas que quedaron fueron cenizas, humo y un insoportable olor a carne quemada. (Steven Spielberg, en el 70° Aniversario de la liberación de Auschwitz, al tocar la tierra bajo la banca en el que estaba sentado, se encontró con cenizas que emanaron de los hornos crematorios y que siguen impregnadas en el suelo de allí).

- Otros métodos de dominio y aniquilación fueron: inanición; insalubridad, obligación de cavar sus propias fosas comunes sobre las cuales los fusilaban; (muchos fueron enterrados estando aún con vida); marchas de la muerte.

Los judíos que lograron sobrevivir a los guetos y a los campos, estaban en condiciones físicas deplorables, pareciendo «despojos humanos». Los ejércitos aliados encontraron a algunas personas deambulando por estos lugares, sin mayor esperanza de salir con vida de ese infierno, sabiendo que no fueron aniquilados porque a los nazis no les dio «tiempo». Los sobrevivientes quedaron dañados por el resto de sus vidas sin poder reparar completamente las profundas heridas (físicas, psíquicas y emocionales) dejadas por tan horrenda vivencia. El índice de suicidios entre la población de sobrevivientes es proporcionalmente alto.

Lo ocurrido durante la *Shoah*, las políticas represivas y aniquiladoras contra los enemigos objeto (los judíos), bien pueden equivaler a la expresión de Freud de «**toda la maldad del alma humana**»²⁰ (Freud, S., 1930 [1929]) Si bien Freud no definió con claridad a qué se refería con ello, dió la impresión que no encontró mejores palabras o conceptos para describir lo complejo, destructivo y amoral que puede ser la naturaleza humana en ciertas circunstancias. Esa expresión («toda la maldad del alma humana») aparentemente no conceptual o teórica, podría equivaler a lo que Arendt calificó como un mal absoluto, un «mal radical» que, de haber continuado, habría terminado por aniquilar a la Humanidad en su totalidad.

En este sentido, el «mal radical» sería un constructo teórico que condensa los diversos conceptos psicoanalíticos aquí presentados. Además de otros componentes que Arendt considera (socio-económicos y políticos), ausentes en las propuestas freudianas.

Durante el régimen nazi se aniquilaron seis millones de judíos, tres millones de prisioneros de guerra soviéticos, tres millones de católicos polacos, setecientos mil serbios, doscientos mil quinientos gitanos *sinti* y *romaníes*, ciento cincuenta mil alemanes

²⁰ El resaltado es de la autora

entre discapacitados físicos y/o mentales, por causas políticas, religiosas o miembros de la resistencia, doce mil homosexuales, dos mil quinientos Testigos de Jehovah, además de miles de soldados y millones de civiles. (Weber, L., 1999)

IV.3.9 Una «maldad humana» minuciosamente organizada

Desde que los nazis subieron al poder en 1933, la división de funciones, de cargos y responsabilidades fue superpuesta. La ideología totalitaria tiene como *modus operandi* el duplicarse y repetirse indefinidamente. Como señala Arendt, (1951), desde su fundación, el partido nazi creó organizaciones que muchas veces cumplían con un propósito semejante al de otras pre-existentes. En 1922 fundó las S.A., a quienes consideraba «más militantes» que los miembros del partido. Tres años después, Himmler eligió de entre ellos un grupo de gente para formar las S.S., sin modificar las funciones del primero. Pocos años después, el mismo Himmler creó las *Waffen-SS*, unidades «calavera» encargadas de vigilar los campos de concentración y exterminio; después se fundó el «Servicio de Información Ideológica del Partido», para controlar a las opiniones políticas de la población y la «Oficina para Cuestiones Raciales y de Reasentamiento». Todas ellas se desarrollaron a partir de los principios generales de las S.S., sus miembros se hallaban en la misma jerarquía que los miembros de las S.A., o de miembros de la «organización frontal». De esta forma, no le quedaba claro a nadie quién tenía el poder, quién ostentaba una jerarquía superior o inferior, nada fue derogado, nada fue cancelado y ello contribuyó a los sentimientos de suspicacia y paranoia al interior de estas organizaciones respecto a quien detentaba verdaderamente el poder, sin saber en quién confiar, de quién sospechar. Arendt, H., 1951: 455)

Lo mismo pasó con las leyes e instituciones. Para cumplir con los objetivos del partido eran necesarios orden y planeamiento, disciplina y, sobre todo, lealtad de vastos sectores de la sociedad que estuvieran dispuestos a colaborar para llevar a cabo el proyecto nacionalsocialista.

Las consignas de Hitler fueron asumidas por muchos de sus seguidores como «mandato divino» sin importar el sentido que podrían tener. Ejemplo de ello fue el comportamiento de Adolf Eichmann a pocos meses de finalizarse la guerra quien se negó a obedecer a su jefe directo -y uno de los mayores responsables de la *Shoah*-, Heinrich Himmler, cuando éste, le ordenó suspender los transportes de judíos húngaros hacia los hornos crematorios, buscando negociar con los aliados un trato más benigno por los crímenes cometidos. La guerra estaba llegando a su fin, Alemania la estaba perdiendo y pensar en alternativas para lograr castigos menores no solo se le ocurrió a Himmler;

muchos seguidores de Hitler lo pensaron y planificaron cómo salir de la mejor manera posible, escapándose, escondiéndose, pidiendo asilo, adoptando identidades falsas.

Eichmann se negó a obedecer porque «él solo obedecía la voluntad del Führer». Parecería que para Eichmann, no era importante distinguir entre hacer el bien, seguir actuando mal o buscar un castigo menor. Lo inspiraba la fascinación que sentía por Hitler y solo quería cumplir sus deseos.

El comportamiento de Eichmann -mayor representante de la minuciosidad en la organización y planificación de los horarios y rutas de los trenes de la muerte-, simboliza y representa el actuar de miles de seguidores que estuvieron al servicio del Reich; un comportamiento razonado y elegido con plena consciencia. Sabiendo lo que hacía siguió cumpliendo los objetivos de su líder máximo: «aniquilar al objeto», el pueblo judío y así lograr la solución final del «problema judío».

Eichmann no fue el único. Desde 1933 muchos de los individuos que conformaron el partido nacionalsocialista y siguieron sus lineamientos dieron vía libre a la pulsión destructiva, sin atenuantes y sin miramientos, en actos llevados a cabo con plena intencionalidad y determinación; en la mayoría de casos sin desbordes o desorganización pulsional.

¿Se podría argumentar que los participantes, además de la fascinación por el líder, actuaron impulsados por conflictos psíquicos previos que demandaban satisfacción pulsional inmediata? Es posible y muy probable que lo pulsional subyacente, actuara y presionara desde el inconsciente. Pero ¿es posible postular que la mayoría de un pueblo, civilizado, con valores morales superiores, se dejara llevar, únicamente por dichas pulsiones? No estamos hablando de un individuo o un grupo de individuos. No nos referimos únicamente al «populacho» ni a la masa en sí. Para llevar a cabo la «solución final» se requirió de la colaboración en diferente grado de participación, de «propios y ajenos». No fueron únicamente alemanes: los polacos, rumanos, ucranianos, franceses, italianos, húngaros y otros se sumaron a la vorágine destructiva.

Pero el caso de los alemanes es diferente y único: fueron los protagonistas, los que tuvieron la iniciativa, los que aceptaron a Hitler con su particular obsesión por exterminar a los judíos, aceptaron su ideología totalitaria que gobernó a través de la ficción de la supremacía aria, aceptaron el racismo, el antisemitismo y el dominio a través del terror. Muchos de sus seguidores se unieron al partido político que lo llevó al poder y que lo apoyó en el emprendimiento aniquilador. Comandaron ciudades y pueblos conquistados, fueron responsables del proceso mismo de eliminación. Aceptaron el desvío de recursos económicos desfavoreciendo los objetivos de la guerra con ese fin, porque su prioridad era la «solución final».

El conjunto de acciones emprendidas requirió de una gran movilización de personas y recursos. Reiteramos, no todos los alemanes participaron, hubo notables excepciones como el antes mencionado Óscar Schindler, que no se dejaron impresionar y se arriesgaron a esconder personas, a ayudarlas a escapar o simplemente ayudaron con lo que pudieron. A éstos, cuando la pesadilla terminó, diversas instituciones judías los reconocieron como «Justos entre las Naciones». Fueron personas que mantuvieron su capacidad e independencia de juicio y pensamiento y ayudaron con ética y moral, incluso arriesgando sus propias vidas. Sin embargo, gran cantidad de ciudadanos fueron silenciosos admiradores o gustosos colaboradores de esta «cadena de producción de cadáveres, fosas comunes y cenizas». No eran hordas con regresión a estadios primitivos, no se trató de grupos desorganizados, asustados por falta de líder o estimulados por sus dirigentes para desbordarse, como sucedía en los pogromos, en las Cruzadas o en otro tipo de explosión social. Insistimos. NO se trató de un desborde pulsional sino de la más cruda, fría y sistemática planificación, organización y ejecución de un «mal radical» compartido por muchas personas con una finalidad común.

IV.3.10 Un mundo en paz: ¿Una utopía?

El intercambio epistolar entre Einstein y Freud es muy sugerente. Como intelectuales que eran, creían en la cultura, en el poder de la reflexión franca, abierta, cuestionadora. Pero la historia de la humanidad da cuenta que la cultura nunca había logrado refrenar las guerras. No se puede imponer desde afuera el freno al torrente violentista. Los límites y las barreras pulsionales deben ser establecidos por cada individuo para sí mismo, a la par que la sociedad exige el cumplimiento de las normas de convivencia social, internalizadas a través del padre.

Intelectuales como Richard Lemkin (creador del término «genocidio»), Freud, Einstein y Arendt, aspiraban a que hubiese una institución supranacional lo suficientemente respetable, que sea capaz de impartir justicia y exigir la paz, a pesar del apetito de destrucción que tiene el hombre. Estos intelectuales tenían fe en la cultura, deseaban que la evolución cultural pudiera contrarrestar el odio y la destructividad humana. Les era inaceptable que «una pequeña camarilla» de personas, auto-centradas y egoístas sometan la voluntad de muchos, generando tremendas pérdidas materiales y sufrimientos humanos.

Freud fue pesimista y escéptico desde los primeros años de Hitler en el poder, dado que, para los nazis, la finalidad del «superhombre ario» era el dominio del mundo, la «solución final de la cuestión judía» justificaría que se utilizaran la destructividad, la

aniquilación, como medios para conseguirlo. La ideología nacionalsocialista, a la par, fue producto de la cultura de donde se originó. Al justificar cualquier medio para lograr su objetivo, la ideología fue una cultura de muerte y destrucción, prevaleciendo sobre las tradiciones culturales «más civilizadas» y más respetuosas de la vida humana que la antecedieron. La cultura no ha sido capaz de eliminar el gusto de los hombres por las guerras. En ellas tienen la oportunidad de exteriorizar y satisfacer las pulsiones de odiar y aniquilar. Que no haya guerras, sigue siendo una esperanza utópica.

Como señaló Arendt, desde 1933 -si no antes-, fueron evidentes para cualquier persona más o menos informada en Alemania y Austria las intenciones y las nuevas medidas persecutorias tomadas por el gobierno nazi; pero había actitudes evitativas y negadoras de lo que estaba ocurriendo y lo que se avecinaba. Entendía Arendt que los acontecimientos sociopolíticos de su alrededor contenían una potencial capacidad destructiva que ponía a Europa y la humanidad *ad portas* de un experimento nunca antes visto de ferocidad y crueldad, que se podría expandir por un vasto territorio.

Freud también era consciente de que el «fortalecimiento del intelecto», teóricamente responsable de domeñar la vida pulsional, había fracasado aún en las naciones más cultas.

Creemos que tanto Freud como Einstein y muchos de nosotros terminamos teniendo el prejuicio de que el intelecto equivale a pensamientos de alto valor ético y moral, pero la realidad es que el grado de desarrollo intelectual no tiene nada que ver con el contenido ni los objetivos que dicha inteligencia abriga. A lo largo de la historia se ha podido ver que mentes brillantes no necesariamente han sido portadoras de ideas favorables para la humanidad ni han promovido actos de sensibilidad social y bienestar colectivo. Intelecto y moralidad no son equivalentes, ética e intelecto tampoco. Sin embargo, el pensamiento secundario que sea producto de un alto nivel intelectual, sumado a una voluntad buena, capaz de distinguir y elegir con claridad lo que es bueno respecto a lo que es malo, sigue siendo la única manera de domeñar la externalización de los retoños de la pulsión de muerte para refrenar su destructividad.

Pocos meses después del intercambio epistolar con Freud, Einstein salió exiliado de Alemania, y cuando los nazis subieron al poder, en 1933, una de sus primeras acciones fue la quema de libros de ambos autores y de aquellos que consideraban opuestos al régimen. «La nación más culta del mundo», utilizó como escenario la Plaza del Teatro de la Ópera, símbolo en sí mismo de cultura, como lugar para hacer dicha hoguera. Además, se prohibió la práctica del psicoanálisis y la subsiguiente publicación de la obra de Freud. El Tercer Reich había declarado la guerra a los judíos, incluso a sus más destacados pensadores, reconocidos a nivel internacional.

Mientras eso ocurría, Hannah Arendt arriesgó su vida ayudando a algunos de los perseguidos por el incendio del Reichstag en Berlín. Salió huyendo de Alemania porque la GESTAPO descubrió que estaba apoyando a la Organización Sionista Berlinese. Desde Francia primero y luego desde Estados Unidos, siguió apoyando a organizaciones para lo que se puede llamar la causa judía y a denunciar el actuar nazi.

La ideología «del mal» sigue siendo un símbolo para pequeños, mediados o grandes grupos que hacen de las diferencias un motivo y un pretexto para desplegar su odio destructivo.

Los nazis lograron aniquilar a seis millones de judíos. Pero hay que resaltar que a pesar de las espantosas e imposibles condiciones de vida que éstos tuvieron en los guetos y en los campos, la *pulsión de vida* estuvo presente de muchas formas, con mejores o peores logros tratando de vencer la desesperanza. La población judía se organizó clandestinamente, en la medida posible, según las pautas que rigieron sus vidas antes de la catástrofe. Se establecieron cargos y responsabilidades para el diario vivir, se designó cómo y quién trataría de ingresar alimentos, medicinas y/o armas; se delegaba a individuos, muchas veces niños, para que se escabullan fuera de los guetos con el fin de contactar posibles partisanos o gente que los pudiera apoyar; se celebraron fiestas religiosas; se realizaron matrimonios, se procrearon bebés y hubo circuncisiones, se llevaron a cabo *Bar-Mitzvot*. Quedan algunos testimonios de todo ello. En medio de condiciones atroces, en muchos casos se siguió impartiendo clases a los niños, hubo creación artística; se crearon grupos de auto-defensa, héroes anónimos, mártires que se expusieron para ayudar a los otros. Hubo pequeños, medianos o grandes actos heroicos que facilitaron la convivencia, o más precisamente, la supervivencia; muchos gestos de solidaridad, etc., como una manera de contraponerse a la pulsión de aniquilación y muerte y al intento de deshumanización, impidiendo que los perpetradores se adueñaran totalmente del mundo interno de las víctimas de la *Shoah*.

También es cierto que -como suele suceder en toda sociedad-, hubo luchas internas entre grupos con diferentes miradas políticas y/o religiosas. Hubo desertores, delatores, traidores, ladrones y ladronzuelos y demás. Los nazis obligaron a los judíos a formar los «consejos judíos» -*Judenrats*-; a conformar la policía judía para vigilar, acusar, castigar a sus correligionarios; a asumir el rol de kapos. La mayoría de los judíos los desdeñó y despreció por considerarlos «colaboracionistas», a pesar de las promesas nazis de protegerlos o privilegiarlos en alguna medida no cumplieron con lo ofrecido y después de utilizarlos, los aniquilaron, sin importar cuánto les sirvieron. Es difícil juzgar estando fuera de las paredes de los guetos y de los campos qué habría hecho cada uno en esas circunstancias. Todos deseamos imaginarnos morales, sólidos e incorruptibles... Pero,

frente a las amenazas rápidamente cumplidas de eliminarlos, al igual que a sus familias y la facilidad con que los nazis mataban a los judíos, ¿habríamos resistido? Muchos lo hicieron y otros tantos flaquearon. El objetivo totalitario fue romper los lazos de solidaridad, sembrar desconfianza y poner a unos contra otros. En muchos casos lo lograron. Pero también hubo una respuesta de los afectados: cuando alguno de estos personajes (kapos, policía judía) logró sobrevivir y/o dejó descendencia, desprecio e incluso marginación como «castigo social» se volcó hacia quienes colaboraron por haber traicionado a sus hermanos y se continuó hacia sus hijos y nietos.

Freud señala que la pulsión de muerte triunfa en el individuo, pero la pulsión de vida triunfa en la especie. Eros logró mantener con vida a la «raza judía», a pesar de la adversidad y sus seis millones de muertos, se aferró, como pudo, a la continuación de la vida. Aparentemente transgredieron los mandatos religiosos dado que por encima de éstos está la obligación de mantenerse con vida: comieron lo que se podía, incluyendo alimentos prohibidos si los encontraban, profanaron el *Shabat* cuando fue necesario y violaron por completo las leyes dietéticas *-kashrut-* para sobrevivir. Esto contribuyó a que algunos se salvaran. Por encima del duelo por tanta destrucción y muerte, la **«pulsión de vida»**²¹ no permitió ser acallada.

De manera análoga, para Arendt, la singularidad del hombre que se da en cada nacimiento, es la esperanza de que la vida triunfe sobre la destructividad del «mal radical».

El pueblo judío aún continúa con vida, así como el psicoanálisis, la relevancia de Einstein y la teoría política de Arendt, productos de intelectuales judíos. En septiembre de 2015, la población judía mundial logró alcanzar los números que tenía antes de 1933, recuperando -nivelando- el tercio de personas aniquiladas con nuevos miembros de esta comunidad repartida a nivel mundial, con una mayoría de habitantes ubicados en el Estado de Israel. Hitler fracasó en su proyecto de la «solución final».

²¹ El resaltado es de la autora.

V. Conclusiones

El eje de nuestro trabajo ha sido establecer un paralelo, coincidencias, diferencias y complementariedades entre el «mal radical», concepto propuesto por Kant y recogido por Arendt y algunos conceptos psicoanalíticos propuestos por Freud, señaladamente la «pulsión de muerte» para aplicarlos al examen del accionar nazi durante la Shoah.

- Escribiendo desde dos marcos teóricos diferentes, Freud y Arendt anticiparon la determinación destructiva y aniquiladora del régimen nazi, pero reaccionaron de forma distinta ante lo que percibían. Arendt salió de Alemania en 1933 mientras que Freud se exilió en Londres recién en 1938. Freud temía la aniquilación de los bandos contendores y escéptico se preguntaba *¿quién puede prever el desenlace?* (Freud, S., 1930 [1929]: 140) Arendt, desde su óptica filosófico – político – social, señalaba que el totalitarismo atenta contra lo que ella consideraba el pilar y la razón de ser de lo «político»: la libertad. El actuar totalitario condujo a la aparición de un mal absoluto, un «mal radical» que rompió normas previas en lo político, lo social y lo moral; ella pensaba que considerar al ser humano como «superfluo y prescindible» y las políticas de aniquilación para lograr una dominación total ponían en riesgo la supervivencia de la Humanidad.
- Freud NO escribió acerca de los regímenes totalitarios como tales, aunque sí se refirió al actuar nazi y a las propuestas bolcheviques. Elaboró sus propuestas estudiando el funcionamiento mental individual, (mundo interno) cuyas características luego las trasladó al funcionamiento grupal, a las instituciones y a la cultura. Arendt investigó el origen de los regímenes totalitarios tomando en cuenta las variables del mundo externo, las transformaciones socio-económicas, políticas, históricas (el apogeo del antisemitismo político y de las ideologías racistas, la terminación del Estado-Nación como forma de gobierno, el imperialismo como nueva estrategia de conquista, la producción de dinero superfluo, individuos y poblaciones «superfluas») que al cristalizar facilitaron el surgimiento de regímenes totalitarios. En este encuentro interdisciplinario visualizamos simbólicamente una figura en que el núcleo interno lo conforman las propuestas freudianas y las capas que lo cubren, el «mundo externo» lo constituyen las propuestas arendtianas que se enriquecen, se amplían y se comprenden mejor gracias al entendimiento del funcionamiento psíquico individual y de las masas.
- De *Los orígenes del totalitarismo* (Arendt, H., 1951) recogimos el concepto «mal radical» como un constructo teórico que condensa y sintetiza de comportamientos destructivos, atroces y crueles, producto de una «voluntad

perversa», que se pusieron de manifiesto en las fases finales de los gobiernos totalitarios siendo los campos de concentración y exterminio donde la externalización de la determinación destructiva se hizo más evidente.

- No encontramos un único concepto psicoanalítico que condense los fenómenos sociológicos, económicos, políticos, históricos, individuales y/o colectivos que equivalgan al «mal radical». Arendt utilizaba términos como «dominación y eliminación total» en tanto que Freud describía los mecanismos psíquicos inconscientes externalizados para «aniquilar al objeto». Arendt habla de «enemigos elegidos o enemigos objeto», que desde la mirada freudiana podrían ser producto de un sentimiento «ominoso», diabólico, proyectado sobre estos «enemigos elegidos», el pueblo judío. Ambos autores destacan la destrucción del sentido de responsabilidad y de culpa del individuo al interior de las masas, lo que para Arendt tiene relevancia en el sentido de la «imputabilidad» de las acciones criminales. Desde lo psicoanalítico, esto sería una manifestación de una modificación interna de la consciencia moral y del superyó, un superyó que fue pervertido con un cambio de valores en la sociedad en el que también se perdieron el sentido de solidaridad humana y el «sentido común».
- Pensamos que, por medio de mecanismos como la contigüidad y el contagio, paulatinamente se fueron internalizando los nuevos valores en la psique de los individuos que participaron del colectivo nazi y/o que fueron sus colaboradores. No solo no se cuestionaron muchas de sus conductas amorales y destructivas, sino que estuvieron apoyados por un sistema legal, político y social que aprobaba y aplaudía dicho comportamiento. A la elección de no guiar sus actos de acuerdo con el imperativo categórico moral, se aúna que dicha elección no generó culpa alguna en muchos de los participantes; solo algunos pocos se sintieron culpables por lo actuado.
- Entre las propuestas teóricas de ambos autores, el tema en el que más coincidieron fue en el de las masas, la importancia que otorgaron al líder mesiánico como aglutinador de las mismas, el rol de la sugestionabilidad, la pérdida de la individualidad para privilegiar la identidad de la masa, la adquisición por ello de un sentimiento de poder invencible. Dentro de la masa el sujeto se permite «echar por tierra las represiones de sus mociones pulsionales inconscientes» (Freud, S., 1921:71). Arendt privilegió en sus investigaciones el origen de las masas (y del «populacho»), señaló que bajo

los regímenes totalitarios la pérdida de libertad individual tendía a ser permanente y sin el apoyo de las masas no habrían podido actuar. Desde lo psicoanalítico, el foco está puesto en el establecimiento de lazos libidinales entre el líder y el grupo y entre los miembros de éste.

- La diferencia más significativa entre ambas miradas teóricas la encontramos en el concepto del «libre albedrío». La esencia del concepto «mal radical» es que es producto de una voluntad libre para elegir un comportamiento contrario a la ley moral. En los trabajos psicoanalíticos encontramos que Freud, creyendo en el determinismo psíquico inconsciente, duda de la posibilidad que el individuo actúe libremente. El mismo Freud señala que, para domeñar la demanda pulsional, el yo hace uso de mecanismos defensivos como la represión, internalización de las normas morales, postergación de la satisfacción, sublimación, etc. A la par Freud establece que para que los hombres puedan convivir en sociedad, se requiere del proceso secundario del pensamiento encargado de regular los vínculos recíprocos. Señala que el destino de la especie humana recae en el grado en que su desarrollo cultural logre dominar las perturbaciones provenientes de las exigencias pulsionales, en especial, la «humana pulsión de agresión y de auto-aniquilamiento» (Freud, S., 1930:140) Son las capacidades yóicas desarrolladas en el proceso secundario las que permiten la postergación, represión, sustitución de las demandas pulsionales, evitando que sea el determinismo psíquico el que marque el actuar individual, posibilitando que en estado de plena consciencia el individuo pueda elegir libremente cómo comportarse, que sea responsable e imputable por sus actos.
- Lo más cercano al concepto de «mal radical» expresado por Freud fue la expresión «toda la maldad del alma humana» (Freud, S., 1921:71) que Freud no definió, pero que utilizó para referirse a cómo el individuo dentro de la masa, echa por tierra las represiones pulsionales inconscientes y se permite externalizar conductas destructivas, crueles y amorales, por ejemplo, como las que se pusieron de manifiesto durante la primera guerra mundial. «Toda la maldad del alma humana» no se trata de un concepto en sí mismo, pero puede equivaler al mal absoluto, «mal radical».
- Una lectura psicoanalítica del «mal radical» arendtiano sería que durante el régimen nazi se externalizó la «pulsión de muerte» que operó tanto a nivel individual como colectivo en distintos grados de intensidad.

- Entre los retoños de la «pulsión de muerte» externalizada, el actuar nazi permitió a las «pulsiones de dominio», de «crueldad», de «aniquilación» actuar impunemente. Otro de sus retoños, la «pulsión de apoderamiento» se manifestó en dos sentidos, uno proveniente de los jerarcas hacia sus subalternos, mediante sugestión, propaganda, amedrentamiento, exigencia de sumisión; la otra expresión fue la ejercida hacia los enemigos-objeto, mayoritariamente judíos, en los guetos, campos de concentración y exterminio, marchas de la muerte, haciendo uso y abuso de la crueldad y humillación hacia ellos.
- Entre las diferentes maneras de entender la judeofobia o antisemitismo, creemos encontrar el origen en las explicaciones freudianas de «lo ominoso». La familiaridad que se convirtió en terrorífica entre los alemanes y los judíos después de dos mil años de vivir en vecindad. Dado que el proyecto nazi aspiraba a durar mil años y el pueblo judío sostiene su vigencia y continuidad desde la época de los patriarcas y establecidas sus leyes y tradiciones desde el profeta Moisés, en la Antigüedad, los nazis trataron de hacer suyas las características que permitieron esa sobrevivencia, tratando de «desmentir», la finitud de lo humano en el superhombre ario. El discurso nazi y su programa de los mil años, apeló a la inmortalidad a través de la exaltación de mitos de origen y leyendas nórdicas de que aludían a la grandiosidad y la continuidad de rasgos omnipotentes y superiores a los que vincularon la raigambre aria. Para lograr tal objetivo de eternidad, de reedición de un pasado míticamente glorioso, creyeron necesario eliminar al pueblo que aparentemente lo habría logrado, sobreviviendo fiel a sus raíces durante milenios y cuya eliminación los dejaría como único pueblo que venció a la muerte.
- A nuestro parecer, la conclusión más importante del presente trabajo es que ni Kant ni Arendt, así como tampoco los conceptos de «mal radical» y los conceptos freudianos de pulsión de agresión, pulsión de muerte, pulsión destructiva y de aniquilación, logran establecer gradaciones y escalas de nivel en el comportamiento maligno. Creemos que sigue siendo inasible en toda su dimensión y profundidad el «mal» dirigido hacia el prójimo, llevado cabo por individuos responsables por sus actos, encaminados explícita y deliberadamente a destruir, aniquilar al ser humano y/o a los «enemigos objetivo», como lo fue en este caso el pueblo judío. Creemos que hasta el momento actual ha sido imposible aprehender el «mal» en todas sus

manifestaciones; no lo han podido hacer la filosofía, la teoría política, el psicoanálisis y es poco probable que se logre hacer en el futuro. «Mientras difiera tanto el valor que cada uno de [los pueblos] atribuye a la vida del individuo y mientras los odios que dividen sigan siendo unas fuerzas con tanto imperio en lo anímico» (Freud, S., 1915b: 278) seguirán apareciendo manifestaciones del mal radical.

A modo de comentario, a pesar de las recurrentes manifestaciones de dicho mal, tanto Freud como Arendt, comparten una perspectiva optimista, cada uno en sus propias maneras de expresarse. Freud señala que no se trata (ni se puede) eliminar la pulsión agresiva, pero, entrelazada con la pulsión de vida, se puede sublimar, desviarla lo bastante como para que no se exprese en la guerra.... «Apelar a [...] Eros: a todo cuanto establezca ligazones de sentimiento entre los hombres (Freud, S., 1933 [1932]:195), fortalecer el intelecto para que gobierne la vida pulsional, promover el desarrollo cultural que abogue en contra la destructividad humana. La «pulsión de muerte» termina con la vida del individuo, la pulsión de vida le da continuidad a la especie. Para Arendt «cada final en la Historia contiene necesariamente un comienzo...» (Arendt, H., 1951:580) garantizado en el nacimiento de cada individuo y con él, el surgimiento de una nueva singularidad, lo que brinda la esperanza de salvar la espontaneidad y la continuidad del individuo y de la Humanidad. Ambos autores reconocen el peligro REAL de que, bajo el imperio de lo destructivo y de la valoración del ser humano como superfluo, se podría terminar aniquilando a la Humanidad, pero a pesar de ello, los dos encuentran una alternativa viable y poderosa para contrarrestar dicha destructividad.

VI. Referencias bibliográficas

- ABC Internacional (2015) Putin en Crimea: «Los habitantes votaron por la reunificación con Rusia y punto» Fuente: reutersefe – Moscú, 18/08/2015. <http://www.abc.es/internacional/20150818/abci-putin-crimea-reunificacion-rusia-201508181724.html>
- Abraham, T., Badiou, A., Rorty, R. (1995) *Batallas éticas*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión SAIC, 1995
- Acta de Chapultepec (1945) *Conferencia Interamericana sobre problemas de la guerra y de la paz. (21 de febrero a 8 de marzo de 1945)* Constitución Web. Winner.com, 2009
<http://constitucionweb.blogspot.pe/2009/11/acta-de-chapultepec-firmada-por.html> Visitado el 06/10/2016
- África Fundación Sur (2016) Noticias: Alemania se disculpa por el genocidio de Namibia, pero se niega a pagar ninguna reparación. 18 de julio de 2016. www.africafundacion.org/spip.php?article24796# Visitado el 28/07/2016
- Agamben, G. (1999) *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III*. Valencia: Pre-Textos, 2005
- Arendt, H. (1929) *El concepto de amor en San Agustín*. (Traducido por Serrano de Haro, A.). Madrid: Ediciones Encuentro S. A. 2001.
- _____ (1945a) Culpa organizada y responsabilidad universal. Pp. 153 -166 En: H. Arendt (2005) *Ensayos de comprensión. 1930 – 1954 Traducción*. Agustín Serrano de Haro. Madrid: Caparrós Editores, 2005
- _____ (1945b) Aproximaciones al «problema alemán». Pp. 135 - 152 En: H. Arendt (2005) *Ensayos de comprensión. 1930 – 1954 Traducción*. Agustín Serrano de Haro. Madrid: Caparrós Editores, 2005
- _____ (1947) Dedicatoria a Karl Jaspers. En: H. Arendt (1976). *La tradición oculta* (Traducido por Carbó, R. S. y Gómez V.). Pp. 9 a13) Barcelona: Editorial Paidós. 2004 (Original publicado en 1948)
- _____ (1948) The concentrations camps. *Partisan Review*, 15/7, 743-763 p.
- _____ (1950) Las técnicas de las ciencias sociales y el estudio de los campos de concentración. Pp.283 – 299) En: H. Arendt (2005) *Ensayos de comprensión. 1930 – 1954 Traducción*. Agustín Serrano de Haro. Madrid: Caparrós Editores, 2005
- _____ (1951) *Los orígenes del totalitarismo*. México: Santillana Ediciones Generales, S. A. de C. V., 2004.

- _____ (1953^a) *Comprensión y política. (Las dificultades de la comprensión)* 371 - 393 En: H. Arendt (2005) *Ensayos de comprensión. 1930 – 1954 Traducción.* Agustín Serrano de Haro. Madrid: Caparrós Editores, 2005
- _____ (1953^b) *De la naturaleza del totalitarismo. Ensayo de comprensión.* Pp. 395 – 434. En: H. Arendt (2005) *Ensayos de comprensión. 1930 – 1954 Traducción.* Agustín Serrano de Haro. Madrid: Caparrós Editores, 2005
- _____ (1958) *Rahel Varnhagen: La vida de una judía.*
- _____ (1963) *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal.* Barcelona: Editorial Lumen S. a. 1999
- _____ (1964) ¿Qué queda? Queda la lengua. Pp. 17 – 40. En: H. Arendt (2005) *Ensayos de comprensión. 1930 – 1954.* Traducción. Agustín Serrano de Haro. Madrid: Caparrós Editores, 2005A
- _____ (1976) *La tradición oculta* (Traducido por Carbó, R. S. y Gómez V.). Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica S. A., (Original publicado en 1948)
- Audi, R. (ed.) (1995) *The Cambridge Dictionary of Philosophy.* Cambridge: Cambridge University Press, 1995
- Bauer, Y. (1982) *A history of the Holocaust. Revised Edition.* Danbury: Franklin Watts, Library of Congress, 2001.
- Benedictow, O. (2011) *La Peste Negra (1346-1353). La historia completa.* Madrid: Akal, 2011, En: National Geographic () *La peste negra, la epidemia más mortífera* http://www.nationalgeographic.com.es/historia/grandes-reportajes/la-pestre-negra-la-epidemia-mas-mortifera_6280
- Benyakar, M. (1998) *Agresión y violencia en el milenio. La cadena del mal.* En: Revista de Psicoanálisis. Tomo LV, N° 4, octubre-diciembre. Asociación Psicoanalítica Argentina. Pp. 875-892
- _____ (2003) *Lo disruptivo. Amenazas individuales y colectivas: el psiquismo ante guerras, terrorismo y catástrofes sociales.* Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Bernstein, R. J. (2002) *El mal radical. Una indagación filosófica.* (Traducción: Marcelo G. Burello) Buenos Aires: Ediciones Lilmod, 2005
- Bobbio, N., Matteucci, N. (1976) *Diccionario e Política. Dos Tomos.* (Redactores de la edición en español: J. Arico y J. Tula) México: Siglo XXI Editores S. A. de C. V., 1985
- Bocian B. (2010) *Fritz Perls en Berlín. 1893 – 1933. Expresionismo. Psicoanálisis. Judaísmo.* Santiago de Chile: Editorial Cuatrovientos, 2015
- Borja, R. (1997) *Enciclopedia de la política.* Fondo de Cultura Económica
- Ciencia Popular (2009) *Genocidios en la Humanidad.*

http://www.cienciapopular.com/n/Historia_y_Arqueologia/Genocidios_en_la_Humanidad/Genocidios_en_la_Humanidad.php/

(Visitado el 25/05/2012)

Committee on Facilitating Interdisciplinary Research, (2005) *Facilitating Interdisciplinary Research*. Washington D. C.: The National Academies Press, 2005.

DiarioJudío (2015) La hija del comandante nazi Rudolph Hoess rompe silencio. Central de noticias DiarioJudío, junio 2, 2015

Definición.de (2008-2016) <http://definicion.de/deontologia/>

D.M.L.E (2007) Diccionario Manual de la Lengua Española Vox. © 2007 Larousse Editorial, S. L. <http://es.thefreedictionary.com/parias>
ISBN: 8499741355 ISBN-13: 9788499741352

Dorey, R. (1986) La relación de dominio. *Libro Anual de Psicoanálisis, Tomo 2*, 191-203 pp.

Einstein A. (1932) Correspondencia entre Einstein y Freud. En: S. Freud (1933b [1932]) *¿Por qué la guerra?* Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 22, 179-198 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000.

Encyclopædia Britannica (2015) *Boer People*. The Editors of Encyclopædia Britannica, 2015.
<http://global.britannica.com/EBchecked/topic/71276/Boer>
Visitado el 31/03/2015

Falk, A. (1996) *A Psychoanalytic History of the Jews*. Caranbury, N. J.: Associated University Press, 1996.

Felipe, L. (1965) Auschwitz. En: L. Felipe (2010) *León Felipe. Poesías Completas*. Colección Visor de Poesía, 2010©
<http://trianarts.com/auschwitz-y-leon-felipe/>

Fernández García, A. (2013) Las ideologías totalitarias.
http://www.fundacionfaes.org/file_upload/publication/pdf/20130426114309las-ideologias-totalitarias.pdf

Freud, A. (1936) *El yo y los mecanismos de defensa*. 12ª Reimpresión. Buenos Aires: Editorial Paidós, 1986

Freud, S. (1894) *Las neuropsicosis de defensa. (Ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas, y de ciertas psicosis alucinatorias)*. Obras Completas. (Traducción: José

- L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 3, 41-68 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000
- _____ (1950 [1892 – 99]) Fragmentos de correspondencia con Fliess, Manuscrito K. Las neurosis de defensa. (Un cuento de Navidad) (1º de enero de 1896) Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 1, 260-268 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000
- _____ (1950 [1892 – 99]) Fragmentos de correspondencia con Fliess, Carta 72, (27 de octubre de 1897) Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 1, 308 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000
- _____ (1896ª) *La herencia y la etiología de las neurosis*. Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 3, 139-156 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000
- _____ (1900 [1899]) *La interpretación de los sueños*. Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 3, 41-68 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000
- _____ (1901) *Patología de la vida cotidiana. Sobre el olvido, los deslices en el habla, el trastocar de las cosas confundido, la superstición y el error* Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 6, 1-284 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000
- _____ (1905a) *Tres ensayos sobre una teoría sexual*. Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 7, 109-222 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000
- _____ (1905b) *El chiste y su relación con lo inconsciente*. Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 8, 1-225 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000
- _____ (1907) *Acciones obsesivas y prácticas religiosas*. Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 9, 97-110 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000
- _____ (1909a) *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*. Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 10, 2-118 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000
- _____ (1909b) *A propósito de un caso de neurosis obsesiva*. Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 10, 2-118 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000

- _____ (1910) *La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis*. Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 11, 205-216 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000
- _____ (1911) *Formulaciones sobre Los dos principios del acaecer psíquico*. Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 12, 217-232 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000
- _____ (1913) *La predisposición a la neurosis obsesiva. Contribución al problema de elección de neurosis*. Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 12, 329-346 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000
- _____ (1913 [1912-1913]) *Tótem y tabú*. Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 13, 329-346 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000
- _____ (1913) *La predisposición a la neurosis obsesiva*. Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 12, 329-346 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000
- _____ (1914ª) *Recordar, repetir y reelaborar. (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II)* Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 12, 145-157 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000
- _____ (1914b) *Introducción del narcisismo*. Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 14, 65-98 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000
- _____ (1915ª) *Pulsiones y destinos de pulsión*. Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 14, 105-134 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000
- _____ (1915b) *De guerra y muerte. Temas de actualidad*, Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 14, 273-304 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000
- _____ (1916 [1915]) *La transitoriedad*. Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 14, 305-311 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000
- _____ (1917 [1915]) *Duelo y melancolía*. Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 14, 235-256 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000

- _____ (1919) *Lo ominoso*. Obras Completas (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 17, 215-251 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000.
- _____ (1920) *Más allá del instinto del placer*. Obras Completas (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 18, 1-137 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000.
- _____ (1921) *Psicología de las masas y análisis del yo*. Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 18, 63-136 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000.
- _____ (1923 [1922]) *Dos artículos de enciclopedia: «Psicoanálisis» y «Teoría de la libido»*. Obras Completas (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 18, 227-254 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000.
- _____ (1923) *El 'Yo' el 'Ello'*. Obras Completas (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 19, 1-66 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000.
- _____ (1924) *El problema económico del masoquismo*. Obras Completas (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 19, 161-176 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000.
- _____ (1925 [1924]) *Presentación autobiográfica*. Obras Completas (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 20, 1-70 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000.
- _____ (1926 [1925]) *Inhibición, síntoma y angustia*. (Vol. 20, 71-164 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000.
- _____ (1927) *El porvenir de una ilusión*. Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 21, 1-55 p.) Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000.
- _____ (1930 [1929]) *El malestar en la cultura*. Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 21, 57-140 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000.
- _____ (1933a [1932]) *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*. 32ª conferencia: Angustia y vida pulsional. Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 22, 75 - 103 pp.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000.

- _____ (1933b [1932]) *¿Por qué la guerra?* Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 22, 179-198 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000.
- _____ (1939 [1934 – 38]) *Moisés y la religión monoteísta*. Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 23, 1-132 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000.
- _____ (1937a) *Análisis terminable e interminable*. Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 23, 211-254 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000.
- _____ (1937b) *Construcciones en el análisis*. Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 23, 255-270 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000.
- _____ (1938) *Comentario sobre el antisemitismo*. Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 23, 289-295 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000.
- _____ (1940 [1938]) *Esquema del psicoanálisis*. Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 23, 133-210 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000.
- Freud, S., y Breuer, J. (1893-1895). *Estudios sobre la histeria*. Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 2). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000
- Friedländer, S. (1971) *¿Por qué el Holocausto? Historia de una psicosis colectiva*. Barcelona: Editorial Gedisa, 2004.
- Gay, P. (1988) *Freud. Una vida de nuestro tiempo*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S. A., 1990
- Gericke, G. () 1920: *Primeira assembleia da Liga das Nacoes*.
<http://www.dw.de/1920-primeira--assembleia-da-liga-das-na%C3%A7%C3%B5es/a-326171coe>
- Goldhagen, D. J, (1996) *Los verdugos voluntarios de Hitler*, Madrid: Taurus Pensamiento, 1998.
- Green, A. (1988) ¿Por qué el mal? En: A. Green (1990) *La nueva teoría psicoanalítica y la teoría de Freud. Aspectos fundamentales de la locura privada*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2001
- Hilberg, R. (1961) *La destrucción de los judíos europeos*. Edición revisada publicada por Yale University Press. Madrid: Ediciones Akal, S. A. 2005

- Hitler, A. (1925) *Mein Kampf*. En: L. Weber (Ed.). (1999). *Crónica del Holocausto. Las palabras e imágenes que hicieron historia*. pp. 44. Madrid: Grupo Editorial Diana, Madrid, 2004.
- _____ (1933) Conferencia en el Reichstag. En: L. Weber (Ed.). (1999). *Crónica del Holocausto. Las palabras e imágenes que hicieron historia*. pp. 155. Madrid: Grupo Editorial Diana, Madrid, 2004.
- Honderich, T. (Ed.) (1995) *The Oxford Companion to Philosophy*. Oxford y New York: Oxford University Press.
- Johnson, P. (1987) *La historia de los judíos*. Barcelona: Ediciones B. S. A. 2003
- Johnston R. J. & Ed. (1981) *The Dictionary of Human Geography*. Fourth Edition. Oxford: Blackwell Published, 2000
- Jones, E., (1953-1957) *Freud*. Vol. 2. Barcelona: Salvat Editores S. A., 1986
- Jung, C. G., (1912) Transformaciones y símbolos de la libido. En: P. Johnson, (1987) *La historia de los judíos*. Barcelona: Ediciones B. S. A. 2003
- Kant, I. (1785) Fundamentación de la metafísica de las costumbres. En: Pepi Patron, Rosemary Rizo-Patron, Fidel Tubino, (ed.) (1998) *Filosofía Moderna. Selección de textos* (pp. 398-418) Lima: PUCP.
- _____ (1793) Sobre el mal radical en la naturaleza humana. En: E. Kant (1973) *La religión dentro de los límites de la mera razón*. 29-61 p. Traducción: Felipe Martínez Marzoa. Madrid: Alianza Editorial, 2001
- Katzenelson I. (1943) Pinkas Vitell (Diario Vitell). En: D. Michman, (1986) *El holocausto. Un estudio histórico*. Pág. 9 Ramat Aviv: Universidad Abierta, Israel, 1986
- Katzenelson M. (1991) Génesis. *La Biblia Hebreo – español. Versión castellana conforme a la tradición judía*. (Vol. I.; Vol. II) Tel Aviv: Editorial Sinai, 1991
- Kristeva, J (1999) *El genio femenino. 1. Hannah Arendt*. Buenos Aires: Paidós, 2000
- Laplanche J. y Pontalis, J. B, (1968) *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona: Editorial LABOR, 1982.
- Le Bon (1895) *Psychologie des foules*. Traducido al alemán por el Dr. Rudolf Eisler. 2ª Edición, 1912. Pp. 13 En: S. Freud (1921) *Psicología de las masas y análisis del yo*. Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 18, 63-136 p.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000.

- Levi, P. (1958) *Trilogía de Auschwitz. Si esto es un hombre. La Tregua. Los hundidos y los salvados*. Prólogo de Antonio Muñoz Molina. México D. F.: El Aleph Editores, 2006.
- Librairie Larousse (1981) *Nueva Enciclopedia Larousse en diez volúmenes. Tomo Tercero*. Barcelona: Editorial Planeta, 1981.
- Mario (2015) Nazis. Ocultismo, misticismo y mitología. En: Tras la nube de Oort. <https://traslanubedeoort.com/nazis-ocultismo-misticismo-mitologia/>
Visitado el 31/08/2016
- Marr, W. (1862) Carta a Hubleman. En: D. Michman (1986) *El holocausto. Un estudio histórico*. Pág. 30 Ramat Aviv: Universidad Abierta, Israel, 1986
- McDougall (1920) *The Group Mind*. En: S. Freud (1921) *Psicología de las masas y análisis del yo*. Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 18, 63-136 p.). Pág. 79. Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000.
- Martínez, M., F., (1969) Introducción. En: E. Kant (1973) *La religión dentro de los límites de la mera razón*. 29-61 p. Traducción: Felipe Martínez Marzoa. Madrid: Alianza Editorial, 2001
- Memoriales.net (¿?) *La población judía en Europa*
http://www.memoriales.net/pobla_jud.htm/ Visitado el 10 de junio, 2009
- Michman, D. (1977) El Holocausto: ¿continuación de procesos o fenómeno aislado? En: M. Eliav (Ed.) *Iunim bitkufat ha-Shoah* (Reflexiones sobre la época del Holocausto) Ramat Aviv: Universidad de Bar Ilán, Ramat Gan, Israel, 1979. En: D. Michman (1986) *El holocausto. Un estudio histórico*. Ramat Aviv: Universidad Abierta, Israel, 1986
- _____ (1986) *El holocausto. Un estudio histórico*. Ramat Aviv: Universidad Abierta, Israel, 1986
- Millon, T. (1974) *Psicopatología y personalidad*. México D. F.: Interamericana, 1974
- Olusoga, D., Erichsen, C. W. (2011) *The Kaiser's Holocaust: Germany's Forgotten Genocide and the Colonial Roots of Nazism*, U. K: Faber & Faber, 2011
- Patrón, P. (2010) *Lección inaugural. Humanidades, sensus communis y ciudadanía*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010
- Paz Mahecha, G. R., () Rafael Lemkin, padre de la Convención sobre Genocidio. En:
<http://www.raoulwallenberg.net/es/holocausto/articulos-65/genocidio/raphael-lemkin-padre/> Visitado el 27/09/2013

- Perednik, G. D. (1992) *Antisemitismo o judeofobia. La naturaleza de la judeofobia*. Instituto para la Formación de Líderes Juveniles, el Majón de Madrijim,
- _____ (2001) *La judeofobia. El odio más antiguo: su origen, evolución y presencia actual*. México: Keren Hayesod Hamagbit Hameuhedet Lelsrael, 2011
- _____ (2014a) No es banal, es astuto. La tesis de Hannah Arendt sobre la «banalidad del mal», medio siglo después. *El Catoblepas, revista crítica del presente*. ISSN 1579-3974. N° 143, enero, 2014.
- _____ (2014b) *Desde el juicio a Eichmann. Sobre el nazismo, la Shoah y su banalización*. Montevideo: Universidad OR, Uruguay, 2014
- _____ (2015) Europa hoy: La expansión de la judeofobia. Lima: conferencia presencial.
- Pinsker, L. (1882) Autoemancipación. En: G. D. Perednik (1992) *Antisemitismo o judeofobia. La naturaleza de la judeofobia*. Instituto para la Formación de Líderes Juveniles, el Majón de Madrijim.
- Pontalis, J. B. (2000) Les méchants, 134-137p. *Fenêtres*. Paris: Gallimard, 2000
- Popper, K. R. (1963) *Conjectures and Refutations: The Growth of Scientific Knowledge*. New York: Routledge and Kegan Paul, 1963, p. 88.
- Preston (2012) *El comité de los 300*.
<https://ellosviven.wordpress.com/2012/04/07/el-comite-de-los-300/>
- Rank, O. (1914) *El doble*. En: S. Freud (1919) *Lo ominoso*. Obras Completas (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 17, 215-251 p.). P.234. Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000.
- Real Academia Española (2001). *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid: Editorial Espasa Calpe S. A.
- Ricoeur, P. (1965) *Freud: una interpretación de la cultura*. México: Siglo XXI Editores, S. A., 1970
- _____ (1967) The Symbolism of Evil. Boston: Beacon Press. En: G. Portocarrero (2004) *Los rostros criollos del mal. Cultura y transgresión en la sociedad peruana*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, 2004
- _____ (1986) Le Mal: un défi à la philosophie et à la théologie» (1986) En: Lectures 3, *Ausfrontières de la philosophie*, tr. Personal. G. Zapata, SJ. Ed. Seuil, Paris, 1994, 211-233.
- Roosevelt, E., Cassin, R., y otros (1948) *Declaración Universal de los Derechos Humanos*. Paris: Asamblea General de la ONU

- <http://www.un.org/es/documents/udhr/> Visitado el 08/05(2016)
- Rosemberg, S. (1996) *El bien y el mal en el pensamiento judío*. Barcelona: Riopiedras Ediciones, 1996.
- Rosenfeld, I. (1948) The New Leader. En: H. Arendt (1948) The concentrations camps. *Partisan Review*, 15/7, 743-763 p. Pp. 744.
- Roth, C. (1961) *Personalities and Events in Jewish History*, «The Jews as European» Philadelphia, 1961. Pág. 207 En: P. Johnson (1987) *La historia de los judíos*. Barcelona: Ediciones B, S. A., 2003
- Roudinesco, E. y Plon, M. (1997). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Paidós.1998
- Safranski, R. (1997) *El mal o el drama de la libertad*. Barcelona: Tusquets Editores, 2002
- Sattler, J. M. (1982). *Evaluación de la inteligencia infantil y habilidades especiales* (2ª ed.). México: editorial El Manual Moderno S. A. de C. V., 1988
- Segal, A. (2016) *Un imán que alejó a polos opuestos*. Enero 9, 2016
<https://arielsegal.wordpress.com/page/3/>
- Sichère B. (1995) *Historias del mal*. Barcelona: Editorial Gedisa, S.A. 1997
- Spielrein S. (1912) La destrucción como origen del devenir. Traducción de Viviana Ruth Johanis de S. Spielrein (1912) Die Destruktion als Ursache des Werdens. *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen IV. Bd., 1. Hälfte S. 465-503, Leipzig und Wien, 1912*
- Sternberg, R. J., Sternberg, K (2008) *La naturaleza del odio*. Madrid: Ediciones Paidós Ibérica, 2010
- Todorov, T. (1991) *Los Abusos de la memoria*, Barcelona: Paidos, 2000
- Trotter, W. (1916) *Instincts of the Herd in Peace and War*. En: S. Freud (1921) *Psicología de las masas y análisis del yo*. Obras Completas. (Traducción: José L. Etcheverry) 9ª Reimpresión. (Vol. 18, 63-136 p.). Pág. 112. Buenos Aires: Amorrortu editores, 2000.
- Unidos por Israel (2015) <http://unitedwithisrael.org/es/>
- Weber, L. (Ed.). (1999) *Crónica del Holocausto. Las palabras e imágenes que hicieron historia*. Louis Weber, Editor de la edición original norteamericana. Traducción María Herrans Agulleiro & col. México: Grupo Editorial Diana, Madrid, 2004.
- Wiesel, E. (1958) Pilgrime to the Kingdom of Nigth. En: L. Weber (Ed.). (1999) *Crónica del Holocausto. Las palabras e imágenes que hicieron historia*. Louis Weber, Editor de la edición original norteamericana. Traducción

- María Herrans Agulleiro & col. México: Grupo Editorial Diana, Madrid, 2004.
- Winnicott, Donald (1962) Mi punto de vista personal sobre la aportación kleiniana. En: D. W. Winnicott (1994) *Los procesos de maduración. (Estudios para una teoría del desarrollo emocional)* Barcelona: Editorial Laia, S. A., 1981, pp. 206-216.
- WorldPress (2008 – 2015) <http://www.worldpress.org/>
- Yevtushenko, Y. (1961) Babi Yar. En: Y. Yevtushenko (1997) *Adiós bandera roja. Selección de poesía y prosa de 1953 a 1996*. De la traducción inglesa de Robert Milner. <http://amediavoz.com/yevtushenko.htm#> Babi Yar*
- Yerushalmi Y. H. (1982) *Zajor. La historia judía y la memoria judía*. Barcelona: Anthropos Editorial. Rubí, 2002.
- Young-Bruehl, E. (1982) *Hannah Arendt. Una biografía*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S. A., 2006

«Babi Yar²²»

por Yevgueni Yevtushenko

I

No existe monumento en Babi Yar;
sólo la agria ladera. Y tengo miedo.
Hoy me siento un judío en el desierto
que de Egipto escapó. Me crucifican
y mis manos conservan los estigmas.
Me parece ser Dreyfus, condenado,
al que juzgan, escupen, encarcelan;
pero de pie resiste la calumnia
y el grito filisteo. Con la punta
de sus sombrillas en mi rostro vejan
mi indefensión mujeres que se acercan
con vestidos de encaje de Bruselas.
O también soy un niño en Bielostok.
De pronto estalla el pogromo.
La sangre derramada cubre el suelo.
Los que huelen a vodka y a cebolla
salen de la taberna y gritan todos:
“Mata judíos: salvarás a Rusia”.
Un tendero se ensaña con mi madre.
Otro hombre me patea. En vano rezo
plegarias que se pierden en la nada.
Me siento dentro
de la piel de Anna Frank que es transparente
como un ramo de abril.
No hacen falta palabras. Siento amor
y sólo necesito que uno a otra
nos miremos de frente.

²² El barranco de Babi Yar o Baby Yar, en las proximidades de Kiev, fue la tumba de más de treinta y cinco mil judíos, que fueron asesinados allí durante dos días, en septiembre de 1941, por las tropas nazis.

Separados del cielo y el follaje.
Solamente podemos abrazarnos
en este cuarto a oscuras.
Quiero besarte una vez más, acércate.
Ya vienen. Nada temas: el rumor
es de la primavera que se anuncia
y del tímpano roto en el deshielo.
Y en torno a Babi Yar suena la hierba
que ha crecido salvaje desde entonces.
Los árboles nos juzgan. Todo grita
pero el grito está hecho de silencio.
Al descubrirme observo mi cabello.
También ha encanecido. También grito
por los miles de muertos inocentes
masacrados aquí. En cada anciano
y en cada niño al que mataron muero.
Pueblo ruso, mi pueblo: te conozco.
Tú no odias ni razas ni naciones.
Manos viles trataron de infamarte
al usurpar tu nombre y al llamarse
“Unión del Pueblo Ruso”²³. No perdono.
Que La Internacional llene los aires
cuando el último
antisemita yazga bajo la tierra.
No soy judío. Como si lo fuera,
me odian todos aquéllos.
Por su odio
soy y seré un verdadero ruso.

²³ La Unión del Pueblo Ruso fue el grupo antisemita responsable del asesinato del Zar Alejandro II; de organizar pogromos y participaron de la fabricación de los *Protocolos de los sabios de Sion*

Tabla de los principales campos de concentración, de trabajo y de exterminio Nazis

CAMPOS DE CONCENTRACIÓN					
Nombre del campo	País actual	Tipo de campo	Tiempo de funcionamiento	Nº Estimado de prisioneros	Nº Estimado de muertos
Banjica	Serbia	Campo de concentración	Junio, 1941 - septiembre, 1944	Min. 23,637	
Bardufoss	Noruega	Campo de concentración	Marzo, 1944 - ¿?	800	250
Bogdanovka	Rumanía	Campo de concentración	1941	54000	40000
Bredtvet	Noruega	Campo de concentración	Otoño, 1941 - mayo, 1945	Min. 1000	¿?
Crveni krst	Serbia	Campo de concentración	1941 - 1945	30000	12300
Herzogenbusch	Países Bajos	Campo de concentración	1943 - 1944		750
Transnistria	Moldavia	Campo de concentración			
Vaivara	Estonia	Campo de concentración	15 de septiembre 1943 - 29 de febrero, 1944	20000	950

²⁴ Campo de Detención de Drancy, Francia <http://www.elholocausto.net/parte03/cam12.htm>
 Van Eck, L. () Concentration Camp List (*Le livre des Camps. Bélgica: Ediciones Kritak*
 Gilbert, M. (1993) Atlas of the Holocaust. Nueva York: William Morrow, ISBN 0-688-12364-3.
<http://www.jewishvirtuallibrary.org/jsource/Holocaust/cclist.html/>
 Lager Sylt Concentration Camp (2003) Subterranea Britannica
http://www.subbrit.org.uk/sb-sites/sites/a/alderney/lager_sylt/index.shtml/
 OHRDUF, Holocaust Encyclopedia. United States Holocaust Memorial Museum
<https://www.ushmm.org/wlc/en/article.php?ModuleId=10006131/>

CAMPOS DE TRABAJO					
Nombre del campo	País actual	Tipo de campo	Tiempo de funcionamiento	N° Estimado de prisioneros	N° Estimado de muertos
Amersfoort	Países Bajos	Campo de tránsito y prisión	Agosto, 1941 - abril, 1945	35000	1000
Bergen - Belsen	Alemania	Punto de reunión	Abril, 1943 - abril, 1945		70000
Drancy	Francia	Campo de detención y de tránsito	20 de agosto, 1941 - 17 de agosto, 1944	Más de 64759	87845
Falstad	Noruega	Prisión	Diciembre, 1941 - mayo, 1945		Min. 200
Grini	Noruega	Prisión	2 de mayo, 1941 - mayo, 1945	19788	8
Hinzert	Alemania	Punto de reunión y subcampo	Julio, 1940 - marzo, 1945	14000	Min. 302
Kaunas	Lituania	Gueto y campo de internamiento	¿?		
Langenstein - Zwiberge	Alemania	Subcampo de Buchenwald	Abril, 1944 - abril, 1945	5000	2000
Le Vernet	Francia	Campo de internamiento	1939 - 1944		
Malchow	Alemania	Campo de tránsito y trabajo	Invierno, 1943 - 8 de mayo, 1945	5000	
Niedergagen	Alemania	Punto de reunión	Septiembre, 1941 - inicios de 1943	3900	1285
Osthofen	Alemania	Punto de reunión	Marzo, 1933 - julio, 1934		
Oranieburg	Alemania	Punto de reunión	Marzo, 1933 - julio, 1934	3000	Min. 16
Risiera di San Sabba (Trieste)	Italia	Campo de detención policial	Septiembre, 1943 - 29 de abril, 1945	25000	5000
Theresienstadt (Terezín)	República Checa	Campo de tránsito y gueto	Noviembre, 1941 - mayo, 1945	140000	Min. 35000
Westerbork	Países Bajos	Campo de tránsito y de internamiento	Mayo, 1940 - abril, 1945	102000	

CAMPOS DE EXTERMINIO

Nombre del campo	País actual	Tipo de campo	Tiempo de funcionamiento	Nº Estimado de prisioneros	Nº Estimado de muertos
Auschwitz - Birkenau	Polonia	Campo de trabajo y de exterminio	Abril, 1940 - enero, 1945	400000	1100000 - 1500000
Belzec	Polonia	Campo de exterminio	Marzo, 1942 - junio, 1943		Más de 434508
Chelmno	Polonia	Campo de exterminio	Diciembre, 1941 - abril, 1943		Min. 153000
(Kulmhof)	Polonia	Campo de exterminio	Abril, 1944 - enero, 1945		
Janowska (Lwów)	Ucrania	Gueto, campo de tránsito, de trabajo y de exterminio	Septiembre, 1941 - noviembre, 1943		Mín. 40000
Jasenovac	Croacia	Campo de exterminio	Julio, 1941 - julio, 1944		600000
Majdanek / (KZ Lublin)	Polonia	Campo de exterminio	Julio, 1941 - julio, 1944		78000
Maly Trostenets	Bielorrusia	Campo de exterminio	Julio, 1941 - julio, 1944		65000
Neuengamme - Alderney	Isla del Canal	Campo de trabajo y de exterminio	13 de diciembre, 1938 - 4 de mayo, 1945	6000	700
Ohrduf	Alemania	Campo de trabajo y de exterminio; subcampo de Buchenwald	Noviembre, 1944 - abril, 1945	11700	11700
Sajmiste	Serbia	Campo de exterminio	Diciembre, 1941 - septiembre, 1944		100000
Sobibór	Polonia	Campo de exterminio	Mayo, 1942 - octubre, 1943		Máx. 200000
Treblinka	Polonia	Campo de exterminio	Julio, 1942 - noviembre, 1943		870000
Varsovia	Polonia	Campo de trabajo y de exterminio	1942 - 1944	Máx. 400000	Máx. 200000

